

PITTACUS LORE

DARK GUARDIANS



1

LA CAÍDA DE CINCO

Los acontecimientos narrados en este libro son reales.
Se han cambiado los nombres y lugares para proteger a los seis
de Lorien que permanecen escondidos.

Existen otras civilizaciones.

Algunas buscan destruirlos.

2



LA CAÍDA DE CINCO

SINOPSIS

La garde por fin se ha reunido, pero ¿tienen lo que se necesita para ganar la guerra contra los mogadorianos?

Pensé que las cosas cambiarían cuando encontré a los otros, que dejaríamos de escapar, lucharíamos contra los mogadorianos, y ganaríamos.

Pero estaba equivocado. Aunque estamos juntos, apenas escapamos de los mogadorianos con vida y ahora estamos escondidos, intentando planear nuestra siguiente jugada.

Los seis somos poderosos, pero no somos lo suficientemente poderosos todavía para derrotar a su ejército completo. No hemos descubierto aún la extensión completa de nuestros legados. No hemos aprendido a trabajar en equipo. Y hay tanto que no sabemos sobre los ancianos y su plan para nosotros.

El tiempo se está acabando, y solo hay una cosa de lo que estamos seguros: tenemos que encontrar a Cinco antes que ellos.

3

Atraparon a Número Uno en Malasia.

A Número Dos en Inglaterra.

Y a Número Tres en Kenia.

Soy el Número Cuatro. Se suponía que sería el siguiente.

Pero sigo vivo.

Estaba batalla está lejos de terminar.

Lorien se alzaré otra vez.

LA CAÍDA DE CINCO

PITTACUS LORE

DARK GUARDIANS

LA
CAÍDA
DE
CINCO

4

LIBRO CUATRO DE LOS LEGADOS DE
LORIEN
PITTACUS LORE

LA CAÍDA DE CINCO

CAPÍTULO UNO

Traducido por DarkRaven86

Corregido por Pamee

La fantasía de escape de esta noche la protagoniza Seis. Una horda de mogadorianos se interpone entre ella y mi celda, lo que técnicamente no es realista. Los mogs no suelen dedicar mano de obra a mi vigilancia, pero es un sueño, así que no importa. Los guerreros mogadorianos desenvainan sus dagas y atacan, aullando. En respuesta, Seis se sacude el cabello y se vuelve invisible. La observo rebanar a los mogs por entre los barrotes de mi celda, mientras se hace visible e invisible en parpadeos, y vuelve sus propias armas contra ellos. Avanza girando entre una nube de ceniza cada vez más grande, y pronto los mogs quedan completamente diezmados.

—Eso fue verdaderamente increíble—le digo, cuando se acerca a la puerta de mi celda.

Ella sonrío despreocupadamente.

—¿Listo para irnos? —pregunta.

Y allí es cuando despierto o cuando dejo de soñar despierto de un golpe. A veces es difícil saber si estoy dormido o despierto; cada momento tiende a asumir una monotonía somnolienta cuando te han mantenido aislado por semanas; al menos creo que han sido semanas, es difícil seguir el rastro del tiempo, porque no hay ventanas en mi celda. Lo único de lo que estoy seguro, es que mis fantasías de escape no son reales. Algunas veces es como esta noche y Seis viene a rescatarme. Otras veces, John, y otras veces *yo* desarrollo legados y salgo volando de la celda, aporreando mogadorianos a mi paso.

Todo es fantasía, solo una forma que tiene mi mente ansiosa de pasar el tiempo.

¿El colchón empapado de sudor con resortes rotos que se me clavan en la espalda? Eso es real. ¿Los calambres en las piernas y el dolor de espalda? Esos son reales también.

Cojo el cubo de agua a mi lado en el suelo. Un guardia trae el cubo una vez al día, junto con un sándwich de queso. No es exactamente servicio a la habitación, a pesar de que, por lo que puedo decir, soy el único prisionero en este bloque de celdas; son solo filas y filas de celdas vacías unidas por pasarelas de acero, y yo.

Los guardias siempre ponen el cubo justo al lado del inodoro de acero inoxidable de mi celda y yo siempre arrastro el cubo al lado de mi cama, lo más cercano que tengo a

ejercitarme. Me como el sándwich de inmediato, por supuesto, ya no recuerdo lo que se siente no estar muerto de hambre.

Queso procesado con pan rancio, un inodoro sin asiento y total aislamiento. Esa ha sido mi vida.

Al principio, cuando me trajeron aquí, traté de llevar un registro de cada cuánto venía el guardia, para así poder llevar una cuenta de los días, pero algunas veces creo que se olvidan de mí, o me ignoran a propósito. Mi miedo más grande es que me dejen aquí para que me consuma, que simplemente me desmaye de deshidratación sin que siquiera se den cuenta de que respiro mi último aliento. Prefería morir luchando contra los mogadorianos.

O, mejor aún, no morir.

Tomo un profundo trago de agua tibia con sabor a óxido. Es asquerosa, pero al menos ahora vuelvo a tener un poco de humedad en la boca. Estiro los brazos por encima de la cabeza y las articulaciones crujen en protesta. Siento una punzada de dolor en las muñecas al tirar de mi tejido recientemente cicatrizado, y allí es cuando mi mente comienza a vagar de nuevo, pero no a una fantasía, sino que a un recuerdo.

Pienso en Virginia Occidental cada día. Lo revivo.

Recuerdo que corría por esos túneles sujetando la piedra roja que Nueve me había prestado, iluminando con su luz extraterrestre docenas de puertas de celdas. En cada una esperaba encontrar a mi padre, y cada vez me decepcionaba.

Luego vinieron los mogs, y me separaron de John y Nueve. Recuerdo el miedo que sentí al quedar apartado de los otros. Tal vez podrían derrotar a todos esos mogs y piken con sus legados, pero todo lo que yo tenía era un cañón mogadoriano robado.

Hice lo mejor que pude y le disparé a cualquier mogadoriano que se acercara demasiado, mientras intentaba volver con John y Nueve.

Escuchaba la voz de John gritando mi nombre por sobre el ruido de la pelea. Estaba cerca, si no hubiéramos estado separados por una horda de bestias alienígenas.

La cola de un monstruo me golpeó las piernas, y perdí el agarre de la piedra de Nueve al caer. Caí de cara, me partí la ceja y la sangre empezó a gotearme a los ojos de inmediato. Medio ciego, me arrastré y busqué cobertura.

Por supuesto, teniendo en cuenta mi racha de buena suerte desde que llegamos a Virginia Occidental, no me sorprendió mucho terminar justo a los pies de un guerrero mogadoriano. Me apuntó con su cañón, y pudo haberme asesinado justo allí, pero lo reconsideró antes de jalar el gatillo. En lugar de dispararme, me golpeó en la sien con la culata de la pistola.

Todo se oscureció.

Desperté suspendido del techo por cadenas apretadas. Seguía en la cueva, aunque de alguna manera podía afirmar que me habían llevado a más profundidad, a un área más segura. Se me contrajo el estómago cuando me di cuenta de que la cueva seguía en pie, que era prisionero. Y, ¿qué pasaba entonces con John y Nueve? ¿Habrían podido escapar?

Ya no tenía mucha fuerza en los miembros, pero de todas formas intenté tirar de las cadenas; no cedieron. Me sentía desesperado y claustrofóbico. Estaba a punto de gritar, cuando un mogadoriano gigante entró a la habitación. Era el mog más grande que hubiera visto jamás; tenía una fea cicatriz púrpura en el cuello y llevaba un bastón de oro de apariencia extraña en una de sus enormes manos. Era absolutamente horrible, como una pesadilla, pero no podía apartar la vista de él. De alguna manera, sus ojos negros y vacíos me sostenían la mirada.

—Hola, Samuel —dijo, mientras se dirigía hacia mí—. ¿Sabes quién soy?

Sacudí la cabeza; de repente sentía la boca más que seca.

—Soy Setrákus Ra. Supremo comandante del Imperio Mogadoriano, encargado de la Gran Expansión, amado líder. —Enseñó los dientes en lo que me di cuenta se suponía era una sonrisa—. Etcétera.

El director de circo de un genocidio planetario y la mente maestra de la inminente invasión a la Tierra, se acababa de dirigir a mí por su nombre. Traté de pensar en qué haría John en una situación como ésta: él nunca se inmutaría frente a su más grande enemigo; yo, por otro lado, comencé a temblar, y las cadenas que ataban mis muñecas comenzaron a tintinear.

Era obvio que Setrákus apreciaba mi miedo.

—Esto puede ser indoloro, Samuel. Has escogido el lado equivocado, pero soy piadoso. Dime lo que quiero saber y te liberaré.

—Nunca —balbuceé, y temblé incluso más fuerte al anticipar lo que vendría después.

Oí un silbido desde lo alto y cuando levanté la vista, vi que una sustancia negra, pegajosa y viscosa, goteaba por la cadena. Era una sustancia química de olor acre, como el del plástico quemado. Hubiera jurado que la sustancia iba dejando marcas de corrosión en la cadena mientras se deslizaba hacia mí; pronto me recubría la muñeca. Comencé a gritar. El dolor era insoportable y la sustancia tenía una viscosidad que la hacía aun peor. Era como si mis muñecas estuvieran cubiertas con savia de árbol hirviendo.

Estaba a punto de desmayarme por el dolor cuando Setrákus Ra me tocó el cuello con su bastón y me levantó la barbilla. Un entumecimiento helado fluyó por mi cuerpo

y el dolor en mis muñecas quedó momentáneamente aliviado. Era un alivio del tipo retorcido; un adormecimiento mortal irradiaba del bastón de Setrákus Ra, como si me hubiera drenado la sangre de los miembros.

—Solo responde mis preguntas —gruñó Setrákus—, y esto puede terminar.

Su primera pregunta era sobre John y Nueve, sobre a dónde irían, qué harían luego. Me sentí aliviado al saber que habían escapado, y más aliviado aún de saber que no tenía ni idea de en dónde se escondían. Yo había guardado las instrucciones de Seis, lo que significaba que John y Nueve tendrían que idear un nuevo plan, uno que yo no podría revelar mientras me torturaban. Se me había perdido el papel, así que podía asegurar que los mogs me habían registrado mientras estaba inconsciente y me habían confiscado la dirección. Con suerte, Seis se acercaría con precaución.

—Donde sea que hayan terminado, no pasará mucho tiempo antes de que vuelvan aquí a patearte el trasero —le dije a Setrákus, y ese fue mi único momento rebelde y heroico, porque el líder mogadoriano resopló y alejó su bastón de mí. El dolor en mi muñeca regresó; era como si la sustancia mogadoriana me estuviera carcomiendo hasta los huesos.

La vez siguiente que Setrákus Ra me tocó con su bastón y me dio un respiro, yo jadeaba y lloraba. Todo el espíritu de lucha, lo poco que tuve desde el principio, me había abandonado por completo.

—¿Qué pasa en España? —preguntó—. ¿Qué puedes decirme sobre eso?

—Seis... —murmuré, y me arrepentí. Tenía que mantener la boca cerrada.

Me siguió haciendo preguntas. Después de España, me preguntó sobre India, y luego sobre la ubicación de las piedras de loralita, de las que nunca había escuchado. Llegó un momento en que me preguntó sobre «el décimo,» algo en lo que Setrákus Ra parecía particularmente interesado. Recordé que Henri escribió acerca de un décimo en su carta para John y de que ese último garde no había logrado salir de Lorien. Cuando se lo dije a Setrákus, información que esperaba no le causara daño a los garde restantes, él se enfureció.

—Me estás mintiendo, Samuel. Sé que ella está aquí. Dime dónde.

—No lo sé —repetía una y otra vez, y la voz cada vez me temblaba más. Con cada respuesta o falta de ella, Setrákus alejaba su bastón y me dejaba sentir el punzante dolor nuevamente.

Finalmente, Setrákus se rindió y solo me miró asqueado. En ese punto yo deliraba. Como con mente propia, el lodo oscuro lentamente volvió a subir por la cadena, y desapareció por el hueco oscuro del que había salido.

—Eres un inútil, Samuel —dijo despectivamente—. Parece que los lorienses solo te valoran como un cordero para el sacrificio. Una distracción que dejar atrás cuando necesitan una fuga apresurada.

Setrákus salió de la habitación y más tarde, después de haber colgado allí recuperando y perdiendo la conciencia, algunos de sus soldados vinieron a retirarme. Me arrojaron a una celda oscura, y estaba seguro de que me dejarían morir ahí.

Días más tarde, los mogadorianos me sacaron a rastras de la celda y me entregaron a un par de hombres con corte militar, trajes oscuros y pistolas enfundadas bajo los abrigos. Humanos. Parecían del FBI, de la CIA o algo. No veo por qué un humano querría trabajar con los mogs. Me hace hervir la sangre solo pensar en ello, en esos agentes que venden a la humanidad.

Sin embargo, los agentes fueron más gentiles que los mogadorianos, uno de ellos incluso murmuró una disculpa al ponerme unas esposas en las muñecas quemadas. Luego, me taparon la cabeza con una capucha, y esa fue la última vez que los vi. Condujimos sin parar durante al menos dos días; me llevaban encadenado en la parte de atrás de una furgoneta. Después de eso, me metieron a otra celda (esta celda, mi nuevo hogar), en un bloque entero de celdas, en una base enorme en la que yo era el único prisionero.

Me estremezco cuando pienso en Setrákus Ra, algo que no puedo evitar cada vez que capto un vistazo de las cicatrices y las ampollas que aún me quedan en las muñecas. He intentado sacarme de la cabeza ese horrible encuentro, y decirme a mí mismo que lo que él dijo no era verdad. Sé que John no me usó para cubrir su escape, y sé que no soy un inútil. Puedo ayudar a John y a los otros garde como estaba haciendo mi padre antes de desaparecer. Sé que tengo un papel que jugar, incluso aunque no esté exactamente claro cuál será.

Cuando salga de aquí, si es que llego a salir de aquí, mi nueva meta en la vida será probarle a Setrákus Ra que está equivocado.

Estoy tan frustrado que aporreo el colchón frente a mí. Al hacerlo, una capa de polvo se suelta del techo y un ruido retumba por el piso. Es casi como si mi puñetazo hubiera enviado una onda de choque por toda la celda.

Me miro las manos con admiración. Quizá esas ensoñaciones acerca de desarrollar legados no fueron tan descabelladas. Trato de recordar los momentos en el patio de John en Paraíso, cuando Henri le enseñaba a enfocar su poder. Entorno los ojos con fuerza y aprieto las manos en puños.

Aunque se siente tonto y un poco embarazoso, golpeo el colchón de nuevo, solo para ver qué pasa.

Nada. Solo siento dolor en los brazos por no utilizar esos músculos en días. No estoy desarrollando legados. Es imposible para un ser humano y lo sé. Solo me estoy desesperando, y quizá también me estoy volviendo un poco loco.

—Okay, Sam —me digo a mí mismo con voz ronca—. No pierdas la cabeza.

Tan pronto me acuesto, resignado a otra interminable extensión a solas con mis pensamientos, siento una segunda sacudida por el suelo. Ésta es más grande que la primera, la siento en los huesos. Más yeso cae desde el techo, me cubre la cara y me cae en la boca; tiene un sabor amargo y calcáreo. Momentos después, oigo el repiqueteo sordo de disparos.

Esto no es un sueño, para nada. A lo lejos distingo el sonido de una batalla en algún lugar dentro de la base. El suelo tiembla de nuevo, otra explosión. Durante el tiempo que he estado aquí, nunca han hecho ningún tipo de entrenamiento o ejercicios. Diablos, nunca he escuchado nada excepto el eco de las pisadas del guardia cuando me trae la comida. ¿Y ahora esta acción repentina? ¿Qué podría estar pasando? Por primera vez en, ¿días?, ¿semanas?, me permito tener esperanzas. Es la garde.

Tienen que ser ellos, han venido a rescatarme.

—Este es el momento, Sam —me digo a mí mismo y me obligo a moverme.

Me pongo de pie y avanzo temblorosamente hacia la puerta de mi celda, pero mis piernas parecen de gelatina. No he tenido muchas razones para usarlas desde que me trajeron aquí. Incluso el cruzar la corta distancia entre mi celda y la puerta es suficiente para que me dé un mareo. Presiono la cabeza contra el frío metal de las barras, y espero a que pase el vértigo. Siento que las reverberaciones de la lucha de abajo atraviesan el metal, y se vuelven más intensas, más fuertes.

—¡John! —grito con voz ronca—. ¡Seis! ¡Quién sea! ¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí!

Una parte de mí piensa que es tonto gritar, como si la garde pudiera escuchar mis gritos por encima de los sonidos de la enorme batalla que parecen están luchando. Es la misma parte que quería rendirse, simplemente acurrucarse en la celda y esperar el destino final. La misma parte que piensa que la garde sería estúpida si tratara de rescatarme.

Es la parte de mí que le cree a Setrákus Ra. No puedo ceder a ese sentimiento de desesperación, tengo que probarle que se equivoca.

Necesito hacer algo de ruido.

—¡John! —grito de nuevo—. ¡Estoy aquí, John!

Con lo débil que me siento, golpeo con los puños las barras de metal tan fuerte como puedo. El sonido resuena por el bloque vacío, pero no hay manera de que la garde pueda escucharlo por sobre los disparos ahogados que llegan a través de las

paredes. Es difícil estar seguro por los sonidos crecientes de la batalla, pero creo que escucho pasos en la pasarela de acero que conecta las celdas. Lástima que no puedo ver más allá de los pocos metros frente a mi celda. Si hay alguien aquí conmigo, tengo que atraer su atención; solo esperar que no sea un guardia mogadoriano.

Tomo el cubo de agua y arrojó lo que queda de mi suministro diario. Mi plan, el mejor que tengo, es golpearlo contra las barras de mi celda.

Cuando giro, hay un chico de pie fuera de mi puerta.

CAPÍTULO DOS

Traducido por DarkRaven86

Corregido por Pamee

Es alto y delgado, quizá unos años mayor que yo; un mechón de pelo negro le cuelga sobre la cara. Luce como si acabara de salir de una pelea, pues la suciedad y el sudor le manchan el rostro pálido. Lo observo con ojos muy abiertos. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que vi a otra persona. Él parece casi igual de sorprendido de verme.

Tiene algo, algo que no encaja: la piel un poco demasiado pálida, lo oscuro alrededor del borde de los ojos.

Es uno de ellos.

Retrocedo más en la celda, y me escondo el cubo de agua vacío detrás de la espalda. Si entra aquí, lo golpearé con toda la fuerza que me queda.

—¿Quién eres? —pregunto, tratando de mantener la voz firme.

—Estamos aquí para ayudar —contesta el chico. Suena incómodo, como si no supiera qué decir.

Antes de que pueda preguntar a qué se refiere con «estamos», un hombre lo empuja a un lado. Tiene arrugas profundas en el rostro, el que lleva cubierto por una creciente barba desaliñada. Me quedo con la boca abierta por la incredulidad y doy otro paso hacia atrás dentro de la celda, sorprendido de nuevo, pero esta vez, por una razón diferente. No sé por qué esperaba que se pareciera a las fotos que cuelgan de la pared de nuestro cuarto familiar, pero así me imaginé siempre este momento. Han pasado años, pero a pesar de las profundas arrugas, todavía conozco a este hombre, especialmente cuando me sonrío.

—¿Papá?

—Aquí estoy, Sam. Regresé.

Me duele el rostro y me toma un momento darme cuenta por qué. Estoy sonriendo; riendo, de hecho. Es la primera vez que uso esos músculos en semanas.

Nos abrazamos por entre los barrotes; el metal me presiona de forma incómoda las costillas, pero no me importa. Él está aquí, de verdad está aquí. He estado fantaseando con que la garde viniera a rescatarme. Nunca, ni en mis sueños más locos, habría pensado que sería mi padre el que viniera a salvarme de este lugar. Supongo que siempre pensé que sería yo quien lo rescatara a él.

—He... He estado buscándote—le digo. Me limpio los ojos con el antebrazo; ese extraño mogadoriano sigue rondando cerca y no quiero que me vea llorar.

Mi papá me aprieta a través de los barrotes.

—Has crecido tanto —dice, con una pizca de tristeza en la voz.

—Chicos —interrumpe el mog—. Tenemos compañía.

Los escucho avanzando hacia aquí: los soldados entran al bloque de celdas desde abajo, sus botas sacuden la pasarela mientras corren por las escaleras de metal hacia nosotros. Por fin encontré a mi padre, está aquí frente a mí y todo está a punto de caerse a pedazos.

El mogadoriano aleja a mi papá de un tirón de la puerta de mi celda, y se dirige hacia mí, con voz mandona.

—Ubícate en el centro de la celda y cúbrete la cabeza.

Mi instinto es no confiar en él, porque es uno de ellos. Excepto que, ¿por qué uno de los mogadorianos traería aquí a mi padre? ¿Por qué trataría de ayudarnos? No hay tiempo para pensar en eso ahora, no cuando se acercan otros mogadorianos que puedo apostar no están aquí para ayudarnos.

Hago lo que me ordena.

El mogadoriano extiende las manos por entre los barrotes de mi celda, y se concentra en la pared detrás de mí. Quizá es porque justo estaba pensando en ello, pero por alguna razón, me recuerda a esos primeros días cuando probamos los legados de John en su patio trasero. Tiene que ver con la forma en que se concentra este mogadoriano, la determinación en sus ojos debilitada por el temblor de sus manos, como si no supiera exactamente qué está haciendo.

Siento que algo pasa por el suelo, como una onda de energía. Luego, con un crujido estruendoso, la pared detrás de mí se desmorona, cae un trozo del techo y destruye mi inodoro. El suelo tiembla, se mueve, y pierdo el equilibrio.

Es como si a todo el bloque de celdas lo azotara un pequeño terremoto. Todo está inclinado. El estómago se me contrae, y no es del todo debido al suelo inestable: es por el miedo. De alguna forma, el mogadoriano derrumbó una pared con su mente. Fue casi como si hubiera utilizado un legado.

Pero eso es imposible, ¿verdad?

Fuera de mi celda, mi padre y el mogadoriano salieron disparados hacia atrás, contra la barandilla de la pasarela. La puerta de mi celda está torcida ahora, el metal retorcido y curvado, hay suficiente espacio para que entren los dos.

Mientras el mogadoriano empuja a mi padre hacia la puerta de mi celda, apunta hacia la abertura en la pared a mi espalda.

—¡Vete!—grita—. ¡Corre!

Dudo por un momento, y miro a mi padre, que ya ha comenzado a deslizarse por entre los barrotes. Me tranquilizo pensando que estará justo detrás de mí.

Toso cuando algo de polvo de la pared destruida me entra a los pulmones. A través de la abertura en la pared, veo el funcionamiento interno de la base: tuberías y conductos de ventilación, grupos de cableado y aislante.

Envuelvo las piernas en uno de los tubos más grandes y me meneo para bajar. Siento pinchazos en las piernas débiles y por un momento me preocupa que vaya a perder el agarre y deslizarme del tubo. Pero entonces, siento el subidón de adrenalina y mi agarre se aprieta. Estoy tan cerca de escapar, debo presionarme un poco.

Veo la silueta de mi padre en la abertura sobre mí; está dudando.

—¿¿Qué estás haciendo?! —le grita mi padre al mog—. ¿Adam?

Escucho que el mogadoriano, Adam, responde con voz firme:

—Ve con tu hijo. Ahora.

Mi padre comienza a trepar detrás de mí, pero yo estoy detenido, pensando en lo que se siente que te abandonen en un lugar como éste. Mogadoriano o no, este chico Adam acaba de sacarme de prisión y me reunió con mi padre. No debería enfrentar solo a esos soldados.

Le grito a mi padre:

—¿Lo vamos a dejar?

—Adam sabe lo que hace —responde mi padre, pero su voz suena insegura—. ¡Sigue moviéndote, Sam!

Sentimos otra vibración que casi me hace soltar la tubería. Miro hacia arriba para ver cómo está mi padre, justo cuando otra onda lo zarandea y hace que se le suelte el arma que llevaba en la parte trasera de los pantalones. Estoy aferrado demasiado fuerte a la tubería como para tratar de atraparla, y el arma cae en la oscuridad bajo nosotros.

—Maldición —gruñe.

Los mogs debieron haber llegado hasta Adam y él debe estar devolviendo los golpes. Poco después de la onda de choque, se produce un sonido metálico desgarrador, un sonido que solo puede ser la pasarela derrumbándose. Me la imagino soltándose del exterior las celdas, y toda la estructura desmoronándose con ella.

Un par de ladrillos sueltos caen desde arriba, y papá y yo nos agachamos hasta que es seguro de nuevo.

Al menos Adam les está dando una buena pelea allí atrás, pero necesitamos movernos rápido antes de que derrumbe todo el lugar sobre nosotros.

Sigo deslizándome hacia abajo. El espacio dentro de las paredes es apretado, la peor pesadilla de un claustrofóbico, con tornillos y alambres sueltos que me rasgan la ropa.

—Sam, aquí arriba. Ayúdame con esto.

Mi padre está detenido frente a un conducto de ventilación que yo no había notado. Resbalo un poco cuando subo de nuevo, pero él baja hasta mí y me estabiliza. Juntos, metemos los dedos por la reja de metal y tiramos hasta que se suelta.

—Esto debería guiarnos hacia afuera.

Apenas estamos gateando por la rejilla cuando una enorme explosión nos sacude. Dejamos de movernos mientras el ducto de metal cruje y gime, ambos nos preparamos para que todo colapse, pero se mantiene en pie.

Escuchamos gritos y sirenas a través de las paredes de la base. La pelea que escuché antes solo se ha intensificado.

—Suenan como si hubiera una guerra allí afuera —comenta mi padre, mientras avanza gateando de nuevo.

—¿Trajiste a la garde?—le pregunto, esperanzado.

—No, Sam, solo éramos Adam y yo.

—Bastante increíble la sincronización, papá. ¿Tú y la garde se las arreglaron para aparecerse exactamente al mismo tiempo?

—Creo que esta familia tiene algo de buena suerte —responde papá—. Solo sintámonos agradecidos por la distracción y larguémonos de aquí.

—Son ellos los que pelean allí afuera, lo sé. Son los únicos lo suficientemente audaces como para atacar una base mogadoriana. —Hago una pausa, olvido el peligro por un momento, y una sonrisa aturdida se extiende por mi cara cuando me doy cuenta de que mi padre acaba de irrumpir en una base mogadoriana—. Papá—digo—, estoy muy feliz de verte y todo, pero tienes muchas explicaciones que dar.

CAPÍTULO TRES

Traducido por DarkRaven86

Corregido por Pamee

Una nube de humo negro y acre ondea desde la base, y las sirenas resuenan por encima del crepitar del fuego. Escucho pasos golpeando el pavimento cercano, a humanos y mogadorianos gritando órdenes de emergencia. Es un caos. Y por el sonido de las explosiones a la distancia, para mí es obvio que la destrucción no estaba confinada solo a nuestra sección de la base. Algo grande estaba sucediendo por aquí... y eso solo podía significar una cosa.

Están demasiado distraídos como para buscarnos en este momento. Es perfecto.

—¿Dónde diablos estamos? —susurro.

—Base Dulce —responde mi padre—. La base súper secreta del gobierno en Nuevo México, codirigida por los mogadorianos.

—¿Cómo me encontraste?

—Es una larga historia, Sam. Te la contaré cuando hayamos salido de este lugar.

Lentamente caminamos junto a una pared trasera, intentando alejarnos de la conmoción. Nos apegamos a la oscuridad, solo en caso de que algún guardia salga de la locura que hay adentro. Mi papá lidera el camino, lleva la rejilla doblada de acero del conducto de ventilación por el cual salimos. No es como si fuera un gran arma, pero podría hacer algún daño. Aun así, es mejor si evitamos una pelea. No estoy seguro de cuánta energía me queda después de lo que acabamos de pasar.

Mi padre señala hacia la oscuridad, más allá de los escombros de lo que solía ser una torre de vigilancia en el desierto.

—Nuestro transporte está estacionado por allá —me informa.

—¿Quién derrumbó la torre de vigilancia?

—Nosotros —responde—. Bueno, Adam lo hizo.

—¿Cómo... cómo es posible? No deberían tener poderes como ése.

—No sé cómo es posible, Sam, pero sí sé que él es diferente a los otros. —Mi papá se acerca y me aprieta el brazo—. Él me ayudó a encontrarte. Y, bueno... te contaré el resto una vez que salgamos de aquí.

Me froto la cara; me arden los ojos por el humo. No puedo creer que esto esté pasando de verdad, que mi padre y yo merodeemos por una base del gobierno, mientras escapamos de extraterrestres hostiles. Es extraño, pero es como un sueño hecho realidad.

LA CAÍDA DE CINCO

Seguimos avanzando con lentitud hacia una mancha de sombras, desde donde tendremos que correr en línea recta hasta la cerca, y luego hacia el desierto.

—No logro descifrar como tú y la garde se las arreglaron para llegar aquí exactamente al mismo tiempo.

—No sabemos con seguridad si es la garde.

—Vamos, papá —le digo, señalando con el pulgar las llamas que se elevan desde la base—. Tú dijiste que este lugar es de los mogs y que el gobierno tiene una especie de convenio con ellos, así que sabemos que no es el ejército. ¿Quién más podría causar todo esto?

Mi papá me mira fijamente, al parecer un poco sorprendido.

—Los conoces. No puedo creer que los conozcas —susurra y sacude la cabeza con culpabilidad—. Nunca fue mi intención involucrarte en este desastre.

—Tú no me involucraste, papá. No es tu culpa que mi mejor amigo resultara ser un alienígena. De cualquier forma, ya estoy involucrado y tenemos que ayudarlos.

Es difícil de decir por la oscuridad y el humo, pero pareciera que papá me está viendo por primera vez. Durante nuestro apresurado encuentro dentro de la base, probablemente veía al niño que era cuando él desapareció. Pero ya no soy un niño. Por la mirada en su rostro, una mezcla de tristeza y orgullo, creo que ya dio cuenta de eso.

—Te has convertido en un joven muy valiente —dice—, pero sabes que no podemos volver allí, ¿verdad? Incluso si la garde está aquí, no voy a arriesgarme, no voy a arriesgarte.

Comienza a moverse de nuevo y yo lo imito con la espalda pegada a la pared, mientras nos aproximamos a una esquina del muro exterior de la base. Mis pies se mueven perezosos, pero no es por el cansancio. Mi corazón sabe que no deberíamos huir y mi cuerpo se una a la protesta. El caos en la base me recuerda a la cueva en Virginia Occidental, y lo que sucedió después: las cadenas, la tortura... y eso podría sucederle a Adam si lo dejamos atrás, o a la garde, si están allí luchando. Quiero hacer algo aparte de correr.

—Podemos ayudarlos —dejo escapar—. Tenemos que hacerlo.

Mi padre asiente.

—Y lo haremos, pero no vamos a ayudar a nadie si nos matan mientras corremos a ciegas de vuelta a una base militar fuertemente fortificada, que también resulta estar incendiándose.

Ese discurso suena familiar. Me toma un segundo darme cuenta de que es exactamente el tipo de advertencia que acostumbraba darle a John, justo antes de que corriera a hacer algo valiente y estúpido.

Mientras lucho por encontrar un argumento sólido para volver a entrar en la base, mi padre se asoma por la esquina y rápidamente se echa atrás. Un segundo después, escucho que se acercan dos pares de pisadas apresuradas.

—Mogs —sisea, agachándose—. Son dos, probablemente estén estableciendo un perímetro.

Cuando el primer guardia mogadoriano pasa corriendo por la esquina, mi papá balancea la reja de acero por abajo, y la estrella justo en las espinillas del mog, que cae al suelo y aterriza con fuerza en su fea cara. El segundo guardia trata de levantar su arma, pero mi padre ya está sobre él. Empiezan a luchar por la pistola; mi padre tiene la ventaja de la sorpresa y la adrenalina. Sin embargo, el mogadoriano es más fuerte, y estrella a mi padre contra la pared, con el arma todavía atrapada entre ellos. Escucho que mi padre deja escapar una ráfaga de aire.

Corro hacia el primer guardia antes de que pueda recomponerse y lo golpeo fuerte a un costado de la cabeza, tan fuerte que inmediatamente siento que los dedos se me inflaman dentro de las zapatillas gastadas. Tomo su arma, doy vuelta, y disparo. El disparo chisporrotea en la pared justo al lado de la cabeza de papá. Corrijo mi objetivo y disparo de nuevo.

Mi padre escupe ceniza negra luego de que el mogadoriano se desintegre frente a él. Como no quiero correr ningún riesgo, le disparo al mogadoriano que yace a mis pies.

Observo cuando su cuerpo explota en una nube de hollín que se extiende por el pavimento. Es un espectáculo muy satisfactorio.

Cuando levanto la mirada, papá está mirándome con una mezcla de asombro y orgullo.

—Buen disparo —me felicita. Recoge la segunda arma mogadoriana y se asoma por la esquina de nuevo—. No hay moros en la costa, pero vendrán más. Tenemos que movernos.

Vuelvo la vista hacia la base, preguntándome si mis amigos todavía están luchando por sus vidas allí dentro. Al sentir mis dudas, papá me toma por el hombro.

—Sam, sé que quizá en este momento no sirva de mucho, pero tienes mi palabra de que vamos a hacer todo lo que podamos por la garde. Salvarlos a ellos, proteger la Tierra... es el trabajo de mi vida.

—El mío también —replico, y me doy cuenta al decirlo, de que esas palabras son ciertas.

Él asoma la cabeza por la esquina de nuevo, y me hace un gesto para que avancemos. Corremos por la abertura y nos dirigimos hacia la torre de vigilancia

derrumbada donde mi padre dice que habrá una salida a través de la cerca de Dulce. Medio espero que en cualquier momento nos lleguen disparos de cañón desde atrás, pero nunca sucede. Miro sobre el hombro el humo que se eleva desde la base. Espero que la garde y Adam logren salir con vida.

El viejo Chevy Rambler de papá está estacionado justo donde él dijo que estaría. Conducimos hacia el este por el desierto hasta que llegamos a Texas. No nos encontramos con ningún obstáculo en la calle, y no nos ha perseguido ningún coche negro de patrulla del gobierno; las calles están oscuras y vacías hasta que llegamos a Odessa.

—Entonces —comienza papá casualmente, como si me preguntara cómo estuvo mi día en la escuela—. ¿Cómo terminaste siendo el mejor amigo de uno de los miembros de la garde?

—Su nombre es John —le digo—. En realidad, su cêpan vino a Paraíso buscándote. Nos conocimos en la escuela y teníamos, eh, unos amigos en común.

Miro por la ventana y observo Texas mientras pasa volando. Ha pasado un tiempo desde la última vez que pensé en la escuela, en Mark James, en el estiércol en mi casillero y en el psicótico paseo de Halloween. Es difícil creer que alguna vez consideré a Mark y a su pandilla la gente más peligrosa en mi mundo. Me rio suavemente y papá voltea a verme.

—Cuéntamelo todo Sam, siento como si me hubiera perdido de mucho.

Así que lo hago. Comienzo con cómo conocí a John en la escuela, salto a la batalla en el campo de fútbol americano y termino con nuestro tiempo como fugitivos y en mi captura. Tengo toneladas de preguntas para mi padre, pero la verdad es que hablar se siente muy bien. No es solo porque pasara semanas solo en aquella celda, sino también porque he extrañado confiarle cosas a papá.

Es tarde cuando nos detenemos en un motel a las afueras de la ciudad. Aunque papá y yo estamos muy sucios (lucimos como si acabáramos de escapar de la prisión por un túnel, que es lo que hicimos) el cansado anciano que renta las habitaciones no nos hace ninguna pregunta.

Nuestra habitación está en el segundo piso con una vista a la descuidada piscina del motel, llena a partes iguales de agua marrón oscuro, hojas muertas y envoltorios de comida rápida. Antes de subir, nos detenemos en el coche para recoger algo de equipaje. Papá saca una mochila de la camioneta y me la entrega.

—Estas eran las cosas de Adam —comienza penosamente—. Debe de haber algo de ropa limpia allí.

—Gracias —le digo, estudiando a mi padre; tiene una mirada preocupada en el rostro—. La mantendré segura por él.

Papá asiente, pero puedo ver que piensa lo peor. Está preocupado por el chico mogadoriano, y de repente, comienzo a preguntarme si habrá estado igual de preocupado por mí cuando estuvo lejos todos estos años.

Con un gruñido, me echo al hombro la mochila de Adam y me dirijo hacia la habitación del motel. Aparentemente, hay un lazo entre mi padre y Adam que realmente no puedo entender y empiezo a sentirme un poco celoso. Pero entonces, papá me pone una mano en el hombro mientras caminamos y recuerdo cuánto tiempo he estado buscándolo, que me salvó y que dejó a Adam atrás para hacerlo. Para salvarme, abandonó al mogadoriano que de alguna forma ha desarrollado un legado. Hago a un lado mis mezquinos pensamientos y trato de pensar racionalmente sobre qué significa todo.

—¿Cómo conociste a Adam? —pregunto, mientras él abre la puerta.

—Él me rescató, los mogadorianos me tenían prisionero. Experimentaban conmigo.

La habitación del motel es pequeña y tan sucia como esperaba. Una cucaracha se esconde bajo la cama cuando encendemos la luz. El lugar huele a moho. Hay un baño pequeño y, a pesar de que la bañera está salpicada de moho, no veo la hora de darme una ducha. En comparación con lavarme con agua helada de un cubo de metal, este lugar es el paraíso.

—¿Qué clase de experimentos?

Papá se sienta al pie de la cama, me siento junto a él y juntos vemos nuestro reflejo en el manchado espejo del motel. Hacemos una gran pareja: ambos sucios y demacrados por nuestros recientes encarcelamientos. Padre e hijo.

—Intentaban entrar a mi mente y sacar cualquier cosa útil que pudiera saber acerca de la garde.

—¿Porque eras uno de aquellos que conocieron a la garde cuando llegaron a la Tierra, verdad? Encontramos tu búnker en el patio trasero. Deduje algunas cosas.

—Anfitriones —dice mi padre con tristeza—. Conocimos a los lorienses cuando aterrizaron, los ayudamos establecerse y a huir. Esos nueve pequeños, todo ellos tan atemorizados. Y sí, que aterrizara esa nave fue una de las cosas más maravillosas que he visto.

Sonrío, pensando en la primera vez que vi a John usar sus legados. Fue como si alguien hubiera apartado una cortina y hubiera revelado un universo de posibilidades. Todos los libros nerds que había leído sobre alienígenas, que deseaba tanto que fueran verdad, de repente lo eran.

—Supongo que demostramos ser más fáciles de cazar que la garde. Teníamos familias, vidas que no podían ser solo desarraigadas. Los mogadorianos nos encontraron.

—¿Qué les pasó a los otros?

Las manos de papá tiemblan un poco. Suspira.

—Todos fueron asesinados, Sam. Yo soy el último.

Miro fijamente por el espejo la mirada atormentada en su rostro. Estuvo aprisionado por los mogs durante todos estos años; me siento mal por pedirle que vuelva a lo que deben ser recuerdos horribles.

—Lo siento —digo—. No tenemos que hablar de eso.

—No —replica él, decidido—. Mereces saber por qué no estuve... por qué no estuve en tu vida como debía.

Papá arruga el rostro como si estuviera tratando de recordar algo. Dejo que se tome su tiempo, y me agacho para desatarme los zapatos. Tengo los dedos hinchados de cuando pateé a aquel mog en la cara. Comienzo a frotármelos con suavidad y me aseguro de que no haya algún hueso roto.

—Intentaban arrancarnos cosas de la memoria, cualquier cosa que los pudiera ayudar a cazar a la garde. —Se pasa una mano por el cabello, y se frota el cuero cabelludo—. Lo que me hicieron... dejó lagunas. Hay cosas que no recuerdo, hay cosas importantes, cosas que sé que debería recordar, pero no puedo.

Le palmeo la espalda.

—Encontraremos a la garde, y quizás ellos, no lo sé, tengan alguna forma de revertir lo que te hicieron los mogs.

—Optimismo —dice mi padre, sonriéndome—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que recuerdo haber sentido eso.

Papá se levanta y toma su mochila, saca uno de esos teléfonos de plástico baratos que venden sin contrato en las estaciones de servicio y mira con tristeza la pantalla.

—Adam tiene este número —dice papá—. Ya debería haber llamado para reportarse.

—Era una locura allá, quizás perdió su teléfono.

Papá ya está marcando el número. Se lleva el teléfono al oído, y escucha. Después de unos segundos de silencio, cuelga.

—Nada —dice, sentándose de nuevo—. Creo que hice que mataran a ese chico esta noche, Sam.

CAPÍTULO CUATRO

Traducido por andres_1987

Corregido por Pamee

Me doy la que debe ser la mejor ducha de mi vida en el baño de este motel mugroso. Ni siquiera el moho oscuro que se extiende desde el drenaje hasta las orillas curvadas del piso de goma puede empañar la experiencia. El agua caliente se siente asombrosa mientras lava semanas de cautiverio mogadoriano.

Luego de limpiar el vaho del resquebrajado espejo del baño, le echo una larga mirada a mi reflejo. Me puedo ver las costillas y los músculos de mi abdomen sobresalen lo suficiente para darme la tableta de una persona famélica. Tengo círculos oscuros alrededor de los ojos y mi cabello está más largo de lo que ha estado nunca. De modo que así es como luce un humano luchador por la libertad.

Me pongo una camiseta y unos vaqueros que encontré en la mochila de Adam; tengo que usar el último agujero del cinturón, y aun así, los pantalones me cuelgan holgadamente de las caderas. Me gruñe el estómago y me detengo a considerar qué tipo de servicio a la habitación podría tener un motelucho como este. Apuesto que el viejo de la recepción estaría feliz de enviarme un sándwich de queso asado con colillas de cigarrillo.

Cuando vuelvo a la habitación, mi padre ya tiene instalado algunos de sus equipos: hay un portátil sobre la cama con un programa en uso que escanea titulares noticiosos. Está tratando de descifrar nuestra próxima jugada. Es tarde, bien pasada la media noche, y no he dormido. Aunque quiero reunirme con los garde desesperadamente, esperaba que nuestro próximo movimiento pudiera ser una pila de panqueques en el restaurante más cercano.

—¿Algo? —pregunto, mientras bizqueo hacia el portátil.

Mi padre no le está prestando atención al programa; está sentado contra la pared, todavía con el teléfono barato en la mano y mirada indecisa. Echa una mirada indiferente hacia el portátil.

—Aún no.

—Probablemente no llamará hasta que esté en un lugar seguro —le digo, tratando de quitarle el teléfono de la mano, él lo aleja.

—No es eso —dice—. Tenemos que hacer otra llamada; he estado pensando en qué decirle todo este rato y aún no lo sé. —Traza con el pulgar un patrón conocido en el teclado del teléfono, como si de verdad estuviese marcando. Estoy tan enfocado en la

idea de encontrar a la garde y luchar contra los mogadorianos, que al principio ni siquiera estoy seguro de a quién se refiere. Cuando caigo en la cuenta, me dejo caer de golpe sobre la cama, sintiéndome tan estupefacto como mi padre.

—Tenemos que llamar a tu madre, Sam.

Asiento, pero no sé con seguridad que podría decirle a mamá a estas alturas. La última vez que me vio, acababa de luchar con los mogs en Paraíso y huía en medio de la noche con John y Seis. Creo que le dije que la amaba mientras corría, y ya sé que no fue mi salida más afectuosa, pero de verdad pensé que regresaría pronto. Nunca soñé que una raza de alienígenas hostiles me retendría prisionero.

—Va a estar bastante enojada, ¿eh?

—Está enojada conmigo —me contradice papá—, no contigo. Estará más que feliz de escuchar tu voz y saber que estás bien.

—Un momento... ¿la viste?

—Nos detuvimos en Paraíso antes de dirigirnos hacia Nuevo México; así fue como me di cuenta de que habías desaparecido.

—Y, ¿está bien? ¿Los mogs no fueron tras ella?

—Aparentemente no, pero eso no significa que esté bien. Ha sido duro verte partir, me culpa a mí y no está del todo equivocada. No me dejó quedarme en la casa, lo que es comprensible, así que tuvimos que dormir en mi búnker.

—¿Con el esqueleto?

—Sí, otro vacío en mi memoria: no tengo idea de a quién pertenecen esos huesos. —Me pone mala cara—. No intentes cambiar el tema...

Por un lado me preocupa que mi madre me castigue vía telefónica, y por otro que apenas oiga su voz, quiera olvidarme de toda esta guerra y vuelva corriendo a casa. Trago con fuerza...

—Es plena noche, ¿no deberíamos esperar hasta mañana?

Mi padre sacude la cabeza.

—No, no podemos posponer este asunto, Sam. Quién sabe qué pueda sucedernos mañana.

Con eso, súbitamente resuelto, marca el número de nuestra casa. Sostiene con nerviosismo el teléfono contra la oreja y espera. Tengo recuerdos de mis padres juntos, viejos recuerdos de antes que papá desapareciera. Eran felices. Me pregunto qué debe estar pasando por la cabeza de papá en este momento, al tener que dar la noticia de que todavía no vamos a regresar. Seguramente, se siente tan culpable como yo.

—Es la contestadora —dice papá después de un momento. Casi parece aliviado, entonces cubre el teléfono con una mano—. ¿Crees que debería...?.

Se interrumpe cuando suena un bip diminuto; mueve la boca en silencio mientras piensa en qué decir.

—Beth, soy... —tartamudea, y se pasa la mano libre por el cabello—. Soy Malcolm. No sé por dónde comenzar, y puede que la contestadora no sea el mejor lugar, pero estoy vivo. Estoy vivo, lo siento y te extraño terriblemente. —Papá me echa una mirada con los ojos llenos de lágrimas—. Nuestro hijo está conmigo, prometo mantenerlo a salvo. Algún día, si me lo permites, te lo explicaré todo. Te amo.

Me pasa el teléfono con mano temblorosa, lo tomo y digo:

—¿Mamá? —comienzo, e intento no pensar demasiado en lo que voy a decir; dejo que fluyan las palabras—. Yo... al fin encontré a papá o, mejor dicho, él me encontró. Estamos haciendo algo asombroso, mamá; algo para mantener al mundo a salvo que, eh, no es para nada peligroso, te lo prometo. Te amo, volveremos pronto a casa.

Cuelgo el teléfono y lo miro por un momento, antes de levantar la vista hacia papá. Aún le brillan los ojos cuando levanta la mano y me palmea la rodilla.

—Eso estuvo bien —me dice.

—Espero que todo sea verdad —le respondo.

—Yo también.

CAPÍTULO CINCO

Traducido por andres_1987

Corregido por Pamee

Los primeros rayos del nuevo día se deslizan entre los edificios, repelen el aire frío de la noche, y vuelven el cielo de Chicago primero de un tono púrpura, y luego rosa. Observo desde la azotea del John Hancock Center mientras el sol se eleva lentamente sobre el lago Míchigan.

Es la tercera noche seguida que subo aquí, incapaz de dormir.

Logramos llegar a Chicago hace unos días. La primera parte del viaje la hicimos en una van del gobierno robada, la segunda a bordo un tren de carga. Es bastante fácil moverse a hurtadillas por el país cuando uno de tus compañeros puede volverse invisible y otro puede teletransportarse.

Camino por la azotea y me asomo por el borde del edificio mientras Chicago comienza a despertar. Las calles, las arterias de la ciudad, pronto están atestadas de tráfico y los oficinistas pasan a toda prisa de una acera a otra.

Sacudo la cabeza al verlos.

—No tienen idea de lo que les espera...

Bernie Kosar se dirige hacia mí en forma de beagle. Se estira y bosteza, luego me acaricia la mano con el hocico.

Debería estar feliz de estar vivo. Luchamos contra Setrákus Ra en Nuevo México y no sufrimos ninguna baja. Los que quedan de la garde (con excepción del aún desaparecido Número Cinco), están en el piso de abajo, seguros y en buena forma, la mayoría recuperándose de sus heridas. Y Sarah, ella está allí también; la salvé.

Bajo la mirada a mis manos. En nuevo México estaban cubiertas de sangre; la sangre de Eli y la sangre de Sarah.

—Están tan cerca del fin de su mundo, y ni siquiera lo saben.

Bernie Kosar se transforma en gorrión, vuela por entre la grieta entre el John Hancock Center y el edificio más cercano, para luego aterrizar sobre mi hombro.

Miro a los humanos de allá abajo, pero en realidad pienso en los garde. Todo el mundo se ha dedicado a relajarse desde que llegamos al lujoso ático de Nueve. Ya sé que un poco de descanso y recuperación definitivamente estaban en la lista, simplemente espero que no se hayan olvidado de lo cerca que estuvimos de la derrota en Nuevo México, porque es lo único en lo que yo puedo pensar.

Si Eli no hubiera herido a Setrákus de alguna forma, y esa explosión en otra parte de la base no hubiera ahuyentado al resto de los mogs, estoy seguro de que no habiéramos sobrevivido; y si yo no hubiera desarrollado el legado de curación, Sarah y Eli de seguro habrían muerto. No puedo sacarme de la mente la imagen de sus rostros quemados.

Nunca volveremos a tener tanta suerte. Si no nos preparados para la próxima vez que enfrentemos a Setrákus Ra, ninguno de nosotros sobrevivirá.

Para cuando bajo de la azotea, la mayoría ya ha despertado.

Marina, que está en la cocina, utiliza su telequinesis para batir un tazón de huevos con leche, mientras simultáneamente friega algunas manchas de lo que solía ser un mesón embaldosado immaculado; desde que nos mudados los siete aquí (incluido BK), no hemos cuidado de la mejor forma del elegante apartamento de Nueve.

Marina me saluda con la mano cuando me ve.

—Buenos días, ¿huevos?

—Buenos días. ¿No cocinaste tú anoche? Alguien más debería reemplazarte.

—La verdad no me importa —dice Marina, mientras alegremente baja de un estante una máquina para hacer granizados—. Aún no puedo creer este lugar. Me da un poco de envidia que Nueve pudiera vivir aquí por tanto tiempo. Es tan diferente de lo que estoy acostumbrada; ¿es raro que quiera probar todos estos aparatos?

—No es para nada raro. —La ayudo a terminar su limpieza del mesón—. Mientras estemos aquí, al menos deberíamos empezar a tomar turnos para cocinar y limpiar.

—Sí —concuerta Marina, mientras me mira de reojo—. Deberíamos arreglar eso.

—¿Por qué me miras así?

—No es nada, dividir los quehaceres es una buena idea. —Entonces aleja la mirada nerviosamente; definitivamente tiene algo más en mente.

—Vamos, Marina, ¿qué pasa?

—Es solo que... —Toma un paño y limpia un plato mientras habla—. Por tanto tiempo viví sin ningún tipo de guía, sin saber ni siquiera cómo debería comportarse un garde. Entonces vino Seis a buscarme a España y me enseñó, y luego nos reunimos contigo y Nueve justo antes de que nos guiaras a la batalla contra el mogadoriano más malvado que haya existido. Fue como... vaya, estos tres realmente saben lo que hacen, pueden arreglárselas solos.

—Eh, gracias.

—Pero ahora han pasado días desde que regresamos y estoy empezando a tener esa sensación otra vez, como si no supiéramos lo que estamos haciendo. Supongo que lo que pregunto es si existe algún otro plan más allá de estos quehaceres domésticos.

—Estoy trabajando en ello —balbuceo.

No quiero decirle a Marina que nuestra siguiente jugada, o la falta de ella, es lo que me ha tenido en vela todas estas noches. No tenemos idea de dónde puede haberse escondido Setrákus Ra después de la pelea de nuevo México, e incluso si lo supiéramos, aún no siento que estemos listos para luchar contra él. Podríamos ir a buscar a Número Cinco, ya que la tablet localizadora que encontramos en el búnker subterráneo de Malcolm nos mostró un punto a las afueras de la costa de Florida que es muy probable que sea él. Luego está Sam. Sarah jura haberlo visto en Nuevo México, pero nunca nos lo topamos en Dulce y ya que Setrákus Ra parece poder tomar la forma de otros, comienzo a pensar que fue eso lo que vio y que Sam está encerrado en otra parte... asumiendo que aún esté vivo.

Tantas decisiones que tomar, sin mencionar que deberíamos estar entrenando.

Aun así, he estado dándole largas al asunto los últimos días, demasiado conmocionado por nuestra casi derrota en nuevo México para enfocarme en formular un plan.

Tal vez sean las comodidades del ático de Nueve después de una experiencia cercana a la muerte, sin mencionar los años que hemos vivido a la fuga, pero parece que todo el grupo necesita un descanso. Si alguno ha estado castigándose mentalmente por no tener un plan apropiado, no lo ha demostrado.

Ah, y hay otra cosa que también me distrae; imagino que es más o menos lo mismo que Marina y sus ganas de probar toda la tecnología de la elegante cocina de Nueve: quiero pasar algo de tiempo con Sarah. Me pregunto qué pensaría Henri de ello. Estaría decepcionado de mi falta de enfoque, lo sé, pero no puedo evitarlo.

Como si supiera lo que estoy pensando, Sarah me envuelve la cintura con los brazos desde atrás, y me acaricia el cuello con el rostro. Estaba tan enfocado en mis pensamientos que ni siquiera la oí entrar a la cocina.

—Buenos días, guapo.

Me giro para darle un beso lento y dulce. Incluso con lo estresado que estoy, casi me estoy acostumbrando a mañanas como ésta; mañanas donde me levanto y beso a Sarah y tengo un día normal, y me acuesto sabiendo que ella estará allí cuando me despierte.

Sarah pone su cara junto a la mía y me dice en un susurro:

—Te levantaste temprano de nuevo.

Hago una mueca. Pensé que me había escabullido de la cama en silencio para ir a meditar un poco a la azotea.

—¿Está todo bien? —pregunta Sarah

LA CAÍDA DE CINCO

—Sí, claro —le digo, tratando de distraerla con otro beso—. Estás aquí, ¿cómo podría no ser así?

Marina se aclara la garganta; probablemente teme que empecemos a besarnos allí mismo en la cocina delante de ella. Sarah me guiña un ojo y se aleja, toma el tazón flotante de huevos de Marina y se encarga de ellos.

—Ah —dice Sarah, girándose para mirarme—. Nueve te está buscando.

—Genial —le respondo—. ¿Qué quiere?

Sarah se encoge de hombros.

—No le pregunté. Tal vez quiere compartir algunos consejos de moda. —Se lleva un dedo a los labios y me estudia pensativa—. De hecho, probablemente no sea mala idea.

—¿Qué quieres decir?

Sarah me guiña un ojo.

—Anda sin camisa. Otra vez.

Gimo y salgo de la cocina para ir en busca de Nueve.

Sé que el ático es su casa y que está en pleno derecho de ponerse cómodo, pero ha estado pavoneándose por ahí sin camisa en casi cada oportunidad que tiene. No estoy seguro de si espera que las chicas súbitamente empiecen a adularlo, o si simplemente anda por ahí exhibiendo los músculos para molestarme. Probablemente las dos cosas.

Encuentro a Seis sentada en la espaciosa sala de estar del ático. Está sentada sobre las piernas en un cómodo sofá blanco, y sostiene una taza de café en las manos. No hemos hablado mucho desde que volvimos de Nuevo México, porque aún no me siento totalmente cómodo estando cerca de ella y Sarah al mismo tiempo. Pienso que Seis podría sentir lo mismo, porque definitivamente tengo la sensación de que me ha estado evitando. Seis levanta la mirada en cuanto entro, con los ojos entrecerrados y soñolientos; parece tan cansada como yo me siento.

—Hola —la saludo—. ¿Cómo paso Eli la noche?

Seis sacude la cabeza.

—Pasó la noche en vela, simplemente no puede descansar bien.

Añádase las pesadillas de Eli a la lista de problemas con los que necesitamos lidiar. Han sucedido todas las noches desde que dejamos Nuevo México, tan malas, que Seis y Marina se han estado turnando para dormir en su habitación para asegurarse de que no se asuste demasiado.

—¿Te ha dicho lo que ve? —le pregunto a Seis, bajando la voz.

—Solo partes —dice Seis—. No es precisamente comunicativa, ¿sabes?

—Antes de Nuevo México, Nueve y yo tuvimos visiones que se parecían mucho a pesadillas —le digo, tratando de ahondar un poco en el asunto.

—Ocho mencionó algo similar.

—Al principio pensamos que era algo que Setrákus Ra utilizaba para burlarse de nosotros, pero también parecían alguna clase de advertencia. Por lo menos así es como yo las veía. Tal vez deberíamos tratar de averiguar qué significan las pesadillas de Eli.

—Claro. Me imagino que podrían ser algún mensaje codificado —dice Seis, inexpresiva—. Pero... ¿has considerado un enfoque más simple?

—¿Cómo cuál?

Seis entorna los ojos.

—Como que Eli es una niña, John. Su cêpan acaba de morir, casi la asesinan tan solo un par de días atrás, y quién sabe qué le reserva el destino. Demonios, me sorprende que todos no tengamos pesadillas cada maldita noche.

—Ahí tienes un pensamiento reconfortante.

—Estos no son tiempos reconfortantes.

Antes de que pueda contestar, Ocho aparece en el sofá junto a Seis; ella da un salto y casi derrame el café; inmediatamente le dirige a Ocho una mirada dura como el acero. Ocho levanta las manos defensivamente.

—Vaya, lo siento —dice Ocho—. No me mates.

—Deja de hacer eso —responde Seis, mientras pone el café en la mesa.

Ocho está vestido con ropa deportiva y lleva una banda elástica y esponjosa que le aplasta el cabello rizado. Me saluda con la cabeza, y le ofrece a Seis su sonrisa más cautivadora.

—Vamos —dice Ocho—. Puedes desquitarte conmigo en la Sala de Clases.

Seis se pone de pie, complacida con la idea.

—Te voy a machacar.

—¿En qué trabajan, chicos? —pregunto

—Mano a mano —responde Ocho—. Me imaginé que como Seis estuvo a punto de asesinarme en Nuevo México...

—Por última vez, ¡no fui yo! —interrumpe Seis, enojada.

—...lo mínimo que podría hacer es mostrarme sus movimientos para poder defenderme la próxima vez que me ataque —concluye él.

Seis intenta golpear a Ocho en el brazo, pero él se teletransporta rápidamente detrás del sofá.

—¿Ves? —Se ríe Ocho—. ¡Ya soy demasiado rápido para ti!

Seis salta sobre el sofá tras él y Ocho emprende carrera hacia la Sala de Clases. Antes de ponerse a la cacería, Seis voltea para mirarme.

—Tal vez deberías intentar hablar con ella.

—¿Yo?

—Sí —responde ella—. Tal vez puedas decidir si sus visiones significan algo o si solo está traumatizada.

Tan pronto Seis deja la habitación, se escucha un golpe sordo en el suelo detrás de mí. Volteo y encuentro a Nueve con una sonrisa maliciosa en la cara y sin camisa, tal como había dicho Sarah; sostiene un bloc de dibujo en las manotas. Le echo una mirada al techo.

—¿Cuánto tiempo estuviste allá arriba?

Nueve se encoge de hombros.

—Pienso mejor cuando estoy de cabeza, amigo.

—No me había dado cuenta de que pensaras.

—Okay, buen punto, por lo general tú piensas lo suficiente por todos nosotros. —Me avienta el bloc—. Pero échale un vistazo a esto.

Tomo el bloc y paso las páginas: están cubiertas con planos de un edificio dibujado con la precisión de Nueve. Es como el diseño de alguna base militar, pero me parece extrañamente familiar.

—¿Es...?

—Virginia Occidental —declara Nueve con orgullo—. Todos los detalles que puedo recordar. Debería sernos útil cuando atacemos el lugar, estoy seguro de que ahí se esconde ese gordo idiota de Setrákus.

Me siento en el sofá y tiro el bloc sobre un cojín a mi lado.

—Cuando quise atacar la cueva, tú te opusiste.

—Eso fue después de que te corrieras contra un campo de fuerza como un idiota —responde—. Dije que necesitábamos números. Ahora tenemos números.

—Hablando de eso, ¿revisaste la tablet esta mañana?

Nueve asiente.

—Cinco está quieto, por ahora.

Hemos estado vigilando nuestra tablet localizadora desde que llegamos a Chicago. Cinco, el único garde con el cual no hemos contactado todavía, ha estado en una isla a las afueras de la costa de Florida los últimos días. Antes de irnos a Nuevo México, estaba en Jamaica. Su patrón de movimiento concuerda con el protocolo de huida estándar loriense. Encontrarlo, aun con la tablet que nos indica la dirección adecuada, podría no ser fácil.

—Ahora que tuvimos la oportunidad de descansar un poco, creo que deberíamos volverlo una prioridad. Entre más, mejor, ¿no?

—Y tal vez mientras buscamos a Cinco, Setrákus Ra invada la Tierra a gran escala. —Nueve golpea el frente de su bloc para enfatizar—. Lo hicimos huir, deberíamos terminarlo ya.

—¿Huir? —le pregunto mirándolo fijamente—. Eso no es lo que recuerdo, exactamente.

—¿Qué? Pero huyó, ¿cierto?

Sacudo la cabeza.

—¿Piensas que estás listo para la revancha?

—Dímelo tú. —Nueve dobla uno de los brazos hacia atrás y el otro sobre la cabeza, típica pose de concurso de físico culturismo. No puedo evitar reírme.

—Estoy seguro de que se sentirá intimidado con la pose.

—Es más intimidante que quedarse sentado, de todas formas —replica Nueve mientras se echa en el sillón a mi lado.

—¿De verdad crees que deberíamos ir a Virginia Occidental armando alboroto después de la paliza que nos dieron en Dulce?

Nueve baja la mirada a los puños, los abre y los cierra, mientras probablemente recuerda lo cerca que estuvo de que Setrákus lo matara.

Lo cerca que estuvimos todos.

—No sé —reconoce, después de una pausa—. Solo quería decírtelo para que sepas que es una opción, ¿está bien? Puede que creas que no soy capaz, no sé, de aprender mis límites y cosas así; tal vez en Nuevo México me confié un poco cuando intenté luchar solo contra Setrákus. Seis también intentó hacerlo por su cuenta, a Ocho lo hirieron y a todos los demás les estaban disparando. ¡Pero tú te mantuviste centrado, hombre! Nos mantuviste centrados, todo el mundo lo sabe. Todavía no me trago tus patrañas de que eres la reencarnación de Pittacus, pero tienes una onda de capitán de equipo, así que tú puedes hacer de líder y yo me encargaré de patear traseros, porque soy el mejor en eso.

—¿El mejor? No lo sé. Seis también es bastante buena pateando traseros.

Nueve resopla.

—Sí claro, se veía malditamente amenazante en su crisálida del techo. Ese no es el punto Johnny, el punto es que necesito que me digas qué debo golpear y necesito que me lo digas pronto o me voy a volver loco aquí.

Le echo otra mirada al bloc de Nueve. Por los detalles, probablemente se puso a dibujar los planos apenas llegamos de Nuevo México. Aunque sea un fanfarrón, al menos ha estado tratando lo mejor que puede de ingeniarse una forma de seguir la

lucha con los mogadorianos; mientras que yo he estado atrapado en la rutina, incapaz de dormir, volviéndome loco con mis pensamientos, solo en la azotea.

—Desearía que Henri estuviera aquí, o Sandor, o cualquier otro cêpan, alguien que pudiera decirnos qué hacer a continuación.

—Sí, bueno, están muertos —responde Nueve, llanamente—. Depende de nosotros ahora y tú siempre eres el que tiene las ideas. Demonios, la última vez que no quise aceptar tus planes, casi tengo que arrojarte de la azotea.

—No soy un cêpan.

—No, pero eres un maldito sabelotodo. —Nueve me palmea con fuerza la espalda, lo que he aprendido es su forma más cercana de demostrar afecto—. Deja de lloriquear, deja de besuquearte con tu noviecita humana y piensa en un plan brillante.

Hace una semana, se me hubiera erizado el pelo como una fiera si Nueve me hubiera dicho llorón y me hubiera molestado con respecto a Sarah. Ahora, sé que está tratando de motivarme. Esta es su versión de un discurso inspirador y, vergonzoso como parezca, creo que necesitaba escucharlo.

—¿Qué pasaría si no tengo un plan? —le pregunto quedamente.

—Esa, Johnny, simplemente no es una opción.

CAPÍTULO SEIS

Traducido por Pamee

Estoy de vuelta en la azotea del John Hancock Center. Esta vez, no estoy solo. —No tenemos que hablar de ello si no estás lista —digo con suavidad, mirando la forma sentada a lo indio en la azotea junto a mí.

Eli tiene una manta envuelta alrededor de los hombros, aunque no hace mucho frío en la azotea. De alguna forma, parece más pequeña de lo habitual, y me pregunto si es el estrés el que causa que se vuelva más joven. Bajo la manta, usa una de las viejas camisas de franela de Nueve, que le llega hasta las rodillas. Últimamente, parece que solo puede dormir en paz durante las tardes. Probablemente, hoy ni siquiera se habría levantado si Marina no la hubiera presionado para que viniera aquí a hablar conmigo.

—Lo intentaré —dice Eli; es difícil oír su voz por encima del viento—. Marina dice que podrías ser capaz de ayudar.

«Gracias, Marina» pienso. Apenas he hablado con Eli a solas desde que nos conocimos en Nuevo México. Supongo que esta es una buena oportunidad para conocerla mejor, aunque desearía que fuera bajo mejores circunstancias.

Tengo muchas ganas de ayudarla, simplemente no estoy seguro de cómo hacerlo. Difícilmente soy un experto en estas visiones, o un psiquiatra, si eso es lo que necesita. Este es el tipo de charla que normalmente le hubiera tocado a un cêpan, pero como Nueve me recordó más temprano, ya no nos quedan de éstos.

Intento sonar confiado:

—Marina tiene razón, ya he tenido de esos sueños.

—¿Sueños con él? —pregunta Eli, y por la forma en que baja la voz, no hay duda sobre quién está hablando.

—Sí —contesto—. Ese monstruo feo ha pasado tanto tiempo en mi cabeza, que debería cobrarle renta.

Eli sonríe un poco, luego se pone de pie, y patea un poco de gravilla suelta por la azotea. Le pongo una mano en el hombro de forma tentativa y ella suspira, casi como si fuera un alivio.

—Siempre empieza de la misma forma —comienza Eli—. Estamos de vuelta en esa base, luchando con Setrákus y sus esbirros. Estamos, ya sabes, estamos perdiendo.

Asiento.

—Sí, recuerdo esa parte.

—Recojo un trozo de metal del suelo. No sé qué es exactamente, un trozo roto de espada, tal vez. Cuando lo toco, comienza a brillar en mi mano.

—Espera —digo, intentando ordenar esta parte—. ¿Es lo que pasó o es solo del sueño?

—Eso pasó —explica—. Estaba asustada y tomé lo primero que pude. Mi gran plan era arrojarle cosas hasta que dejara de golpear a Nueve.

—Desde donde estaba, parecía una especie de dardo —digo, recordando la batalla, todo el humo y el caos—. Un dardo brillante. Pensé que era algo que habías sacado de tu cofre.

—No tengo cofre —replica Eli hoscamente—. Supongo que olvidaron empacarme uno.

—Eli, ¿sabes lo que creo? —Intento sonar consolador, pero es difícil ocultar la emoción en mi voz—. Creo que desarrollaste un legado allí y todos estábamos demasiado aterrorizados para darnos cuenta.

Eli se mira las manos.

—No lo entiendo.

Recojo un puñado de esas piedrecillas sueltas de la azotea, y se las extiendo.

—Creo que hiciste algo con ese trozo de espada, y cuando golpeaste a Setrákus Ra con eso, le hiciste daño.

—Oh —exclama, para nada emocionada.

—¿Crees que puedas hacerlo otra vez? —Le alargo las piedras.

—No quiero —replica con brusquedad—. Se sintió... mal, de alguna forma.

—Solo estabas asustada... —comienzo a decirle, intentando animarla, pero cuando se aleja de mí un paso, me doy cuenta de que cometí un error. Sigue conmocionada por la pelea, los sueños, sus legados. Dejo caer las piedras a la azotea—. Todos lo estábamos. Está bien, podemos preocuparnos de eso después. Termina de contarme sobre los sueños.

Se queda en silencio por un momento, y creo que tal vez se retrajo por completo. Pero, después de un minuto, comienza otra vez.

—Le arrojo ese trozo de metal —dice— y se le clava, igual que en la base. Excepto que, en mi sueño, en vez de retirarse, Setrákus se gira hacia mí. Todos los demás, todos ustedes, desaparecen y quedo sola con él en esa habitación humeante.

Eli se abraza y tiembla.

—Se saca el dardo y me sonrío, me sonrío con esos dientes horribles. Me quedo congelada ahí como una idiota, mientras él camina hacia mí y me toca la cara, me acaricia con el dorso de la mano; su toque es frío como el hielo. Y entonces me habla.

Me siento tembloroso también. La idea de que Setrákus Ra se acerque a Eli y le ponga una asquerosa mano encima, me revuelve el estómago.

—¿Qué dice? —le pregunto.

—Hm —hace una pausa, y baja la voz—. Dice «ahí estás» y después, «te he estado buscando».

—¿Y qué pasa entonces?

—Él... se arrodilla. —Eli baja la voz hasta un susurro gélido—. Toma una de mis manos con las suyas, y me pregunta si he leído la carta.

—¿Qué carta? ¿Sabes de qué está hablando?

Eli aprieta más la manta que le rodea los hombros, sin mirarme.

—No.

Sé, por la forma en que me contesta, que Eli no está siendo del todo honesta. Algo sobre esa carta, lo que quiera que sea, la ha conmovido casi tanto como las visiones de Setrákus Ra. Por su descripción, no sé si los sueños son como los que yo he tenido, como cuando Setrákus me mostró a Sam mientras lo torturaba para intentar utilizarlo de señuelo, o si es como sugirió Seis, que las pesadillas son el simple resultado de todas las cosas horribles por las que Eli ha pasado de verdad. No quiero presionarla más, porque ya parece al borde de las lágrimas.

—Desearía poder decirte que los sueños desaparecerán —le digo, intentando hacer mi mejor imitación de Henri—, pero no puedo. No sé qué los causa, solo sé lo dolorosos que pueden ser.

Eli asiente, en apariencia decepcionada.

—Está bien.

—Si lo ves en un sueño otra vez, solo recuerda que no puede hacerte daño. Y cuando intente tomarte la mano, le das un puñetazo en la fea cara.

Eli esboza una sonrisa.

—Lo intentaré.

No estoy seguro de si algo de lo que dije ayudó a Eli en realidad, pero un detalle de nuestra conversación se me queda grabado. Lo que fuera con lo que golpeó a Setrákus Ra, estoy seguro de que era el resultado de la aparición de un nuevo legado. Cargó ese proyectil y, de alguna forma, le hizo daño, o al menos lo distrajo lo suficiente para que pudiéramos recuperar nuestros legados. Ahora solo tengo que convencerla de que

intente hacerlo otra vez, y ojalá averiguar qué puede hacer ese legado exactamente. Si resultó una vez, tal vez resulte de nuevo.

Si voy a idear un plan para matar por fin a Setrákus Ra, necesitaré a mi disposición toda arma que tengamos.

Me dirijo a la Sala de Clases, esperando encontrar algo en mi cofre, o en el arsenal de Nueve, que pueda ayudarnos a extraer el legado de Eli. Recuerdo cuando Henri usó una piedra para ayudarme a controlar mi lumen. Me pregunto si algo así podría ayudar a Eli.

Voy absorto en mis pensamientos, cuando escucho el sonido ahogado de disparos.

Retrocedo automáticamente y me encorvo, y las manos me empiezan a arder cuando se activa mi lumen; es por instinto. Conozco la diferencia entre los cañones mogadorianos y la colección de armas de Nueve. Si los mogs supieran dónde estamos todos, juntos, su ataque sería muchísimo más ruidoso que el disparo de un arma.

Incluso tomando todo eso cuenta, el corazón me sigue golpeteando y me siento listo para una pelea. Supongo que Eli no es la única asustadiza después de la batalla en Nuevo México.

Atravieso las pesadas puertas de la Sala de Clase con las manos brillando tenuemente, porque sigo un poco nervioso. Espero encontrar a Nueve, haciendo girar un arma al estilo forajido para guardarla en su funda, después de dispararle a blancos de papel para matar el tiempo. En cambio, encuentro a Sarah agotando la última ronda de una pequeña pistola. La bala atraviesa el hombro del mogadoriano de papel que cuelga al otro lado de la habitación

—No está mal —alaba Seis, mientras se quita un par de audífonos a prueba de sonido. Está junto a Sarah, mirando por encima de su hombro. Usa su telequinesis para acercar el mog de papel. La mayor parte de los tiros de Sarah rasgaron los bordes, o le dieron al mog en los brazos o en las piernas. Sin embargo, uno lo dio justo entre los ojos.

Sarah mete un dedo en ese agujero.

—Puedo hacerlo mejor que esto —afirma.

—No es tan fácil como ser animadora, ¿eh? —pregunta Seis, afablemente.

Sarah descarga su cartucho gastado y pone uno nuevo.

—Obviamente nunca has intentado un salto mortal extendido.

—Ni siquiera sé lo que es.

Al ver esta escena, me siento nervioso repentina e inexplicablemente. Es cierto que algo en cómo Sarah mueve el arma la hace verse sexy de una forma peligrosa que nunca antes había considerado, pero también me hace sentir culpable, porque yo soy

la razón de que ella esté atrapada aquí, practicando tiro al blanco, en vez de estar en Paraíso viviendo una vida normal. Además está el hecho de que no le he contado a Sarah que besé a Seis, ni siquiera he hablado de eso con Seis, y ahora aquí están las dos, pasando el rato. Sé que debería confesárselo a Sarah, con el tiempo. Tal vez cuando no lleve un arma cargada.

Me aclaro la garganta, intentando sonar casual.

—Hola, ¿qué pasa?

Ambas chicas se giran y me miran. Sarah esboza una enorme sonrisa y me saluda con la mano que no sostiene el arma.

—Hola, bebé —dice—. Seis estaba enseñándome a disparar.

—Sí, genial. No me di cuenta de que fuera algo que quisieras hacer.

Seis me da una mirada extraña, como diciendo «¿Quién no querría aprender a disparar?». Pasa un momento extraño entre nosotros, y casi me siento molesto con ella por enseñarle esto a Sarah sin mi permiso. Toda la situación me tiene confundido, y debo parecerlo, porque Seis le quita a Sarah el arma de la mano, pone el seguro y la guarda en la funda.

—Creo que eso es todo por ahora —dice Seis—. Practiquemos más mañana.

—Oh —dice Sarah, decepcionada—. Está bien.

Seis le da una palmadita en el brazo.

—Buenos disparos. —Luego, me da una sonrisa tirante y no sé qué hacer con ella—. Hasta luego, chicos —dice, y pasa rápido junto a mí hacia la puerta.

Sarah y yo nos quedamos en silencio por un momento, con las luces de la Sala de Clases zumbando en el techo.

—Entonces... —comienzo, incómodo.

—Estás extraño —me dice, observándome con la cabeza ladeada.

Tomo el mogadoriano de papel y examino el trabajo de Sarah mientras pienso qué decir.

—Lo sé, lo siento. Es solo que nunca pensé que fueras del tipo armada y peligrosa.

Sarah me frunce el ceño.

—Si voy a estar contigo, no quiero ser una damisela en apuros.

—No lo eres.

—Vamos —dice con bufido—. ¿Quién sabe cuánto tiempo habría estado pudriéndome en Nuevo México si no hubieras aparecido? Y luego... quiero decir, John, casi me reviviste.

Deslizo un brazo a su alrededor, sin querer pensar en Sarah a mis pies, casi muerta.

—Nunca permitiría que algo te sucediera.

Ella hace caso omiso.

—No puedes estar seguro. No puedes hacerlo todo, John.

—Sí, me empiezo a dar cuenta de eso.

Sarah levanta la mirada hacia mí.

—¿Sabes?, hoy pensé en llamar a mis padres. Han pasado semanas. Quería decirles que estoy bien.

—No es una buena idea, la verdad. Los mogadorianos o el gobierno podrían estar monitoreando tu casa en espera de llamadas. Podrían estar rastreándonos.

Las palabras suenan tan frías que me arrepiento de haberlas dicho casi de inmediato. Es increíble lo rápido que estoy entrando en modo líder práctico y paranoico. Pero Sarah no parece ofendida; de hecho, parece que era justo lo que esperaba que dijera.

—Lo sé —dice, asintiendo—. Es exactamente lo que pensé, y es por qué en realidad no lo hice. No quiero ir a casa, quiero quedarme aquí con ustedes, chicos, y luchar. Pero no tengo súper poderes lorienses, solo soy un peso muerto. Quiero practicar tiro al blanco para poder ser más que eso.

Tomo la mano de Sarah.

—Eres más que eso. Te necesito aquí conmigo. Eres prácticamente lo único que me impide perder los papeles.

—Lo entiendo —dice—. Vas a salvar el mundo y yo voy a ayudarte. ¿Ese dicho de que detrás de un gran hombre hay una gran mujer? Puedo ser eso para ti. Quiero ser una gran mujer con excelente puntería.

No puedo evitar reírme, la tensión entre nosotros se disuelve. Levanto la mano de Sarah y se la beso. Ella me envuelve los brazos por la cintura y nos abrazamos. No sé de qué me preocupaba tanto: el solo hecho de tener a Sarah aquí hace que todo parezca más fácil. ¿Idear un plan para derrotar a los mogadorianos? No hay problema. Y en cuanto a ese beso con Seis, ya no parece importante.

Ocho se teleporta en la habitación con un *paf*. Tiene los ojos muy abiertos y parece emocionado, pero se vuelve tímido cuando nos ve.

—Vaya —dice Ocho—. Lo siento, no esperaba besuqueos.

Sarah se ríe disimuladamente, y en broma, lo fulmino con la mirada.

—Más vale que sea algo bueno.

—Deberías ir al taller y verlo por ti mismo. Tengo que ir a buscar a los demás.

Con ese mensaje críptico, Ocho se teletransporta y desaparece.

Sarah y yo intercambiamos una mirada, luego, salimos rápidamente de la Sala de Clases y vamos al viejo taller de Sandor.

Nueve ya está ahí, observando con los brazos cruzados el grupo de pantallas de televisión en la pared. Todos están sintonizados en la misma imagen, un noticiero de una estación local en Carolina del Sur. Nueve pone en pausa la transmisión cuando entramos, y congela la imagen del presentador de cabello gris.

—Encendí algunos de los programas de Sandor el otro día —explica Nueve—. Escanean noticias en busca de mierda extraña que podría estar relacionada con los lorienses.

—Sí, Henri tenía instalado lo mismo.

—Ajá, cosas típicas y aburridas de cêpan, ¿verdad? Excepto que esto apareció anoche.

Nueve reanuda la transmisión, y el presentador continúa su lectura del teleprompter.

—Las autoridades están perplejas ante el vandalismo a los cultivos de un granjero local, ayer en la mañana. La teoría predominante apunta a una broma de estudiantes de secundaria, pero otros han sugerido...

Me desconecto de las teorías del presentador cuando la imagen cambia a una toma aérea de un emblema retorcido, parecido a un laberinto quemado en el maizal. Puede parecer una broma juvenil para el presentador, pero nosotros lo reconocemos de inmediato.

Quemado en esos cultivos con mellada precisión, se encuentra el símbolo loriense de Cinco.

CAPÍTULO SIETE

Traducido por Pamee

Es Cinco, intenta encontrarnos, pero es casi la forma más estúpida posible —dice Nueve.

—Puede estar asustada y sola —se opone Marina con suavidad—. Huyendo.

—Ningún cêpan en sus cabales iría por ahí quemando cultivos, así que debe estar solo. Aun así... —Nueve se interrumpe, y frunce el ceño—. Espera, ¿qué quieres decir con *asustada*? ¿Cinco es una muñequita?

Marina pone los ojos en blanco ante la palabra *muñequita*, luego sacude la cabeza.

—No lo sé. Solo era una suposición.

—Prenderle fuego a una plantación parece cosa de chicos —señala Seis.

—Recuerdo que Henri leyó una historia sobre una chica que levantó un coche que aplastaba a alguien, en Argentina —comento—. Siempre pensamos que podría ser Cinco.

—A mí me suena a historia sensacionalista —me contradice Seis.

—Chico o chica, no importa —interrumpe Nueve, moviendo una mano hacia las pantallas de computador—. Asustado no tiene que significar estúpido.

Concuerdo con Nueve. Si asumimos que este mensaje de verdad es de Cinco y no una elaborada trampa mogadoriana, es una forma muy mala de llamar nuestra atención, porque si nosotros lo notamos, entonces los mogadorianos también, definitivamente.

Estamos todos reunidos en el taller de Sandor. Nueve tiene en pausa el noticiero en la toma aérea del símbolo loriense mientras discutimos qué hacer. Tengo abierto el macrocosmo de mi cofre, el sistema solar holográfico loriense flota pacíficamente en el espacio sobre la mesa.

—No debe tener abierto su cofre —señalo—. Esto cambiaría a la forma del planeta si lo tuviera abierto.

Ocho se encuentra junto a mí, sosteniendo un cristal rojo para comunicación que sacó de su cofre. Es el mismo que encontramos en el de Nueve y utilizamos para enviarle un mensaje a Seis cuando estaba en India.

—¿Estás ahí, Cinco? —Ocho habla en el cristal—. Si es así, probablemente deberías dejar de prenderle fuego a las cosas.

—Creo que solo puede oírte si tiene el cofre abierto —explico—. En cuyo caso, aparecería en el macrocosmo.

—Ah —dice Ocho, bajando el cristal—. ¿No podrían habernos empacado celulares? Mientras tanto, Nueve está conectando nuestra tablet localizadora a uno de los computadores de Sandor. El noticiero parpadea y desaparece, reemplazado por un mapa de la Tierra. Hay un grupo de parpadeantes puntos azules en Chicago (nosotros), pero más al sur, hay otro punto que se mueve extremadamente rápido de las Carolinas hacia la mitad del país. Nueve me mira.

—Ha recorrido muchos kilómetros desde la última vez que revisé esta mañana. Primera vez que ha salido de las islas, también.

Seis apunta a la pantalla, y traza una línea hacia donde quemaron los cultivos.

—Tiene sentido. Quienquiera que sea, está huyendo.

—Aunque se mueve muy rápido —indica Sarah—. ¿Podría estar volando en avión a alguna parte?

El punto en la pantalla da un giro abrupto hacia el norte, y atraviesa Tennessee.

—No creo que los aviones se muevan así —dice Seis, frunciendo el ceño.

—¿Súper velocidad? —sugiere Ocho.

Vemos mientras el punto atraviesa Nashville, sin disminuir velocidad o cambiar dirección.

—No hay forma de que pase por una ciudad a esa velocidad en línea recta —apunta Seis.

—Hijo de puta —gruñe Nueve—. Creo que el idiota puede volar.

—Tendremos que esperar hasta que deje de moverse —digo—. Tal vez entonces abra su cofre y podamos enviarle un mensaje. Vigilaremos por turnos. Tenemos que llegar a Cinco antes que los mogs.

Marina se ofrece voluntaria para hacer el primer turno. Me quedo en el taller después que los otros se vayan. Incluso con toda esta agitación sobre Cinco, no me he olvidado de los otros problemas, específicamente, Eli y sus pesadillas.

—Hoy hablé con Eli —comienzo—. En sus pesadillas, Setrákus Ra le pregunta si abrió una carta. ¿Alguna idea de qué pueda significar?

Marina aleja la mirada del faro pulsante de Cinco que cruza Oklahoma.

—¿La carta de Crayton, tal vez?

—¿Su cêpan?

—En India, justo antes de que muriera, Crayton le dio una carta. —Marina frunce el ceño—. Con todo lo que ha pasado, casi me había olvidado.

LA CAÍDA DE CINCO

—¿No la ha leído? —pregunto, sintiéndome exasperado—. Estamos luchando una guerra; podría ser importante.

—No creo que sea fácil para ella, John —dice Marina—. Son las últimas palabras de Crayton. Leerlas sería como admitir que de verdad se ha ido y que no volverá.

—Pero se ha ido —replico con rapidez, demasiada rapidez. Me detengo y pienso en cuando Henri fue asesinado. Había sido como un padre para mí, incluso más que eso; era la única constante en una vida que pasaba constantemente huyendo. Para mí, la idea de Henri era casi como la idea de hogar. Donde quiera que estuviera, era donde estaba la seguridad. Perderlo fue como si el mundo se hubiera abierto bajo mis pies. Además, era mayor que Eli cuando pasó. No debería haber esperado que ella fuera capaz de restarle importancia.

Me siento junto a Marina y suspiro.

—Henri, mi cêpan... él también me dejó una carta. Me la dio cuando estaba agonizando. Estuvimos viajando por días antes de que fuera capaz de leerla.

—¿Ves? No es tan fácil. Además, si Setrákus Ra se apareciera en mis sueños y me dijera que hiciera algo, definitivamente haría lo contrario.

—Lo entiendo, en serio, necesita llorarlo. No quiero sonar insensible. Cuando todo esto acabe, cuando ganemos, tendremos tiempo de lamentarnos por las personas que hemos perdidos, pero hasta entonces, tenemos que reunir toda la información que podamos y encontrar cualquier cosa que pueda darnos ventaja. —Señalo con una mano la pantalla con la ubicación de Cinco—. Tenemos que dejar de esperar la crisis siguiente y comenzar a actuar.

Marina piensa lo que he dicho, mientras mira el macrocosmos holográfico de la Tierra que dejamos abierto en caso de que Cinco abra su cofre. Probablemente, era lo que esperaba escuchar cuando me preguntó con gentileza si tenía un plan para nosotros. No lo tenía entonces, ni tampoco ahora, no exactamente, pero el primer paso definitivamente tiene que ser averiguar qué tenemos para trabajar, y Eli es la clave para eso.

—Hablaré con ella —dice—, pero no la obligaré a hacer nada.

Alzo las manos.

—No es lo que te pido. Ustedes son cercanas, ¿tal vez podrías darle un empujoncito?

—Lo intentaré —dice al fin.

Ocho aparece en la puerta del taller con dos tazas de té. El rostro de Marina se ilumina cuando lo ve, aunque aparta la mirada con rapidez, repentinamente muy interesada en el macrocosmos. Noto que el rubor se extiende por sus mejillas.

—Hola —dice Ocho, bajando el té—. Lo siento, eh, solo hice dos tazas.

—Está bien —digo, captando una mirada significativa de Ocho que de repente me hace sentir que tres son multitud—. Ya me iba.

Me pongo de pie y Ocho toma mi asiento frente al macrocosmo. Antes de que siquiera haya salido por la puerta, Ocho le susurra una broma a Marina que la hace soltar una risita de inmediato.

He estado tan concentrado en Sarah y mi agonizante plan de batalla, que no había prestado mucha atención a cuánto tiempo han estado pasado juntos Ocho y Marina. Eso es bueno. Todos merecemos un poquito de felicidad, si consideramos lo que estamos enfrentando.

Está por amanecer cuando Ocho viene a nuestra habitación, y nos despierta a mí y a Sarah. Los otros ya están reunidos en el taller. Seis está sentada frente a los computadores, Marina está junto a ella.

—Otra maniobra descerebrada de nuestro *compadre* desaparecido —dice Nueve por saludo. Está de pie en la pared utilizando su legado anti-gravedad. Eli está sentada a lo indio en su espalda, envuelta con una manta. La miro arqueando una ceja.

—¿Dormiste algo?

—No quiero —dice Eli.

—Me ha estado ayudando con mi entrenamiento de fuerza —anuncia Nueve. Encorva los hombros y zarandea a Eli. Ella casi se cae de su espalda, pero se ríe, una risa poco habitual, y se sujeta. Le golpea la espalda, molesta—. Ni siquiera sentí eso.

Seis ignora a los otros y se vuelve hacia mí.

—Cinco dejó de moverse hace una hora, luego empezó otra vez.

Miro la pantalla de la tablet. El punto de Cinco cruzó el oeste desde la última vez que lo vi. Ahora revolotea por el borde este de Arkansas.

—El genio se detuvo lo suficiente para enviarnos otro mensaje —se queja Nueve.

Marina lo mira entrecerrando los ojos.

—¿De verdad tenemos que criticar lo que hace Cinco? Él o ella probablemente está solo y asustado.

—Cariño, pasé meses en una celda mogadoriana por mi propia estupidez. Me he ganado el derecho de hacer comentarios coloridos... Auch.

Eli golpea a Nueve en la espalda otra vez, y él guarda silencio. Yo sigo con la atención en Seis y la pantalla de computador.

LA CAÍDA DE CINCO

—Solo dime qué pasó.

—Una hora atrás, apareció esto en la sección de comentarios de una noticia sobre los cultivos quemados —dice Seis, por suerte manteniéndose enfocada en el asunto. Abre una ventana y la arrastra para que todos podamos verla en la pantalla grande.

Anónimo escribe: Cinco buscando a 5. ¿Están ahí? Tenemos que vernos. Estaré con los monstruos en Arkansas. Encuéntrame.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Sarah—. Es como un acertijo.

Seis abre un buscador, y aparece una página pretenciosa de algo llamado el Monstruo del Arroyo Pantanoso.

—Encontramos esto en Google. Es una ridícula atracción turística en Arkansas, se llama el Emporio del Monstruo.

—¿Creen que Cinco va hacia allá?

—No estaremos seguro hasta que deje de moverse —contesta Seis, haciendo un gesto hacia el punto azul en la tablet—. Pero apostarí a que sí.

—¿Cree que los mogadorianos no tienen Google? —espeta Nueve.

—Por experiencia propia —dice Seis—, los mogadorianos monitorean internet como halcones. Si nosotros vimos esto, entonces puedes apostar a que lo vieron también e intentan comprenderlo. Probablemente rastrearán la dirección IP primero, y perderán un poco de tiempo buscando su ubicación, lo cual es bueno porque sabemos por esto que se ha alejado desde donde sea que haya enviado el mensaje. Aun así, los mogs lo entenderán tarde o temprano.

—Entonces es mejor que nos movamos rápido —anuncio.

—Demonios, sí —exclama Nueve, baja de la pared y atrapa a Eli cuando cae tras él. La deja en el suelo y hace crujir los nudillos—. Por fin algo de acción.

Es como si algo en mí hiciera clic y, después de días de pensar demasiado nuestra posición, formo rápidamente un plan.

—Nuestra ventaja es que sabemos la ubicación exacta de Cinco. Esperemos que eso nos ponga por delante de los mogs. Tenemos que ser rápidos y sigilosos. Seis y yo iremos a Arkansas. Con su invisibilidad, deberíamos ser capaces de escapar con Cinco sin encontrarnos con los mogadorianos. Llevaremos a Bernie Kosar también.

—Ah, ¿el perro puede ir? —pregunta Nueve sin entonación.

—Puede cambiar de forma y hacernos fácil explorar lo que hay más adelante —le explico—. Y puede regresar con ustedes si algo sale mal. Si nos capturan, Ocho, espero

que teletransportes a nuestro violento amigo Nueve a mi celda dentro de veinticuatro horas. Y si pasa lo impensable...

—No pasará —interrumpe Seis—. Lo lograremos.

Recorro la habitación con la mirada.

—¿Todos están de acuerdo?

Ocho y Marina asienten; parecen sombríos, pero confiados. Eli me da una sonrisita desde su lugar junto a Marina. Nueve no parece muy emocionado con que lo dejemos fuera de la misión, pero gruñe, de acuerdo. Sarah no dice nada y mira hacia otro lado.

—Bien —digo—. Deberíamos volver en dos días máximo. Seis, ve a buscar lo que necesites y salgamos.

Ha tomado unos días, pero por primera vez, de verdad me siento como un líder.

Obviamente, esa sensación de liderazgo no dura para siempre. Vuelvo a mi habitación y arreglo una mochila con un cambio de ropa y algunas cosas de mi cofre: mi daga, mi brazalete y una piedra de curación. Sarah entra sosteniendo una pistola con funda de la armería de Nueve y, sin palabras, comienza a arreglar una mochila para ella, cubriéndola con un cambio de ropa.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—Voy contigo —responde, y me da una mirada desafiante, como si esperara una discusión. Sacudo la cabeza, incrédulo.

—Ese no fue el plan.

Sarah se pone la mochila y me enfrenta con las manos en las caderas.

—Sí, bueno, tampoco fue mi plan enamorarme de un extraterrestre, pero a veces los planes cambian.

—Podría ser peligroso —le digo—. Intentaremos llegar primero que los mogadorianos a la ubicación de Cinco, pero no sabemos por seguro. Tendremos que ser cautelosos y Seis solo puede hacer invisibles a dos personas al mismo tiempo.

Ella se encoge de hombros.

—Seis dice que podemos llevar la xithi-no sé qué. Esa piedra que puede usar para copiar sus poderes.

Alzo las cejas. Es buena idea, pero estoy más interesado en lo otro que dijo.

—¿Ya hablaste con Seis?

—Sí, y no tiene problema —replica Sarah—. Lo entiende. Ya no hay nada en esta vida que no sea peligroso. Me estoy acostumbrando a la idea de que mi novio luce en

una guerra intergaláctica, pero nunca me acostumbraré a observar desde el banquillo mientras espero que todo salga bien.

—Pero es seguro en el banquillo —respondo débilmente, aunque ya sé que es una discusión perdida.

—Me sentiría más segura contigo. Después de todo lo que ha pasado, no quiero estar separada de ti, John. Cualesquiera sean los peligros que tengas que enfrentar, quiero estar a tu lado.

—Tampoco quiero que nos separemos, pero... —Antes de que pueda pronunciar protesta, Sarah da un paso adelante y me silencia con un beso rápido. De verdad es injusto que pueda hacer eso durante una discusión.

—Detente ahí —dice, sonriéndome—. Ya hiciste toda la rutina caballerosa, ¿está bien? Es lindo, me gusta, pero no cambiaré de opinión.

Suspiro. Supongo que parte de ser un buen líder es saber cuándo aceptar la derrota. Creo que también debería sacar la xitharis del cofre.

Nueve baja en el ascensor con nosotros hacia el estacionamiento. Es obvio que sigue echando humo, sobre todo ahora que nota que Sarah viene a la misión.

—Dejaremos la tablet aquí en caso de que algo salga mal y necesiten rastrearnos —le digo a Nueve—. Esperemos que Cinco se quede en el lugar por un rato. Si no podemos encontrarlo una vez estemos en Arkansas, nos pondremos en contacto para que nos pongan al día.

—Sí, sí —contesta Nueve, dándole una mirada de soslayo a Sarah—. Esto parece más un viaje de ocio con dos muñequitas sensuales, en vez de una misión de rescate —gruñe Nueve.

Sarah pone los ojos en blanco, y yo fulmino con la mirada a Nueve.

—No es así. Sabes que te necesitamos aquí, en caso de que pase algo.

—Sí, soy la reserva —dice con un bufido—. Johnny, ¿tengo que salir contigo para que me toque algo de acción?

Sarah le guiña el ojo.

—Podría ser útil.

Nueve me mira de arriba abajo.

—Agh. No vale la pena.

Seis y Bernie Kosar ya nos están esperando abajo. Nueve nos muestra la fila reservada para la extensa colección de coches de Sandor, para luego quitarle la lona a

un Honda Civic plateado. Es el vehículo menos ostentoso en la colección de Sandor; no queremos atraer atención innecesaria mientras viajamos por carretera. BK salta inmediatamente al asiento del pasajero, emocionado por poder ir.

—Es rápido —explica Nueve—. Sandor los equipó todos en caso de que tuviéramos que huir.

—¿Tiene óxido nitroso? —pregunta Sarah.

—¿Qué sabes sobre el nitro, preciosa? —replica Nueve.

Sarah se encoje de hombros.

—He visto *Rápido y Furioso*. Enséñame cómo funciona. Siempre he querido conducir algo súper rápido.

—Bien, muy bien —dice Nueve, sonriéndome—. Tal vez tu chica sí tiene utilidad, Johnny.

Mientras Nueve le muestra a Sarah los controles dentro del Civic, me uno a Seis junto al maletero, donde cargamos nuestro equipo. Todavía me siento sorprendido de que Sarah venga con nosotros, y aparentemente tengo que culpar a Seis por eso.

—Estás molesto conmigo —dice, antes de que pueda comenzar siquiera.

—Apreciaría un aviso la próxima vez que invites a mi novia a una misión peligrosa. Seis suelta un gemido, cierra el maletero y se enfrenta a mí.

—Oh, vamos, John. Ella quería venir y creo que puede pensar sola.

—Sé que puede —le contesto en susurros; no quiero que Sarah nos oiga—. Nueve también quería venir. Tenemos que considerar lo que es mejor para el grupo.

—No quieres que se sienta como peso muerto, ¿o sí? Esta es una buena forma de demostrarle que no lo es.

—Espera. ¿Peso muerto? —Pienso en mi conversación con Sarah en la Sala de Clases. Esas fueron las palabras exactas que utilizó—. ¿Estuviste escuchando a escondidas?

Seis parece culpable de que la haya descubierto, pero más que nada, parece más furiosa conmigo, los ojos le centellean.

—¿Y qué? Pensé que finalmente te habían crecido y le dirías que nos besamos.

—¿Por qué haría eso? —le espeto, luchando por mantener la voz baja.

—Porque mientras más lo pospones, más incómodo se vuelve, ¿y porque ya me está aburriendo? Porque ella merece...

Antes de que Seis pueda terminar, el Civic se enciende con un rugido y Sarah acelera el motor. Nueve se aleja de la ventana del conductor, al parecer complacido con la forma en que Sarah lo maneja. Sarah se asoma por la ventana y nos mira a Seis y a mí.



PITTACUS LORE

DARK GUARDIANS

—¿Vienen o qué?

48



LA CAÍDA DE CINCO



CAPÍTULO OCHO

Traducido por Pamee

El ático se siente aún más grande cuando John, Seis y Sarah se han ido. Todavía no supero el tamaño de este lugar; es casi tan grande como para contener el monasterio completo de Santa Teresa. Sé que es tonto, pero camino de puntillas por ahí, con la sensación de que constantemente estoy perturbando las riquezas que acumularon Nueve y su cêpan.

Los azulejos en el baño de Nueve son cálidos; te calientan y secan los pies cuando sales de la ducha. Pienso en todas las veces que me senté en mi colchón, quitándome astillas de los pies después de haber cruzado los pisos irregulares de madera de Santa Teresa. Me pregunto qué diría Héctor de este lugar y sonrío. Luego, me pregunto qué clase de persona hubiera sido, si mi cêpan hubiera sido Sandor en vez de Adelina; un guardián ostentoso pero dedicado, frívolo en sus adquisiciones, pero no uno que abandonara sus deberes. Es inútil pensar tales cosas, pero no puedo evitarlo.

Pero si no hubiera estado tanto tiempo atrapada en Santa Teresa, nunca me hubiera encontrado con Eli. Nunca hubiera viajado a las montañas con Seis, ni hubiera conocido a Ocho.

Todas las privaciones, al final, valieron la pena.

Reprimo un bostezo con el dorso de la mano. Ninguno de nosotros pudo dormir mucho anoche, no con toda la emoción de encontrar a Número Cinco. Se suponía que iba a ser mi turno de dormir en la habitación de Eli, para despertarla cuando las pesadillas se hicieran muy malas. En realidad, no creo que Eli haya pegado un ojo entre la reunión y seguir a Nueve durante su turno para vigilar el punto de Cinco. Aparentemente, para ella, pasar tiempo con Nueve es mejor que descansar un poco. Desearía saber cómo ayudarla, pero mi legado de curación no se extiende al mundo de los sueños.

Encuentro a Eli acurrucada en una silla en la sala de estar del ático. Nueve esté extendido en el sofá más cercano, roncando ruidosamente, y sujetando entre las manos el tubo contraído de metal que se convierte en el bastón que lo he visto utilizar con una eficiencia tan mortífera. Lo debe haber sacado de su cofre cuando seguía pensando que había una posibilidad de que John lo llevara a la misión. Nueve se aferra al arma como si fuera un osito de peluche, mientras probablemente sueña con matar mogadorianos.

—Tú también deberías dormir un poco —susurro.

Eli mira de mí hacia el Nueve durmiente.

—Dijo que solo iba a descansar los ojos y luego me iba a mostrar unas técnicas para patear traseros.

Suelto una risita. Hay algo hilarante en que Eli repita el lenguaje de Nueve.

—Vamos, habrá tiempo para entrenar más tarde.

Nueve gruñe algo, gira, y queda con el rostro enterrado en los cojines del sofá. Eli se pone de pie lentamente y salimos de puntillas de la habitación.

—Me gusta Nueve —anuncia mientras caminamos por el pasillo—. No le importa nada.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca me pregunta cómo estoy, ni, ya sabes, ni se preocupa por mí. Solo hace bromas groseras y me deja caminar sobre sus hombros por el techo.

Me rio, pero me siento un poco herida. Todos hemos estado tan preocupados por Eli, siempre intentando que se abra y nos hable de Crayton (se supone que tengo que hacer lo que me pidió John y llegar al fondo del asunto de esa carta) y viene Nueve y la distrae con fanfarronadas.

—Estamos preocupados por ti —le digo.

—Lo sé —contesta Eli—. Es simplemente que se siente mejor no pensar en ello a veces.

Tal vez es momento de darle a Eli ese empujoncito del que hablaba John.

—Mi cêpan, Adelina, pasó mucho tiempo intentando no pensar en su destino, en nuestro destino, pero llegó un momento en que no tuvo alternativa. Tuvo que enfrentarlo.

Eli no dice nada, pero sé, por la forma en que arruga el rostro, que está pensando en mis palabras.

Me desvío, y en vez de ir a la habitación, me dirijo al taller de Sandor. Me detengo frente a la tablet conectada y observo los puntos que representan a Cuatro y a Seis, mientras marchan lentamente hacia el punto inmóvil de Cinco en Arkansas.

—¿Estás preocupada por ellos? —pregunta Eli.

—Un poco —reconozco, aunque sé que los otros estarán bien. Después de conocer a Nueve, Seis sigue siendo la persona más fuerte y valiente que he conocido. Y Cuatro es todo lo que Seis dijo que sería: un buen chico, el líder que necesitamos, incluso si a veces es obvio que siente que la responsabilidad lo sobrepasa.

—Espero que Cinco sea chico —anuncia Eli—. No hay suficientes chicos para todas nosotras.

Me quedo boquiabierta por un momento, y luego comienzo a reírme.

—¿Ya nos estás emparejando, Eli?

Ella asiente, mirándome con picardía.

—Están John y Sarah, y por supuesto, Ocho y tú.

—Espera un segundo —le digo—. No pasa nada entre Ocho y yo.

—Shh —me interrumpe Eli, y continúa—, y si cuando crezca me caso con Nueve, ¿quién queda para Seis?

—¿Quién se va a casar?

Ocho se encuentra en la puerta a nuestra espalda; una sonrisa encantadora le ilumina la cara. ¿Cuánto tiempo ha estado ahí? Eli y yo intercambiamos una mirada sorprendida, y comenzamos a reírnos.

—Está bien —dice Ocho, avanzando para mirar la tablet—. No me digan.

Nuestros hombros se rozan cuando se acerca y yo no me alejo. Todavía pienso en ese beso desesperado que compartimos en Nuevo México. Probablemente fue el movimiento más audaz de mi vida. Hemos conversado mucho, hemos compartido historias de nuestros años huyendo y comparado fragmentos de nuestros recuerdos de Lorien. No se ha presentado la ocasión adecuada para nada más.

—De verdad se están tomando su tiempo, ¿eh? —comenta Ocho, mientras observa a Cuatro y a Seis avanzando hacia el sur.

—Es un camino largo —replico.

—Qué bueno —dice, sonriendo—. Debería darnos algo de tiempo.

Ocho lleva una camiseta roja con blanco de algo llamado los Chicago Bulls y unos vaqueros. Da un paso atrás y hace un gesto a su vestimenta, como si estuviera pidiendo nuestra aprobación.

—¿Parezco estadounidense con esto?

—¿Estás seguro de que deberíamos estar haciendo esto?

Me siento nerviosa mientras el ascensor baja desde el ático hasta vestíbulo. Ocho se encuentra junto a mí, prácticamente brincando de emoción.

—Hemos estado días aquí y todavía no hemos visto la ciudad —dice—. Me gustaría ver un poco más de Estados Unidos que bases militares y departamentos.

—Pero, ¿y si pasa algo mientras estamos fuera?

—Volveremos antes de que lleguen a Arkansas. Nada va a pasar de camino hacia allá. Eli puede usar esa cosa de la telepatía y llamarnos para que volvamos.

Pienso en Nueve, que seguía profundamente dormido en el sofá cuando Ocho y yo lo pasamos de camino al ascensor. Eli nos observó partir, sonriéndome conspiradora, mientras volvía a acurrucarse en la silla junto a Nueve.

—¿No le molestará a Nueve si despierta y no estamos ahí?

—¿Qué es? ¿Nuestra niñera? —Sonríe alegremente, y extiende las manos para sacudirme suavemente por los hombros—. Relájate. Seamos turistas por unas horas.

Mirar por las ventanas del ático de Nueve nunca me dio una sensación real de cuán atareadas son las calles del centro de Chicago. Salimos al sol de mediodía y de inmediato nos golpea una pared de ruido: gente conversando y bocinas de coches. Me recuerda al mercado en España, excepto que multiplicado por mil.

Ocho y yo echamos las cabezas hacia atrás para abarcar el edificio que se alza sobre nosotros. Caminamos con lentitud, y la gente nos lanza miradas molestas cuando tienen que rodearnos para pasar.

Todo esto es un poco intenso para mí. Toda esta gente, el ruido, es mucho más de a lo que estoy acostumbrada. Deslizo la mano en la curva del codo de Ocho, solo para asegurarme de que nos separan por accidente y me pierdo en la multitud. Él me sonríe.

—¿Hacia dónde? —pregunta.

—Hacia allá. —Señalo en una dirección que escojo al azar.

Terminamos frente al lago. Es mucho más pacífico aquí. Los humanos que pasean por la orilla del lago Míchigan son como nosotros: no están apresurados por llegar a ninguna parte. Algunos están sentados en bancos, almorzando, mientras otros corren o pasan en bicicleta junto a nosotros. De repente me siento triste por esta gente. Hay tanto en juego y ellos no tienen idea.

Ocho me toca el brazo con suavidad.

—Estás frunciendo el ceño.

—Lo siento —le digo, obligándome a sonreír—. Solo pensaba.

—No lo hagas tanto —dice con fingida severidad—. Simplemente salimos a dar un paseo. No es gran cosa.

Intento quitarme el pesimismo de la mente y actuar como turista, como dijo Ocho. El lago es cristalino y hermoso, unos botes avanzan con pereza por su superficie. Andamos sin prisa junto a esculturas y cafeterías al aire libres. Ocho se interesa por todo, e intenta consumir tanto de la cultura local como sea posible, mientras trata alegremente de despertar mi interés.

Nos quedamos frente a una gran escultura plateada que parece una mezcla entre una antena parabólica y una papa a medio pelar.

—Creo que este trabajo humano fue secretamente influenciado por el gran artista loriense Hugo Von Lore —dice Ocho, acariciándose la barbilla, pensativo.

—Te lo estás inventando.

Ocho se encoje de hombros.

—Estoy intentando ser un mejor guía turístico.

Su entusiasmo sencillo es contagioso, y pronto estoy envuelta en el juego de inventar historias tontas para los diversos sitios de interés que pasamos. Cuando por fin me doy cuenta de que hemos pasado más de una hora en la ribera, me siento culpable.

—Tal vez deberíamos volver —le digo a Ocho, con la sensación de que estamos eludiendo nuestras responsabilidades, aunque sé que no podemos hacer nada más, salvo esperar.

—Espera —dice, señalando algo—. Mira eso.

Por la forma acallada en que habla, espero ver a un explorador mogadoriano pisándonos los talones. En cambio, al seguir su mirada, veo un hombre mayor rechoncho detrás de un carro que vende algo llamado «Hot Dog al Estilo de Chicago». Le tiende uno a un cliente; el hot dog está cubierto de salsas, tomate y cebollas, apenas contenidos en el pan.

—Eso es lo más monstruoso que he visto —dice Ocho.

Me río entre dientes, y cuando mi estómago gruñe repentinamente, la risa se convierte en una carcajada completa.

—Creo que se ve rico —me las arreglo para decir.

—¿Te he mencionado que soy vegetariano? —pregunta Ocho, mirándome con asco fingido—. Pero si deseas el aterrador revoltijo de un hot dog al estilo de Chicago, entonces lo tendrás. Nunca te he agradecido como corresponde.

—¿Qué quieres decir con que nunca me has agradecido como corresponde?

—Por salvarme la vida en Nuevo México. Rompiste la profecía, Marina. Setrákus Ra me atravesó con su espada... y tú me devolviste la vida.

No puedo evitar sonrojarme y me miro los pies.

—No fue nada.

—Para mí lo fue todo, literalmente.

Alzo la vista, y hago mi mejor imitación de la sonrisa burlona de Ocho.

—En ese caso, creo que merezco más que un hot dog asqueroso.

Ocho se lleva las manos al pecho como si lo hubiera herido.

—¡Tienes razón! Soy un tonto por pensar que mi vida se podría intercambiar por un hot dog. —Me toma la mano e hinca una rodilla en el suelo, luego presiona el dorso de mi mano con su frente—. Mi salvadora, ¿qué puedo hacer para compensarla?

Me siento avergonzada, pero no puedo evitar reírme. Le dirijo miradas de disculpa a la gente a nuestro alrededor, aunque la mayoría está mirando la actuación de Ocho con sonrisas curiosas. Debemos parecerles dos adolescentes normales, tonteando y coqueteando.

Vuelvo a poner a Ocho de pie y, aún de la mano, seguimos caminando por la ribera. El sol parpadea en la superficie del lago. No es como el mar por el que me nombraron, pero es hermoso de todas formas.

—Puedes prometerme más días como estos —le digo a Ocho.

Él me aprieta la mano con fuerza.

—Considéralo hecho.

Ocho y yo volvemos finalmente al ático, con las panzas llenas de grasienta pizza de Chicago. Todavía faltan horas para que Cuatro y Seis lleguen a Arkansas, y Eli nunca envió ninguna alarma telepática. Todo está igual a cuando nos fuimos.

Excepto que Nueve está despierto y de pie tan cerca a la puerta del ascensor, que casi chocamos con él cuando entramos.

Nueve no se mueve, solo se queda ahí con los brazos cruzados, fulminándonos con la mirada.

—¿Dónde han estado ustedes dos?

—Dios —dice Ocho, rodeando a Nueve—. ¿Cuánto tiempo has estado esperándonos aquí? ¿No se te cansan los pies?

—Solo salimos un rato —explico, sintiéndome más que tímida en presencia de Nueve. Me recuerda a cuando me atrapaban volviendo al orfanato después del toque de queda, y rápidamente me imagino a Nueve intentando golpearme los nudillos con una regla—. ¿Está todo bien?

—Todo está bien —espeta Nueve, enfocado más en Ocho que en mí—. No pueden salir a callejear por la ciudad sin decirme.

—¿Por qué no? —lo enfrenta Ocho.

—Porque es una tontería —gruñe Nueve. Veo que su mente está trabajando, como si estuviera intentando pensar en algo más que decir—. Es irresponsable e imprudente. Es estúpido.

—Fueron unas horas —se queja Ocho, poniendo los ojos en blanco—. Ahórrame el sermón de cêpan.

Es algo divertido ver a Nueve tan enfurecido porque seamos irresponsables, sobre todo considerando las historias que cuenta Cuatro sobre su tiempo juntos en carretera. Extrañamente, también es adorable. Monta toda una escena para demostrar que es un tipo duro que come clavos, un tiro al aire, pero cuando despertó y descubrió que no estábamos, de verdad se preocupó por nosotros.

Toco a Nueve en el brazo para intentar apaciguar la situación.

—Siento que te hayas preocupado por nosotros.

—Como sea, no estaba preocupado —gruñe Nueve, aleja el brazo de mi toque y se dirige hacia Ocho otra vez—. ¿Crees que ese fue un sermón? Tal vez debería mostrarte el tipo de sermones que me tocaban, cuando era un idiota engreído.

Ocho le menea los dedos, provocándolo más. La mayoría de las veces sus bromas son encantadoras, pero esta es una de esas ocasiones en las que deseo que se detenga. Nueve da un paso hacia Ocho; estarían nariz a nariz si Ocho fuera unos centímetros más alto. Ocho no retrocede, solo sigue sonriendo como si todo fuera un juego.

—Vamos —dice Nueve en voz baja—. Te he visto en la Sala de Clases jugando a las palmaditas con Seis. No has entrenado conmigo todavía.

Ocho finge que mira un reloj imaginario.

—Seguro, amigo. Tengo algo de tiempo que matar.

Nueve sonrío, y me mira por encima del hombro.

—Tú también, enfermera Marina. Tu novio va a necesitarte.

CAPÍTULO NUEVE

Traducido por Pamee

Los voy a poner en forma —declara Nueve—. Así, la próxima vez que haya una misión, no nos dejarán sentados esperando.

Ocho y yo nos encontramos en la Sala de Clase lado a lado, observando a Nueve mientras se pasea a nuestro alrededor, evaluándonos como un instructor del ejército. Tengo ganas de poner los ojos en blanco, y sé que Ocho está conteniendo la risa a duras penas. Aun así, me siento algo culpable por básicamente haberme escapado con Ocho, y estoy segura de que un poco de entrenamiento no me haría mal. Además, creo que Nueve sigue fastidiado por haberse quedado atrás en la misión de rescate que planeó Cuatro, y parece que de verdad le gusta toda esta cosa del entrenamiento. Decido seguirle la corriente.

—A menos que prefieran seguir calentando el banquillo. ¿Quieren pasar el rato y comer pizza mientras los demás matamos a Setrákus Ra? —gruñe Nueve cuando se detiene frente a nosotros, mirándonos hacia abajo.

—No, señor —respondo, intentando estar seria. Ocho inmediatamente empieza a reírse a carcajadas.

Nueve ignora Ocho por ahora, y en cambio se centra en mí.

—Curación y visión nocturna. Eso es todo, ¿eh?

—Puedo respirar bajo el agua —añado servicial.

—Muy bien —dice Nueve, después de ponderar mis legados—. Tal vez desarrolles un buen legado de combate algún día, tal vez no; supongo que aun así todos estaríamos muertos si no fuera por ti. Sé que se supone que Johnny también tiene la cosa de curación, pero creo que solo cura a las chicas con las que sale, así que los demás todavía te necesitamos. De todas formas, tendremos que practicar tu velocidad y agilidad, para que cuando derriben a uno de nosotros, seas capaz de llegar. Y tal vez tu legado de curación, no sé, evolucione en algo más si lo practicamos lo suficiente.

Para mi sorpresa, gran parte de lo que dice Nueve tiene sentido. Solo una cosa me inquieta:

—¿Cómo vamos a practicar mi curación?

La sonrisa de Nueve es siniestra, algo de lo que de verdad me asustaría si la viera desde el otro lado del campo de batalla.

—Ah, ya verás. En cuanto a ti —continúa, girándose hacia Ocho—, pensé que eras bastante rudo cuando nos conocimos, y entonces dejaste que te atravesaran el pecho con una espada a la primera oportunidad. Buen trabajo.

La expresión de Ocho se oscurece cuando le recuerda su encuentro con Setrákus Ra.

—Me engañó.

—Ajá —replica Nueve—. Por como lo recuerdo, estabas tan concentrado toquetean... eh, abrazando a la falsa Seis, que te apuñalaron. Das un montón de abrazos en mitad de una batalla, ¿no, hermano? Usa la cabeza.

—Parece que te vendría bien un abrazo ahora mismo —dice Ocho, sonriendo travieso.

Antes de que Nueve sepa lo que pasa, Ocho cambia a la forma de cuatro brazos de Visnú, salta y abraza con fuerza a Nueve. Veo que los músculos de los hombros y el cuello de Nueve se tensan cuando Ocho lo aprieta.

—Suéltame —advierte Nueve con los dientes apretados.

—Tú mandas.

Ocho se teletransporta y lleva a Nueve con él. Reaparece a centímetros del techo y suelta a Nueve, pero él, desorientado, no tiene oportunidad de recomponerse y da de espalda contra el suelo. Antes de que Nueve siquiera hubiera aterrizado, Ocho ya estaba de vuelta a mi lado.

—¡Ta-da! —exclama, y recupera su forma normal.

—Solo vas a enfurecerlo —susurro; Ocho se encoje de hombros.

Nueve se pone de pie de un salto y hace crujir el cuello al mover la cabeza de lado a lado. Asiente, casi impresionado.

—Un movimiento bastante bueno —alaba.

—Tal vez yo debería entrenarte a ti —bromea Ocho.

—Inténtalo otra vez.

Ocho se encoge de hombros y cambia de forma otra vez. Abraza a Nueve igual que la vez anterior, y esta vez se acerca cauteloso, como si esperara un contraataque por parte de Nueve. Yo también me lo imagino y me encojo mientras espero a que Nueve le dé un codazo en la cara a Ocho.

Sorpresivamente, Nueve no se defiende.

Ocho los teletransporta al techo otra vez, pero esta vez, Nueve extiende la mano rápidamente para tocar el techo, en cuanto Ocho lo libera. Me mareo con solo mirarlo: la gravedad de Nueve cambia, por lo que en vez de caer, hace una invertida en el techo. Todo sucede en no más de un segundo.

Ocho ya ha vuelto a mi lado... justo como esperaba Nueve, que se lanza desde el techo y, apenas Ocho se materializa, cae en picado hacia él. Ocho solo tiene un segundo para notar que Nueve no está en el suelo como esperaba. Lo siguiente que sabe, es que el pie de Nueve lo golpea en el esternón, y lo lanza volando hasta el suelo.

Ocho se apoya en los codos y, sin aliento, respira con dificultad. Nueve se encuentra de pie ante él con las manos en las caderas.

—Predecible —dice Nueve—. ¿Por qué te teletransportas al mismo lugar dos veces?

En respuesta, Ocho tose y se masajea el pecho. Nueve extiende una mano y lo ayuda a ponerse de pie.

—Contigo todo consiste en la sorpresa, amigo —explica Nueve—. Tienes que hacer que adivinen.

Ocho se levanta la camiseta; ya tiene un moratón con forma de un pie en las costillas.

—Demonios. Es como si me hubiera golpeado un mazo.

—Gracias —dice Nueve, y me mira—. Aquí tienes algo para practicar.

Pongo las manos con suavidad en el pecho de Ocho. La sensación fría de mi legado me cosquillea en la punta de los dedos, y pasa hasta Ocho. Solo es un moratón, así que es fácil; ni siquiera me tengo que concentrar, lo que es bueno, porque no me es fácil concentrarme mientras toco el pecho de Ocho. Si así van a ser los entrenamientos, me podría acostumbrar.

—Gracias —dice Ocho cuando doy un paso atrás.

Al otro lado de la habitación, Nueve toma uno de los muñecos de entrenamiento rellenos con forma de mogadoriano y lo deja caer al suelo. Se para sobre él y nos mira.

—Bien, este es el juego. Vamos a fingir que este muñeco es, no sé, Número Cuatro. Lo hieren todo el tiempo, ¿cierto? Así que, está herido y, Marina, tú tienes que llegar hasta él y hacer tu magia. Ocho, tú vas a ayudarla.

—Y tú, ¿qué vas a hacer? —le pregunto.

—Voy a ser el mogadoriano sorprendentemente apuesto que se interpone en su camino.

Ocho y yo intercambiamos una mirada.

—¿Dos contra uno? —pregunta—. Suena fácil.

—Genial —dice Nueve, extiende su tubo con forma de bastón y lo gira sobre la cabeza de forma amenazadora—. Veamos de qué están hechos.

Ocho me rodea con el brazo y hacemos una reunión rápida.

—Espera que vayamos directo hacia él —susurra.

Asiento y entiendo el plan rápidamente.

—Deberías teletransportar el cuerpo hacia mí.

Ocho alza la mano para chocar los cinco, y luego gira para enfrentar a Nueve.

—¿Listo?

—¡Vamos!

Ocho avanza y Nueve se acerca sigiloso para encontrarlo en el centro de la habitación. En cuanto Nueve se ha alejado unos metros del muñeco, Ocho desaparece y reaparece cerca del muñeco. No es que Nueve no note qué hace Ocho, solamente no le interesa. Se acerca unos pasos, directo hacia mí. Me toma por sorpresa y, más que un poco nerviosa de que Nueve dirija su ataque contra mí, doy marcha atrás. Nueve es demasiado rápido para mí.

Cuando Ocho reaparece con el muñeco, Nueve tiene la punta de su tubo-bastón presionada contra mi cuello.

—Buen trabajo —le dice a Ocho—. Ahora tienes un amigo herido y un sanador muerto.

Nunca había entrenado así, así que el que Nueve me ataque es muy intimidante. Tengo que superar esa sensación. Sé que Seis no hubiera permitido que Nueve le pusiera ese tubo en la garganta. Tengo que probarles a estos chicos que, a pesar de que no tengo el poder de ataque que tienen ellos, puedo defenderme.

Con Nueve distraído con Ocho, alejo de un manotazo la punta de su tubo.

—Todavía no estoy muerta —le digo y le doy un puñetazo en la boca. Inmediatamente, una llamarada de dolor me atraviesa de la mano a la muñeca.

Nueve se tambalea y Ocho grita de sorpresa y alegría. Nueve gira la cabeza y me mira; tiene los dientes manchados de sangre cuando me sonrío.

—¡Bien! —grita, encantado—. ¡Lo estás entendiendo!

—Creo que me fracturé el pulgar —replico, mientras me miro los nudillos inflamados.

—La próxima vez, deja el pulgar fuera del puño —me enseña Ocho, formando un puño para demostrarlo.

Asiento con la cabeza. Me siento algo tonta por cometer un error tan básico, pero también un poco emocionada por haber golpeado a Nueve. Él también parece apreciarlo, y me mira con respeto recién descubierto mientras se limpia la sangre del rostro. Me toco la mano y la sensación fría de mi legado se intensifica esta vez, cuando pasa a mi propia mano.

Nueve levanta el muñeco y lo vuelve a dejar en el otro extremo de la habitación.

—¿Listos para intentarlo otra vez?

Ocho y yo nos reunimos una segunda vez.

—Tal vez debería presentarle a nuestro viejo amigo Narasinja.

—¿Cuál es ése?

—Muchos brazos, muchas garras.

—Suenan perfecto —le digo—. Mantenlo ocupado y lo flanquearé.

Terminamos la reunión y Ocho inmediatamente se transforma en uno de sus enormes avatares. Sus apuestas facciones se disuelven y quedan reemplazadas por un rostro en medio de un rugido, y una dorada melena de león. Ocho crece y llega casi a los cuatro metros; le brotan diez brazos de los costados, cada uno con garras tan afiladas como cuchillas. Nueve silva entre dientes.

—Ahora estamos hablando —dice Nueve—. Uno de tus padres debe haber sido una chimæra. Probablemente tu mamá.

—Qué gracioso —replica Ocho; su voz es un rugido grave.

Permanezco detrás de Ocho cuando avanza hacia Nueve, y espero una apertura para llegar hasta el muñeco. Ocho se precipita hacia delante, y lanza cuchillazos a Nueve con todos los brazos; éste se agacha, se aleja, y desvía algunos golpes con su tubo, luego pincha a Ocho intentando mantenerlo a raya, mientras busca una apertura, como yo.

Cuando Nueve gira el tubo para un contraataque, centrado en Ocho, veo una oportunidad para marcar la diferencia. Con telequinesis, tomo el tubo y se lo arranco de las manos a Nueve. Él no se lo esperaba, así que la fuerza hace que pierda el equilibrio, y caiga justo en las garras a la espera de Ocho, que le acuchillan el pecho y le dejan heridas tan amplias como para que necesite puntos; su camisa está hecha jirones. Ocho y yo vacilamos al ver las heridas.

—No fue mi intención cortarte tanto —dice Ocho, pero la compasión no se filtra en su rugido de cabeza de león.

Pero Nueve tiene los ojos brillantes.

—¡No es nada!—grita—. ¡Sigan!

Nunca he visto a alguien tan emocionado al ver su propia sangre. Como si nada, Nueve comienza a correr. Ocho lo persigue, pero se mueve costosamente con esa forma, y Nueve es increíblemente rápido con su legado de súper velocidad.

Nueve corre hasta la pared más cercana y voltea hacia Ocho. Se las arregla para poner la mano derecha en la espalda de Ocho, mientras con el otro brazo le hace una llave al cuello. Al ser tan grande, a Ocho le es casi imposible alcanzarse la espalda y atrapar a Nueve, que debe haber sido exactamente lo que Nueve había planeado. Con la mano libre, Nueve comienza a golpear a Ocho en las orejas puntiagudas que se asoman entre los mechones de la melena.

Ocho ruge de dolor y vuelve a su forma normal, para luego caer bajo el peso de Nueve.

Mientras Nueve está distraído, corro hasta el muñeco.

—¡Cuidado, Marina! —grita Ocho.

Escucho los pasos pesados de Nueve a mi espalda; a mi espalda y por encima. Me echo a un lado justo cuando Nueve se lanza desde el techo, intentando el mismo movimiento de salto-patada que usó para sorprender a Ocho. Cuando no logra golpearme, Nueve gira y se ubica entre el muñeco y yo.

El tubo de Nueve está a unos metros de distancia. Cuando comienza a avanzar hacia mí, tomo el tubo con telequinesis y se lo aviento directo a la cabeza.

El tubo lo golpea en la nuca, lo hace tambalear y me da una oportunidad para pasar corriendo a su lado. Él se recupera con rapidez, y vuelve a seguirme.

Por el raballo del ojo, veo que Ocho se ha puesto de pie de forma inestable.

—¡Deslízate! —grita.

No pienso, solo actúo y hago lo que dice Ocho: me deslizo por el suelo como un jugador de béisbol. Veo que Ocho comienza a lanzar un puñetazo al aire, pero a mitad de movimiento, se teletransporta y reaparece justo frente a mí. Me deslizo entre sus piernas y el puñetazo vuela por sobre mi cabeza hasta la mandíbula de Nueve, quien sale volando cuando el golpe lo detiene en seco.

Lucho por ponerme de pie y llegar hasta el muñeco. Pongo las manos sobre una herida imaginaria y grito:

—¡Curado!

Se produce un momento en que la habitación entera queda en silencio, excepto por nuestras pesadas respiraciones. Ocho se sienta con fuerza, y se masajea suavemente un lado del rostro. Noto que tiene la oreja y el cuello inflamados por las abrasiones que le dejó Nueve al golpearlo, así que las heridas que sufre en otras formas se deben traspasar a la original.

Nueve está de espalda, gimiendo. Tiene el pecho despedazado en donde lo cortó Ocho, tiene un ojo negro y creo que veo un hilillo de sangre en donde lo golpeé con el tubo. De repente, su gemido se transforma en risa.

—¡Eso fue increíble! —exclama Nueve.

Con lo psicótico que podría parecer su amor por la violencia, me sorprendo al sonreír y concordar con él. De verdad fue un muy buen entrenamiento. Se siente increíble ser capaz de presionarme así en un entorno que no fuera de vida o muerte.

—Amigo —dice Nueve, levantándose—. No habría podido esquivar ese último puñetazo. Buen movimiento.

Ocho gira su rostro amoratado hacia Nueve.

—Sí, te debía uno. O unos diez.

Me arrodillo junto a Ocho y comienzo a curar sus heridas. La sensación fría ya no me sorprende tanto; de hecho, cada vez se siente más natural.

—¿Por qué volviste a tu forma? —pregunta Nueve, mientras se toca las heridas en el pecho—. Ese maldito león me estaba atacando con todo.

—Me tengo que concentrar mucho para mantener una forma —explica Ocho—. Que me golpeen la cabeza definitivamente no me ayuda a concentrarme.

—Está bien —dice Nueve, procesándolo—. Sandor tiene armas no letales en algún lugar. Podría dispararte cosas y trabajar en mantenerte enfocado.

—Sí —dice Ocho secamente—, suena divertido.

Cuando el rostro de Ocho vuelve a su estado mucho más apuesto y no moreteado, comienzo a curar las heridas de Nueve.

—¿Sabes? —le digo—, de verdad eres bueno en esto.

—¿Luchando? Eh, sí, lo sé.

—No solo luchando. Supongo que en, eh, pensar en luchar.

—En estrategia —me ayuda Ocho—. Marina tiene razón. No creo que se me hubiera ocurrido esa teletransportación con puñetazo si no me hubieras presionado. Y a pesar de lo terrible que suena que me disparen, creo que en realidad esa práctica podría ser buena idea.

Nueve infla el pecho, incluso más de lo usual.

—Bueno, de nada.

—Que no se te suba a la cabeza —le digo, mientras se cierra lentamente el último corte bajo mis dedos.

Levanto la vista hacia Nueve, pero no me está mirando a mí, sino hacia la entrada de la Sala de Clases.

—Hola, Eli —le dice—, ¿te despertamos?

Giro y veo a Eli en la entrada. Está vestida con ropa de calle; es la primera vez en estos días que la ha visto sin pijama o sin una de las holgadas camisas de franela de Nueve. Creería que vestirse es un progreso, pero tiene los ojos rojos por haber llorado.

Eli no nos mira, tiene los ojos fijos en el suelo.

—¿Qué pasa, Eli? —pregunto, avanzando unos pasos.

—Yo... solo quería despedirme —contesta—. Me voy.

—Demonios, no —exclama Nueve—. No hay más excursiones por hoy.

Eli sacude la cabeza y el cabello le cubre el rostro.

—No, me tengo que ir. Y no volveré.

—¿Qué te pasa? —pregunto, y ahí es cuando lo veo: un trozo de papel apretado con fuerza en las manos de Eli, prácticamente arrugado por como lo retuerce.

La carta de Crayton.

—No soy uno de ustedes —susurra Eli, y más lágrimas le corren por las mejillas.

CAPÍTULO DIEZ

*Traducido por Melii
Corregido por Pamee*

Mi querida Eli:
Si estás leyendo esto, temo que lo peor ya ha pasado. Tienes que saber que te amaba como si fueras mi propia hija. Nunca estuve destinado a ser tu cêpan. El papel se me impuso la noche en que nuestro planeta cayó, y no era algo para lo que estuviera preparado o capacitado. De todos modos, no cambiaría estos años contigo por nada en Lorien o en la Tierra. Espero haber hecho lo suficiente por ti. Sé que estás destinada a hacer grandes cosas.

Espero que algún día puedas entender lo que he hecho, las mentiras que te he dicho, y encuentres la capacidad de perdonarme en tu corazón.

Cuando eras pequeña, te dije una mentira. Al poco tiempo, esa mentira se convirtió en muchas mentiras y esas mentiras se convirtieron en nuestra vida. Lo siento, Eli. Soy un cobarde.

Eres la número diez, dentro de esos diez garde que sobrevivieron al ataque a Lorien, pero no eres la Décima. No fuiste parte del plan de los ancianos de preservar la raza loriense, por lo que no fuiste enviada a la Tierra con los demás. Es por eso que no llevas las mismas cicatrices que Marina y Seis. Nunca estuviste bajo la protección del hechizo loriense.

Los ancianos no te seleccionaron; tu padre lo hizo.

Procedes de una de las familias más antiguas y más orgullosas de Lorien. Tu bisabuelo fue uno de los diez ancianos que solían gobernar nuestro mundo. Esto fue antes de que nuestro planeta alcanzara su máximo potencial, antes de que nuestro pueblo desbloqueara el poder de Lorien y, luego de que vivieran en armonía con el planeta, fueran dotados con legados. Nuestro joven planeta estaba en una encrucijada, atrapado entre el deseo de un rápido desarrollo y la necesidad de proteger lo que era natural y sustentador de vida.

Eran tiempos de muerte, tiempos todavía envueltos en misterio, incluso para nuestros más grandes historiadores. Durante esos años oscuros, la guerra hizo estragos entre nuestra gente. Muchos perecieron en conflictos innecesarios, pero con el tiempo, las fuerzas de paz prevalecieron. Una nueva era nació en Lorien: la época dorada en la que tú naciste, y que los mogadorianos tan brutalmente terminaron.

Tu bisabuelo fue una de las víctimas de las Guerras Secretas, el conflicto entre los mogadorianos y los lorienses que encubrió el gobierno para mantener la ilusión de utopía en Lorien.

Tu padre, Raylan, se obsesionó con esta guerra cuando era joven. Verás, después de la guerra, cuando los ancianos que sobrevivieron volvieron a reunirse, limitaron su número a

LA CAÍDA DE CINCO

nueve en lugar de a los diez originales. Tu padre creía que el lugar vacante entre los ancianos pertenecía a tu familia. Nuestros ancianos nunca habían sido elegidos por linaje o herencia; sin embargo, tu padre de todas formas creía que la historia había tratado injustamente el nombre de su familia.

Estas obsesiones lo convirtieron en un hombre amargado y desconfiado, y terminaron por convertirlo en una especie de ermitaño. Se hizo un hogar en las montañas, más fortaleza que hogar. Por acompañantes mantuvo una colección de chimæras.

Me contrataron para cuidar las bestias de tu padre. Le importaban muy pocas cosas, solo sus historias secretas y sus animales.

Hasta que conoció a tu madre.

Erina era garde, la habían asignado los ancianos para vigilar a tu padre. Algunos creían que él era un peligro para nuestro pueblo. Erina vio algo más en él, vio a un hombre que se podría salvar de sí mismo.

Tu madre era hermosa, me recuerdas a ella más y más cada día. Tenía el legado de vuelo y el elecomun, el poder de manipular las corrientes de electricidad. Así que volaba por encima de la casa de tu padre y creaba unas demostraciones brillantes, como fuegos artificiales hechos de relámpagos.

Tu padre desconfiaba de Erina y abiertamente cuestionó sus razones para ir a las montañas. Sin embargo, noche tras noche, él salía al patio para ver a tu madre volando con las chimæras.

Uno de los legados de tu padre le permitía manipular el espectro de la luz. Parece una tontería (como tu aeternus), pero tiene muchos usos: podía oscurecer el mundo alrededor de un enemigo, lo que les dificultaba la visión. Y, cuando cortejaba a tu madre, podía cambiar los colores de sus rayos. Rosas brillantes y naranjas iluminaban el cielo por la noche. Tu padre, por primera vez en muchos años, estaba disfrutando.

Se enamoraron y pronto se casaron. Y entonces, llegaste tú.

Erina había hecho muchos amigos que prestaban servicios en la garde y venían de visita, bien recibidos por tus padres. Ahora ya no están.

Los mogadorianos vinieron. Nuestro planeta ardió.

Durante sus días como recluso, tu padre había reunido una considerable colección de reliquias que pertenecieron a su familia. Incluso había gastado una gran suma de dinero en la restauración de una antigua nave de propulsión con combustible, que él creía había utilizado tu bisabuelo en la última guerra loriense. Cuando Erina se fue a vivir con él, convenció a tu padre de que donara muchos de estos artículos a un museo, la nave incluida. Cuando llegaron los mogadorianos, primero destruyeron nuestros puertos, y cortaron cualquier medio convencional de escape. Tu padre pensó inmediatamente en la antigua nave que esperaba inactiva en el museo.

Mientras que otros en nuestro planeta luchaban contra la invasión, tu padre planeaba escapar. De alguna manera, sabía que nuestra gente estaba condenada.

Tu madre se negó a huir. Insistió en que se unieran a la lucha. Discutieron, fue discusión su más feroz.

Tú fuiste la concesión. Raylan prometió quedarse, solo si se te permitía escapar.

Todavía recuerdo el rostro surcado de lágrimas de tu madre cuando te besó para despedirse. Tu padre te puso en mis brazos y me ordenó correr hasta el museo.

Las chimæras de Raylan se unieron a nosotros como nuestros guardaespaldas, muchas de ellas murieron en el camino.

Así es como me convertí en tu cêpan.

Vi morir a nuestro planeta a través de las escotillas, mientras la nave espacial despegaba. Me sentí como un cobarde. La única vez que dejo de sentir vergüenza es cuando te miro, Eli, y veo lo que salvó la cobardía.

Lo que está hecho, hecho está. No eras parte del plan de los ancianos, pero eso no te hace menos loriense, ni menos garde. Los números no importan. Eres capaz de grandeza, Eli. Eres una superviviente. Un día, lo sé, harás orgulloso a nuestro pueblo.

Te quiero.

Tu fiel servidor, por siempre,

Crayton.

66

Dejo de leer en voz alta y bajo la carta de Crayton con las manos temblorosas. Tengo lágrimas en los ojos. No puedo imaginar lo que se sentiría que me arrancaran una parte muy importante de mi identidad. Todo el mundo está en silencio, incluso Nueve. Eli deja salir un pequeño resoplido, con los brazos envueltos con fuerza a su alrededor.

—Todavía eres una de nosotros —le susurro—. Eres loriense.

Eli comienza a llorar, y deja salir en un torrente las palabras ahogadas.

—Yo... soy un fraude. No soy como ustedes. Solo soy hija de un hombre rico que salió del planeta porque su padre era un cretino.

—Eso no es cierto —la contradice Ocho, abrazando a Eli con un brazo.

—No fui elegida —llora ella—. No soy... todo era mentira.

Nueve toma la carta de mis manos y la mira por encima.

—¿Y qué? —pregunta con desdén.

Eli lo mira con los ojos muy abiertos.

—¿Y qué?

—El hechizo está roto —continúa Nueve—. Los números no importan ni una mierda. Puedes ser Diez, puedes ser Cincuenta y Cuatro, eso no quiere decir nada. ¿A quién le importa?

Nueve suena tan insensible al restarle importancia a lo que es un golpe importante para Eli, que ella parece aturdida. Ni siquiera estoy segura de que haya escuchado a Nueve.

—Lo que Nueve con tan poca delicadeza intenta decir —interviene Ocho—, es que no importa cómo llegaste aquí. Solo porque volamos en diferentes naves, no significa que no seamos lo mismo.

—Mierda —se queja Nueve—. Ojalá hubiera habido tipos más egoístas como tu papá. Podríamos tener un ejército.

Le lanzo a Nueve una mirada, él levanta las manos y hace el gesto de cerrarse la boca con cremallera.

Incluso con la total falta de tacto de Nueve, entre los tres parece que nos las hemos arreglado para calmar a Eli. Su llanto se está deteniendo y, después de un momento, deja caer al suelo su bolsa empacada precipitadamente.

—Me siento tan perdida sin Crayton —me susurra con voz ronca—. Murió pensando que era un cobarde porque nunca me dijo la verdad y... y no lo era. Era bueno. Ojalá pudiera decírselo.

Eli se interrumpe y una nueva oleada de lágrimas me humedece el cuello. Así que de esto se trataba en realidad; no se trata tanto de lo que aprendió de sí misma, aunque estoy segura de que fue impactante, sino de lo que se enteró de Crayton. Le acaricio el pelo, y solo la dejo llorar.

—Todos los días deseo poder tener solo una conversación más con mi cêpan —dice Ocho en voz baja.

—Yo también —concuerta Nueve.

—Nunca se vuelve más fácil —continúa Ocho—. Solo tenemos que seguir adelante y cumplir sus expectativas. Crayton tenía razón, Eli: un día, harás que nuestro pueblo se sienta orgulloso.

Eli nos abraza a Ocho y a mí. Nos quedamos así un rato, hasta que Nueve da un paso adelante y le da a Eli una torpe palmadita en la espalda. Eli lo mira.

—¿Es eso lo mejor que puedes hacer?

Nueve suspira dramáticamente.

—Está bien.

Nueve nos envuelve en sus brazos y aprieta, prácticamente nos levanta del suelo. Ocho gime y Eli deja escapar algo que es parte risa y parte jadeo. A mí también me



PITTACUS LORE

DARK GUARDIANS

está aplastando, pero no puedo evitar sonreír. Eli y yo nos miramos y estoy segura de que, justo ahora, no hay otro lugar en el que ella prefiera estar.

68



LA CAÍDA DE CINCO

CAPÍTULO ONCE

Traducido por Melii

Corregido por Pamee

A medio día estamos atravesando Missouri, a solo unas horas de distancia de Arkansas. Nos tomó más tiempo del esperado salir de Chicago: el coche arreglado de Nueve no tiene ninguna característica especial tipo súper-espía para evitar embotellamiento. Al principio, estoy un poco nervioso con Sarah al volante, por la forma en que zigzaguea entre los carriles y parece seguir de cerca a los coches cada vez que puede, hasta que noto que los demás conductores hacen lo mismo. Supongo que es parte de conducir en una gran ciudad.

Con Chicago a la espalda, la carretera se abre. No hay nada más que campos de trigo a ambos lados. Adelantamos a camiones mientras avanzan retumbando; avanzamos a buen tiempo, ni siquiera tenemos que usar el nitro que instaló Sandor. Lo último que necesitamos es que nos detenga la policía. Apuesto a que todavía soy de los más buscados en la mayoría de las bases de datos del gobierno, sin contar que ninguno tiene licencia en caso de que nos pare una patrulla, otro posible problema. Cuando volvamos a Chicago, tendré que ver si Sandor dejó algo de material para falsificar. Necesitamos nuevas identificaciones falsas.

—¿Alguna vez has intentado volver invisible un coche entero? —le pregunta Sarah a Seis, que no ha dicho mucho desde que nos pusimos en marcha. Está recostada en el asiento trasero con Bernie Kosar en el regazo—. Quiero decir, lo estás tocando.

—Eh —responde Seis, sentándose—. Nunca lo he intentado.

—No lo hagas —le digo, tal vez un poco demasiado brusco—. Alguien podría estrellarse contra nosotros.

—Gracias, John. Si no hubieras dicho nada, probablemente nos hubiera vuelto invisibles aquí en público, mientras conducimos a cien kilómetros por hora. Qué bueno que estés aquí para controlarme y evitar que Sarah conduzca demasiado rápido.

Abro la boca para replicar algo de que Seis es un tiro al aire y que no puedo predecir lo que podría hacer a continuación (como invitar a mi novia a una misión peligrosa), pero lo pienso mejor cuando noto que Sarah está mirándome. Tiene las cejas alzadas, como si estuviera confundida por el tono de Seis. Probablemente ha estado sintiendo la incomodidad entre Seis y yo desde que salimos de Chicago. Definitivamente no es algo que quiera intentar explicar, así que me encojo de hombros y le quito importancia a todo el asunto.

Seis tiene razón en que he estado controlando obsesivamente nuestra velocidad. Cada vez que el pie de Sarah pisa a fondo el gas, le toco le suavemente la pierna. Ella baja la velocidad y me mira disculpándose, como si no fuera su culpa y el coche solo le pidiera que lo conduzca rápido. Tal vez no debería ser tan obsesivo, tal vez debería dejarla que vuele por la carretera y al diablo con las consecuencias. Probablemente es lo que harían Seis o Nueve.

Cada momento, temo sentir la quemadura de una cicatriz nueva en la pierna. ¿Y si los mogadorianos logran llegar a Cinco antes que nosotros, todo porque me niego a que Sarah acelere?

Este tipo de pensamientos ha evitado que concilie el sueño las noches pasadas; no son sobre Cinco específicamente, sino en general sobre liderar a nuestro grupo. Simplemente no hay forma de tener un plan para cada eventualidad, no importa lo mucho que piense las cosas. Sería mucho más fácil si tuviera la actitud de Nueve, y pudiera salir a golpear cosas.

Y por si fuera poco, de repente tengo este drama con Seis. Todo por culpa de un estúpido beso.

Básicamente, no hay ningún aspecto de mi vida en este momento en que no me sienta superado.

Al final, nos detenemos en una gasolinera en Missouri. Seis se encarga de echar gasolina; Bernie Kosar deambula por el estacionamiento, olfateando el suelo y estirando las piernas. Sarah y yo nos dirigimos a la tienda a comprar algunas botellas de agua y pagar por la gasolina. A mitad de camino en el estacionamiento, ella se detiene abruptamente.

—Tal vez deberías ir a hablar con Seis —dice—. En serio.

Parpadeo, desconcertado. Echo un vistazo atrás a Seis. Si fuera posible que una persona echara gasolina con enojo, sería como lo está haciendo ella. Atasca la boquilla al tanque de gasolina como si estuviera apuñalando un mogadoriano.

—¿Por qué?

—Obviamente están molestos por algo —explica Sarah—. Ve a resolverlo.

No sé qué decir, así que me quedo ahí, incómodo. No puedo decirle a Sarah la razón de que Seis y yo estemos discutiendo porque, en primer lugar, ni siquiera estoy del todo seguro y, en segundo lugar, porque medio involucra nuestra relación. De verdad no quiero hacer esto ahora, sobre todo cuando tenemos cosas más importantes por las que deberíamos preocuparnos.

Sarah no se inmuta con mi protesta silenciosa, solo sonrío ligeramente mientras me manda con Seis.

—Vamos, tienen que ser capaces de trabajar juntos.

Tiene razón, por supuesto. No podemos permitir que esta incomodidad interfiera con la misión.

Seis mira con los ojos entrecerrados mi acercamiento. Vuelve a dejar la palanca de combustible en su lugar con mucha más fuerza de la necesaria. Nos quedamos mirando el uno al otro a lados opuestos del coche.

—Tenemos que hablar —le digo.

—Sarah hizo que vinieras aquí, ¿verdad?

—Mira, sé que en realidad no te cae bien...

—De eso se trata, John —me interrumpe—. Sarah me cae bien. Y ella te ama.

Me quedo mirando a Seis, intentando comprender.

—Está bien, entiendo que estás enojada conmigo porque realmente no hemos hablado desde que llegamos a Chicago. Es solo que con Sarah alrededor simplemente parecía... raro.

—John, no estoy enojada contigo porque nos besamos y ahora hayas vuelto con tu novia. Pensé que me gustabas, John, ya sabes, como más que amigo. Pero entonces me dejaron en la celda con Sarah y vi la forma en que hablaba de ti, y ahora todos los días los veo a los dos juntos. Lo que había entre nosotros cuando estábamos en carrera, no es como lo que tienen tú y Sarah. El verlos a los dos casi me hace creer en la mierda de Henri de que los lorienses solo se enamoran una vez.

Asiento, de acuerdo con Seis. Lo que dice es muy cierto, pero ¿cómo se supone que debería responder? «¿Sí, tienes razón, de verdad Sarah me gusta mucho más que tú?» Probablemente es mejor que me calle la boca.

—Supongo que me siento como la mierda por besarte cuando se suponía que debías estar con Sarah —continúa Seis.

—En nuestra defensa —digo—, pensamos que ella nos había vendido al gobierno.

—También era la primera vez que nos encontrábamos con otro garde. Una vez que la emoción había terminado, estabas esperando volver con Sarah, ¿eh?

—No fue así en absoluto, Seis. No estaba pensando en el futuro, ni estaba haciendo tiempo, o lo que sea. —Pienso en esa caminata a la luz de la luna que dimos Seis y yo, cogidos de la mano para ir invisibles—. No estoy seguro de que me haya sentido tan cómodo con otra persona como cuando estábamos juntos. Como si pudiera ser yo mismo.

Por un momento, la voz dura de Seis suena casi nostálgica.

—Sí, yo también.

—Pero es diferente con Sarah —le digo, con suavidad—. La amo. Estoy seguro de eso ahora más que nunca.

Seis da una palmada, como si se hubiera resuelto el asunto.

—Bueno, olvidémonos de esto entonces. Tú y yo solo somos amigos, y tú y Sarah son la pareja feliz. Estoy bien con eso. Toda esta basura del triángulo amoroso me da ganas de vomitar.

—Seis... —empiezo, no muy seguro de qué decir. Casi parece que me estuviera dejando libre de culpa, o estuviera tratando de alejarme.

—No, escucha —me interrumpe Seis—. Siento haberme metido en tus asuntos con Sarah. Si quieres decirle o no sobre nuestro beso, es cosa tuya, no me importa. Yo solo... —Mira hacia la gasolinera, desde donde Sarah está emergiendo finalmente—. Cuando me encerraron en esa celda con ella, la forma en que hablaba de ti... ha renunciado a mucho por estar contigo, John. Básicamente, está poniendo su vida en tus manos. Tal vez me estoy entrometiendo y no tengo derecho, pero solo quiero asegurarme de que estás a ese nivel.

—Lo intento —le digo a Seis, y me vuelvo para ver a Sarah mientras se acerca. Lo que dijo Seis suena a verdad. Sé que Sarah ha renunciado a una vida normal por estar aquí conmigo, enfrentando el peligro. La amo, pero no he logrado encontrar el equilibrio adecuado entre mantenerla a salvo y dejarla involucrarse en mi caótica vida. Podría no encontrarlo nunca. En este momento, es suficiente con que esté aquí conmigo.

Seis llama a Bernie Kosar y regresan al coche. Sarah se detiene frente a mí, con las cejas levantadas.

—¿Todo bien?

Tengo el repentino impulso de abrazarla, así que la abrazo. Ella deja escapar un ruidito de sorpresa, la beso en la mejilla y me devuelve el abrazo.

—Todo está bien —le digo.

Yo conduzco cuando dejamos la gasolinera. BK se arrastra al regazo de Sarah y araña la ventana hasta que ella la baja. El coche se inunda con el aire fresco de la primavera. BK saca la cabeza por la ventana, con la lengua de beagle colgando del hocico. Supongo que sin importar si eres chimæra o perro, de todas formas se siente bien que el viento te dé en la cara mientras conduces por carretera.

También me gusta el aire fresco. No sé si todo se arreglará entre Seis y yo, pero me siento mejor después de nuestra charla. Por lo menos sé cómo están las cosas ahora. El estado de ánimo ha cambiado en el coche; ya no hay tanta tensión entre los tres. Me relajo un poco, me inclino en el asiento y miro cómo sube el marcador de velocidad.

Sarah me golpea suavemente la pierna.

—Demasiado rápido.

Sonrí con culpabilidad y disminuyo la velocidad. Sarah tiene el brazo fuera de la ventana con la mano abierta para navegar las corrientes del viento. Su pelo rubio le azota el rostro salvajemente. Se ve hermosa. Por un momento, finjo que solo viajamos los dos a un lugar divertido y normal. Sigo creyendo que podría sucedernos algún día. Si no lo creyera, no habría razón para seguir luchando.

Sarah me mira a los ojos y juro que me puede leer la mente. Me apoya la mano en la pierna.

—Sé que estamos en una misión seria aquí —dice—, pero ¿qué pasaría si estuviéramos haciendo un viaje regular, como la gente normal? ¿Dónde les gustaría ir?

—Hmm —contesto, pensando. Mi fantasía con Sarah y yo realmente no tiene destino. Es suficiente solo estar en un coche con ella—. Tantas opciones...

Antes de que pueda decidir, Seis se inclina hacia delante desde el asiento trasero.

—La verdad es que no pude ver mucho por todas las huidas y luchas, pero España se ve bastante interesante.

Sarah sonrío.

—Siempre he querido ir a Europa. Mis padres fueros de mochileros allí después de la universidad. Así se conocieron.

—¿Así que Europa es tu respuesta también? —le pregunto a Sarah.

—Sí —responde ella—. Supongo que todavía hay lugares que me gustaría ver en Estados Unidos. Aunque me amargó un poco que me encerrara el gobierno.

—Eso es un inconveniente —conuerdo entre risas.

Sarah se da la vuelta en su asiento para mirar a Seis.

—Podríamos ir juntas a Europa. Eh, si no estás demasiado ocupada restaurando tu planeta y todo eso.

Sarah es tan entusiasta que Seis no puede evitar devolverle la sonrisa.

—Podría ser divertido.

—Ahí es donde me gustaría ir —le digo a Sarah, y apoyo la mano sobre la suya.

—¿Europa?

—Lorien.

—Oh —responde Sarah, la nota de tristeza en su voz me sorprende. Trato de explicarle.

—Me gustaría mostrarte Lorien como lo he visto en mis visiones, de la forma en que Henri solía describírmelo a mí.

Por el espejo retrovisor, atrapo a Seis poniendo los ojos en blanco por lo que dije.

—Así no es el juego —dice—. Escoge un lugar al que se pueda llegar sin construir una nave espacial.

Pienso sobre eso un momento.

—No lo sé. ¿Disney World?

Seis y Sarah intercambian una mirada y luego comienzan a reír.

—¿Disney World? —exclama Seis—. Eres tan cursi, John.

—No, es dulce —dice Sarah, palmeando mi mano—. Es el lugar más mágico de la Tierra.

—Sabes, la verdad nunca me he subido a una montaña rusa. Solía ver los comerciales y siempre quise ir, pero a Henri no le entusiasmaba todo el asunto del parque de atracciones.

—¡Eso es tan triste! —exclama Sarah—. Definitivamente vamos a llevarte a Disney World. O por lo menos, a una montaña rusa. Son increíbles.

Seis chasquea los dedos.

—¿Cuál es ese de una sola vía? ¿Se supone que es como una nave espacial?

—Montaña espacial —responde Sarah.

—Sí —responde Seis, y luego vacila, como si le preocupara estar a punto de divulgar demasiado—. De hecho, recuerdo haberla buscado en internet cuando era pequeña. Le insistía a Katarina que tenía algo que ver con nosotras.

La idea de una Seis pequeña investigando Disney World no tiene precio. Los tres nos echamos a reír.

—Alienígenas —murmura Sarah en tono de broma—. Tienen que salir más.

CAPÍTULO DOCE

Traducido por Pamee

Para cuando cruzamos la línea del estado de Arkansas, ya es de noche. Por suerte, sabemos exactamente hacia dónde ir. Los carteles empezaron a aparecer unos treinta kilómetros atrás, con el rostro grande y peludo del Monstruo del Arroyo Pantanoso invitándonos a visitar el único Emporio del Monstruo de Fouke. Estamos cerca, y el camino bordeado de árboles, desolado, así que rompo mi propia regla y piso el acelerador.

Sarah mira por la ventana y estira el cuello para ver uno de los carteles desvaídos del Emporio del Monstruo.

—Unos kilómetros más —murmura.

—¿Estás lista? —le pregunto al sentir algo de aprehensión en su voz.

—Eso espero —contesta.

Estaciono el coche justo a la entrada de Fouke. No es exactamente un destino turístico emocionante, es más el tipo de pueblito insignificante en el que se detienen las familias que van de viaje para tomar algunas fotos e ir al baño.

—Probablemente es buena idea ir a pie desde aquí —les digo y miro a Seis—. Deberíamos hacernos invisibles.

Seis asiente.

—Estoy de acuerdo.

Salimos del coche y nos adentramos en el bosque oscuro que separa la carretera del pueblo. Bernie Kosar estira las piernas brevemente antes de despegar en forma de gorrión. Aterriza en mi hombro, a la espera de instrucciones.

—Adelántate, BK —le digo—. Ve qué hay allí.

Cuando BK se eleva en la noche, me pongo el brazalete en la muñeca y los tres nos preparamos. No he dejado de sentir el doloroso cosquilleo cada vez que lo uso, pero definitivamente me sentiré más seguro con él. Al verme, Sarah saca su arma de la mochila y se la guarda en la pretina del pantalón. Todos esas fantasías de viaje por carretera de hace un rato ya están en el olvido. Es hora de la acción.

Entramos al bosque; las débiles luces de Fouke se ven a un kilómetro por los árboles. Sarah me toma la mano.

—¿Crees que veamos al Monstruo del Arroyo Pantanoso? —pregunta, abriendo muchos los ojos con terror fingido—. Por las fotos, se parece un poco a Pie Grande. Tal vez podamos ser amigos.

LA CAÍDA DE CINCO

Seis observa el bosque con cautela.

—No es el monstruo de una leyenda urbana el que me preocupa.

—Además —añado, intentando aligerar las cosas en beneficio de Sarah—, ¿quién necesita un *sasquatch* cuando tenemos a Nueve esperándonos en Chicago?

Como Seis, también examino el bosque por cualquier señal de una emboscada mogadoriana. Todo está inquietantemente silencioso, por lo que las ramas muertas que pisamos suenan como fuegos artificiales. Espero que hayamos llegado antes que los mogs a Cinco, que no hayan averiguado tan rápido su raro acertijo para llegar aquí. El hecho de que no me haya aparecido otra cicatriz en el tobillo y que el pueblito adelante no parezca estar consumido por las llamas de una batalla reciente, parecen buenas señales. Aun así, tenemos que permanecer alertas. Nunca se sabe qué podría esperarnos más adelante.

Al acercarnos, Seis nos extiende las manos. Sarah tiene que soltarme el brazo para sostener la mano de Seis. Desearía que hubiera tiempo para un último abrazo, solo un momento para tranquilizarla. Con uno tomado de cada mano, Seis se hace invisible y seguimos caminando.

Nos hemos adentrado mucho en el bosque, la carretera está muy atrás, cuando noto que BK planea en círculos por los árboles.

Aquí abajo, le digo.

Suelto la mano de Seis para que BK pueda vernos. Baja revoloteando y se transforma en una ardilla tan pronto toca el suelo.

—BK dice que hay un chico adelante —anuncio—. No hay señal de problemas.

—Bien, movámonos.

Tomo la mano de Seis y aceleramos, para pronto emerger de los bosques al pueblito de Fouke. En realidad, no es mucho más que una parada para poner gasolina y comer algo. El camino que conecta a la carretera de entrada sigue hasta el este. Veo algunas casas pequeñas en esa dirección y lo que asumo es la ciudad. Nos encontramos casi al inicio del pueblo, justo donde estacionarían los viajeros.

Hay una gasolinera con dos bombas junto a nosotros, y una oficina de correos al otro lado de la calle. No hay luz en ninguna ventana, ya que todo está cerrado por la noche.

Y luego está el Emporio del Monstruo. Los carteles de camino al pueblo de verdad exageraban. El Emporio del Monstruo en realidad es una tienda con camisetas y gorras del Monstruo del Arroyo Pantanoso a la venta en el escaparate. La atracción principal es la estatua de madera de unos cuatro metros del Monstruo del Arroyo Pantanoso:

una bestia peluda que parece parte hombre, parte oso y parte gorila. Incluso a esta distancia, es posible ver que la estatua está cubierta de excremento de pájaros.

—¡Allí! —susurra Sarah con emoción.

Yo también lo veo. Hay un chico más adelante, sentado con las piernas cruzadas en la base de la estatua. Parece aburrido mientras saca un sándwich de una bolsa de papel. Una mochila descansa junto a él, pero que yo vea, no hay señal de un cofre loriense. Al menos esperaba que tuviera eso, hubiera sido más fácil identificarlo. Pero claro, también les sería más fácil a los mogadorianos.

Comienzo a avanzar, pero Seis no se mueve ni tampoco me suelta la mano.

—¿Qué pasa? —susurro.

—No lo sé —responde ella en voz baja—. ¿Está aquí solo? Todo parece demasiado fácil, como una trampa.

—Tal vez —le digo, mirando alrededor de nuevo, dudoso. No hay señales de vida, excepto por nosotros y el chico en la estatua. Si los mogadorianos yacen a la espera, hicieron un excelente trabajo al encontrar un escondite.

—Tal vez solo ha sido afortunado —susurra Sarah—. Quiero decir, se las ha arreglado para mantenerse oculto más tiempo que el resto de ustedes.

—¿Cómo sabemos que es quién dice ser? —contraataca Seis.

—Solo hay una forma de averiguarlo —respondo.

Suelto la mano de Seis y cruzo la calle. No intento ocultar mi acercamiento, por lo que él se da cuenta de mi presencia casi tan pronto me alejo de Seis y entro al brillo amarillo de las farolas. Deja caer el sándwich, se pone de pie de un salto y se mete ambas manos a los bolsillos. Por un momento, creo que está a punto de sacar algún tipo de arma y siento que el lumen me calienta las manos en anticipación.

En cambio, saca dos bolitas de sus bolsillos; una es una pelota saltarina de goma y la otra un rodamiento de acero. Las hace rodar hábilmente por los nudillos y observa ansioso mi llegada. Es como un tic nervioso. Me detengo a unos metros de él.

—Hola.

—Eh, hola —replica.

A esta distancia, por fin puedo echarle un buen vistazo a nuestro posible Cinco. Es casi de mi edad, aunque más bajo y fornido; no es rechoncho, pero es grueso como un barril. Tiene el cabello castaño y corto al estilo militar. Lleva una de esas tontas camisetas del Monstruo del Arroyo Pantanoso y un par de vaqueros holgados.

—¿Me esperabas? —le pregunto, sin querer preguntarle directamente si es loriense. Supongo que podría ser un chico raro de campo que come sándwiches solo de noche.

—No lo sé —responde—. Déjame verte la pierna.

LA CAÍDA DE CINCO

Vacilo por un momento, luego me agacho y me levanto la pierna del pantalón. Él deja salir un suspiro de alivio al verme las cicatrices, y luego se levanta los vaqueros y me muestra las suyas. Con un hábil movimiento de manos, las dos pelotitas desaparecen de vuelta a su bolsillo y luego Cinco avanza, con la mano ahora vacía, extendida.

—Soy Cinco —dice.

—Cuatro —contesto—. Mis amigos me llaman John.

—Un nombre humano —dice—. Amigo, he tenido demasiado de esos para recordarlos.

Nos damos un apretón de manos. Su apretón es un poco fuerte, está demasiado emocionado. Por un momento, me preocupa que no me suelte. Me aclaro la garganta e intento alejar la mano discretamente.

—Lo siento —dice, soltándome la mano incómodo—. Estoy muy emocionado; he esperado tanto por esto. No estaba seguro de que alguien viera mi mensaje. No es fácil hacer un círculo en un cultivo, ¿sabes? No quería hacerlo de nuevo.

—Sí, esa no fue una idea muy buena —le digo. Comienzo a mirar alrededor nuevamente, aún preocupado de que aparezcan mogadorianos en cualquier momento. Los grillos cantan no muy lejos y más allá, escucho el sonido de los motores en la carretera. Nada de qué preocuparse, pero sigo sin poder deshacerme de la sensación de estar expuesto.

—¿No fue una buena idea? —exclama Cinco con emoción—. ¡Pero me encontraste! ¿Hice algo mal?

Cinco parece demasiado ansioso por complacer, como si esperara que lo felicite por su payasada con el quemado de cultivos. Es como si nunca hubiera considerado que pudiera atraer atención indeseada, lo que me parece ingenuidad. Tal vez lo estoy juzgando con demasiada dureza, pero me parece blando, protegido. O quizá he pasado demasiado tiempo alrededor de tipos duros como Seis y Nueve.

—No te preocupes por eso —le digo—, está bien. Deberíamos irnos.

—Oh —murmura, con el rostro ensombrecido. Aleja la mirada y escanea el área—. ¿No hay nadie más? Esperaba que te hubieras reunido con alguno de los otros.

A la señal, Seis y Sarah se materializan a mi lado. Cinco se tambalea hacia atrás y casi tropieza con su mochila.

Seis da un paso al frente.

—Soy Seis —se presenta tan franca como siempre—. John es demasiado amable para decirte que tu payasada de círculo en cultivo probablemente hubiera hecho que te asesinaran. Fue estúpido. Tienes suerte de que hayamos llegado primero.

LA CAÍDA DE CINCO

Cinco frunce el ceño y mira de Seis a mí.

—Vaya, lo siento. No quise causar problemas. Yo solo... no sabía qué más hacer.

—Está bien —le digo, haciendo un gesto con la cabeza hacia su mochila—. Recoge tus cosas, podemos hablarlo en el camino.

—¿Dónde vamos?

—Te llevamos de vuelta con los otros —le contesto—. Estamos todos juntos, es tiempo de que comencemos a luchar.

—¿Están todos juntos?

Asiento.

—Tú eres el último.

—Vaya —exclama Cinco, casi avergonzado—. Siento haber llegado tarde a la fiesta.

—Vamos —le digo, haciendo un gesto a su mochila nuevamente—. De verdad tenemos que irnos.

Cinco se inclina y toma su mochila, luego mira a Sarah, que ha estado junto a nosotros en silencio.

—¿Qué número eres tú?

Ella sacude la cabeza.

—Solo soy Sarah —contesta, sonriendo.

—Un aliado humano —se asombra Cinco, sacudiendo la cabeza—. Chicos, estoy oficialmente sin palabras.

Seis me lanza una mirada de desconcierto. Siento lo mismo. Tal vez hemos pasado por demasiadas luchas y experiencias cercanas a la muerte, pero parece que Cinco es demasiado casual. Ya deberíamos habernos ido de este lugar, y él solo quiere quedarse aquí y conversar.

—Mira —espeta Seis—, no podemos ir por ahí cotorreando. Podrían estar cerc...

Seis se ve interrumpida por un rugido en lo alto. No es un sonido de alguna maquinaria terrestre. Todos alzamos la vista justo cuando una nave mogadoriana plateada enciende sus proyectores y nos ciega momentáneamente. Cinco se escuda los ojos y se vuelve a mirarme.

—¿Es tu nave? —me pregunta.

—¡Mogadorianos! —le grito. Ya hay formas oscuras descendiendo de la nave; la primera ola de guerreros mogadorianos de camino al ataque.

—Oh —dice Cinco, parpadeando confuso hacia la nave—. Conque así son.

CAPÍTULO TRECE

Traducido por mj1994

Saca la xitharis! —le grito a Seis—. Si nos hacemos invisibles ahora, podemos irnos antes de que nos alcancen.
Seis empieza a coger su bolso, pero es demasiado tarde.

Antes de que pueda hacer nada, el aire a nuestro alrededor cruje cuando la primera ola de mogadorianos aparece con lanzallamas.

Mi brazalete se expande justo a tiempo para desviar dos tiros que me habrían dado justo en el pecho.

En lugar de eso, el fuego golpea el suelo lo bastante cerca de Seis como para tirarla hacia atrás. Mientras cae, le lanza a Cinco la piedra xitharis, pero él simplemente se queda mirándola, claramente inseguro de lo que es. No hay tiempo para explicárselo. Más allá del primer grupo de mogadorianos, puedo ver que bajan más por cuerdas desde su nave. Nos van a sobrepasar en número muy pronto.

Sarah ya se ha escondido tras un coche aparcado. Desde donde está, dispara con su arma. Veo que los dos primeros disparos lanzan tierra a los pies del mogadoriano más cercano, y entonces el tercero le acierta en el esternón. El mogadoriano se desintegra y Sarah apunta a otro.

Seis se volvió invisible tan pronto golpeó el suelo. No estoy seguro de donde está ahora, pero de pronto unas nubes tormentosas se comienzan a tomar la noche tranquila y clara de hace unos momentos. Definitivamente, se está preparando para atacar.

Cinco está a mi lado, inmóvil, y sigue mirando la roca en sus manos. Mi escudo está recibiendo muchos explosivos de cañones. A Cinco ya le habrían disparado de no ser porque está a mi lado.

—¿Qué estás haciendo? —le grito, agarrándolo del brazo con fuerza—. ¡Tenemos que movernos!

Los ojos de Cinco están abiertos, pero idos. Deja que lo empuje hacia atrás y lo tiro al suelo detrás de la estatua del Monstruo del Arroyo Pantanoso. La estatua de madera estalla rápidamente en cientos de pedazos chamuscados, pero la base de la estatua resiste al fuego, de momento. Enciendo el lumen en la mano sin escudo, y creo una bola de fuego considerable. Cinco me observa, mirando fijamente el remolino de llamas. Lo ignoro por el momento, me asomo desde mi escondite, y lanzo la bola de

fuego al grupo de mogadorianos más cercano. Envuelve a tres de ellos, y los reduce a cenizas al momento. El resto se dispersa.

Oigo gotas de lluvia aunque ninguna me ha caído encima aún. De hecho, la lluvia parece estar solo sobre la nave mogadoriana. Retumban los truenos. Sea cual sea el plan de Seis, confío en ella.

—¿Estás bien? —le grito a Sarah. El coche tras el que está escondida está solo a unos cuantos metros, pero me parece como si estuviera a un campo de batalla de distancia.

—¡Estoy bien! —me grita en respuesta—. ¿Y tú?

—¡Yo estoy bien, pero creo que Cinco está en shock o algo así!

Me doy cuenta de que hay tres mogadorianos atajando por la calle para flanquear a Sarah. Antes de que puedan, los alcanzo con mi telequinesis y les quito las armas de las manos. Al verlos, Sarah dispara al que está más cerca entre los ojos. Antes de que los demás puedan desenvainar las espadas, una forma arremete contra ellos desde las sombras.

Bernie Kosar en forma de pantera, con su pelaje negro difícil de distinguir en la noche, le arranca la tráquea a uno de los mogadorianos que había arrinconado, después le corta la cara a otro. Con ese grupo diezmado, BK se escabulle por el lado del coche, manteniéndose cerca de Sarah.

Mantenla a salvo, le dirijo el pensamiento a BK.

Los mogadorianos que desperdigué antes ya están reagrupándose, o quizás es otro grupo que está bajando de la nave. Lanzo dos bolas de fuego más en su dirección. Eso debería mantenerlos ocupados por un tiempo.

Agarro a Cinco y lo sacudo hasta que me mira. El hombro de su camisa queda chamuscado con mi mano todavía caliente por el lumen. Él se encoge de dolor y me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Qué demonios te pasa? —le grito.

—Lo... lo siento —murmura—. Es que nunca antes había visto un mogadoriano.

Lo miro, incrédulo.

—Estás de broma, ¿no?

—¡No! Albert, mi cêpan, me habló de ellos. Entrenamos para... para la lucha. Es solo que, de hecho, nunca he peleado.

—Genial —gruñe Seis, materializándose de repente delante de nosotros—. Tenemos un novato total.

—Puedo... puedo ayudar —murmura Cinco—. Me pillaron desprevenido.

No me siento muy convencido, porque aunque luchamos contra la primera ola de mogadorianos, todavía puedo ver sus sombras moviéndose en la oscuridad cercana.

—¿Ya terminó? —grita Sarah desde donde está—. ¡Porque ya casi no me quedan balas!

—Vienen más —le respondo a Sarah a gritos, y luego miro a Seis—. ¿Puedes derribar su nave?

Seis se concentra por un momento. Los relámpagos brillan en la noche e impactan justo contra el costado de la nave mogadoriana, que se balancea hacia delante y atrás; veo que algunos soldados mogadorianos pierden el agarre de las cuerdas y caen en picado quince metros al suelo. Ha creado una gran tormenta y solo está esperando el momento adecuado para descargar toda su furia.

—Pueden haber llegado volando —dice Seis—. Pero seguro no saldrán volando de aquí.

Miro a Cinco. Volvió a sacar esas bolitas de sus bolsillos, con manos temblorosas. No inspira confianza, precisamente.

Desvió la mirada hacia Sarah y la veo que apunta y le da a un mogadoriano que trataba de encontrarnos desprevenidos. No hace mucho, habríamos huido de una pelea como esta, felices de escapar vivos. Ahora siento que es una pelea que podemos ganar.

Cruzo la mirada con Seis.

—Vamos a enviarle un mensaje a Setrákus Ra. Si quiere atrapar a uno de los nuestros, va a tener que enviar más de una nave.

—¡Demonios, sí! —responde Seis, y levanta ambas manos al cielo.

Las nubes oscuras que están alrededor de la nave mogadoriana empiezan a enturbiarse y arremolinarse. Tres rayos se abren paso en el cielo tumultuoso, y golpean un lado de la nave en rápida sucesión. Veo que se sueltan partes del casco de metal y caen al suelo.

Probablemente al darse cuenta de que están en problemas, los mogadorianos tratan de ganar algo de altitud y salir del alcance de la tormenta. Los mogadorianos que ya están en el suelo duplican sus esfuerzos para llegar a nosotros, y el fuego de los cañones llena el aire. Me acerco lentamente a Seis para que mi escudo desvíe cualquier disparo dirigido a ella. Sarah permanece escondida, disparando a ciegas sobre el techo del coche.

—¡Tienes que darte prisa! —le grito a Seis entre dientes.

—Ya casi está —espeta, con el rostro tenso por la concentración.

Unos granizos como puños caen en la nave, y lo sacuden sin remedio. Cuando parece que la nave quizá pueda ganar altura, Seis gira las manos por sobre la cabeza. De repente, las nubes se fusionan y siento la fuerza del viento cuando un tornado se

forma detrás de la nave, que se tambalea y vuelca hacia un lado, al perder el control los pilotos.

La nave cae en picado al suelo, y aterriza con un estruendoso golpe en el bosque junto a la autopista. Segundos más tarde, una llamarada sale disparada hacia el cielo, seguida por una estruendosa explosión. Después, todo se queda en calma. La tormenta en el cielo se aclara y la noche queda tranquila de nuevo.

—Vaya —murmura Cinco.

—Buen trabajo —le digo a Seis.

Ya tiene la mirada enfocada en sus próximos objetivos. Quizá hayamos derribado la nave, pero todavía hay muchos mogadorianos acercándose. Un par de docenas, al menos, con cañones y espadas listas.

—Vamos a acabar con ellos —dice Seis, y se vuelve invisible.

Estoy ansioso por entrar en batalla. Primero, miro a Número Cinco. Está echando una ojeada vacilante a los mogadorianos que se acercan.

—No pasa nada si no estás listo para esto —le digo—. Quédate atrás.

Cinco asiente en silencio. Salgo de detrás de lo que queda de la estatua del Monstruo del Arroyo Pantanoso e inmediatamente, un mogadoriano levanta el cañón en mi dirección. Antes de que pueda disparar, algo lo golpea por la espalda, detrás de las rodillas. Unas manos invisibles desenfundan la espada que llevaba cruzada a los hombros y se le clava en la espina dorsal. Él se desintegra y, brevemente, con la nube de ceniza, puedo ver la silueta de Seis.

Corro hacia donde está Sarah, todavía agachada tras el coche aparcado. El lado que está de cara a los mogadorianos está derretido, pero parece que Sarah no está herida. Tan pronto me deslizo a su lado, Bernie Kosar expande las alas, alza el vuelo, y se lanza hacia un par de mogadorianos. Los mogadorianos aún vivos parecen confundidos incluso. Con su nave destruida, la mitad de ellos ya muertos... dudo que esperasen una pelea como esta. Bueno, que sean ellos los asustados para variar.

—¿Estás bien? —le pregunto a Sarah.

—Sí —me contesta, jadeando. Levanta el arma—. No me quedan balas.

Con telequinesis, tomo uno de los cañones mogadorianos que hay abandonados.

Sarah lo coge en el aire.

—Cúbreme —le digo—. Vamos a acabar con esto.

Salgo del escondite tras el coche, prácticamente provocho a los mogadorianos para que se me acerquen. Un par de ellos, agachados frente a la gasolinera, me disparan. Mi escudo se despliega inmediatamente y absorbe sus disparos. Pienso en lanzarles una

bola de fuego, pero no quiero hacer explotar la gasolinera. Ya hemos dañado lo suficiente al pobre Fouke, Arkansas.

Uso telequinesis para agarrar sus cañones y los lanzo al suelo. Luego, levanto la mano hacia los mogadorianos y les hago señas, animándolos a seguir. Ellos sonrían, sus dientes minúsculos resplandecen a la luz de la luna, y desenfundan las espadas. Corren hacia mí.

Tan pronto hay distancia segura entre ellos y la gasolinera, lanzo una bola de fuego que los envuelve a ambos. Idiotas.

Otro grupo de mogadorianos se ha reagrupado lo suficiente para llevar a cabo un ataque conjunto. Me atacan todos al mismo tiempo e intentan rodearme. Antes de que puedan acercarse, siento que algo elástico se envuelve en mi cintura y me tira hacia atrás, lejos de los mogadorianos. Sorprendido, miro hacia abajo. Un brazo está enrollado a mi alrededor. Un brazo realmente largo y estirado.

Cuando ya no estoy en el centro, Sarah empieza a atacar al grupo de mogadorianos con fuego de cañón.

Miro hacia abajo a tiempo de ver el brazo de Cinco volviendo a su estado normal y dentro de su camiseta. Me mira con vergüenza.

—Lo siento si interrumpí —dice—, pero podrían haberte arrinconado.

—¿Qué acabas de hacer? —pregunto, con curiosidad y un poco sorprendido.

—Mi cêpan lo llamaba externa —explica Cinco., y levanta la pelota de goma que ha estado acariciando desde que nos vimos—. Es uno de mis legados. Puedo adoptar las cualidades de cualquier cosa que esté tocando.

—Genial —respondo. Puede que el chico nuevo no sea tan inútil después de todo.

Uno de los mogadorianos se las arregla para rodear el fuego de Sarah y nos ataca. Cinco da un paso frente a mí. Su piel de repente brilla a la luz de la luna, resplandeciente y plateada. Recuerdo la otra bola que llevaba, el rodamiento de acero. El mogadoriano balancea su espada hacia Cinco en un arco que debería atravesarle la frente, pero con un resonante sonido metálico, la espada rebota en la cabeza de Cinco. El mogadoriano queda estupefacto cuando Cinco gira y golpea con la mano cubierta de acero golpeando el cráneo del mogadoriano.

Cinco me mira.

—Nunca antes, eh, había intentado eso —dice, y empieza a reírse, aliviado.

—¿De veras? —No puedo hacer otra cosa que reírme también. La energía nerviosa de Cinco es contagiosa—. ¿Qué pasaría si no hubiera funcionado?

Cinco se encoge de hombros, y se frota el sitio de la frente donde lo tocó la espada del mogadoriano.

Nos damos la vuelta y vemos a un par de mogadorianos huyendo entre los árboles, con Bernie Kosar siguiéndolos de cerca. Antes de que alcancen la línea de árboles, Seis aparece frente a ellos. Los corta a los dos con la espada mogadoriana que ha cogido.

Miro alrededor. La zona está despejada. El Emporio del Monstruo y sus alrededores están marcados por el fuego de los cañones, y aún queda algo de humo entre los árboles. Además de las manchas oscuras en el suelo donde los mogadorianos muertos se volvieron ceniza, no hay ni rastro de nuestros atacantes. Los hemos aniquilado.

Sarah llega hasta nosotros con el cañón mogadoriano apoyado en el hombro.

—¿Eso es todo?

—Eso creo —digo, manteniendo la voz neutra. Tengo ganas de chocar los puños y los cinco, pero quiero parecer indiferente—. Creo que, por una vez, los tomamos por sorpresa.

—¿Es siempre así de fácil? —pregunta Cinco.

—No —le digo—. Aunque ahora que estamos todos juntos... —No termino la oración, no quiero que nos dé mala suerte. La batalla no pudo haber ido mejor. Claro, solo era una nave mogadoriana, pero tienen ejércitos enteros esperando en Virginia Occidental y en otras partes, por no mencionar a Setrákus Ra. Aun así, los hemos derrotado en tiempo récord, y no creo que ninguno de nosotros haya sufrido ningún daño. Ayer, cuando Nueve estaba demasiado eufórico con arrasar Virginia Occidental y conseguir la revancha contra Setrákus Ra, había intentado dar a entender que no estaba convencido de que estuviésemos listos para ello. Ahora, después de esto, quizá sea el momento de reconsiderar nuestras opciones.

—¿Dónde está Seis? —pregunto, mirando alrededor—. Alguien debe haber oído la nave al caer. Tenemos que salir de aquí antes de que aparezcan los policías.

Como respuesta, un leve sonido se escucha entre los árboles, en la dirección donde cayó la nave mogadoriana. Enciendo mi lumen justo a tiempo para ver a Seis corriendo hacia nosotros, moviendo los brazos.

—¡Ya viene! —grita.

—¿Qué viene? —pregunta Cinco, tragando.

—Suena como piken —replico.

Se escucha un sonido agudo, el ruido de un árbol al ser arrancado de raíz y quedar hecho astillas. Algo enorme viene por ese camino. Pongo mi mano en el hombro de Sarah.

—Vuelve —le digo—. Quédate detrás de nosotros.

Sarah me mira, sostiene con fuerza el cañón mogadoriano. Por un momento, me preocupo de que vaya discutir, aunque sabe que luchar con un piken es mucho más

diferente a un tiroteo contra mogadorianos. Disparar desde cubierto es una cosa, ir paso a paso hacia un monstruo al que el fuego de los cañones le hacen cosquillas, es algo completamente distinto. Sarah me toca la mano y entrelaza sus dedos con los míos un momento; después rompe el contacto y corre a cubierto cerca de la oficina de correos.

—¿Qué demonios es eso? —pregunta Cinco, todavía a mi lado, señalando hacia los árboles.

Vemos al monstruo al mismo tiempo cuando aparece entre los árboles, cerniéndose sobre Seis. No respondo a Cinco. De hecho, no puedo responder porque, sea lo que sea esa cosa, no tengo un nombre para ello. Es como un ciempiés del tamaño de un camión cisterna, tiene el cuerpo de gusano cubierto de grietas y piel curtida. Cientos de brazos retorcidos salen de su cuerpo y remueven tierra mientras se mueve con una asombrosa rapidez. En la parte del frente, tiene una cara que recuerda a la de un pit bull: plana, con un hocico mojado y una boca babeante que se abre y deja paso a una hilera de dientes afilados. En el centro de la cara tiene un solo ojo sin párpados, inyectado en sangre y lleno de malicia. Recuerdo la multitud de criaturas que los mogadorianos tenían enjauladas en Virginia Occidental; en cuanto a bestias repugnantes, esta cosa estará en lo alto de mi lista.

A pesar de ser rápida, Seis no es tan veloz como esta cosa. El ciempiés se pone a la par con ella y luego se tira a un lado. La mitad de su espalda, la cola, gira hacia arriba y se alza sobre Seis por un momento, antes de bajar de un golpe.

Seis se echa a un lado justo a tiempo para evitar ser aplastada. Donde aterriza la cola se crea una enorme hondonada en el suelo y salen disparados trozos de tierra. Seis se pone rápidamente de pie, y entierra su espada en el cuerpo del ciempiés, que parece no notarlo; su cuerpo retorcido retrocede con la velocidad suficiente para quitarle la espada de las manos a Seis.

—¿Cómo se supone que vamos a matar a esa cosa? —pregunta Cinco, dando un paso atrás.

Mi mente busca una respuesta. ¿Qué ventajas tenemos sobre este gusano de un ojo? Es rápido, pero enorme y limitado al suelo...

—¿Puedes volar, verdad? —le pregunto a Cinco.

—¿Cómo lo sabes? —me pregunta, sin despegar los ojos de la bestia—. Sí, puedo.

—Elévame —le pido—. Necesitamos estar sobre esa cosa.

Mientras el ciempiés rodea a Seis de nuevo, veo que Bernie Kosar salta sobre su espalda. Ha vuelto en forma de pantera, y clava las garras en la piel del monstruo. Con un molesto chillido, el ciempiés rueda por tierra, y obliga a BK a saltar o quedar

aplastado bajo su cuerpo. La distracción es suficiente para que Seis cree algo de distancia entre ella y la bestia. Se vuelve invisible.

—Será más fácil si te subes a mi espalda —dice Cinco, poniéndose de rodillas frente a mí.

Me sentiría ridículo montado a caballito en la espalda de Cinco, si no fuera cuestión de vida o muerte. Tan pronto me subo, Cinco sale disparado en el aire. No es como la levitación temblorosa que creamos los demás con telequinesis; él es rápido, preciso, y lo controla. Cinco nos levanta como a nueve metros del suelo, justo encima del ciempiés. Empiezo a bombardear a la criatura con bolas de fuego, las lanzo tan rápido como puedo crearlas. En su espalda se abren heridas carbonizadas y un hedor horrible se eleva por el aire.

—Asqueroso —masculla Cinco.

El ciempiés se retuerce de dolor y gira sobre sí mismo. Su ojo enorme recorre frenéticamente el campo de batalla. Su pequeño cerebro no puede registrar de dónde viene el dolor. Sigo con el ataque; espero poder matar a esta cosa desde arriba antes de que sepa lo que está ocurriendo.

Mi siguiente bola se desvía de la bestia cuando Cinco cae de repente hacia el suelo. De un empujón, lo agarro por la espalda de la camiseta hasta que vuela en línea recta otra vez. Tiene la camiseta empapada en sudor.

—¿Estás bien? —pregunto, gritando para que me oiga sobre el sonido del viento y el rugido del ciempiés.

—No es fácil llevar a un lanzallamas —me grita en respuesta, tratando de bromear, pero su voz suena cansada.

—Solo un minuto. ¡Resiste!

El ojo del ciempiés gira hacia arriba y nos localiza. Ruge de nuevo, esta vez casi con alegría, y después se lanza hacia arriba, con todos sus pequeños brazos agitándose en el aire. Su horrorosa cara se dirige hacia nosotros, con los dientes rechinando. Cinco grita y salimos pitando hacia atrás en el aire. La bestia muerde el espacio vacío donde estábamos hace unos segundos.

El cambio de dirección tan brusco hace que me caiga de la espalda de Cinco. Mi mano se aferra a un trozo arrancado de su camiseta. Estoy cayendo.

Soy capaz de empujar el suelo lo suficiente con telequinesis, como para de alguna manera suavizar el aterrizaje. De no ser por ello, probablemente me habría quebrado una pierna al golpear el suelo. Aun así, me quedo sin aliento, y lo que es aún peor, caigo al suelo justo frente a la bestia.

De lejos, puedo oír a Seis y a Sarah gritándome que corra. Es demasiado tarde para eso. El ciempiés esta solo a cuarenta metros de mí, y viene hacia dónde estoy. Tiene la boca abierta y un hedor asqueroso emana desde la oscuridad de su garganta.

Me concentro y enciendo el lumen sobre mi cuerpo. Si esta cosa me quiere de cena, me aseguraré de arder camino abajo. Mientras pase la hilera de dientes, probablemente pueda arder dentro de la cosa. Que me trague un ciempiés mogadoriano no es mi mejor plan, lo admito, pero en los segundos que tengo antes de que esté justo encima de mí, es lo mejor que se me ocurre.

Mientras se acerca, veo un punto rojo reflejado en el ojo del ciempiés, como el rayo de un puntero láser. ¿De dónde viene?

Un solo disparo explota desde algún lugar detrás de mí.

El ojo del monstruo explota. Solo está a unos metros, y me salpica con toda la pringue apestosa del ojo. La cosa grita y se encabrita, ya olvidada de mí. Uso esa oportunidad para retroceder, y lanzar bolas de fuego al vientre de la criatura. La cosa empieza a convulsionar, su cola choca contra el suelo con la fuerza suficiente como para hacerlo temblar bajo mis pies. Después de una última salpicadura, el ciempiés colapsa en el suelo y empieza a desintegrarse lentamente.

Cinco aterriza a mi lado, con las dos manos por encima de la cabeza.

—Amigo, siento haberte tirado.

—No te preocupes —respondo distraídamente, lo hago a un lado y me dirijo al Emporio del Monstruo. Ninguno de nosotros llevaba un rifle de francotirador. ¿De dónde vino el disparo?

Seis y Sarah corren hacia un hombre de mediana edad, alto y de barba que baja del techo de un coche viejo. Lleva un rifle con puntero láser. Al principio, creo que simplemente es un buen samaritano, ¿quién no dispararía a un gusano gigante si anduviese por el vecindario? Pero hay algo que me resulta familiar en él.

Y después, de pie junto al coche, noto a alguien que ayuda a bajar al hombre mayor de su posición de francotirador. Cuando Seis está cerca, casi lo estrangula con un abrazo. Me quedo con la boca abierta e inmediatamente empiezo a correr.

Es Sam.

CAPÍTULO CATORCE

Traducido por Pamee

Seis me abraza tan fuerte que casi me caigo. Me rodea el cuello con los brazos y yo le apoyo las manos en la espalda. Tiene la camiseta toda sudada por la batalla que acaba de luchar la garde, pero no me importa en lo absoluto. Estoy más concentrado en la forma en que su cabello rubio me roza la mejilla con suavidad. Muchas de esas ensoñaciones con las que me distraía cuando era prisionero, incluían una escena igual a ésta.

—Sam —susurra Seis, aturdida, sosteniéndome como si pudiera desaparecer—, estás aquí.

La aprieto más fuerte en respuesta. Los dos nos abrazamos por más tiempo de lo que probablemente es apropiado con todos los demás alrededor. Junto a mí, escucho que papá se aclara la garganta.

—Oye, Seis, ¿por qué no dejas que alguien más tenga su turno?

Es Sarah, que llega junto a nosotros. Seis me suelta, tímida de repente. No estoy seguro de recordar ver resquebrajarse tanto su exterior duro. Siento que el rubor me cubre las mejillas. Me alegro de que esté oscuro aquí afuera.

—Hola, Sam —me saluda Sarah, y me abraza también.

—Hola —contesto—. Encantado de encontrarte aquí. Está bastante lejos de Paraíso.

—Y no es broma —replica Sarah.

Por encima del hombro de Sarah, veo que John trota hacia nosotros. Se le une un chico bajo, fornido y de pelo castaño que asumo es el Número Cinco que publicó ese mensaje en internet. Fue lo que nos trajo a papá y a mí a Arkansas; su programa de escaneo de internet encontró la noticia. Condujimos sin parar desde Texas para llegar aquí a tiempo para el final de la batalla.

Mientras Cinco se queda atrás del grupo, algo nervioso por conocer a tanta gente nueva, John se dirige directo hacia mí. Una sonrisa se extiende por mi rostro; no es solo por reunirme con mi mejor amigo, sino también por la sensación de que juntos somos parte de algo grande. Vamos a salvar al mundo.

John me devuelve la sonrisa, claramente emocionado de que este aquí; sin embargo, hay algo en sus ojos que no puedo descifrar. Me toma la mano con fuerza.

—Solo contéstame una pregunta —dice John abruptamente, sin soltarme la mano—. ¿Recuerdas ese día en tu habitación, cuando pensaste por primera vez que era un alienígena?

—Eh, ¿sí?

—¿Qué hiciste?

Miro a John bizqueando, sin estar seguro en realidad de por qué me hace la pregunta. Miro a mi papá, que observa el intercambio con curiosidad mientras espera a que le presente a los lorienses.

—Eh, te apunté con un arma. ¿A eso te refieres?

—Oh, Samuel —murmura papá con reproche, pero John sonrío ante mi respuesta y me abraza inmediatamente.

—Lo siento por eso, Sam. Es que tenía que asegurarme de que no eras Setrákus Ra disfrazado —explica John—. No tienes idea de lo bueno que es verte.

—Lo mismo digo —replico—. De verdad he extrañado luchar contra gusanos gigantes y otras criaturas.

John se ríe y da un paso atrás.

Cinco alza la mano de forma tentativa y da un paso adelante.

—Estoy perdido. ¿Setrákus Ra puede cambiar de forma?

También son noticias para mí. Me toco las quemaduras de las muñecas de forma inconsciente. Conozco de primera mano el tipo de maldad de la que es capaz Setrákus Ra.

—¿Cómo lo sabes? ¿Se enfrentaron a él? —pregunta Cinco.

John asiente solemnemente mirando en dirección a Cinco.

—Sí. Diría que fue un empate. Los pondré al día, pero primero... —La mirada de John se mueve hasta mi papá—. Sam, ¿es quién creo que es?

Mi sonrisa se hace más grande. Parece como si hubiera estado esperando años para presentarle mis amigos a papá.

—Chicos —anuncio, con orgullo en la voz—, este mi padre, Malcolm. Puedo confirmar que definitivamente es él y no Setrákus Ra, si estaban preocupados por eso.

Mi papá da un paso al frente, y saluda con un apretón de manos a cada garde y a Sarah.

—Gracias por la ayuda hace un rato —dice John, haciendo un gesto al rifle de papá—. Me alegra que haya traído algo de armamento.

—Parecía que lo tenías bajo control —le dice papá a John—. Es solo que he querido dispararle a algo mogadoriano por mucho tiempo.

—Bajo control —se burla Seis, sacudiendo la cabeza—. A mí me parecía que te estaban a punto de tragar, John.

—Bueno, no fue mi mejor plan. —John se encoje de hombros, sonriendo y Sarah le da unas palmaditas alentadoras en la espalda.

Cinco nos estudia a papá y a mí.

—Ustedes no son lorienses —dice con seriedad, como si acabara de comprenderlo—. Estaba seguro de que tú debías ser un cêpan, al ser tan viejo y todo.

Mi papá se ríe.

—Siento decepcionarte. Solo soy un humano viejo que espera ser de ayuda.

Cinco se gira para mirar a John y asiente.

—Tienes un verdadero ejército aquí.

Seis y yo intercambiamos una mirada. No estoy seguro de si este chico nuevo está siendo sarcástico o si en realidad es algo tonto. A juzgar por su expresión, Seis tampoco está segura.

—Aquí somos seis, y hay cuatro esperándonos en Chicago —aclara John pacientemente—. No creo que diez personas califiquen para el título de ejército, pero gracias.

—Supongo que no —murmura Cinco.

—Quiero saber cómo se reencontraron —dice John. Mira a mi papá casi con cautela, como si hubiera golpeado a la puerta de mi familia para preguntar si puedo salir a jugar a invasión extraterrestre—. Pero primero, Sr. Goode, solo quiero que sepa que nunca quise que Sam se viera envuelto en todo esto. Siento haberlo puesto en peligro, pero no creo que hubiéramos llegado hasta aquí sin él.

—Definitivamente no —concuerta Seis, sonriéndome.

Alejo la mirada; ya siento que el rubor me cubre las mejillas.

Mi papá parece conmovido.

—Ponernos en peligro por la seguridad de la Tierra es una tradición de la familia Goode, pero gracias por decir eso. —Apoya una mano en mi hombro—. Me alegra que se reencontraran. Y deja eso de «señor»; con Malcolm bastará.

No muy lejos se escuchan sirenas, se están acercando. Podemos estar en una parte rural de Arkansas, pero las autoridades locales sin duda notaron una nave espacial estrellándose. Pronto estarán aquí.

—Deberíamos irnos —dice Seis.

John asiente, ya dirigiéndose hacia los árboles.

—Nuestro coche está estacionado junto a la carretera.

—Yo iré con Sam y Malcolm y les enseñaré el camino —anuncia Seis.

LA CAÍDA DE CINCO

John, Sarah y Cinco se desvían hacia la carretera; mientras las luces parpadeantes comienzan a atravesar Fouke, mi papá y yo, junto con Seis, vamos hacia la Rambler.

Cuando papá sube al asiento del conductor, Seis me toca el brazo.

—Lo siento si te, eh, avergoncé con ese abrazo, frente a tu papá y todo eso. Espero que no haya sido raro.

—De ninguna manera —digo apresuradamente, porque quiero que Seis sepa que ese abrazo fue casi lo mejor que me ha pasado en largo tiempo—. Fue muy bueno.

—No te acostumbres a verme toda emocional —me advierte Seis, dándome una mirada. Creo que está bromeando—. Me tomó por sorpresa que aparecieras aquí.

—Entonces, ¿dices que tendría que desaparecer de nuevo para que me dieras otro abrazo?

—Exactamente —contesta Seis, y luego empieza a subir al asiento trasero. Vacila, piensa algo por un momento, y repentinamente me abraza de nuevo—. Está bien. Una vez más.

Abraza a Seis mientras mi papá enciende el auto; tiene el rostro iluminado por el panel de instrumentos del coche, e incluso aunque finge lo contrario, sé que nos está observando. Si pudiera, nunca la soltaría, y seguiríamos abrazándonos hasta que llegaran los policías locales a arrestarnos.

Seis se aleja y me mira a los ojos. Intento dejar mi expresión fría y calmada, pero probablemente no funciona.

—Para que conste —dice ella—, nunca pensé que fueras Setrákus Ra. Lo supe enseguida.

—Gracias —respondo débilmente y busco algo mejor que decir, como cuánto la extrañé o lo increíble que es verla de nuevo. Antes de que se me ocurra algo, Seis ya está sentada en el asiento trasero. Se está abrochando el cinturón de seguridad cuando Cinco se aclara la garganta.

—Eh —comienza—. ¿Qué era esa piedra que me lanzaste?

Todos giramos a mirarlo.

—¿Hablas de la piedra xitharis? —pregunta Seis.

—Sí —contesta Cinco—. Eso. Yo, eh, la dejé caer.

CAPÍTULO QUINCE

Traducido por Brayán Calderón

Corregido por Pamee

Vamos, Johnny! Te mando por refuerzos y regresas con un anciano, un nerd y este pequeño hobbit. Gran trabajo.

Nueve recibe a nuestro grupo sarcásticamente en cuanto entramos al vestíbulo de su ridículo ático en Chicago. Entonces mi primera impresión de él durante nuestra breve reunión en Virginia Occidental no era errónea, después de todo. De verdad es un idiota.

Hemos vuelto más tarde de lo que pensaron todos. Buscamos la piedra xitharis, pero ya no estaba y no pudimos quedarnos más tiempo del necesario. Y aunque ninguno parece estar muy contento con él, es como si estuvieran tratando de no culpar a Cinco por perderla. Por ahora, al menos.

Tras quedar claro que había desaparecido y después de que Cinco se disculpara por enésima vez, Seis simplemente se sacudió el cabello y se encogió de hombros.

—Es una roca —dijo, casi como si estuviera intentando convencerse a sí misma—. Una roca poderosa, pero somos muy poderosos por nuestra cuenta.

Aun así, es evidente que Cinco no se ha granjeado el cariño de nadie. Especialmente de Nueve.

—Sé agradable —le advierte Sarah. Es obvio los demás se han acostumbrado a sus bromas no muy ingeniosas. Por la forma en que él y John chocan las manos en señal de saludo, diría que incluso han llegado a ser amigos. Sin embargo, Cinco parece herido. Junto a mí, sutilmente intenta entrar el vientre.

—Hobbit —repite en voz baja.

—Es de un libro... —me pongo a explicar, pero me interrumpe.

—Entendí la referencia —dice Cinco—. No es muy agradable.

—Ése es Nueve —dice John, al escuchar—. Te va a terminar agradando. O, bueno, te acostumbrarás a él.

Cinco me da una mirada inexpresiva, como si lo dudara, y no puedo evitar sonreír en respuesta. Creo que ambos nos sentimos un poco forasteros en este ático. Seis trató de ponerme al día lo mejor que pudo en el viaje de vuelta, pero hay un montón de caras e historias nuevas en Chicago, por no mencionar el escondite más surrealista de la historia. Todavía no puedo creer que la garde esté viviendo en un lugar como éste. Es el tipo de apartamento lujoso que solían mostrar en ese programa de MTV, el de las

celebridades ricas y sus envidiables estilos de vida. Es bastante impresionante cómo lograron Nueve y su cêpan armar un lugar como éste y mantenerlo fuera del radar mogadoriano.

John presenta cada uno a Nueve, que ha dejado de hacer bromas malas el tiempo suficiente para conocer a Cinco y a mi papá.

—Y recuerdas a Sam, ¿verdad? —termina John.

—Obviamente —dice Nueve, adelantándose para darme la mano con apretón áspero; es más alto que yo, así que tengo que estirar el cuello. Él baja la voz, no quiere que los demás escuchen—. En serio, hermano, lo siento por dejarte en la cueva. Fue mi culpa en parte.

—Está bien —respondo, un poco sorprendido por la disculpa.

Nueve gira mi mano antes de dejarme ir, y nota las cicatrices frescas de color rosado en mis muñecas.

—Te hicieron soportarlo, ¿no? —pregunta solemnemente. Por su tono, es como si acabara de dar cuenta de que tenemos algo en común. Supongo que ahora soy miembro de la fraternidad secreta de víctimas de tortura mogadoriana.

No sé qué decir, solo asiento con la cabeza.

—Lograste salir —dice Nueve, con unas fuertes palmadas en el hombro—. Bien por ti, amigo.

John comienza a guiarnos junto a Nueve, que básicamente ha estado de pie justo en nuestro camino. Medio me recuerda a uno de esos perros grandes que saltan sobre los visitantes en cuanto llegan a la puerta. Cuando por fin se hace a un lado, me doy cuenta de los otros tres garde de los que Seis nos habló (Siete, Ocho y la joven Diez. Están esperándonos en la sala de estar, un poco más pacientes que Nueve, al menos nos permiten entrar.

—Si se están preguntando qué es ese olor horrible, es la comida vegetariana que Marina cocina para la cena —informa Nueve.

—¡Oye! —contesta con buen humor la morena Siete, Marina—. Va a estar bueno, lo prometo.

—Cena —resopla Nueve—, lo que sea, ¿a quién le importa? ¡Tenemos a todo el equipo junto! Son más regordetes y tontos de lo esperado, pero estoy bien con eso. ¡Vamos a patear traseros!

—Cálmate, hombre. Condujimos como doce horas —le dice Seis a Nueve, y le lanza una bolsa de equipamiento al pecho—. Toma. Haz algo útil.

Sarah sigue rápidamente su ejemplo, y le lanza su bolso a Nueve. En poco tiempo, está cargando casi todas las cosas que traíamos en los coches.

—Bien, guardaré estas cosas —dice Nueve agradablemente mientras camina a dejar las cosas—. Pero después vamos a hablar de patear algunos traseros por lo menos.

Me doy cuenta de que Cinco mira a Nueve fijamente mientras sale de la habitación; luego se vuelve hacia John.

—De verdad no vamos a luchar otra vez, tan pronto, ¿verdad?

John niega con la cabeza.

—Nueve solo está emocionado. Reunirnos fue el primer gran paso. Ahora tenemos que averiguar qué hacer a continuación.

—Ya veo —dice Cinco, bajando la mirada hacia sus manos—. Supongo que nunca he considerado la violencia algo emocionante.

—No todos somos como Nueve —dice Marina en tono de disculpa, dando un paso adelante. Nos saluda calurosamente e incluso abraza a Cinco, cosa que a la vez lo sorprende y lo relaja un poco. Definitivamente Marina me pone más a gusto después de la brusca demostración de Nueve.

Ocho se presenta después. Se ve que es relajado, un buen cambio después de la rutina macho alfa que Nueve presentó cuando llegamos. Aun así, Ocho está tan emocionado como Nueve, solo que tiene más tacto.

—Tengo tantas preguntas para ustedes. Todos ustedes —dice Ocho—. Cinco, me muero por saber dónde has estado, de escuchar por todo lo que has pasado.

—Eh —gruñe Cinco—. Está bien.

—Estoy seguro de que has superado muchas cosas para estar aquí —continúa Ocho alentadoramente.

—Todo lo que John y yo pudimos obtener de él en el coche, fueron gruñidos —me susurra Sarah.

Entiendo que se sienta un poco abrumado en esta situación: se encuentra por primera vez con las últimas personas vivas de su pueblo, y resulta que ya han pasado juntos mucho tiempo. En cierto modo, es bueno tener a Cinco conmigo, a pesar de que tampoco hablemos mucho; es bueno tener a alguien igual de torpe en estas situaciones sociales.

—Antes vivías en Jamaica, ¿verdad? —Ocho le pregunta a Cinco.

—Es verdad —contesta Cinco—. Por un tiempo, de todos modos.

Parece que Ocho espera que Cinco dé más detalles. Cuando no lo hace, John interviene.

—Fue un largo viaje de regreso y creo que todo el mundo está un poco cansado. Tal vez podamos compartir historias en la cena —sugiere.

Ocho asiente y no presiona a Cinco por más detalles. Percibo que John intenta tratar a Cinco con guantes de seda al dejar que se adapte a los demás a su propio ritmo. Me sorprende un poco que Cinco no les haga más preguntas sobre los demás, pero parte de eso parece ser renuencia a contestar cualquier pregunta sobre su propio pasado. A juzgar por el hecho de que se presentó sin cêpan ni cofre, estoy seguro de que tiene el mismo tipo de historia sombría que todos estos garde.

Cuando Ocho termina de intentar sonsacarle información a Cinco, la última de los nuevos garde da un paso adelante y se presenta. Aunque Seis me dijo que sería joven, aun así me sorprende lo pequeña que es Eli en persona. No me puedo imaginar que esta niña haya dado un paso adelante para enfrentarse a Setrákus Ra, mucho menos que de alguna forma sea la clave que lo ahuyentó, pero Seis dijo que así fue. Estoy impresionado.

—No sabía que hubiera una décima garde —dice Cinco, mientras estrecha la mano de Eli. Es lo más cercano a una pregunta sobre los demás desde que entramos.

—No había. Fui una especie de accidente.

Me doy cuenta de que John le lanza a Marina una mirada curiosa. Marina levanta las cejas en respuesta, y mueve la boca para decir «te lo diré más tarde».

Cinco asiente con la respuesta de Eli y la estudia durante un momento antes de mirar hacia el suelo.

—Eh —dice Cinco, buscando las palabras—. Me he sentido un poco parecido, en realidad. Nuestros números, nuestros legados, toda la misión a la Tierra. Quiero decir, ¿cuánto pensaron todo esto los grandes ancianos? ¿Creen que solo sacaron nuestros nombres de un sombrero?

Todos miran a Cinco por un momento, silenciosos. Es un discurso muy extraño, sobre todo si se tiene en cuenta que es la primera vez que se reúnen los garde sobrevivientes. Debería ser un momento de celebración, pero Cinco parece decidido a amargar los ánimos.

—Hm, sí —dice Ocho, rompiendo alegremente el silencio—. Es algo curioso cuando lo pones así.

Mi papá se aclara la garganta y dice con voz suave:

—Les puedo asegurar que su selección fue meditada, no fue un sorteo al azar. —Se vuelve hacia Eli y le da la misma mirada tranquilizadora que me daba cuando volvía a casa de la escuela después de que los matones me hubieran molestado—. Y tu escape de Lorien fue más que un accidente. Fue más bien una bendición, diría yo.

—Eh, cierto —conuerdo Cinco, sin dejar de mirar al suelo mientras se dirige a mi papá—. Supongo que el humano viejo es un experto en Lorien. —Levanta la vista y

LA CAÍDA DE CINCO

luego, y esboza una sonrisa forzada cuando nota que los demás lo miramos con extrañeza—. Perdón —añade rápidamente—, solo pensaba en voz alta. No sé bien de qué hablo.

—No me considero un experto —dice papá diplomáticamente—. Lo siento si te ofendí, pero creo en el trabajo de sus ancianos. Si no lo hiciera...—Se calla, probablemente pensando en el tiempo que pasó prisionero de los mogadorianos.

Cinco ahora parece avergonzado.

—Cuatro, eh, John, estoy bastante cansado. ¿Hay algún lugar donde pueda recostarme por un rato?

—Claro, hombre —responde John, y le da unas palmaditas a Cinco en la espalda—. ¿Por qué no les muestro a todos dónde están las habitaciones?

Unos minutos atrás, me identificaba con Cinco por lo incómoda que debe ser esta situación para él. Pero, no lo sé, algo en la forma en que le habló a mi papá no me sentó bien. Casi había desdén en su voz, como si mi padre no pudiera tener ninguna información útil acerca de la garde.

Todos, menos Nueve, nos conducen por un pasillo cubierto de obras de arte que probablemente podríamos vender por una pequeña fortuna en una subasta de museo. Todavía no puedo creer que un tipo como Nueve viva aquí. Siento que debería usar un esmoquin para caminar por aquí. Mientras avanzamos por el ático, Sarah y Seis se desvían para asearse, y Eli se excusa para ir a ayudar a Nueve a guardar el equipo. Finalmente, John se detiene en medio del pasillo.

—Esta está desocupada —dice John, abriendo una puerta para Cinco—. Hay algo de ropa extra en los cajones también, en caso de que tengas ganas de un cambio.

—Gracias —dice Cinco y entra a la habitación. Está a punto de cerrar la puerta, pero se da cuenta de que todos seguimos afuera, mirándolo—. Eh, chicos nos vemos en la cena, supongo —murmura, antes de cerrar la puerta.

—Un tipo genial —dice Ocho secamente. Marina le da un golpe en las costillas y lo calla.

Miro hacia la puerta cerrada en la que apuesto a que Cinco sigue en pie, escuchando. Siento un poco de pena por él otra vez. No es fácil ser un extraño.

John se dirige a mi padre y a mí.

—¿También están cansados? ¿O quieren una vuelta?

—Nah —digo—. Enséñanos. Es la primera vez que veo un ático.

—También yo —añade papá añadiendo, sonriendo.

—Genial —contesta John, mirándonos aliviado de que no seamos tan antisociales como Cinco—. Creo que de verdad les va a gustar la siguiente parada.

Mi padre camina unos metros por detrás del grupo, admirando las obras de arte. Una vez que continuamos por el pasillo y dejamos el cuarto de Cinco fuera de alcance, Ocho hace la pregunta que creo que la mayoría de nosotros estamos pensando.

—¿Qué pasa con el chico nuevo? —Me echa una mirada—. No tú, Sam. Tú pareces totalmente normal.

—Gracias.

John niega con la cabeza, un poco desconcertado.

—Honestamente, no lo sé. Es un poco extraño, ¿no? No es exactamente lo que estaba esperando.

—Probablemente solo está nervioso —interviene Marina—. Ya se adaptará.

—¿Dónde está su cêpan? —pregunto—. ¿Qué ha estado haciendo todos estos años?

—No estuvo muy comunicativo en el camino de vuelta —responde John—. Ni siquiera Sarah pudo sonsacarla algo, y sabes cómo es ella.

—Es lo suficientemente sociable para conseguir que ustedes, los reservados lorienses, lo cuenten casi todo.

John se ríe, entiende mi broma de inmediato.

—Sarah es tan encantadora que podría convencer a un alienígena fugitivo de que se sacara una foto para el periódico de la escuela.

—Tan encantadora, que ese mismo alienígena podría incluso lanzarle piedras a la ventana en medio de la noche, aunque los federales estén vigilando la casa.

Ocho y Marina intercambian miradas de confusión cuando John y yo empezamos a reírnos.

—¿Lanzaste piedras a la ventana de Sarah? —le pregunta Marina a John y alza la ceja con diversión—. ¿A lo Romeo y Julieta?

—Eh, al parecer, de acuerdo con el FBI... oh, miren, ya llegamos —dice John, ansioso por cambiar de tema. Le sonrío a Marina y asiento.

Al final del pasillo, John nos muestra una habitación que al parecer la garde ha estado utilizando como base de operaciones. En la pared cuelgan unas grandes pantallas de computador; una de ellas ejecuta un programa similar al rastreador web de mi papá. Los cofres lorienses están almacenados aquí, junto a la tablet que recuperamos del laboratorio de papá. El resto de la habitación está totalmente desordenado con varios objetos tecnológicos: algunas de ellos nuevos, que solo acaban de salir de la caja; otros parecen salidos del basurero. En algunos lugares a lo largo de las paredes, los aparatos y piezas de repuesto están apilados hasta el techo.

La cara de papá inmediatamente se ilumina.

—Es una colección impresionante —exclama y sus ojos exploran la habitación como un niño en la mañana de Navidad.

—Es del cêpan de Nueve, Sandor; este era su taller —explica John—. Pusimos en funcionamiento algunas cosas, pero ninguno de nosotros es un genio tecnológico, exactamente. —John gira hacia mi padre—. Espero que pueda ver si hay algo útil, Sr. Goode. Eh, Malcolm.

Mi papá se frota las manos.

—Con mucho gusto, John. Ha pasado demasiado tiempo desde que tuve un lugar como este a mi alcance. Tengo mucho de qué ponerme al día.

—¿Podría echarle un vistazo a esto también? —pregunta John y nos lleva por un conjunto de puertas dobles—. Nueve lo llama la Sala de Clases.

Al entrar a una gran habitación blanca de techo alto, pasamos por un bastidor de armas intimidantes que hace que las armas que papá compró en Texas parezcan juguetes. La habitación es casi del tamaño de nuestro gimnasio en la preparatoria, y me maravillo nuevamente de la inmensidad del ático en general. En la pared al extremo de la sala, se encuentra un gran aparato con estilo de cabina, con una gran variedad de consolas instaladas alrededor. La silla se ve un poco aplastada, como si algo enorme hubiera caído sobre ella.

—Asombroso —comenta papá.

—Hemos estado utilizando este espacio para entrenar. Nueve dice que Sandor tenía un montón de trampas y obstáculos conectados en un punto. —Golpea un panel en la pared que al parecer debería disparar algo, pero no pasa nada—. Pero Nueve tuvo una rabieta y rompió los controles. Ahora solo funciona a medias.

—Fácil de creer —digo. Definitivamente, no es difícil imaginar a Nueve perdiendo los estribos.

—Eso —dice John, señalando hacia la silla—, es el atril. Si pudiéramos ponerlo a funcionar de nuevo, creo que podríamos mejorar en nuestro entrenamiento.

Papá ya está arrodillado frente al atril, recogiendo los cables pelados y capas de acero dobladas.

—Es un trabajo muy impresionante —comenta.

Examino la maquinaria por encima de su hombro, aunque no tengo ni idea de lo que estoy viendo.

—¿Puedes arreglarlo?

—Puedo intentarlo —contesta, volviéndose hacia John—. Seré de ayuda en todo lo posible.

—Yo también —digo, dando a John un rápido saludo militar. Él se ríe.

—Sé que acaban de llegar —dice John—. Espero que no ser muy insistente. Honestamente, me alegro de tenerlos aquí. Y, no quiero sonar tan cursi, pero también me alegro de que se encontraran el uno al otro.

Cuando John habla sobre mí y mi papá, siento un poco de nostalgia en su voz. Me pregunto si está pensando en cómo hubiera sido tener esta conversación en Paraíso, con mi papá y Henri discutiendo sobre tecnología, si las cosas hubieran sido solo un poco diferentes.

Mi papá le da la mano a John de nuevo, y le palmea el brazo.

—Nos alegra haberte encontrado, John. Sé que todo ha sido difícil para ti, pero no estás solo en esto. Ya no.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Traducido por DarkRaven86

Corregido por Pamee

Marina realmente se supera con la cena. Hay platos apilados con arroz, frijoles y tortillas frescas; un tazón de helado de gazpacho, una clase de plato de berenjena frita en miel y como una docena de otros platos españoles de los cuales ni siquiera sé el nombre. Había olvidado qué tan buena puede ser la comida casera; como como un lobo, pido un segundo y luego un tercer plato.

Estamos todos sentados bajo la brillante araña en el salón de banquetes de Nueve, que funciona como comedor. John se sienta en un extremo y mi papá en el otro, y los demás entre ellos. Me siento al lado de papá y de Nueve.

—Qué locura —murmura Nueve antes de llevarse una tortilla a la boca—. Nunca había tenido tanta gente en esta mesa.

Todo el mundo está relajado, solo charlando y bromeando. Cinco come mucho, pero habla poco. A su lado, Eli juega con su comida. Luce cansada, pero aun así se ríe cuando alguien sale con una buena broma. Seis está sentada justo frente a mí al otro lado de la mesa; trato de mantenerme calmado y no mirarla mucho.

Cuando la comida termina, John se pone de pie y atrae la atención de todos, mira hacia Sarah y recibe una sonrisa alentadora. Se aclara la garganta y noto que piensa mucho en lo que está a punto de decir.

—De verdad es increíble verlos a todos así, juntos. Todos hemos llegado tan lejos para estar aquí, y hemos pasado por mucho. Estar aquí... me da esperanzas de que de verdad podremos ganar esta guerra.

Nueve deja escapar un agudo *woop woop* que hace que todos se rían, incluso hace que John deje de lado su rostro de discurso por un momento. Cinco voltea a verlos a todos con una pequeña sonrisa, como si estuviera comenzando a sentirse más cómodo.

—Sé que algunos nos estamos conociendo por primera vez —continúa John..., así que, creo que podría ser de mucha ayuda si contamos nuestras historias uno a uno.

—He allí un tema divertido —murmura Seis.

John no se inmuta.

—Sé que algunas de las historias (bueno, probablemente todas), no son las más felices, pero creo que es importante que recordamos cómo llegamos hasta aquí y por qué estamos luchando.

Observo a Cinco. Entiendo lo que está haciendo John: espera que al contar sus historias, la garde pueda conseguir que su nuevo miembro se abra un poco.

—Hablando como uno de los recién llegados, de verdad me gustaría escuchar lo que todos han tenido que atravesar —dice papá.

—Sí —dice Cinco, sorprendiendo a todos—, a mí también.

—Muy bien —dice John—. Yo puedo empezar.

John se lanza a contar una historia que para mí es más que conocida. Comienza con su llegada a Paraíso después de años de huir. Habla sobre cuando nos conoció a Sarah y a mí y de cómo se volvió cada vez más difícil mantener sus legados en secreto. Termina el relato con la batalla en nuestra escuela, la llegada justo a tiempo de Seis y la muerte de Henri. Todos callamos después de eso, no muy seguros de qué decir.

—Oh diablos —dice Nueve—, casi lo olvido.

Nueve estira una mano debajo de su silla y saca una botella de champagne, enfriándose en una cubeta de hielo. Lanzo una rápida mirada a mi papá, pero no parece estar de humor para jugar al adulto responsable; en vez de eso, extiende la copa. Rápidamente, Nueve rodea la mesa y les sirve a todos; incluso le da un poco a Eli.

—¿De dónde salió esto? —pregunta Ocho.

—Mi escondite secreto, no te preocupes por eso. —Después de servir, Nueve levanta la copa—. ¡Por Henri!

Todos levantamos nuestras copas y brindamos por Henri. John se mantiene tranquilo, pero para mí es obvio que está conmovido por el gesto. Mira al otro lado de la mesa y asiente hacia Nueve en agradecimiento. Diablos, incluso a mí Nueve me ha sorprendido un poco: entre esto y nuestro pequeño momento de corazón a corazón en la entrada más temprano, quizás tenga que promoverlo de total idiota a tonto menor.

—Tal vez deberían reclutar toda la ciudad de Paraíso para que peleen por nosotros —comenta Cinco—. Parece un lugar muy amistoso con los alienígenas.

—Deberíamos hacer pegatinas para el coche con eso —propongo—. «Mi Estudiante Estrella Luchó Contra Alienígenas en la Escuela Secundaria de Paraíso».

—Puedo continuar yo —se ofrece Seis. No se extiende con su historia: comienza con su captura y la de Katarina, luego pasa a su cautiverio y termina con su escape.

—Por Katarina. —Esta vez, es John quien lidera el brindis. Todos levantamos nuestras copas y bebemos por la cêpan caída de Seis.

—Y por eso no se postea mierda en internet —dice Nueve, refiriéndose a la historia de Seis, pero con una mirada fulminante hacia donde se encuentra Cinco. Cinco le devuelve la mirada a Nueve, sin decir nada.

LA CAÍDA DE CINCO

—Ustedes dos eran muy cercanos a sus cêpan —dice Marina—. Mi historia es un poco diferente.

Marina nos cuenta sobre cómo fue crecer en España, que su cêpan, Adelina, básicamente la descuidó al no darle el entrenamiento o el conocimiento que los otros garde daban por sentado. Me impacta un poco pensar que un loriense se comporte de esa forma; nunca se me ocurrió que pudieran eludir sus responsabilidades. Podría ser una historia amarga, pero por la forma en que Marina la describe, es más triste que otra cosa. Su voz se suaviza cuando habla sobre Héctor, el humano que se encargó de protegerla. De forma extraña, la historia casi tiene un final feliz, ya que Adelina finalmente aceptó sus deberes, aunque eso significó morir. En realidad, creo que no es súper feliz, pero por la forma en que Marina lo cuenta, al menos lo hace parecer heroico.

Ocho levanta su copa.

—Por Héctor y Adelina.

Nueve es el siguiente. Aparentemente, fue su culpa que todo en su vida se desmoronara. Se enamoró de una chica humana que trabajaba en secreto con los mogadorianos, y que los guio a él y a su cêpan a una trampa. Nueve pasa por alto lo que les pasó una vez que fueron capturados. Como tengo experiencia de primera mano de las cosas horribles que pasan en Virginia Occidental, la mirada tormentosa en sus ojos cuando termina no me sorprende en lo absoluto.

—Por Sandor —dice John

—Por Sandor y su champagne —agrega Ocho, lo que le saca a Nueve una sonrisa.

—Creo que de verdad tuviste suerte —le dice Cinco a John, apuntando con el pulgar a Sarah—. Ella pudo haber sido una espía mog también.

—Oye —responde Sarah—. Eso no está bien.

—La obligaron —gruñe Nueve, refiriéndose a la chica de la que se enamoró—. Ningún humano en sus cinco sentidos trabajaría voluntariamente con esos hijos de perra.

—Pero el gobierno sí trabaja con ellos... —digo, recordando a los agentes que me transportaron de Virginia Occidental a Dulce.

Nueve se gira hacia mí.

—Bueno, ningún humano que trabaje con esos monstruos albinos cenicientos puede estar en sus cinco sentidos.

—Quizá no lo hacen voluntariamente —comenta John—. Tengo que creer que la mayoría de los humanos estarían de nuestro lado si supieran la verdad.

—Yo solía desconfiar de los humanos —comienza Ocho—. Reynolds, mi cêpan, fue traicionado por una mujer de que se había enamorado. Me tomó un tiempo sobreponerme de eso, pero tarde o temprano, llegué a creer en la bondad intrínseca de la humanidad.

Ocho continúa contándonos cómo aprendió a controlar sus legados y que en un momento dado entró en contacto con los pueblerinos locales, que creyeron que él era el dios hindú, Visnú, reencarnado. A pesar de que los mogadorianos conocían su localización, no eran capaces de atraparlo debido al ejército humano que lo protegía.

Cinco observa a Ocho y asiente; es como si algo nuevo e increíble se le acabara de ocurrir.

—Eso es grandioso —alaba—. Los engañaste para que creyeran que eras uno de sus dioses.

—No fue mi intención engañarlos, exactamente —replica Ocho a la defensiva—. Me arrepiento de no haber sido más honesto.

—No deberías —continúa Cinco—. Digo, es genial si se puede, eh, hacer amistad con los humanos, como John y Marina. De cualquier forma, es mejor que peleen por ti a que conspiren en tu contra, ¿no creen? —Lanza una mirada hacia Nueve—. Mejor tener el control, que andar a ciegas persiguiendo por ahí a humanas bonitas.

Nueve se inclina hacia adelante, como si estuviera a punto de levantarse de la silla.

—¿Qué estas tratando de decir?

—Se han cometido errores —interviene John cuidadosamente—, pero tenemos que recordar que los humanos están luchando contra el mismo enemigo que nosotros, incluso aunque todavía no se hayan dado cuenta. No podemos luchar esta batalla nosotros solos.

—Por la humanidad —digo en broma, levantando mi copa. Todos voltean a verme, y bajo la copa, sintiéndome un poco avergonzado.

El ambiente se tensa por un momento, Nueve todavía está mirando a Cinco.

Eli levanta la mano.

—Me gustaría compartir —dice.

Su historia es diferente a cualquier otra que haya escuchado: a ella no la enviaron a la Tierra con los otros garde, en vez de eso, su padre adinerado y raro la metió en una nave espacial junto con el mayordomo de la familia y un montón de chimæras.

Al mirar a lo largo de la mesa, tengo la sensación de que algunos de los garde tampoco habían escuchado esta historia. John luce particularmente confundido y Seis escucha atentamente.

—Vaya, Eli —dice John—. ¿Cuándo descubriste todo eso?

LA CAÍDA DE CINCO

—Ayer —responde Eli casualmente—. Estaba en la carta de Crayton.

Marina levanta su copa.

—¡Por Crayton, un gran cêpan!

Todos los demás hacen lo mismo, Eli está en silencio. Claramente este tipo, Crayton, significaba mucho para ella.

—Solo piensa —dice Cinco—: si nuestra nave espacial no hubiera logrado llegar a la tierra, tú hubieras sido la encargada de salvar el planeta.

Eli abre mucho los ojos.

—No había pensado en eso.

—Lo hubieras hecho bien —dice Nueve sonriendo.

—Bueno... —dice John, mirando Cinco—. Todos te hemos contado cómo llegamos a estar aquí. Tu turno: ¿cómo te las arreglaste para permanecer escondido por tanto tiempo?

—Sí, amigo —dice Ocho—. Cuéntanos.

Cinco se encorva en su silla. Por un momento, pienso que permanecerá en silencio, esperando que todos se olviden de él, como un niño que se esconde en el fondo del aula en la escuela. Es bueno para hacer pequeños comentarios cuando hablan otras personas, pero cuando es tiempo de contar su propia historia, se muestra renuente.

—No es tan, eh, emocionante como lo fueron sus historias —comienza Cinco después de un momento—. No hicimos nada especial para mantenernos escondidos, simplemente tuvimos suerte, creo. Encontramos lugares donde los mogadorianos no nos buscarían.

—¿Y dónde era eso exactamente? —pregunta John.

—Islas —responde Cinco—, islitas en donde nadie pensaría en buscar: algunas ni siquiera aparecen en el mapa. Nos trasladábamos de isla a isla, casi como cuando ustedes viajaban de ciudad a ciudad. Cada pocos meses, íbamos a uno de los lugares más poblados, algunas veces a Jamaica, otras a Puerto Rico, y cambiábamos algunas de nuestras gemas por suministros. El resto del tiempo, permanecíamos solos.

—¿Qué le paso a tu cêpan? —pregunta Marina con suavidad.

—Eh, creo que tengo eso en común con el resto de ustedes chicos. Murió, su nombre era Albert.

—¿Mogadorianos? —pregunta Nueve con voz dura.

—No, no fue así —responde Cinco, dudando—. No fue en una gran batalla o por un sacrificio heroico. Simplemente se enfermó, y después de un tiempo, murió. Era mayor, creo, por la forma en que ustedes describen a sus cêpan; el mío fácilmente podía pasar como mi abuelo. No creo que el viaje a la Tierra le hiciera muy bien,

siempre estaba enfermo. El clima cálido lo ayudaba un poco, creo. Estábamos en una isla pequeña, al sur del Caribe, cuando se puso muy mal. No sabía cómo ayudarlo...

Cinco se queda en silencio. Todos hacemos lo mismo y lo dejamos tomarse su tiempo.

—Él... no me permitió ir a buscar un doctor. Le preocupaba demasiado que si lo examinaban descubrieran algo sobre él y le diera una pista a los mogadorianos. Nunca antes había visto a un mogadoriano, todo me parecía un invento. —Cinco se ríe amargamente, casi como si estuviera enojado consigo mismo—. Por un tiempo, estuve convencido de que Albert era un loco que me había secuestrado, que me había hecho las cicatrices él mismo mientras yo dormía.

Trato de imaginarme cómo tuvo que haber sido la vida de Cinco, sin tener nunca contacto con nadie más que un anciano enfermo. Eso explica un poco por qué parece tan incómodo con los otros alrededor.

—No fue hasta que mi telequinesis apareció que comencé a creer en Albert, y fue ahí también que de verdad se enfermó. En su lecho de muerte, me hizo prometerle que una vez que mis legados se desarrollaran por completo, trataría de encontrarlos a ustedes, chicos. Hasta entonces, me hizo prometer que me mantendría oculto.

—Hiciste un buen trabajo en eso —lo felicita Seis.

—Lo siento mucho por Albert —agrega Eli.

—Gracias —dice Cinco—. Era un gran hombre y desearía haberlo escuchado más. Cuando ya no estaba, me era más fácil moverme; seguí yendo de isla en isla, manteniendo la distancia de los demás. Era, eh, solitario supongo, los días pasaban en un abrir y cerrar de ojos. Después de un tiempo, aparecieron mis otros legados y vine a América esperando encontrarlos, chicos.

—¿Qué le paso a tu cofre? —pregunta John.

—Oh, sí, eso —responde Cinco nerviosamente, rascándose la cabeza—. Viajaba más que todo en bote; Albert me había enseñado a encontrar el tipo de barco en los que no hicieran, ustedes saben, muchas preguntas. Cuando llegué a Florida, había mucha más gente de la que estaba acostumbrado. ¿Un chico solitario dando vueltas por ahí con ese condenado cofre? Sentía que todo el mundo me miraba, como si acabara de encontrar un tesoro enterrado en una de las islas o algo así. Quizás fui algo paranoico, pero pensé que todos lo miraban con intenciones de robarlo.

—Entonces, ¿qué hiciste con él? —insiste John.

—No creí que fuera inteligente andar cargándolo por ahí, así que encontré un lugar apartado en los Everglades y lo enterré allí. —Cinco mira a todos a su alrededor—. ¿Fue una mala idea?

—Yo enterré el mío casi por el mismo motivo —responde Seis—. Cuando regresé a buscarlo, alguien se lo había llevado.

—Oh —murmura Cinco—. Oh, mierda.

—Si tus habilidades para esconder el cofre son tan buenas como tus regulares habilidades para esconderte, estoy seguro de que todavía estará allí —dice Ocho con optimismo.

—Pero tendremos que recuperarlo tan pronto como sea posible —señala John.

Cinco asiente, entusiasmado.

—Claro, por supuesto, recuerdo exactamente dónde lo dejé.

—Los cofres son indispensables —suelta mi papá. Se pellizca el puente de la nariz, lo que he notado comienza a hacer cada vez que está luchando por recordar algo—. Cada uno de los cofres contiene algo, no estoy seguro de qué exactamente o de cómo funciona, pero hay unos objetos en los cofres que los ayudará a reconectarse con Lorien cuando llegue el momento.

Todos lo miran absortos ahora.

—¿Cómo sabe eso? —pregunta John.

—Yo... simplemente lo recuerdo —responde mi papá.

Nueve mira hacia mí y luego de nuevo a mi papá.

—Eh, ¿qué?

—Supongo que ahora es tiempo de mi historia —dice papá, mirando todos los rostros expectantes—. Debo advertirles que hay lagunas en mi memoria; los mogadorianos me hicieron algo, trataron de arrancar de mi cerebro todo lo que sabía. Las cosas están volviendo a mi mente ahora, en fragmentos. Les diré lo que pueda.

—Pero, ¿cómo descubrió eso en primer lugar? —pregunta Ocho—. Ni siquiera nosotros entendemos de verdad lo que hay en nuestros cofres.

Mi papá hace una pausa, mirando a todo el grupo.

—Lo sé porque Pittacus Lore me lo dijo.

CAPÍTULO DIECISIETE

Traducido por DarkRaven86

Corregido por Pamee

Se podría escuchar el golpe de un alfiler al caer.
John, es el primero en hablar:

—¿Cómo se lo dijo? ¿A qué se refiere?

—Me lo dijo en persona —responde mi papá.

—¿Nos está diciendo que conoció a Pittacus Lore? —pregunta un Nueve escéptico.

—¿Cómo es eso posible? —pregunta Marina.

—Encontramos un esqueleto en su taller, llevaba un colgante loriense... —John traga saliva antes de continuar—. ¿Ése era él?

Mi papá baja la mirada.

—Me temo que sí. Cuando llegó, sus heridas eran tan graves que podía hacer nada por él.

Ahora las preguntas llegan a toda prisa.

—¿Qué le dijo?

—¿Cómo llegó a la Tierra?

—¿Por qué lo escogió a usted?

—¿Sabía que Johnny se cree la reencarnación de Pittacus?

Mi papá hace un gesto con las manos como haría un director de orquesta cuando está tratando de calmar unos músicos ruidosos. Parece entusiasmado por todas las preguntas y al mismo tiempo, parece estar luchando por recordar las respuestas.

—No sé por qué, de toda la población en la Tierra, fui yo el escogido —explica mi papá—. Yo era un astrónomo. Mi área de interés estaba en el espacio exterior, específicamente, trataba de hacer contacto con formas de vida alienígena. Creía que había señales aquí en la Tierra de visitas alienígenas, lo que no me hacía exactamente popular con algunos de mis colegas menos imaginativos.

—Pero tenía razón —interviene Ocho—. La loralita está aquí y esas pinturas en la cueva que encontramos en la India.

—Exactamente —continúa papá—. La mayoría de mis compañeros en la comunidad científica me catalogó de loco. Supongo que debía parecer uno, despotricando sobre visitantes extraterrestres. —Mira a su alrededor—. Y, sin embargo, aquí están ustedes.

—Gracias por el resumen —interrumpe Nueve—. Pero ¿podemos llegar a la parte de Pittacus?

Papá sonrío.

—Había comenzado a enviar ráfagas de comunicación al espacio con ondas de radio, desde mi laboratorio. Creía que había descubierto algo. Esto lo hacía en mi tiempo libre. Me habían, eh, despedido, supongo, de mi puesto en la universidad.

—Creo que recuerdo eso —digo—. Mamá estaba furiosa.

—No sé qué es lo que esperaba conseguir con mis experimentos. Una respuesta, ciertamente. Quizá una ráfaga de música alienígena o imágenes de alguna galaxia extraña. —Papá resopla, meneando la cabeza ante la poca preparación que tenía—. Recibí más de lo que esperaba. Una noche, un hombre se apareció en mi puerta; estaba herido y divagaba. Al principio, lo confundí con algún chiflado o un vagabundo, y entonces, frente a mis propios ojos, creció.

—¿Se volvió más alto? —pregunta Seis, levantando una ceja.

Mi papá sonrío.

—En efecto. No parece mucho ahora, considerando todo lo que he visto, pero era la primera vez que veía un legado en funcionamiento. Me gustaría poder decir que reaccioné con una adecuada curiosidad científica, en lugar de eso, creo que hasta grité un poco.

Asiento, suena a cómo reaccionan los Goode.

—Un garde en la Tierra —dice Marina, dando un respiro—. ¿Quién era?

—Se hizo llamar Pittacus Lore.

Nueve se burla y le lanza una mirada a John.

—¡Todos creen que son Pittacus!

—¿Estás diciendo, que conociste a uno de los ancianos? —pregunta John, ignorando a Nueve— ¿O a alguien que decía ser uno de los ancianos?

—¿Cómo era? ¿Qué dijo? —pregunta Eli.

—Para empezar, me dijo que sus heridas habían sido causadas por una raza de alienígenas hostiles que pronto llegarían a la Tierra; dijo que no sobreviviría la noche y... no se equivocó. —Mi papá cierra los ojos, instando a su cerebro a que funcione—. Pittacus me dijo más en el corto tiempo que le quedaba, pero me temo que los detalles son borrosos. Me pidió que preparara a un grupo de humanos para recibirlos a ustedes, para ayudar a sus cêpan a ponerse en movimiento y orientarlos. Yo fui el primero de los anfitriones.

—¿Qué más le dijo? —pregunta John, inclinándose hacia entusiasmado.

—Algo que recuerdo es sobre sus cofres, las herencias. Me dijo que cada uno contendría algo del corazón de Lorien, creo que él las llamaba Piedras Fénix. Sin embargo, aunque él las llamó piedras, no creo que debamos tomarlo literalmente. Las Piedras Fénix pueden venir en cualquier forma o tamaño, y cuando las devuelvan a su planeta, esos objetos deberían impulsar el ecosistema. Creo que en este momento, tienen en su posesión las herramientas para revivir a su planeta natal.

Marina y Ocho intercambian una mirada emocionada, quizás pensando en ese exuberante Lorien del que John siempre habla.

—Pero, ¿qué pasa con los cofres que ya perdimos? —pregunta Seis—. Pensé que su contenido se destruía cuando el garde moría.

Mi papá mueve la cabeza.

—Lo siento, no tengo respuesta para eso, solo puedo esperar que lo que queda de su herencia, sea suficiente.

—Mire, restaurar Lorien suena increíble y todo —dice Nueve—, pero no escucho nada que nos vaya ayudar a matar mogadorianos o proteger a la Tierra.

—Mi cêpan me dijo que cada uno de nosotros heredaría los legados de un anciano —dice Ocho—. Siempre pensé que yo era Pittacus, pero... —Lanza una mirada hacia John y luego se encoje de hombros—. ¿Le dijo algo sobre eso?

—No —responde papá—. Al menos, nada que pueda recordar en este momento. Cuando tu cêpan dijo que heredarían los legados de un anciano, puede que no lo haya dicho literalmente; pudo haber sido una metáfora para los papeles que tendrán que representar en una sociedad loriense reconstruida. No puede ser tan simple como convertirse en uno de los ancianos, porque tres de ustedes ya murieron, y la presencia de Eli aquí parece indicar que nada está escrito en piedra.

—Así que estamos tan a oscuras como antes —dice Seis secamente, luego me mira—. No es que no sea una historia interesante.

—Un momento —dice John, dándole vueltas a lo que mi papá acaba de decir—. Definitivamente hay información que podríamos usar. Los cofres por ejemplo, tenemos que hacer un inventario y tratar de descubrir cuál de nuestros objetos pueden ser estas cosas Fénix.

—Probablemente todo lo que no apuñale, dispare o explote —suelta Nueve amablemente.

—Trataré de ayudarlos con eso, si puedo —se ofrece papá—. Quizá al ver el contenido de sus cobres, pueda recordar algo.

—¿Qué pasó con los otros anfitriones? —pregunta Cinco—. ¿Siguen vivos?

La expresión de papá se oscurece; estamos por llegar a la parte de la historia que sí conozco. Muy pronto llegaremos a la parte del buen mogadoriano que nos salvó de una muerte segura. Mi papá todavía no ha perdido las esperanzas de que Adam esté vivo; revisó su teléfono justo antes de la cena. Al no habernos contactado con él en todo este tiempo, estoy comenzando a creer que no lo logró. Vivo o muerto, la verdad no estoy seguro de cómo tomará la garde la existencia de Adam y nuestro participación con él.

—Yo mismo reuní a los anfitriones. Eran personas en las que confiaba, como científicos con ideas afines que trabajaban al margen. Pero no puedo recordar sus nombres y mucho menos sus rostros. Los mogadorianos se encargaron de eso.

Mi papá levanta su copa de champagne con mano temblorosa y toma un trago rápido. Hace una mueca de amargura, como si no le ayudara a calmar el dolor o falta de memoria.

—Todos conocíamos los riesgos y los asumimos con mucho gusto —continúa papá, después de un momento—. Era la oportunidad de ser parte de algo realmente increíble. Todavía lo creo —dice, con una nota de orgullo en la voz, observando a todos los garde a su alrededor—. Mientras los mogadorianos los buscaban a ustedes, también nos buscaban a nosotros y, obviamente, fuimos más fáciles de encontrar. Verán, habíamos vivido en la Tierra toda nuestra vida, y teníamos familia. Nos fueron rastreando uno por uno, nos conectaron a máquinas, trataron de arrancarnos los recuerdos buscando cualquier cosa que les ayudara en su cacería. Eso es por lo cual hay muchas cosas que todavía no recuerdo. No sé si algún día se podrá reparar el daño que me hicieron.

Eli le lanza una mirada a Marina, luego a John.

—Chicos, ¿podrían curarlo?

—Podríamos intentarlo —responde Marina, estudiando a mi papá—. Pero nunca antes he intentado curar la mente de alguien.

Papá se pasa una mano por la barba, frunciendo el ceño.

—Fui el único que sobrevivió. Perdí años de mi vida por esos bastardos. —Me mira—. Tengo intenciones de devolverles el golpe.

—¿Cómo escapó de ellos? —pregunta John.

—Tuve ayuda. Los mogadorianos me mantuvieron sedado por años en estado catatónico, me despertaban únicamente cuando tenían algo nuevo que experimentar con mi mente. Pero finalmente, un chico me liberó.

—¿Un chico? —pregunta Marina, levantando una ceja.

—No lo entiendo —dice Ocho—. ¿Cómo se las arregló para entrar a una base mogadoriana? ¿Era uno de los agentes del gobierno? ¿Y por qué lo ayudó?

Antes de que papá pueda responder, Cinco habla. Observa a mi papá como si ya hubiera descifrado todo el asunto.

—No era humano, ¿verdad?

Papá mira a Cinco y después a John, antes de volver su mirada hacia mí.

—Se hacía llamar Adam, pero su verdadero nombre era Adamus. Era un mogadoriano.

—¿Un mogadoriano lo ayudó? —pregunta Marina silenciosamente, mientras el resto observa a mi papá en completo silencio.

Nueve se levanta repentinamente y mira a John.

—Amigo, parece una trampa por donde lo mires. Tenemos que asegurar el lugar.

John levanta una mano para tranquilizar a Nueve. Nadie más se pone de pie para apoyar a Nueve, lo que es un alivio, pero todos se miran ansiosos, y aunque confío en la garde, de repente me preocupa que *ellos* no confíen en mi padre.

—Tranquilízate —le dice John a Nueve—. Escuchemos la historia completa. Malcolm, lo que está diciendo es una locura.

—Lo sé, créeme —contesta—. Lo que aprendí es que hay dos tipos de mogadorianos. Algunos son creados mediante ingeniería genética, los llaman nacidos en tanque. Creo que son los soldados desechables con los que se han encontrado tan a menudo, los que son horribles y que jamás podrían pasar por humanos. Los crían solo para matar. Luego están los otros, los que se hacen llamar nacidos de verdad, son la clase dominante. Adam era uno de ellos, el hijo de un general mogadoriano.

—Interesante —dice Ocho—. Nunca había pensado en cómo funciona su sociedad.

—¿A quién le importa? —gruñe Nueve, que está de pie con las manos en el respaldo de su silla, como si estuviera listo para arrojarla—. Llega a la parte que prueba que esto no es un plan mogadoriano.

—Experimentaron con Adam, utilizaron las mismas máquinas que usaban en mi memoria —prosigue papá, sin inmutarse por la creciente tensión—. Los mogs tenían el cuerpo de una garde, de Número Uno, creo, y trataron de descargar sus recuerdos a la mente de Adam, pensando que eso les ayudaría a encontrar al resto de ustedes.

—Su cuerpo —dice Marina en voz baja—. Eso es enfermizo.

Mi papá asiente.

—No funcionó de la forma en que esperaban los mogadorianos. Al estar expuesto a los recuerdos de Uno, creo que Adam empezó a dudar de su gente. Se rebeló. En el proceso, me ayudó a escapar y a encontrar a Sam.

Nueve menea la cabeza.

—Este es el tipo de mierda de doble agente que les encanta hacer —insiste.

—¿Conociste a este chico mog? —me pregunta Seis.

Ahora todos me miran con el mismo escrutinio que soportó papá. Me aclaro la garganta, incómodo.

—Sí, estuvo en la base Dulce. Acabó con un escuadrón de mogs mientras papá y yo escapábamos.

Mi papá frunce el ceño, mirando la mesa.

—Temo que no haya sobrevivido a la batalla.

—Bueno, eso es un alivio —gruñe Nueve, y finalmente vuelve a sentarse en su silla.

—Hay algo más... —digo, mirando tímidamente a papá, preguntándome cómo debería formular la siguiente revelación.

—¿Qué es, Sam? —pregunta John.

—Durante la batalla, él... hizo temblar el suelo. Fue como si tuviera un legado.

—Mierda sobre más mierda —resopla Nueve.

—Es cierto —lo interrumpe papá—. Me olvidé de eso. Algo le sucedió durante los experimentos.

Eli toma la palabra con una nota de miedo en la voz.

—¿Es eso cierto? ¿Pueden robarnos los poderes?

—No creo que haya robado el legado —aclara mi papá—. Adam dijo que fue un regalo de la chica loriense.

Ocho mira a su alrededor.

—¿Recuerdan haberle dado un regalo a algún mogadoriano?

John cruza los brazos.

—No parece posible.

—Siento mucho que estas noticias los perturben —se disculpa papá, mirándolos—. Quería contarles todo, incluso los detalles desagradables.

—¿De verdad es tan malo? —pregunta Marina—. Digo, si un mogadoriano pudo entender que están equivocados, no podrían los otros...

—¿Quieres contar con que se vuelvan simpáticos ahora? —suelta Nueve de golpe y Marina deja de hablar.

Entonces algo se me ocurre, quizá porque hemos hablado tanto tiempo de cómo desarrolló sus legados la garde y por escuchar los nuevos detalles que aportó papá de su planeta natal.

—Sus legados vienen de Lorien, ¿no es así?

—Eso fue lo que Henri me dijo —responde John.

—Katarina también —agrega Seis.

—Bueno, si ese es el caso, entonces la tecnología mog no podría simplemente arrancarlos. Digo, si pudieran hacer eso, ya habrían robado más poderes de Lorien, ¿no lo creen?

—¿Qué estas tratando de decir? —pregunta John, con una ceja levantada.

—Bueno, supongo que lo que trato de decir es... ¿qué tal si Adam heredó el legado porque Uno así lo quiso?

A uno de mis lados, Nueve resopla burlescamente, al otro lado, papá hace un ruido reflexivo y se acaricia la barbilla.

—Interesante teoría —comenta.

—Sí, como sea —dice Nueve, inclinándose hacia delante para mirar a papá—. ¿Estás seguro de que esto no era una elaborada trampa mog? ¿Estás seguro de que no te están siguiendo?

—Estoy seguro —responde mi papá con autoridad.

Al otro lado de la mesa, Cinco se ríe. Ha estado en silencio casi durante todo el tema de Adam. Ahora mira a su alrededor con incredulidad.

—Lo siento, pero la mitad de las historias que me acaban de contar involucran a humanos que los traicionaron con los mogadorianos. —Agita una mano hacia nosotros—. Estos dos estuvieron en contacto con los mog apenas hace unas semanas, pasando el rato, ¿y simplemente van a confiar en ellos?

John no duda

—Sí —responde, mirando a Cinco directo a los ojos—. Confío en ellos con mi vida, y si este desertor mogadoriano todavía está con vida, lo vamos a encontrar.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Traducido por Niyara

No puedo dormir esta noche. Estirado en el sofá más selecto de la sala de estar tipo galería de arte de Nueve, debería haber dormido como un bebé. Es mucho mejor que las camas duras y llenas de pulgas de los moteles que mi papá y yo habíamos estado soportando, por no hablar del maravilloso alojamiento de Setrákus Ra.

Simplemente hay demasiadas cosas en las que pensar. Después de haberme reunido por fin con la garde y con mi papá, listo para empezar la verdadera lucha contra los mogadorianos, me siento intranquilo, inquieto por el futuro, preocupado por encajar entre los lorienses.

Me pregunto cómo está durmiendo papá. Parecía exhausto después de la cena; sé que responder las preguntas de la garde con su memoria resquebrajada supone una gran presión para él.

Tal vez solo me sentía incómodo después de conocer a tantos miembros nuevos de la garde. Tuve tiempo para forjar una amistad con John y Seis, tiempo para acostumbrarme al tema de los alienígenas. Pero estar rodeado del resto de ellos me descoloca. Pude manejar las fanfarronadas de Nueve, y Marina y Eli parecían bastante normales. Pero luego estaba Ocho, que según su historia, básicamente engañó a los humanos para que lucharan por él. Y Cinco... bien, creo que nadie entiende en realidad de qué va. A veces parecía la persona más socialmente inepta del mundo, y otras veces era como si se estuviera burlando de todos con astucia.

¿Cuál iba a ser mi papel aquí? ¿El de amigo de John de la escuela secundaria y valiente compañero? Quiero contribuir con algo más que eso, pero no estoy seguro de cómo puedo hacerlo.

Debo haber dormido al menos un poco, dando vueltas en el sofá. En la esquina, las manecillas ornamentadas del reloj de pie, de apariencia ridículamente caro, señalan que es temprano. Haría bien en levantarme y hacer algo. Mis manos están inquietas, tal vez podría ir abajo a la Sala de Clases y avanzar en alguno de los trabajos que papá quería concluir. No puedo reconstruir exactamente un superordenador o cualquier cosa, pero estoy seguro de que podría conectar algunos de los cables cortados sin ayuda.

El ático está misteriosamente tranquilo mientras camino despacio por él. Las tablas del suelo crujen en el pasillo y casi inmediatamente la puerta de Cinco se abre,

LA CAÍDA DE CINCO

sorprendiéndome. Está completamente vestido, lo que es raro; es como si estuviera agazapado tras la puerta y esperando para saltar al primer indicio de problemas. Una de sus manos se mueve nerviosamente, un par de bolas del tamaño de una canica giran sobre su palma.

—Oye —le susurro—. Soy yo. Siento haberte despertado.

—¿Qué haces levantado? —susurra con recelo.

—Podría hacerte la misma pregunta —respondo.

Suspira y se relaja un poco, como si quisiera evitar una confrontación.

—Sí, lo siento. No puedo dormir. Este lugar me saca de quicio. Es demasiado grande. —Cinco se detiene, haciendo una mueca como si estuviera avergonzado—. Desde Arkansas no dejo de pensar en que uno de esos monstruos va a aparecer y me va a atrapar.

—Sí, conozco esa sensación. Está bien. Creo que aquí estamos a salvo. —Hago un gesto hacia el fondo del pasillo—. Voy a trabajar a la Sala de Clases, ¿quieres venir?

Cinco niega con la cabeza.

—No, gracias. —Comienza a cerrar la puerta, entonces se detiene—. Sabes que en realidad no creo que tú y tu padre sean espías mogadorianos o lo que sea, ¿no? En la cena estaba jugando, eh, al abogado del diablo, supongo.

—Sí, gracias.

—Lo que quiero decir es que si yo fuera un mogadoriano reclutador de espías, escogería a seres humanos que parecieran más duros, ¿sabes?

—Ajá —le respondo, cruzándome de brazos—. En realidad no sabes cuándo dejar de hablar durante una disculpa, ¿verdad?

—Agh, lo siento. Eso ha sonado mal —responde Cinco, y se golpea la frente con los nudillos—. Mis habilidades sociales son horribles. ¿Crees que alguien más lo habrá notado?

—Eh...

Cinco sonrío.

—Estoy bromeando, Sam. Claro que lo han notado. Sé que soy un maldito idiota. Como has dicho, a veces no puedo callarme.

—Si se han acostumbrado a Nueve, pueden acostumbrarse a ti —ofrezco.

—Sí. Eso es, eh, alentador, supongo. —Cinco suspira—. Buenas noches, Sam. No trames ningún plan malvado en la Sala de Clases.

Cinco cierra la puerta. Permanezco en el pasillo, escuchándole deambular por su habitación. Es un poco desagradable, claro, pero definitivamente puedo entender por qué ha estado ansioso con los otros garde. Me siento igual.

Me sorprende encontrar la luz encendida en la Sala de Clases. Sarah está ahí, de pie en la zona de tiro. Lleva una camiseta y pantalones deportivos. También sostiene una ballesta, lo que podría ser una de las cosas más extrañas que haya visto nunca. La veo prepararse para disparar una flecha.

—¿Puedo tomarte una foto para el anuario? —le pregunto. Mi voz hace eco en el enorme espacio.

Sarah se sobresalta. La flecha que se disponía a disparar se desvía y pasa zumbando al lado del mog de papel que cuelga en el extremo opuesto de la habitación. Sarah se da la vuelta con una sonrisa, blandiendo la ballesta y apretando los dientes amenazadoramente. Le tomo una foto con una cámara imaginaria.

—Los chicos de Paraíso no se lo van a creer —comento—. Pero eres la candidata perfecta para el Premio a la Mejor Mutiladora.

Sarah se ríe.

—Dios, estamos muy lejos de las reuniones del anuario, ¿verdad?

—Sí, no es broma.

Sarah baja la ballesta y me sorprende con un abrazo.

—¿Qué fue eso?

—Parecía como si necesitaras uno —responde, encogiéndose de hombros—. Además, no les digas a los otros que te dije esto, pero es agradable tener a otro humano por aquí.

Me doy cuenta de que Sarah es tal vez la única otra adolescente de la Tierra que sabe lo que es ser amigo de un grupo de alienígenas que luchan en una guerra intergaláctica. En realidad, nunca hemos hablado de ello, pero hemos compartido muchas de las mismas experiencias extrañas.

—Deberíamos tener algo así como un grupo de apoyo de dos personas —le sugiero.

—Ya sabes, si me hubieras preguntado el año pasado, te habría dicho que la cosa más aterradora que jamás había visto era un examen final de Química —Sarah se ríe—. Y ahora, justo ayer, vi a mi novio luchar contra un gusano gigante monstruoso.

Me rio.

—El mundo se pone patas arriba en un instante.

—No es de extrañar que nos estemos convirtiendo en insomnes.

Me acerco al atril y comienzo a revisar unos cables en los que mi padre había estado trabajando antes. Sarah se sienta junto a mí con las piernas cruzadas y me mira.

—¿Así que vienes aquí a disparar la ballesta cuando no puedes dormir?

—Es tan bueno como un vaso de leche tibia —responde—. En realidad, he estado aprendiendo a disparar pistolas, pero no quería despertarlos a todos con armas de fuego.

—Sí, probablemente no es una buena idea. Todo el mundo está con los nervios a flor de piel, ¿eh?

—Eso es un eufemismo.

Miro a Sarah. Es tan difícil creer que sea la misma chica con la que fui al instituto. Lo que de verdad me descoloca es que estemos conversando sobre entrenamiento con artillería.

—He estado viniendo aquí seguido, en realidad —continúa—. John no duerme demasiado y cuando lo hace, da vueltas de un lado para otro. Y luego, por la mañana, sale de la cama para ir a la azotea a pensar. Él cree que no me doy cuenta, pero sí lo noto.

Le sonrío a Sarah, arqueando una ceja.

—Compartiendo cama, ¿eh?

Me da una patada juguetona.

—Lo que sea, Sam. Tampoco hay tantas habitaciones. Pero no es lo que crees. No hay nada romántico en esconderse de invasores alienígenas asesinos, ¿sabes? Por no hablar de que no me gusta la idea de que Ocho se teletransporte dentro o algo así. —Me mira entrecerrando los ojos—. Aun así, no se lo digas a mis padres.

—Tu secreto está a salvo conmigo —le digo—. Los humanos debemos permanecer unidos.

Termino de reconectar los cables y algo zumba volviendo a la vida en el atril. Uno de los paneles que hay a lo largo de la pared de repente sobresale como un pistón y luego se retrae.

—¿Qué es eso? —pregunta Sarah.

—Es como material de simulación de combate, supongo. Nueve me dijo que su cêpan tenía todo tipo de obstáculos y trampas instaladas aquí.

Sarah golpea el suelo frente a ella. Algo metálico se agita bajo su mano y ella se sobresalta.

—Tal vez debería mirar dónde estoy sentada.

Dejo de jugar con los cables, dispuesto a esperar a mi padre antes de ir más allá, y para evitar activar accidentalmente algún tipo de trampa de estaca bajo Sarah.

Sarah me toca suavemente el brazo.

—¿Por qué no estás durmiendo, Sam?

Sin darme cuenta, me comienzo a frotar las cicatrices de las muñecas.

—Tuve mucho tiempo para pensar cuando estuve prisionero —le digo.

—Sé a lo que te refieres.

Bien, esa es otra de las cosas que Sarah y yo tenemos en común.

—Pasé mucho tiempo pensando en John y los demás, y en cómo podría ayudarles.

—¿Y?

Abro las manos y le muestro a Sarah lo que tengo: un montón de nada.

—Ah —dice ella—. Siempre nos queda la ballesta.

—Me preocupa saber que no puedo ayudar, que tarde o temprano me van a capturar de nuevo, o peor, que solo voy a arruinarle las cosas a los demás. Entonces oigo una historia como la que Ocho contó anoche y me pregunto si tal vez no hubiera sido mejor que John me dejara en Paraíso, igual que Ocho dejó a esos soldados. Tal vez estaría mejor sin tener que preocuparse por mí.

—O por mí —dice Sarah, frunciendo el ceño.

—No quise decir eso —comento rápidamente.

—Está bien —dice Sarah tocándome el brazo—. Está bien porque te equivocas, Sam. John y los demás nos necesitan, y hay cosas que podemos hacer.

Asiento, queriendo creerle, pero luego miro las cicatrices de mis muñecas y recuerdo lo que Setrákus Ra me dijo en Virginia Occidental. Me quedo en silencio. Sarah se pone en pie de un salto y me ofrece la mano.

—Para empezar —dice—, podemos preparar el desayuno. Probablemente no nos harán lorienses honorarios por ello, pero hay que empezar por algo.

Fuerzo una sonrisa y me pongo de pie. Sarah no me suelta la mano. Está mirando las cicatrices de color púrpura oscuro de mis muñecas.

—Lo que fuera que te pasó, Sam —dice, sosteniéndome la mirada— ya se acabó. Ahora estás a salvo.

Antes de que pueda responder, un grito agudo surge desde uno de los dormitorios.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Traducido por Niyara

Me despierto con un sobresalto en cuanto Eli empieza a gritar. Era mi turno de quedarme con ella, y hasta el momento había transcurrido pacíficamente. Nos habíamos quedado hablando hasta tarde de los recién llegados y de lo que Malcolm Goode nos dijo sobre Pittacus Lore y la posibilidad de que haya mogadorianos amables. Eli finalmente se había dormido y esperaba que tal vez las pesadillas que la azotaban desde Nuevo México finalmente hubieran desaparecido. No había tenido una desde que leyó la carta de Crayton. Tal vez todo se debía al estrés. Ahora que había superado la ansiedad de esa carta sin abrir, las cosas podrían volver a la normalidad.

Debería haberlo imaginado.

—Eli. ¡Eli, despierta! —le grito, tratando de decidir si debería sacudirla o no. Entro un poco en pánico, sobre todo cuando no se despierta de inmediato. Eli clava los dedos en la manta, y patea el colchón con los talones, a la vez que grita con voz ronca. Se mueve tanto que casi cae de la cama. Consigo sostenerla.

En el mismo momento en que toco el hombro de Eli, una imagen viene a mi mente. No sé con seguridad de dónde viene, es como cuando Eli me habla telepáticamente, excepto porque nunca ha habido efectos visuales junto con su voz mental.

Lo que veo es horrible. Es Chicago, la misma zona junto al lago que Ocho y yo recorrimos justo el otro día. Hay cuerpos esparcidos por todas partes. Cuerpos humanos. El cielo está lleno de columnas de humo de incendios cercanos. La superficie del lago está cubierta de algo viscoso y negro, como petróleo. Puedo oír los gritos, oler la incineración, oír explosiones en la distancia...

Me alejo de Eli jadeando. De esa forma, la visión desaparece. Estoy sin aliento, temblando, con el estómago revuelto.

Eli ha dejado de gritar. Ahora está despierta, mirándome con ojos enormes y asustados. Echo un vistazo al reloj y me doy cuenta de que ha pasado menos de un minuto desde que Eli comenzó a gritar.

—¿También lo viste? —susurra.

Asiento con la cabeza, incapaz de contestar y mucho menos describir lo que acabo de ver. ¿Cómo es posible que me introdujera en el sueño de Eli?

Alguien llama a la puerta y, sin esperar respuesta, Sarah asoma la cabeza. Veo a Sam detrás de ella en el pasillo; ambos parecen preocupados.

LA CAÍDA DE CINCO

—¿Va todo...?

Antes de que Sarah pueda terminar, Eli hace un movimiento brusco hacia la puerta y la cierra con su telequinesis.

—¡Eli! ¿Por qué hiciste eso?

—No deberían estar cerca de mí —responde, con los ojos abiertos y frenéticos.

Alguien tira de la puerta, pero no se abre. Ahora escucho la voz de John, probablemente atraído por los gritos y el alboroto.

—¿Marina? ¿Va todo bien ahí dentro?

—¡Estamos bien! —le grito a través de la puerta—. Solo denos un minuto.

Eli se envuelve con la manta y se acurruca en la cabecera de la cama, apretando la espalda contra la pared. Tiene los ojos abiertos de par en par y tiembla como una hoja. Cuando trato de tocarla, se estremece y se aleja de mí.

—No lo hagas —espeta—. ¿Y si te llevo allí de nuevo?

—Cálmate, Eli —le digo con dulzura—. Ya se acabó. Los sueños no pueden hacerte daño, sobre todo si estás despierta.

Me permite sostener su mano. No hay ninguna sacudida telepática en ese momento, cosa que agradezco. Cualquier extraño efecto que el sueño provocó en la telepatía de Eli, ha terminado.

—¿Cuánto... cuánto pudiste ver? —pregunta, mirando nerviosamente por toda la habitación, como si todavía pudiera haber restos de la pesadilla acechándola desde las sombras.

—Ni siquiera sé exactamente qué es lo que vi —respondo—. Era la ciudad. Parecía que había ocurrido algo terrible.

Eli asiente con la cabeza.

—Eso es después de que ellos vengan.

—¿Quiénes? —pregunto, pero tengo más o menos una idea de a qué se refiere Eli.

—Los mogadorianos. Él me muestra lo que va a ocurrir cuando vengan. Él... él me hace sostener su mano y me lleva por todo esto. —Eli se estremece y se aleja de la pared, hasta mis brazos. Siento que tiemblo también. La idea de caminar por esa carnicería mano a mano con Setrákus Ra es suficiente para hacerme temblar. Trato de ser fuerte por Eli.

—Shh —le susurro—. Está bien. Ya pasó.

—Va a suceder —llora Eli—. No podemos detenerlo.

—Eso no es cierto —le respondo, apretándola con fuerza. Trato de pensar en lo que John y Seis podrían decir en esta situación—. Las pesadillas son mentiras, Eli.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Recuerdas esas pinturas rupestres que nos mostró Ocho en India? ¿Una en la que Ocho iba a morir? Se supone que era una profecía y nosotros la impedimos. El futuro no está escrito, solo existe el que nosotros creamos.

Eli se aleja de mí y respira profundamente para calmarse.

—Solo quiero que terminen las pesadillas —dice Eli—. No entiendo por qué me está sucediendo a mí.

—Es Setrákus Ra, intentando asustarte —le digo—. Está intentando asustarte porque nos teme.

Me alegra haber sido capaz de calmarla, de sonar segura al hacerlo, porque en realidad, estoy bastante asustada. La luz del sol está empezando a filtrarse por las cortinas y tras esa ventana, hay una hermosa ciudad repleta de gente inocente que acabo de ver devastada. El sueño parecía tan real, que no puedo quitármelo de la cabeza. ¿Y qué pasaría si no somos capaces de detener lo que se avecina?

CAPÍTULO VEINTE

Traducido por Shiio

Esta mañana, más tarde, reúno a todo el mundo en la sala de estar para lo que espero será una sesión de estrategia. Anoche, en la cena, se plantearon cosas importantes, y ya es hora de que planeemos nuestro próximo movimiento. De cualquier manera, el primer punto de día para nuestro cansado grupo, ya que muchos despertaron por los gritos de hace unas horas, es lo de las pesadillas de Eli.

Malcolm se mesa la barba, pensativo.

—Asumamos que estas pesadilla son obra de Setrákus Ra. Encuentro bastante preocupante que pueda transmitirlas de alguna manera, presumiblemente por medio de telepatía mogadoriana, sin saber nuestra localización exacta. De hecho, has dicho que viste arder Chicago, ¿verdad?

Eli asiente; no parece estar precisamente ansiosa por recordar su última pesadilla. Bernie Kosar, acurrucado a sus pies, la acaricia con el hocico.

—Era Chicago tras una gran batalla —aclara Marina.

—¿Está burlándose de nosotros? —pregunta Seis—. ¿O es algún tipo de profecía?

—Creía que ya habíamos terminado con las profecías —dice Ocho, poniendo los ojos en blanco.

—A veces hay un poco de verdad en las pesadillas —digo.

—Como cuando tuvimos aquella visión de Nuevo México —aporta Nueve.

—Sí, pero las otras veces era más como si solo intentara jugar con nosotros.

—El contenido no me preocupa tanto como el hecho de que Setrákus Ra pueda transmitir todo eso —prosigue Malcolm, y se le van formando profundas arrugas en la cara mientras piensa en ello—. ¿Creen que es posible que nos esté siguiendo mediante los sueños?

—Si pudiera hacerlo, ¿no estaríamos ya luchando con los mogs? —replica Ocho—. ¿Por qué se molestó siquiera en llevar a John y a Nueve a Nuevo México entonces?

Asiento para expresar mi acuerdo, y pienso nuevamente en las visiones que Nueve y yo compartimos.

—Aunque las pesadillas pueden ser aterradoramente específicas, no creo que sepa dónde estamos. Es más bien como si estuviera intentando hacer que nos equivoquemos.

—La pregunta es, entonces, ¿cómo frenamos las pesadillas? —dice Malcolm.

—Tengo una idea —dice Seis, y todos la miramos. Toma un sorbo escandalosamente grande de una taza de café—. Vamos a matar a Setrákus Ra.

Nueve da una palmada y señala a Seis.

—Me gusta cómo piensa esta chica.

—Oh, ¿es tan fácil? —pregunta Cinco, hablando por primera vez—. Hacen que suene tan sencillo como sacar la basura.

—Ojalá fuera tan simple —digo—. Pero no sabemos dónde está e, incluso si pudiéramos encontrarlo, no sería una lucha fácil. La última vez que lo enfrentamos, casi nos mata.

—Podríamos hacer que viniese él a nosotros —sugiere Nueve, mirando a Cinco—. Quizá quemando más círculos en cultivos.

—No puedes hablar en serio —dice Sam. Noté que se removió en su asiento con la mención de Setrákus Ra.

—No habla en serio —contesta Cinco, mirando a Nueve—. Se está burlando de mí.

Nueve se encoge de hombros y finge un bostezo.

—Lo que sea. De verdad creo que deberíamos pelear.

—Eso es lo que siempre quieres hacer —corta Ocho.

—Sí, es lo mío.

—Por primera vez, estamos juntos —digo, manteniendo la voz bajo control—. Tenemos el elemento sorpresa de nuestra parte. Tenemos una oportunidad de elegir y preparar nuestra próxima batalla. No hay que apresurarse a nada.

—John tiene razón —dice Marina—. Aún hay mucho que no sabemos sobre nosotros mismos: nuestros poderes, nuestros cofres.

—Sería bueno saber con qué contamos exactamente —dice Ocho—. Entrenamos con Nueve en la Sala de Clases el otro día. Fue de ayuda. Sorprendentemente.

Nueve sonríe.

—Cumplido aceptado, insulto ignorado.

—Sí —comenta Sarah—. Creo que hablo en nombre de todos los humanos cuando digo que un poco más de entrenamiento de combate no nos hará ningún daño.

—Aprender qué contienen nuestros cofres también sería de ayuda —añado.

—Quizá podamos averiguar qué son esas Piedras Fénix de las que hablaba Malcolm.

—Al parecer necesitamos un inventario —comenta Malcolm.

—Lo que significa que tenemos que convertir en prioridad la búsqueda de tu cofre —le digo a Cinco.

—Absolutamente —replica Cinco, y parece ser tan sincero como jamás lo he visto—. Sé exactamente a dónde ir. Podemos hacer eso cuando quieran.

—Eso sería una buena primera misión —dice Ocho—. Sobre todo si pudiéramos hacerlo bajo el radar mog.

—Sigo pensando que sencillamente deberíamos hacer explotar su puñetero radar —se queja Nueve.

—Pronto, amigo —contesto—. Pero por ahora, tenemos que pisar sobre seguro, reunir fuerzas. Malcolm, ¿qué hay del chico mogadoriano? ¿Adam?

Malcolm sacude la cabeza, casi con languidez.

—Activé una alarma que nos alertará si su teléfono se enciende, pero nada aún. Me temo lo peor.

—Quizá se deshizo de su teléfono —sugiere Sam, intentando animar a su desesperado padre.

—Nos hemos desviado un poco del tema, ¿no? —comenta Seis—. ¿Qué pasa con las pesadillas de Eli?

Es Eli, que ha estado escuchándonos en silencio, quien contesta.

—Las voy a aguantar. La próxima vez que ese grandísimo monstruo se meta en mi cabeza, lo voy a patear en las pelotas.

—¡Guau!

—Muy bien —digo, sonriente—. Se levanta la sesión.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Traducido por andres_1987

Corregido por Pamee

Esta tarde, los cuatro guarda que aún tenemos nuestros cofres nos reunimos con Malcolm en el taller. Estoy feliz de ayudar (aunque la verdad no estoy segura de que sea de mucha utilidad). Adelina no estuvo muy pendiente de explicarme lo que hacían los objetos de mi herencia.

Desde la Sala de Clases se escucha el sonido amortiguado de Seis entrenando tiro al blanco con Sam, Sarah y Eli. Creo que Cinco está allí también, aunque no parecía demasiado emocionado con el prospecto de aprender a disparar. Nueve mira de forma anhelante la puerta de la Sala de Clases. Suspira dramáticamente y empieza a hurgar en su cofre.

—Mira esto —dice Nueve. Levanta una pequeña piedra púrpura y luego se la pone en el reverso de la mano; la piedra se desliza por su mano, la atraviesa. Nueve gira la mano justo a tiempo para que la piedra emerja de su palma—. Genial, ¿eh?

Me pregunta me pregunta moviendo las cejas.

—Hmm, pero ¿qué se supone que hace? —dice Ocho, oteando desde su propio cofre.

—No sé, ¿impresionar chicas? —sugiere Nueve, mirándome—. ¿Funcionó?

—Hmm —titubeo, intentando no rodar demasiado los ojos—. La verdad no, pero es porque he visto a chicos teletransportarse, así que soy difícil de impresionar.

—Público difícil.

—¿Cómo se siente cuando pasa por tu mano? —interrumpe Malcolm, que sostiene en su mano una tabla de anotaciones y un bolígrafo listo para escribir.

—Es raro, supongo... Mi mano se entumece hasta que pasa la piedra. —Nueve se encoge los hombros, mira alrededor y dice—: ¿Alguno quiere intentarlo?

—Sí, en efecto —dice Malcolm. Cuando toma la piedra, no sucede nada—. Hmm, supongo que es solo funciona con lorienses.

Malcolm le devuelve la piedra a Nueve, que en vez de volver a guardarla en su cofre, se la guarda en el bolsillo. Tal vez quiera salir más tarde y tratar de impresionar algunas chicas.

Por su parte, John sostiene una colección de hojas de aspecto delicado en sus manos; el lío se mantiene junto por una especie de cordel amarillento. Las acuna gentilmente en sus manos, inseguro de qué hacer con ellas.

—Esto tiene que ser algo relacionado con Lorien, ¿cierto?

—Tal vez sea un recordatorio de Henri de que tienes que rastrillar el patio —dice Nueve mientras escarba su cofre de nuevo—. No tengo hojas estúpidas aquí.

Malcolm husmea en el lío en la mano de John y gentilmente pasa el dedo índice por el borde de una hoja. Casi espero que esa cosa delicada se parta súbitamente. Se oye el sonido de una brisa suave que llena la habitación, pero se detiene tan pronto Malcolm retira el dedo.

—¿Escucharon eso? —pregunta.

—Sonó como si alguien hubiera dejado la ventana abierta —dice Ocho, mirando las cuatro paredes que nos rodean atestadas de equipos, pero ni siquiera entra un rayo de luz solar.

—Era el sonido del viento de Lorien —afirma John, con los ojos perdidos en la distancia—. De alguna forma, sé que era eso.

—Hazlo de nuevo —dice Nueve. Me sorprende un poco la sinceridad que emana de su voz, pero claro, yo también quiero escucharlo de nuevo. Hay algo reconfortante en ese sonido.

John pasa las manos por las hojas y esta vez el sonido es más fuerte. Se me eriza la piel; es casi como si pudiera sentir el viento fresco de Lorien. Es hermoso.

—¡Asombroso! —exclama Ocho.

—Pero, ¿para qué sirve? —pregunta Nueve, regresando a su habitual aspereza.

—Es un recordatorio —responde John en voz baja, como si estuviera ahogado e intentara ocultarlo—. Un recordatorio de lo que dejamos atrás, de por qué estamos luchando.

—Interesante. —Malcolm hace una nota en su tabla—: Se necesitará un estudio más detallado.

Uno por uno, Malcolm mira por encima de nuestros hombros mientras vaciamos nuestros cofres. Deja todo por escrito, toma notas para los objetos que ya sabemos cómo funcionan y subraya aquéllos que no. Desde los guantes oscuros que brillan cuando los toco, hasta el aparato circular que parece un compás, casi cada objeto de mi herencia queda subrayado.

—¿Qué crees que hace esto? —pregunta Ocho, sosteniendo un asta curvada que parece haber sido arrancada de un ciervo pequeño—. Es lo único que no sé cómo funciona.

Cinco segundos después de que Ocho levante el asta, Bernie Kosar irrumpe con rapidez por la puerta del taller, olisqueando el aire con el hocico en alto. Parece

emocionado y menea la cola. Salta directamente sobre Ocho y lo golpea con las patas delanteras.

—Quiere el asta —informa John—. En caso de que no lo hayas notado.

Ocho se encoje de hombros y baja el asta. BK lo toma con el hocico, se echa de espalda y comienza a rodar de un lado para otro emitiendo un feliz ronroneo que definitivamente no combina con su apariencia canina; de hecho, su forma empieza a parpadear, casi como si estuviera problemas para controlarse.

—¡Es tan raro! —Nueve se ríe con histeria—. Si no fuéramos fugitivos, definitivamente postearía esto en internet.

—Ya, ya —dice John frotándose las sienes—. Cálmate BK.

Malcolm mira de BK a John.

—¿Puedes comunicarte con él?

—Sí —responde John—. Telepáticamente, igual que Nueve. Está tan emocionado que no puede concentrarse. El asta es.... no sé cómo decirlo. En el extraño lenguaje de BK, es como un tótem o algo para chimæras.

—Bueno, ya que él es nuestra única chimæra, creo que puede quedarse con el asta —dice Ocho sonriendo, y se agacha para rascarle la panza a BK.

—Eli vino aquí en una nave llena de chimæras —digo—, ¿piensan que podríamos usarlo para atraerlas? Tal vez estén perdidas y necesiten saber cómo encontrarlos.

Malcolm inmediatamente empieza a escribir en su tabla

—¡Muy bien pensado, Marina!

Sonrí, un poco de orgullosa. Si solo pudiera averiguar lo que hacen las cosas de mi cofre...

—Si estás buscando basura naturalista en verdad aburrida, tengo esto —dice Nueve, sosteniendo una pequeña bolsa de cuero. La pasa para que todos observemos dentro. Está llena de una rica tierra de color chocolate—. Cuando Sandor me estaba explicando mi herencia, me dijo que era para plantar cosas, pero que no la necesitaría en mucho tiempo.

Nueve anuda las tiras de cuero del borde de la bolsa y vuelve a arrojarla desdeñosamente al cofre. Supongo que solo le interesan las cosas que sean capaces de aniquilar mogadorianos. Miro en mi cofre, echo a un lado el tipo de joyas que podrían pagar mi versión española del ático de Nueve si Adelina lo hubiera querido y busco cualquier cosa que pudiera relacionarse con la resurrección de Lorien.

—¿Qué hay de esto? —pregunto, levantando un vial delgado lleno de agua transparente. El vidrio se siente frío en mis dedos.

—Tómalo —sugiere Nueve.

Malcolm agita la cabeza.

—Aconsejaría que no ingirieran ninguno de los objetos de sus cofres hasta que sepamos cómo funcionan.

—¿Escuchaste? —dice Ocho, codeando a Nueve—. No te comas ninguna de las rocas.

Destapo el vial. Tan pronto el aire lo toca, el líquido del interior se tiñe de un color azul igual al de las piedras de loralita. Es solo una reacción breve, porque el líquido rápidamente vuelve a su color transparente. Cuando deslizo un dedo por los bordes del vial, el líquido se vuelve azul a su paso, luego se torna de nuevo claro cuando quito el dedo. Noto pequeños zarcillos de azul por donde sujeto el vial.

—¿Ven eso? —exclamo.

—Es como si el líquido pudiera sentir tu toque a través del vidrio —dice John.

—¿Puedo? —pregunta Malcolm.

Se lo paso a Malcolm, pero cuando él toca el vial, el color del líquido no cambia.

—Hmm —dice y le pasa el vial a John—. Inténtalo tú.

Tan pronto John toca el vial, el líquido brilla de nuevo con el azul cobalto de la loralita. Todos miramos cómo pierde lentamente su color, excepto donde John continua tocándolo. La forma en que pulsa el líquido es como si quisiera salir del vial, como si tuviera deseos intensos de estar en contacto con nosotros.

—Entonces detecta lorienses —dice Ocho—. Pero, ¿qué tiene eso de bueno si somos los únicos que quedamos?

—Voy a intentar algo —digo, tomando el vial de la mano de John. Con cuidado, inclino el vial de modo que solo una gota caiga en la palma de mi mano. El líquido se vuelve azul y una sensación de escozor se extiende por mi palma, luego la pequeña gota se estremece y se expande, gana masa y densidad hasta el punto en que sostengo una suave piedra de loralita.

—Vaya —se maravilla Ocho, toma la piedra de mi mano y la examina cuidadosamente.

—Vaya, en efecto —dice Malcolm, agachándose asombrado para mirar la piedra—. Lo que sea que sea este material, desafía las leyes de la física.

—Así que podemos crear loralita con esto —dice John—. Nueve y yo tenemos algo que parece ser para cultivar o plantar, y Ocho tiene un objeto que puede convocar chimæras. ¿No les parece que estos son los objetos que pueden devolverle la vida a Lorien?

—Sí, es cierto —dice Malcolm

Vuelvo a tapar el vial para no gastar nada de nuestra preciosa loralita líquida.

El inventario continúa por un rato más mientras Malcolm toma notas realmente meticulosas. Todos estamos ansiosos de aprender lo más que podamos acerca de nuestras herencias, bueno, todos excepto Nueve. Él sigue mirando hacia la puerta de la Sala de Clases y nos hace prometer que entrenaremos con él después que hayamos terminado con todo estas «cosas inteligentes». La verdad, yo también estoy añorando otra sesión allí. Siento que me falta mucho antes de estar al mismo nivel de combate de los demás.

Cuando se van los demás, Ocho y yo nos rezagamos para guardar los últimos artículos de nuevo en nuestros respectivos cofres. También guardo la piedra de loralita que acabo de crear, pero Ocho la saca, la sostiene entre sus manos con fuerza y se concentra.

—¿Qué haces?

Él abre los ojos y suspira.

—Quería ver si podía utilizar esto para teletransportarme a una de las otras piedras de loralita. Ya lo he intentado utilizando mi pendiente y tampoco funcionó, debe ser que no son suficientemente grandes.

—¿Qué? Querías tomar un atajo rápido a Stonehenge o a Somalia. —Vuelvo a guardar rápidamente la piedra dentro de mi cofre y lo sello.

—Las cosas van a acelerarse de ahora en adelante, eso es todo. Solo desearía que tuviéramos tan solo un poco más tiempo para explorar.

—¿Tuviéramos? —le respondo, y siento que un calor súbito me inunda el rostro—. ¿Ibas a teletransportarme contigo?

Ocho me deslumbra con esa sonrisa cautivadora.

—Solo sería un pequeño descanso ¿o me vas a decir que uno no te vendría bien?

Ocho tiene razón, obviamente. Después de despertar con los gritos de Eli antes del amanecer y atestiguar esa visión horripilante de Chicago, definitivamente me vendría bien un poco de tiempo libre de todo el asunto loriense, pero no hay tiempo para eso.

Toco el brazo de Ocho y le digo:

—Lo siento, pero tenemos que ponernos serios. Como dijo Nueve, no hay tiempo para callejear por tierras lejanas, ni siquiera para ir a la orilla del lago.

Ocho suspira con una decepción amistosa.

—Bueno —dice—, siempre tendremos la pizza. —Se detiene por un momento y me mira como si quisiera decir algo más, pero entonces Nueve irrumpe en la habitación con ropa deportiva.

—Oigan idiotas, ¿listos para la acción?

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Traducido por andres_1987

Corregido por Pamee

Traigamos a Cinco —dice Nueve de forma áspera, después de que Ocho y yo nos hemos cambiado—. Al tipo le vendría bien un poco de entrenamiento.

Encontramos a Cinco desparramado sobre uno de los sillones de la sala de Nueve, con un videojuego de la colección de Nueve en la enorme televisión de la sala. No tengo ninguna experiencia con estas cosas y observar a Cinco jugar hace que me sienta un poco mareada, dado que el juego está en perspectiva de primera persona. El personaje de Cinco corre por un campo de batalla con un arma, abatiendo soldados. Cinco ni siquiera advierte que entramos en la sala hasta que Ocho se aclara fuertemente la garganta.

—Oh, hola chicos —dice Cinco, sin molestarse en pausar el juego—. Esta cosa es asombrosa. Nunca tuvimos nada como esto en las islas. Observen esto.

En la pantalla, el personaje de Cinco lanza una granada; un grupo de soldados enemigos que se esconde tras una trinchera de costales de arena apilados explota en un baño de extremidades desmembradas. Alejo la mirada. Después de haber visto el sueño de Eli esta mañana, la escena del videojuego parece demasiado realista.

—Qué genial —dice Ocho cortésmente.

Nueve bosteza y se ubica frente a la televisión, de modo que Cinco se ve forzado a parar el juego.

—Solía estar bastante enganchado a este tipo de juegos cuando era niño, pero ahora me gusta más lo real. ¿Quieres unirte?

Cinco levanta una ceja

—¿Real? ¿Vamos a matar soldados como en...? —pausa mientras ojea la carátula del videojuego—. Segunda Guerra Mundial. Supongo que debe haber algunos vacíos en mis conocimientos de la historia terrestre, porque creía que la segunda guerra mundial había terminado.

—Vamos a entrenar —responde Nueve, para nada divertido—. Por lo que oí sobre Arkansas, parece que te hace falta un poco de ejercicio.

Noto un destello de rabia en los ojos de Cinco y, por un momento, pienso que podría saltar del sofá; pero entonces se acomoda, cruza los brazos y hace un esfuerzo consciente para mantener en blanco sus facciones.

—La verdad, no tengo ganas ahora —contesta Cinco, mientras se estira teatralmente sobre el sofá—. De todas formas, este juego es bueno para mi coordinación; probablemente es el mejor entrenamiento que encontraré por aquí.

Ahora me doy cuenta que esto podría haber sido una mala idea. Nueve es prácticamente la persona menos diplomática que he conocido. Luego de pasar un poco de tiempo cerca de él he aprendido a no tomármelo demasiado en serio, pero es obvio que Cinco aún no ha forjado la misma tolerancia.

—Es muy divertido —digo, intentando suavizar las cosas. Si Cinco no siente presionado, tal vez se sienta más dispuesto a entrenar con nosotros—. Además, nos daría una oportunidad de trabajar juntos como equipo, y también nos daría la oportunidad de conocerte mejor.

Por un momento, la mirada de Cinco se suaviza. Es como lo pensé, si eres bueno con él, baja la guardia. A nadie le gusta que le digan qué hacer, especialmente cuando se ha estado solo por tanto tiempo como Cinco. Puedo decir casi con seguridad que si sigo así, pronto va a claudicar y vendrá a entrenar con nosotros. Desafortunadamente, Nueve no es tan bueno para captar señales, o tal vez, solo es impaciente.

Camina de forma casual detrás del sofá de Cinco y, con un solo brazo, le da la vuelta. Cinco cae bruscamente al suelo.

Ocho sacude la cabeza, aunque una sonrisita juega en la comisura de sus labios. Sé que Cinco no le causó la mejor primera impresión al sacar a relucir todas esos recuerdos de lo que Ocho hizo en India, pero esta no es forma de tratar a nuestro garde más reciente.

—Vamos, Nueve —digo usando el tono decepcionado pero no furioso que las monjas del convento solían dirigirme—. No seas matón.

Nueve me ignora. Cinco ya se ha puesto de pie de un salto y mira furiosamente a Nueve.

—¿Por qué hiciste eso?

—Es mi sofá —dice Nueve—, puedo hacer lo que quiera con él.

Cinco resopla con disgusto.

—Eso es tan infantil; eres ridículo.

—Tal vez —responde Nueve, encogiéndose de hombros alegremente—. Puedes mostrarme lo infantil que soy mientras entrenamos.

Así que esta es una de las pequeñas técnicas motivacionales de Nueve: intenta que Cinco se enoje con él de modo que luche con él en la Sala de Clases. Típico plan de chicos. Simplemente podríamos habérselo pedido a Cinco con amabilidad.

LA CAÍDA DE CINCO

Cinco sigue mirando a Nueve, como midiéndolo. Se ríe de forma burlona, con los ojos llenos de malicia, y me da la impresión que Cinco ya descifró el plan de Nueve.

—Hagamos algo —propone Cinco—. Te doy un tiro libre. Si puedes lastimarme con un golpe, iré a entrenar contigo; si no puedes lastimarme, me libras de todo este asunto del macho más macho por el resto del día.

La cara de Nueve se ilumina con una sonrisa lupina.

—¿Quieres que te golpee, pequeñín?

—Seguro —responde Cinco con las manos en los bolsillos y la quijada en alto—. Inténtalo.

—Esto es tonto, chicos —digo tratando apaciguar lo que súbitamente se ha convertido en una situación realmente absurda. Tanto Cinco como Nueve están envueltos en este concurso de machos, cuando deberíamos estar aprendiendo a trabajar juntos.

Le doy una mirada a Ocho buscando un poco de apoyo, pero tienen una sonrisita en los labios, casi como si le divirtiera todo este asunto. Cuando observa mi mirada de desaprobación, la sonrisa de Ocho se transforma en una tímida. Le apoya una mano en el hombro a Nueve.

—Vamos a entrenar —dice Ocho, con voz ligera—. Cinco puede venir cuando se sienta listo.

Nueve se sacude la mano de Ocho del hombro y levanta las cejas mirando a Cinco.

—¿Seguro que quieres ponerme a prueba, Frodo?

—Espero que tus golpes sean mejores que tus insultos —responde Cinco.

Tengo que admitirlo; su espíritu me despierta un poco de admiración, claro que todo esto podría haberse evitado si tan solo se hubiera tragado el orgullo desde un principio. La forma en que ambos están actuando es patética; dos de los últimos lorienses que quedan en el universo necesitan darse un respiro. Como yo, Ocho está resignado a dejar que esto continúe, por lo que ambos damos un paso hacia atrás.

Nueve se toma su tiempo. Se suena los nudillos, rueda el cuello y se asegura de que sus hombros estén alineados. Creo que estoy más nerviosa que Cinco, quien solo espera pasivamente a que Nueve lance su golpe.

Finalmente, Nueve lanza el puñetazo, y aunque es un golpe lo suficientemente fuerte como para noquear a alguien, creo que he visto a Nueve dar puñetazos más fuertes y más rápidos. Supongo que alivió un poco el golpe para no herir demasiado a Cinco.

Cuando el puño va a medio camino, la piel de Cinco se transforma en acero refulgente. El puño de Nueve cruje contra la quijada metálica y él grita inmediatamente. Es como golpear una viga de metal.

Me tapo la boca con una mano para frenar un grito de sorpresa. A mi lado, Ocho tiene que acallar una risa sorprendida al darse cuenta de que Nueve se rompió la mano cuando se aleja de Cinco, apretándose la mano contra el pecho.

La piel de Cinco vuelve a la normalidad.

—¿Eso fue todo?

Nueve profiere una serie de maldiciones; me apresuro a echarle una mirada a su mano, pero él me hace a un lado y sale a empellones de la habitación hacia la Sala de Clases. Estoy segura que querrá que le cure la mano cuando se calme. De todas formas, luego de haber actuado como un idiota, tal vez merece un poco de dolor

—Si realmente hubiera escuchado la charla de Cuatro sobre la batalla en Arkansas, lo hubiera visto venir —comenta Cinco con voz casi aburrida mientras mira salir a Nueve.

—No es exactamente el técnico maestro —responde Ocho con frialdad—. En fin, bienvenido al equipo y que disfrutes tus videojuegos, supongo.

Ocho sigue a Nueve fuera de la habitación y Cinco le observa marcharse, un poco desconcertado de que Ocho lo haya ignorado de forma tan tajante. Le ayudo a regresar el sofá a la posición inicial.

—No sé qué hice mal —dice Cinco suavemente—. ¿Cómo es que ahora soy el chico malo?

—No, no lo eres —respondo—. Las cosas solo se salieron un poco de control. Los dos se comportaron bastante estúpidos.

—Se ha estado metiendo conmigo desde que atravesé la puerta por primera vez —continúa Cinco—. Me imaginé que si no le ponía un alto, simplemente seguiría haciéndolo.

Me siento en el sofá junto a Cinco.

—Nueve tiene la extraña capacidad de irritar a cualquiera; John me contó una historia de cuando él y Nueve casi se hacen pedazos el uno al otro. Ya te acostumbrarás.

—Ese es el asunto, no quiero acostumbrarme. —Cinco levanta el control de la consola de videojuegos, pero no vuelve a jugar, solo se limita a apretar algunos botones y la pantalla se oscurece—. La cosa es que quería entrenar con ustedes, chicos, no quiero que me dejen a un lado, quiero ver lo que hacen y aprender a trabajar en equipo. Fue por la forma en que lo dijo; no pude evitar responderle.

LA CAÍDA DE CINCO

Palmeo a Cinco gentilmente en el hombro.

—¿Sabes? Tú y Nueve no son tan diferentes como podrías suponer.

Parece considerar lo que dije por un momento, mirando la alfombra a sus pies.

—No, supongo que no. ¿Crees que debería disculparme por quebrarle mano?

Sacudo la cabeza riendo un poco.

—Es probable que sea su orgullo el que está más herido, pero no deberías disculparte por eso tampoco. —Me levanto y tomo a Cinco por el brazo para ponerlo de pie—. Vamos, vamos a entrenar.

Cinco titubea.

—Después de eso, ¿de verdad crees que seré bienvenido?

—Eres uno de nosotros, ¿no? —digo decididamente—. Qué mejor ocasión para aprender a trabajar en equipo que después de haber golpeado a tu compañero en la cara.

Cinco casi se ríe. Asiente y nos dirigimos juntos a la Sala de Clases.

—Gracias, Marina —dice—. ¿Sabes? Tú eres la primera que me ha hecho sentir realmente bienvenido aquí.

Bueno, al menos tengo eso. Puedo no ser capaz de ayudar a Eli con sus sueños, ni de identificar la mitad de los objetos de mi herencia, o de pelear tan bien como los demás, pero al menos soy buena en engatusar idiotas para que se comporten mejor. Me pregunto si eso también será un legado.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Traducido por Psique

Corregido por Pamee

John sostiene la tarjeta de identificación de Illinois contra la luz. La dobla con los dedos y golpea la foto con la uña del pulgar. Se gira hacia mí, sonriendo ampliamente.

—Es un gran trabajo, Sam. Tan bueno como los que Henri solía hacer.

—Por fin —suspiro, aliviado. Hay una docena de tarjetas de identificación similares apiladas junto a la computadora principal de Sandor, todas con la cara de John, junto con el nombre John Kent y todas con algunos defectos de menor importancia.

—Deberías hacerte una para ti —sugiere John—. Tal vez tu alias podría ser Sam Wayne.

—¿Sam Wayne?

—Sí, como Bruce Wayne, el amigo sin poderes de Superman. Por eso elegiste Kent como mi apellido, ¿no? Como referencia a Superman.

—No pensé que entendieras—le respondo—. No sabía que te gustaran los cómics.

—No me gustan, pero a los alienígenas nos gusta vigilar a los demás. —John se dirige al otro lado de la mesa y bordea uno de los muchos montones de basura del taller, para mirar la pantalla por encima de mi hombro—. ¿Todo esto ya estaba en el computador de Sandor?

—Sí —le respondo, moviendo el cursor por los diversos programas falsificadores y bases de datos del gobierno hackeadas instalados en la máquina de Sandor—. Fue cuestión de acceder a ellos y de, eh, saber cómo usarlos bien... —Señalo la pila de tarjetas de identificación dañadas.

—Increíble —dice John—. Creemos identificaciones nuevas para todo el mundo, así será más fácil viajar para ir a buscar el cofre de Cinco.

—¿Ocho no puede teletransportarlos allá?

John niega con la cabeza.

—Solo puede recorrer grandes distancias entre las piedras loralita gigantes que mencionó anoche. Y con la teletransportación a corto alcance hay demasiado riesgo de que nos vean aparecer de la nada, o que nos teletransporte contra una pared.

—Sí, eso dolería. —Ajusto la cámara web enganchada al monitor, de modo que apunte hacia mí. Cuando mi imagen aparece en la pantalla, me tomo un segundo para arreglarme el pelo y esbozar mi sonrisa más cursi.

—Lindo —comenta John, sin dejar de mirar.

—¿Qué puedo decir? Soy fotogénico.

—Siempre me he preguntado por qué el día de fotos en la secundaria de Paraíso se llamaba Día de Apreciación de Sam Goode.

—Y ahora lo sabes.

Arrastro y suelto la imagen en uno de los programas que Sandor instaló y de inmediato comienza a cambiar el tamaño de mi foto para una nueva licencia de conducir.

—Así que —comienzo sin convicción, pero no tengo otra forma de cambiar de tema—. Quería preguntarte algo.

—¿Sí?

—¿Qué pasa entre tú y Seis ahora que Sarah, eh, no es una traidora?

John se ríe.

—En realidad, hablamos de ello camino a Arkansas. Creo que estamos bien ahora. Fue un poco incómodo por un tiempo. Pero estoy con Sarah, al cien por ciento.

—Qué bien —respondo, indiferente. Aunque eso no impide que John me dé un codazo.

—Es toda tuya —dice, y me sonrojo de inmediato.

—No preguntaba por eso.

—Ajá, claro —replica John, recoge un perno suelto de la mesa y me lo arroja—. ¿Vas a actuar como si hubieras olvidado lo que pasó antes de que ella fuera a España? ¿Cuando dijo que le gustabas y te besó?

Me encojo de hombros, y lanzo el perno en dirección de John.

—Hmm, suena familiar, pero no estaba pensando en eso. —Pero mientras digo esto, pienso en ese abrazo que Seis me dio cuando nos reunimos en Arkansas. Me sonrojo aún más.

Por suerte, antes de que John me moleste más, entra papá. Nos sonrío mientras se limpia las manos grasientas con un trapo viejo. Parece cansado por trabajar en la maquinaria de la Sala de Clases, pero tiene una sonrisa de satisfacción en el rostro. Hurgar en tecnología loriense es mejor que estar consumiéndose en una prisión mogadoriana.

—¿Cómo te fue? —le pregunto.

—La mente humana es increíble, Sam —musita papá—. Cuando se tiene lagunas en la memoria como yo, se llega a apreciar mejor las cosas que no se recuerdan. La forma en que tus manos solo repiten una tarea que han hecho las veces suficientes, incluso

sin necesidad de pensar. ¿Quién necesita legados cuando tenemos el poder infinito de la mente humana a nuestra disposición, eh?

—No me importarían algunos legados, en realidad —digo, mirando a John—. Lo siento, se pone filosófico sobre temas científicos y esas cosas.

—No me importa en absoluto —dice John, con una sonrisa melancólica mira de mí a mi padre.

—Las reparaciones no son fáciles —continúa papá—. El trabajo de Sandor es impresionante y he estado, eh, fuera de juego por un tiempo. Todo funciona como recuerdo, solo que mucho más pequeño. El atril podría ser demasiado complicado para conseguir que funcione completamente. Fui capaz de reparar algunos controles, algunas de las trampas también deberían estar funcionando. No es perfecto, ni mucho menos, pero es algo.

—Estoy seguro de que es genial —lo tranquiliza John—. Cualquier cosa que pueda mejorar nuestro entrenamiento, ayudará. Me gustaría tener una reunión de equipo antes de ir a Flo...

Nueve abre la puerta del taller con tanta fuerza que casi la suelta de sus bisagras. Da un gran paso hacia adelante, luego pateo violentamente una pila de basura y envía tarjetas de circuitos y chatarra volando en nuestra dirección. Me comienzo a proteger la cara, pero John atrapa la metralla de la rabieta con su telequinesis.

—¿Qué demonios? —grita John—. ¡Cálmate!

Nueve levanta la mirada, sorprendido, como si no se hubiera dado cuenta que estábamos aquí.

—Lo siento —refunfuña, y camina hacia John. Tiene la mano derecha horriblemente hinchada—. Sana esto.

—Maldita sea —exclamo—. ¿Qué te pasó?

—Golpeé a Cinco en la cabeza —contesta Nueve con total naturalidad—. No salió bien.

«Bueno, eso fue rápido», pienso. Nueve ha estado molestando a Cinco desde que llegamos. En realidad, estoy más que un poco sorprendido de que sea Nueve el que este aquí pidiendo curación, no me hubiera imaginado que la pelea terminaría así. Mantengo la boca cerrada y dejo que John trate con su perro de ataque herido. Toma el antebrazo de Nueve, tal vez con un poco más de fuerza de lo necesario, y ubica la mano sobre el puño apretado de Nueve, pero no lo cura.

—Tienes que calmarte —le pide John, mirando fijamente a Nueve—. No golpees a nuestros amigos. No los retes a peleas en la azotea. Ninguna mierda.

Nueve aparta la mirada de John y, por un segundo, creo que podría darle un puñetazo a él también, pero no es así; en su lugar, esboza una gran sonrisa, como si todo aquello fuera una broma.

—Soy el peor comité de bienvenida de la historia, ¿eh?

—En Paraíso, la mamá de Sarah hornea cosas para las personas nuevas en el vecindario. Tal vez tengas que hacer galletitas cada vez que golpeas alguien —le sugiero.

John se ríe y cura la mano de Nueve.

—Me encanta esa idea, Sam.

—No voy a hornear —gruñe Nueve, fulminándome con la mirada.

Mi padre se aclara la garganta. Todos lo miramos. Está de pie con las manos cruzadas a la espalda; tiene la misma mirada que estoy seguro le dirigía a sus estudiantes en la universidad.

—Nueve, ¿me preguntaba si querías ayudarme en la Sala de Clases?

—¿Con qué?

—Tu cêpan construyó el equipo. Tenía la esperanza de que tuvieras una idea de cómo funciona.

Nueve se ríe con incredulidad.

—Sí, eh, lo siento, amigo. Le dejaba las cosas nerd a él.

—Ya veo —replica papá, sin inmutarse por la bravuconería de Nueve—. En ese caso, ¿tal vez podríamos averiguar cómo trabajar en equipo? A menos que estés muy ocupado dando puñetazos.

Para mi sorpresa, Nueve realmente lo considera. Veo la misma mirada melancólica en su rostro que antes noté en la cara de John y pienso que los dos están pensando en sus cêpan. Me doy cuenta entonces de lo que papá está haciendo: busca una forma de conectar con el chico enojado, involucrándolo en un proyecto al estilo extra-escolar especial. Es un movimiento totalmente paternal, pero lo admiro.

—Muy bien, sí —acepta Nueve—. Es mi mierda, debería saber cómo funciona. Tú primero.

Cuando Nueve y papá se dirigen a la Sala de Clases, John se vuelve hacia mí.

—Tu papá es un buen tipo —me dice—. Puede que tengamos que nombrarlo cêpan honorario.

—Gracias —le respondo, con una sonrisa frágil. En el estómago se me forma un nudo frío de temor, porque sé lo que le sucede a los cêpan alrededor de la garde, lo que sucede a los adultos. Es un pensamiento oscuro, lo sé, pero no puedo suprimirlo.

Acabo de reunirme con mi padre... no quiero perderlo. Sin darme cuenta, comienzo a frotarme las cicatrices en las muñecas.

John debe intuir lo que siento, porque me pone una mano en el hombro y me dice:

—No te preocupes, Sam. No vamos a perder a nadie más.

Espero que tenga razón.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Traducido por Psique

Corregido por Pamee

Entonces ¿cuándo se van a Florida? —me pregunta Sarah casualmente, como si fueran unas vacaciones que he estado planeando.

Estoy agotado, aunque es un buen tipo de cansancio: hoy fue un día productivo. No tuvimos tiempo para correr y ni escondernos, no tuvimos tiempo que perder. Catalogamos el contenido de nuestros cofres, Sam se las arregló para imprimir unas identificaciones falsas de buena calidad, y entrené un rato en la Sala de Clase recientemente renovada.

—Dentro de dos días, espero —le contesto a Sarah, y bajo al suelo para una sesión rápida de flexiones antes de acostarme—. Los quiero a todos juntos en la Sala de Clases mañana, ver cómo luce el equipo. No espero muchos problemas cuando recuperemos el cofre de Cinco, pero nunca se sabe. Estaría bien que ganáramos algo de experiencia trabajando como equipo. Y luego nos vamos.

Sarah no contesta. Levanto la vista para mirarla. Está sentada sobre las piernas al borde de la cama, nuestra cama; todavía es raro pensar eso. Está con pijama: una camiseta gris con cuello en V y un par de mis bóxers. Me mira, pero no presta atención a una sola palabra de lo que digo. Me aclaro la garganta, ella parpadea y me dirige una sonrisa torcida.

—Lo siento, me distraes con tus flexiones. ¿De qué estábamos hablando?

Me siento en la cama junto a ella, y paso los dedos por su pelo recién cepillado.

Me sonrío y, de repente, ya no estoy tan cansado. Mentiría si dijera que no he pensado en lo que podría pasar ahora que compartimos cama. Las cosas han estado frenéticas desde que estamos en Chicago, entre las pesadillas de Eli, la señal de ayuda de Cinco, y mi insomnio. Además, como todos duermen en las habitaciones vecinas, no se ha sentido bien.

—Florida —le recuerdo.

—Oh, sí —contesta Sarah—. Viviste allí por un tiempo, ¿no?

—Sí, unos meses. ¿Por qué?

—Trato de llenar algunos espacios en blanco. Todavía hay muchas cosas que no sé de ti, John Smith. —Me pone una mano en la mejilla, y desliza los dedos por mi cuello y por mi hombro—. Además, hablar me ayuda a distraerme de lo que de verdad quiero hacer.

LA CAÍDA DE CINCO

Deslizo la mano por su pelo hasta su nunca, y lentamente la paso por su columna vertebral. Sarah se estremece un poco, me acerco más e inclino la cabeza hacia ella.

—Sabes, me parece que está bastante tranquilo esta noche. Creo que todo el mundo está dormido.

Justo en ese momento, alguien llama a la puerta. Sarah abre muchos los ojos y se ríe; tiene el rostro enrojecido.

—¿La mala sincronización es uno de tus legados?

Abro la puerta y encuentro a Seis esperando con el abrigo puesto, como si acabara de llegar del exterior. Mira por encima de mi hombro a Sarah, luego nota mi mirada exasperada y esboza una sonrisa diabólica.

—Ups —exclama—. ¿Interrumpo?

—Está bien —le digo, como si nada—. ¿Qué pasa?

—Tienes que venir a la azotea a ver a BK. Se volvió loco.

Nos ponemos un poco de ropa sobre los pijamas y luego corremos por el pasillo detrás de Seis. Oigo a BK antes de llegar a la escalera que conduce a la azotea. El sonido que hace es un cruce entre el aullido de un lobo y el barrido de un elefante; es ruidoso y conmovedor; no es un sonido desagradable, pero tampoco es terrestre.

—No se quiere callar —me informa Nueve, en cuanto salgo a la azotea. Se frota las sienes, probablemente cansado de usar telepatía para intentar calmar a BK, que sigue más o menos como beagle, aunque su forma sobresale y extiende de forma errática, como si fuera a cambiar en cualquier momento. Sujeta con los dientes el asta del cofre de Ocho, pero el sonido no queda silenciado por ello. La baba gotea por el asta hasta el pelaje de BK, que se levanta sobre las patas traseras, con el hocico puntiagudo dirigido a la luna, y hace fluir ese sonido extrañamente melódico. Parece estar en una especie de trance.

Ocho se teletransporta a la azotea.

—Sam y Malcolm están controlando los canales de emergencia, en caso de que algún vecino entrometido llame a la policía —anuncia—. No qué le pasa, John, pero creo que tiene algo que ver con el asta.

—No me digas —replica Seis, y chasquea los dedos hacia BK—. ¡Silencio, Bernie Kosar!

BK ni siquiera parece darse cuenta. Veo a Marina en el borde de la azotea, vigilando con su visión nocturna a cualquiera que nos pudiese detectar. Por suerte estamos lo suficientemente alto y Chicago es lo bastante ruidoso para que nadie oiga a BK. De todas formas, no quiero correr ningún riesgo.

—¿Han intentado quitarle el asta? —pregunto.

—Sí —responde Nueve—. No le gustó. Me gruñó y no quiso soltarlo. No quise hacerle daño.

—Eso no suena a BK —musita Sarah, con los ojos muy abiertos por la preocupación.

—¿Creen que sea una especie de pesadilla de chimæras? —pregunta Seis.

Niego con la cabeza. Toda esta rareza con BK comenzó cuando tomó el asta. No parece probable que algo en nuestros cofres atente contra de nosotros. Incluso mi brazalete, que me producía un dolor fuerte como el infierno al principio, resultó ser útil. Debe haber una explicación racional para esto.

—¿Dónde está Eli? —pregunta Sarah—. ¿Podría ser como lo que le está pasando a ella, pero para chimæras?

—Está durmiendo —responde Marina—. Y esto parece totalmente diferente.

Intento hablar con BK por telepatía: *Bernie Kosar, tienes que callarte*, pero no recibo respuesta. Como no veo otra opción que intentar quitarle el asta, doy un paso adelante, pero antes de dar un segundo, Bernie cae en cuatro patas y deja de lado el asta. Su grito resuena en mis oídos durante unos segundos después de que haya terminado. Tomo el asta con mi telequinesis y alzo la cosa cubierta de baba en el aire. BK jadea felizmente y mira a todo el mundo.

Hago contacto visual con Nueve, ambos presionamos a BK telepáticamente.

—Es como si no supiera lo que pasó —informo.

—¿Estás borracho, BK? —pregunta Nueve, perplejo.

BK salta hacia nosotros, moviendo la cola. Tiene el mismo aspecto de euforia canina después de un paseo.

—Nos asustaste —le digo—. Sabes que estabas haciendo ruidos raros, ¿no?

BK se sienta a mis pies. Sarah se agacha para rascarle las orejas.

—¿Pueden preguntarle lo que estaba haciendo? —dice Sarah, mirándonos a Nueve y a mí.

—Estamos en eso —le respondo, y Nueve cabecea también, entrecerrando los ojos hacia BK—. Son un montón de imágenes y sentimientos, ¿sabes? No son palabras, exactamente.

—Ladridos telepáticos —observa Ocho.

—Más o menos —concuerta Nueve.

—Dice... —Hago una pausa para asegurarme de que estoy interpretando bien los pensamientos de BK—. Dice que estaba llamando a los otros. —Levanto el asta—. Supongo que sirve para eso.

—¿Los otros? —pregunta Marina—. ¿Se refiere a las chimæras de la nave de Eli?

—Supongo que sí —le contesto, mirando a BK. *¿Crees que te han oído?*

BK se echa de espalda, como para pedirle a Sarah que le rasque la panza. Supongo que ese es el equivalente en chimæra a un encogimiento de hombros.

—No lo sabe —respondo.

Nueve niega con la cabeza.

—Bueno, crisis evitada. Me voy a la cama. ¿Podemos tener una noche sin gritos o aullidos, por favor?

Todo el mundo sigue a Nueve abajo, por lo que Sarah, BK y yo quedamos solos. El aire de la noche es fresco y ahora que BK terminó con el ruido, todo está tranquilo. Me arrodillo junto a Sarah y la abrazo.

—¿Tienes frío?

—No en realidad —contesta, sonriendo—. Pero puedes seguir abrazándome. Ya veo por qué te gusta tanto aquí.

Nos sentamos así durante un tiempo, Sarah en mis brazos, los dos mirando el horizonte de Chicago. Es uno de esos momentos perfectos, de esos que necesito guardar para recordar cuando las cosas se pongan sombrías.

Y luego, porque a lo mejor Sarah tiene razón y la mala sincronización es uno de mis legados, una forma oscura se separa del cielo nocturno y se dirige hacia nosotros.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Traducido por Shiio

Qué es eso?! —chilla Sarah.
—No lo sé —contesto, e instintivamente me pongo de pie de un salto para ponerme entre Sarah y el borrón negro que se cierne sobre nosotros. Enciendo mi lumen. El fresco calor me consuela un poco, y me siento preparado para cualquier cosa.

La forma oscura se ralentiza, y comprendo que es una persona. La forma aterriza con gracia al otro lado de la azotea, con los brazos levantados en señal de paz.

—Cinco.

—Hola, chicos —saluda Cinco—. Siguen levantados. ¿Los asusté?

—¿Tú qué crees? —pregunta Sarah, señalando las bolas de fuego que aún tengo en las manos. Todavía nervioso, dejo que las bolas se apaguen finalmente. Cinco, que lleva una sudadera negra y unos pantalones del mismo color, se baja la capucha para que pueda ver su expresión de disculpa.

—Rayos, lo siento. No pensé que alguien se diera cuenta.

Durante un espantoso segundo, pensé que nos estaban atacando, así que las palabras salen de mi boca con más dureza de la que pretendo.

—¿Qué demonios hacías?

—Solo volaba un poco. A veces me gusta ver lo alto que puedo llegar.

Intento pensar en una respuesta que no me haga parecer un mandón. Me gusta que entrenen, pero volar por la ciudad de Chicago es una idea bastante estúpida. Esconderse a plena vista es una cosa; esconderse mientras hay adolescentes volando cerca de nuestra base es otra.

—¿No te preocupa que alguien pueda verte? —pregunta Sarah, quitándome las palabras de la boca.

Cinco sacude la cabeza.

—No te ofendas, Sarah, pero te sorprendería lo poco que tu gente mira al cielo. De todos modos, es de noche, y voy con ropa oscura. Créanme, chicos, soy cauteloso.

—Pero sigue habiendo cámaras, aviones y quién sabe qué más —digo, intentando que no parezca un sermón.

Cinco suspira profundamente y extiende las manos, como si estuviera cansado de discutir. Después de su encontrón con Nueve, supongo que no quiere crearse más problemas.

LA CAÍDA DE CINCO

—Pararé si es lo que quieren —dice—. Pero creo que deberían saber que estoy mejorando, creo. Puedo cubrir más distancias. De hecho, probablemente podría ir a los Everglades, coger mi cofre y estar aquí de vuelta antes del desayuno.

Me gusta esta actitud confiada de Cinco; de pronto ya no parece el tipo de chico del que tengamos que preocuparnos porque deje de lado un entrenamiento por los videojuegos. Aun así, niego con la cabeza.

—Iremos como equipo, Cinco. Ya no tenemos que hacer nada solos.

—La seguridad está en los números, tienes razón. —Cinco bosteza y estira los brazos—. Bien, voy a volver adentro. Sala de Clases a primera hora de mañana, ¿no?

—Sí.

Una vez que Cinco baja las escaleras, me vuelvo hacia Sarah. Está mirando al cielo nocturno, con una pequeña sonrisa en los labios. La cojo de la mano.

—¿Qué haces? —le pregunto.

Ella se encoge de hombros.

—Si pudieras volar, ¿no lo harías?

—Solo si tú pudieras volar conmigo.

Sarah pone los ojos en blanco, y me da un codazo suave en las costillas.

—Okay, cursi. Volvamos a la cama antes de que suceda alguna locura más.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Traducido por Lauraef

Estás segura de que estás lista para esto? Eli asiente mientras nos dirigimos a la Sala de Clases. Está pálida y tiene círculos oscuros bajo los ojos, como si estuviera recuperándose de una enfermedad horrible. Pasó la noche sin ninguna pesadilla ni ataques de gritos, pero todavía parece agotada.

—Puedo hacerlo —dice Eli y se endereza.

—Nadie pensar menos de ti si no participas —le digo.

—No tienes que tratarme como una bebé —me contesta bruscamente—. Puedo entrenar igual que el resto de ustedes.

Asiento y dejo la discusión. Puede que un poco de actividad física sea bueno para Eli. Por lo menos, debería agotarla lo suficiente como para que pueda descansar un poco.

Somos las dos últimas en llegar a la Sala de Clases. Todo el mundo está en el centro de la habitación, con ropa de entrenamiento. Malcolm está sentado detrás de la consola del atril, examinando con las gafas los botones brillantes y las palancas.

Nueve aplaude cuando nos ve.

—¡Muy bien! ¡Vamos a empezar! ¡Hora de capturar la bandera, nenas! La prueba definitiva de trabajo en equipo y, eh, habilidad de patear traseros.

Seis pone los ojos en blanco y Cinco reprime un gruñido. Me quedo de pie junto a Ocho, que me dirige una sonrisa rápida. Espero que estemos en el mismo equipo.

—Las reglas son simples —continúa Nueve. Señala el lado contrario del gimnasio donde se encuentran un par de banderas improvisadas, hechas de camisetas viejas de los Chicago Bulls—. El primer equipo que coja la bandera del otro equipo y la lleve de vuelta hasta su lado, gana. Tienen que sostener la bandera siempre, sin telequinesis. Tampoco se vale teletransportar la bandera hasta su lado, ejem, me refiero a ti, Ocho.

Ocho sonrío con suficiencia.

—Sin problema. Me gustan los desafíos.

Apilados en el suelo hay cuatro rifles mogadorianos que cogí cuando salíamos de Arkansas. Supuse que podríamos usarlos para este tipo de ejercicios. Noto que Sam los mira con vacilación.

LA CAÍDA DE CINCO

—¿Para qué son esos? —pregunta.

—Cada equipo va a tener dos armas —explica John—. Malcolm los ha modificado para que no sean letales, son como pistolas eléctricas. Siempre terminamos usando sus propias armas cuando luchamos contra los mogs; supuse que sería buena práctica.

—Además, queremos darles a los no garde una oportunidad en la batalla —dice Nueve, mirando a Sam y Sarah.

Malcolm sale de detrás del atril, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Yo estaré a cargo de los sistemas de la Sala de Clases para lanzar algunos obstáculos —dice—. Recuerden, si alguien se hace daño, pueden pedir tiempo muerto para que Marina o John puedan curarlos.

Nueve suspira, irritado.

—No hay tiempos muertos en batalla, así que intentemos mantener los lloriqueos al mínimo.

John echa un vistazo a su alrededor y adopta un enfoque más despreocupado.

—Recuerden, esto es solo una práctica, no intenten matar a nadie.

John y Nueve son los capitanes y nos dividen en dos equipos. John escoge a Seis en primer lugar y Nueve elige a Ocho. Después, John se lleva a Cinco y Nueve a Marina. La tercera elección de John es Bernie Kosar y después Nueve sorprende a todo el mundo eligiendo a Sarah. Espero que me elijan en la última ronda; no es vergonzoso cuando el resto de jugadores tiene súper poderes. John me elige (probablemente para repartir uniformemente a los humanos), lo que deja a Eli para el equipo de Nueve.

Nos apiñamos en nuestra parte del gimnasio.

—Me voy a volver invisible inmediatamente —dice Seis—. Si pueden mantener al resto ocupados, podré llegar a la bandera sin ningún problema.

John asiente, de acuerdo.

—El que más me preocupa es Ocho. Probablemente se va a teletransportar a nuestro lado inmediatamente y va a ir a por la bandera. Sam, quiero que tú y Bernie Kosar vigilen.

Le doy palmaditas en la cabeza a Bernie Kosar. El pelo de beagle se transforma debajo de mis dedos en el suave pelo de un tigre.

—Hm, sí. Podemos manejarlo.

—Cinco, tú y yo atacaremos. Mantenlos ocupados mientras Seis busca una apertura.

Cinco mira por encima del hombro hacia donde está reunido el otro equipo.

LA CAÍDA DE CINCO

—Quiero encargarme de Nueve.

John y yo intercambiamos una mirada rápida, al recordar el incidente de ayer. No todos los días alguien se ofrece voluntario para enfrentarse cara a cara al lunático loco por las batallas de la garde.

John se encoge de hombros.

—Claro. Te cubriré. Tómatelo con calma esta vez, ¿vale?

Cinco sonrío, con una mirada arrogante.

—No prometo nada.

Mientras nos separamos, sonrío a Seis.

—Buena suerte ahí fuera. Nunca te verán ir.

Tan cursi. «Agh, genial, Sam». Seis me devuelve la sonrisa rápidamente. Coge uno de las pistolas mogadorianas y me la lanza.

—Gracias, Sam. Cuento contigo para que me cubras, ¿okay?

—Me teletransportaré, tomaré la bandera y trataré de escabullirme —dice Ocho, chasqueando los dedos—. Ni siquiera sudaremos.

Nueve niega con la cabeza.

—Eso es exactamente lo que esperarán. Así que sí, hazlo, pero solo será una distracción.

Sarah levanta la mano y lo interrumpe.

—Perdón, Nueve, pero tengo que preguntar: ¿por qué me elegiste?

Nueve le sonrío.

—Eres mi arma secreta, Hart. No hay manera de que John sea efectivo si estás haciéndole pucheros.

—¿Haciéndole pucheros? —repite Sarah secamente e inclina la pistola mogadoriana que tomó—. ¿Quieres que te dispare?

—La he visto disparar. No fallará —contribuyo. He visto a Sarah disparar durante los entrenamientos. Estoy celosa de su puntería. Ni por asomo he podido adaptarme a las armas de fuego tan rápido como ella. Me ponen nerviosa.

—Sé que no lo hará —contesta Nueve, poniéndose serio—. Por eso va a ir en la patrulla de Seis.

—Sabes que se va a volver invisible —dice Ocho—. ¿Cómo se supone que vamos a parar eso?

—Ahí es donde entra Eli —responde Nueve. Eli levanta la vista del cañón con la que está jugueteando, sorprendida de oír su nombre. Creo que la se sienta herida de que la eligieran última.

—¿Yo? —pregunta, incrédula.

—Claro que sí, tú —responde Nueve—. Vas a usar tu hechizo telepático para precisar la localización de Seis cuando sea invisible. Después, Sarah y tú le disparan.

—Hm, no estoy segura de que pueda hacerlo.

—La localizaste en una base de Nuevo México increíblemente grande. Esto es solo una habitación. —Nueve sacude a Eli por los hombros de modo alentador—. Inténtalo por mí, ¿está bien?

—¿Qué hago yo? —pregunto.

Nueve tiene esa mirada orgullosa en la cara, creo que he oído a John referirse a ella como «comemierda», que pone cuando cree que tiene algo muy jugoso. Me coge la mano y se me pone el vello de punta cuando me recorre una descarga eléctrica.

—Tú, Marina, eres mi verdadera arma secreta.

—¿Están preparados? —grita Malcolm desde el atril.

Los dos equipos están de pie a unos nueve metros el uno del otro, cerca de la mitad de la Sala de Clases. Miro alrededor. Todo el mundo a mi lado parece decidido. Sam ya ha empezado a sudar un poco, ajusta continuamente su agarre de la pistola. Enfrente, Sarah me lanza una sonrisa inocente mientras blande su propia pistola. Mi corazón palpita en respuesta, pero intento mantenerme serio.

—¡Preparados! —grito a Malcolm.

—¡Vamos a patear traseros! —grita Nueve.

Malcolm golpea unos cuantos botones del atril. El cuarto cobra vida a nuestro alrededor. Unas secciones del suelo empiezan a alzarse, creando bloques para que la gente pueda esconderse detrás. Un par de pelotas medicinales con cadenas caen del techo. De las paredes sobresalen boquillas que emiten ráfagas de humo.

—¡Empiecen! —grita Malcolm.

Durante un segundo, nadie se mueve. Después, de repente, mi brazalete empieza a hormiguar. El escudo rojo se despliega justo a tiempo para bloquear una ráfaga de fuego de cañón. Miro al otro lado del gimnasio y veo a Sarah sonriéndome; la boca de su cañón todavía humea.

—¡Lo siento, cariño! —grita, antes de esconderse detrás de un bloque.

A un lado, veo que Seis desaparece en el aire. Al otro, Sam se retira hacia nuestra bandera. Todos están en movimiento y, de repente, es como una batalla real. Caos.

Y hay está Nueve. Viene directo hacia mí.

Es tan rápido que apenas tengo tiempo para encender mi lumen y lanzar una pequeña bola de fuego en su dirección. La salta y cae encima de mí. Caigo de espaldas, con el escudo entre los dos mientras me sujeta contra el suelo. Nueve golpea el escudo con toda su fuerza. Se forman abolladuras en el material rojo, pero el escudo aguanta. Frustrado, Nueve se quita de encima de mí y mi escudo inmediatamente se repliega y vuelve a ser mi brazalete. Me pongo de pie tan rápido como puedo, pero incluso bloqueado por mi escudo, el placaje de Nueve me deja sin respiración. Soy más lento de lo que debería.

—Tú y tus malditas joyas, Johnny —gruñe Nueve—. He estado pensando en ello desde la última vez que luchamos. Me dio una sacudida cuando intenté arrancártela de la mano, así que me pregunto, ¿qué pasaría si...

Siento su telequinesis, pero es demasiado tarde para hacer nada al respecto. Me quita el brazalete del brazo y lanza a un lado.

—¡Já! —grita Nueve, alegre—. ¿Qué pasa ahora?

Justo cuando Nueve se dispone a cargar contra mí, el brazo de goma de Cinco lo envuelve por la cintura y lo lanza a un lado. Nueve se pone de pie inmediatamente. Cinco está frente a él; la bola de goma y la de acero ruedan en la palma de su mano. Su piel se transforma de goma a acero sólido.

—¿Preparado para otro golpe? —pregunta Cinco.

—Oh, no tienes ni idea —gruñe Nueve en respuesta.

Pasa tal cual dijo John: casi en cuanto tomo posición para cubrir la bandera, Ocho se teletransporta. Recuerdo las reglas de que no puede teletransportar la bandera hasta su lado; espero a que Ocho arranque la bandera de la pared y en cuanto lo hace, le disparo.

Ocho aúlla por la sorpresa cuando mi primer disparo le electrifica la espalda, y lo tira al suelo. Rueda.

—¡Maldita sea, Sam! Disparar a alguien por la espalda no está bien.

Apunto la pistola hacia él.

—¡Deja caer la bandera!

—No lo creo —dice, y se pone de pie. Disparo unas veces más, pero Ocho esquiva los disparos ágilmente, y se esconde detrás de un bloque. De todas formas, lo tengo

LA CAÍDA DE CINCO

localizado y lo sabe. No hay manera de que logre volver a su lado con nuestra bandera.

—Está bien, Sam, a ver si puedes con esto —grita Ocho. Se mete la bandera a la boca y se transforma en una criatura monstruosa, parecida a un león con diez brazos. Pasa por encima de la barricada hacia mí y me quita la pistola de las manos con una pata con garras.

—¡Atrápalo, BK! —grito.

Antes de que Ocho pueda hacer otro movimiento, Bernie Kosar choca con él. BK se ha transformado también, y ahora tiene la forma de una boa constrictor gigante. Envuelve su cuerpo alrededor de Ocho, queda con todos los brazos pegados a los costados. Cuando Ocho jadea en busca de aliento, la bandera se le cae de la boca. La recojo y la vuelvo a clavar en el muro.

Miro mientras Sarah y Eli, ambas agachadas detrás de un bloque cerca de nuestra bandera, apuntan con sus pistolas por la habitación. Buscan un objetivo que no pueden ver.

—Vamos, Eli —musita Sarah esperanzada—. Puedes hacerlo.

Eli tiene la cara contraída con fuerza por la concentración, mientras intenta localizar a Seis telepáticamente. Espero que no sea demasiado extenuante para ella después de la dura experiencia de ayer. De repente, la cara de Eli se ilumina.

—¡Allí! —grita y empieza a disparar al aire a su derecha. Sarah le sigue el juego, pero no apunta en realidad, solo intentan cubrir la misma área que Eli.

La mayoría de los disparos golpean el muro, sin causar ningún daño. Sin embargo, después de unos cuantos disparos, una de las corrientes eléctricas parece pararse en mitad del aire. Chisporrotea durante un segundo y puedo ver la silueta del esqueleto de Seis, casi como si fueran rayos X, mientras cae al suelo. Seis vuelve a aparecer, con cara de sorprendida y confusa de que la hayan encontrado. Tiene que retroceder a gatas para esquivar otra lluvia de disparos de Sarah y Eli.

—¡Gran trabajo, chicas! —grito. Eli y Sarah se toman un momento para chocar los cinco antes de volver a apuntar a Seis.

Me escabullo pegada al muro, observando la acción desde un lado. Nadie me está prestando atención todavía, y eso es exactamente lo que quiere mi equipo.

En el centro de la sala, Nueve pasa por debajo de uno de los puños de acero de Cinco, lo agarra mientras le pasa por encima de la cabeza, lo gira y se lo retuerce con fuerza a la espalda. Luego busca entre los dedos de Cinco.

LA CAÍDA DE CINCO

—Puede que estés hecho de metal —escucho gruñir a Nueve—, pero sigues sin ser tan fuerte como yo.

Nueve le abre la mano a Cinco y escucho el *clang* metálico cuando la bola que lleva Cinco golpea el suelo. Inmediatamente, la piel de Cinco vuelve a la normalidad. Nueve empuja a Cinco contra una de las pelotas medicinales, que lo golpea en la cara y lo lanza al suelo. Cinco gruñe, sujetándose la cabeza.

—Ups —exclama Nueve—. Parece que alguien perdió las pelotas.

Estoy tan distraída con la pelea, que casi piso el brazalete que Nueve le arrancó a John de la muñeca. Me imagino que puede ser útil, así que la recojo y me la pongo. La sensación helada que me recorre el brazo me sorprende tanto que casi me la arranco. Me obligo a concentrarme, y me deslizo por el muro, para mantenerme fuera de vista.

—¡Oye! —grita John, y tardo un momento en darme cuenta de que me está hablando a mí—. ¡Tienes algo que me pertenece!

Los dos puños de John brillan con fuego y manda dos orbes ardientes del tamaño de pelotas de baloncesto directamente hacia mí.

No le habría lanzado bolas de fuego tan intensas a Marina si no hubiera estado seguro de que el brazalete se haría cargo. El escudo se despliega a tiempo para absorberlas, pero de todas formas la fuerza la lanza contra el muro, y la toma por sorpresa. No sé qué está haciendo moviéndose furtivamente, pegada a las paredes, pero estoy seguro de que es parte de algún plan que ha urdido su equipo.

Miro por encima del hombro a donde Cinco está intentando escabullirse marcha atrás con Nueve pisándole los talones. Eso no es bueno. Lanzo una bola de fuego a Nueve y se aleja y eso le da a Cinco una oportunidad para levantarse y poner distancia entre los dos. Por supuesto, en cuanto Cinco se pone de pie, un rayo de energía de la pistola de Sarah lo tira de nuevo. Aunque está jodiendo a mi equipo, no puedo evitar sentirme emocionado de lo bien que se maneja.

Cinco va a tener que arreglárselas solo por ahora. Tengo que averiguar lo que está haciendo Marina y recuperar mi brazalete. Corro hacia ella justo cuando se despega del muro. Pone los ojos como platos cuando me ve y me ataca con una patada a las piernas. Esquivo el golpe y la sujeto contra el muro, intentando quitarle el brazalete.

—¿Cuál es tu plan, Marina?

—¡Nunca hablaré! —grita, dejándose llevar por el espíritu de la lucha e intenta darme un cabezazo. Definitivamente alguien ha estado recibiendo lecciones de lucha sucia de Nueve.

LA CAÍDA DE CINCO

—¡John! —escucho gritar a Sam desde el otro lado de la habitación—. ¡Cuidado!

Sé lo que viene en cuanto Sam grita, pero no hay manera de evitarlo. Ocho se teletransporta a mi lado, me da un puñetazo en la mandíbula y me aleja de Marina. Cuando me giro para enfrentarme a él, se teletransporta detrás de mí, y me patea la espalda con los dos pies. Me tambaleo y quedo apoyado en una rodilla. ¿Cómo puedo vencer en una lucha mano a mano a alguien que se puede teletransportar?

Intento apuntar a Ocho, pero se mueve demasiado rápido. Se teletransporta alrededor de John, lo golpea con un puñetazo rápido y después desaparece antes de que John pueda contraatacar. A mi lado, Bernie Kosar sigue en forma de boa, de cuando Ocho se teletransportó fuera de su agarre.

—¡BK, ve a ayudar a John! Yo vigilaré el fuerte.

Bernie se transforma en un enorme halcón y se eleva para ayudar a John. Eso me deja solo vigilando la bandera.

Nuestra mejor oportunidad de victoria sigue siendo Seis, que está detrás de un bloque, mientras Sarah y Eli le disparan sin parar para mantenerla ahí. Puedo verla claramente desde mi posición. Está agachada, concentrándose, una pequeña brisa pasa por su cabello oscuro.

Espera, ¿de dónde viene esa brisa?

De repente, siento que la presión de la habitación cambia. Seis sale de la barrera y apunta con las manos a Sarah y Eli. Eli cae de espaldas y da volteretas hasta chocar con la pared. Sarah cae hacia atrás también, y suelta el cañón.

Antes de que hayan terminado de caer, Seis ya está corriendo. Sarah intenta recuperar la pistola, pero Seis usa su telequinesis para enviarla más lejos por el suelo. Seis salta, agarra la bandera de la pared y empieza a volver a nuestro lado.

—¡Vamos, Seis! —grito, sintiendo una ola de orgullo; nadie más aquí haría esta distinción, pero pienso en mí, John y Seis como los originales compitiendo contra los novatos. ¡Y vamos ganando!

Mientras Seis corre de vuelta a nuestro lado de la Sala de Clases, mantengo la pistola nivelada, preparado para cubrirla.

Ocho está demasiado ocupado intentando vencer a John y BK, como para darse cuenta de que Seis se está escapando. Pero Nueve sí la ve. Lanza a un lado a un Cinco magullado y exhausto, y corre a atrapar a Seis a la mitad de la sala. Deseo que Seis se vuelva invisible mientras Nueve sale disparado hacia ella. No lo hace. De hecho, casi parece querer competir contra Nueve.

Nueve lanza primero un gancho de derecha que Seis esquiva fácilmente. Rápidamente, ella lo golpea dos veces a un costado, después intenta hacerle una especie de zancadilla. Nueve salta por encima de la pierna de Seis y le agarra la muñeca cuando intenta golpearle con la mano abierta en la nariz. Con la mano libre, Nueve dirige un puñetazo a Seis, pero ella bloquea el golpe y le engancha el brazo. Forcejean en esa posición, cada uno controlando uno de los brazos del otro. Seis se retuerce y se esfuerza, pero veo que Nueve empieza a dominarla.

Durante un segundo, me congelo al ver luchar a Seis y Nueve. Supongo que es solo mi instinto natural de mantenerme alejado cuando la garde lucha, ya sea contra mogs o los unos contra los otros, pero después me doy cuenta de que tengo un tiro despejado hacia Nueve. Su espalda ancha es un objetivo perfecto. Podría terminar este juego justo ahora; con tan solo apretar el gatillo, Nueve caerá y Seis quedará libre para volver a nuestro lado.

Alineo la pistola y disparo.

No sé cómo lo hace, quizá solo es mi suerte de mierda. Nueve gira a Seis justo cuando disparo. Mi disparo le da a Seis en la espalda y ella se desploma convulsionando al suelo. La bandera se suelta de su agarre y Nueve la coge.

—¡Seis! —grito, sorprendido—. ¡Lo siento!

Ni siquiera veo venir a Marina.

«Ahora es tu oportunidad, Marina. ¡Corre!»

Con Sam distraído, lo paso corriendo y cojo su bandera de la pared. Él me ve justo cuando empiezo a correr de vuelta a mi lado, cerca del muro. Intenta apuntarme, pero le quito la pistola de las manos con telequinesis. Ahora no será un problema. Cinco se encuentra a unos metros de mí, parece que mareado después de pelear con Nueve. No será un problema tampoco.

Es de John y Bernie Kosar de quienes me tengo que preocupar.

Los dos se separan de Ocho cuando me ven corriendo con su bandera. Ocho rápidamente se teletransporta y se pone en el camino de BK, lo derriba y se teletransporta con él al otro lado de la habitación. Eso solo deja a John.

Nueve intenta interceptarlo, pero aunque los efectos del disparo apenas han pasado, Seis logra mover la pierna y hacerle la zancadilla a Nueve. Eso le deja a John un camino despejado hacia mí. Todavía tengo su brazalete, así que debe saber que dispararme sus bolas de fuego no funcionará. En vez de eso, va directo hacia mí en línea recta para interceptarme.

Me desorienta al principio usar el legado de anti-gravedad que Nueve me ha transfirió al inicio del juego. Es raro sentir que el mundo se mueve hacia un lado mientras corro por la pared, y mis pies aterrizan donde debería ser imposible. John viene tan rápido que no tiene tiempo para recalcular, y choca con la pared debajo de mí.

Corro por el techo a nuestra base y me dejo caer de vuelta al suelo, sujetando la bandera en alto. Una parte de mí no se lo puede creer, ni siquiera cuando Malcolm suena el silbato, señalando el fin del juego. Lo hice. ¡Ganamos!

—Maldita sea —digo, frotándome la cabeza donde choqué con la pared—. No vi venir eso.

No puedo evitar sonreír cuando veo a Marina celebrándolo. Ocho se teletransporta desde el otro lado de la habitación y la abraza y Eli corre para unírseles. Nueve cojea hasta donde estoy, y extiende la mano.

—Buen juego, jefe —dice.

—Sí, tú también —respondo, dándole la mano. Hace un par de semanas la idea de perder contra Nueve me habría vuelto loco. Ahora, no parece importar demasiado. Lo importante es que ambos lados han trabajado bien juntos, con los legados en acción, con las habilidades para luchar, todos cubriéndose la espalda... Sé que es solo un juego, pero me hace creer que podemos enfrentarnos a todos.

Nueve se aleja de mí para ir a ayudar a Cinco a levantarse. Cinco parece bastante molido, tiene moretones a un lado de la cara y uno de los brazos le cuelga flojo a un costado. Nueve le quita importancia.

—Sin resentimientos —dice Nueve, sonriendo con superioridad.

—Sí, seguro —contesta Cinco hoscamente.

Veo que Sam se arrodilla junto a Seis. Todavía no han terminado los efectos de la sacudida eléctrica de la pistola. Obviamente, se siente culpable.

—Seis —empieza—, lo siento, fue sin querer.

Seis mueve la mano.

—Olvidalo, Sam. Fue un accidente.

—En realidad, no —interrumpe Nueve, paseándose por ahí—. Eli me advirtió lo que iba a hacer telepáticamente. Así supe que tenía que girarte.

Todos nos giramos para mirar a Eli, que se ha puesto roja de la emoción. Parece más sana que al principio, y más despierta.

Mientras los otros cruzan la habitación para felicitar a Marina y recibir curaciones, Malcolm viene hasta donde estoy y me da unas palmaditas en la espalda.

—Buen trabajo —dice.

—No exactamente. Perdimos.

Malcolm niega con la cabeza.

—No me refería a eso. Buen trabajo con todo esto. ¿Sabes lo que vi al observar todo esto, John?

Miro a Malcolm, esperando la respuesta.

—Una fuerza que hay que tener en cuenta.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Traducido por Lauraef

Después del entrenamiento, cuando salgo de la ducha, Sam me está esperando en el pasillo fuera del cuarto de baño. Tiene el ceño fruncido, prácticamente la misma expresión que ha tenido desde que jugamos a capturar la bandera, como si hubiera perdido la guerra por nosotros, en vez de cometer un error en un juego de entrenamiento.

—De verdad la cagué —dice—. Ahora entiendo por qué no me van a llevar a los Everglades.

Una vez que todo el mundo recibió curaciones, el grupo se reunió para votar, con unanimidad, para volar a los Everglades mañana. Que Sam se quede atrás no tiene nada que ver con su actuación en la Sala de Clases; simplemente tiene sentido tenerlo a él y a Malcolm en Chicago con acceso a la tablet para coordinarnos en caso de que nos separemos, y supervisar las noticias en caso de que haya problemas. Es una tarea importante, pero no podría haber convencido a alguien más de que la llevara a cabo. Nadie quiere quedarse atrás en nuestra primera misión como garde unificada.

—Sabes que no es por eso, Sam.

—Sí, sí —contesta con poco entusiasmo.

—Vamos, solo era un juego. Olvídalo —contesto, golpeándole el brazo.

Suspira.

—Fui una maldita vergüenza allí fuera, amigo. Delante de Seis.

—Ohhh —contesto cuando entiendo—. Así que le disparaste a la chica que te gusta en la espalda. Tampoco es para tanto.

—Sí es para tanto —insiste Sam—. Me comporté como un tonto que no se puede proteger. O incluso peor, como alguien que hará que la gente que le importa salga herida.

No sé qué decirle a Sam. Nunca antes ha tenido novia. Intentar conquistar a Seis es como decidir empezar a escalar y escoger el Everest como primera montaña.

—Mira, ojalá tuviera algo útil que decirte, colega. Sabes, ¿honestamente?, Seis me confunde. Si de verdad te gusta, simplemente sé honesto con ella. Aprecia la honestidad. O, no sé, que seas directo. Brusco.

—La brusquedad me hace pensar en los hombres de las cavernas.

Le doy unas palmaditas en la espalda.

—Sé directo, ya sabes, no la aporrees ni nada de eso. No sobrevivirás a eso.

Estoy bromeando, pero el ceño de Sam solo se hace más profundo.

—¿Qué posibilidades tengo siquiera, John? Probablemente empezará a salir con Nueve dentro de nada. Al menos, él sabe luchar.

—¿¡Nueve?! —Eso me hace reír. Vuelvo a darle una palmadita—. Vamos, hombre. Y Seis no puede soportar a Nueve.

—¿De verdad? —Sam me mira. Su sonrisa es más relajada ahora, aunque todavía un poco avergonzada—. Siento molestarte con todo esto —dice—. Supongo que necesitaba una inyección de confianza, o algo así.

Estamos delante de mi puerta ahora. Pongo las manos en los hombros de Sam, y lo miro a los ojos.

—Sam, inténtalo. ¿Qué puedes perder?

Dejo a Sam en el pasillo para que piense en su próximo movimiento. Espero que las cosas le funcionen. De alguna manera, creo que él y Seis serían una buena pareja, pero no quiero seguir más tiempo haciendo de casamentero. Tengo cosas más importantes de las que preocuparme, sin mencionar pensar en mi propia novia.

Sarah está esperándome en el cuarto, secándose el pelo con una toalla. Me da una mirada de complicidad después de que haya cerrado la puerta; su cara se ilumina con una sonrisa juguetona.

—Ese ha sido un buen consejo —me felicita.

Miro por encima del hombro hacia el pasillo, preguntándome cuánto escuchó de mi conversación con Sam.

—¿De verdad?

Asiente.

—Sam, todo un adulto. A Emily se le rompería el corazón.

Necesito un momento para recordar a la amiga de Sarah de Paraíso, la chica que le gustaba a Sam cuando dimos el paseo en Halloween. Parece haber sido hace mucho tiempo.

—Espero no haberlo enviado a que le rompan el corazón. ¿De verdad crees que tiene una oportunidad con Seis?

—Tal vez —contesta Sarah, acercándose a mí—. Debajo de ese duro exterior, sigue siendo una chica. Sam es lindo y divertido, y obviamente se preocupa por ella. ¿Por qué no le iba a gustar?

Me echa los brazos al cuello y la acerco.

—Quizá deberías darle algún consejo sobre cómo encantar a los lorienses. Eres bastante buena en eso.

—¿Sí? —contesta, moviendo las cejas. Me da un beso prolongado, con los dedos enredados en mi pelo. En ese momento, me olvido por completo de Sam y todos los graves problemas a los que nos enfrentamos. Es increíble; ojalá pudiera vivir en este beso. Sarah se aleja lentamente y me mira, sonriendo—. Eso es por dispararte.

—Si eso es lo que obtengo, puedes dispararme en cualquier momento.

—Entonces, ¿qué toca mañana? —pregunta Sarah, marcando mis tareas habituales con los dedos—. ¿Más planificación? ¿Dibujar mapas? ¿Salvar el mundo?

Niego con la cabeza.

—Estaba pensando que podríamos salir de aquí.

Sarah y yo terminamos caminando hacia el zoológico del parque Lincoln. He pasado mucho tiempo en la azotea del John Hancock Center, así que no es como si hubiera estado enjaulado desde que volvimos a Chicago. Sin embargo, es diferente experimentar la ciudad aquí abajo, con la gente. Incluso con todo el humo de los coches y el olor a basura que hay en las grandes ciudades, el aire parece más fresco. Quizá es solo que me siento libre, más vivo aquí abajo que cuando estoy arriba, en la azotea con mis problemas. Con la mano de Sarah en el hueco del codo, puedo imaginar que solo somos una pareja normal en una cita.

Eso no significa que no vaya con cuidado. Llevo puesto el brazalete debajo de una chaqueta fina, solo por si detecta alguna señal de peligro.

Nos detenemos delante del recinto del león, pero no vemos nada, excepto el peludo trasero dorado de un león, que dormita detrás de un neumático mordisqueado.

—Eso es lo malo de los zoológicos —se lamenta Sarah—. Los animales se vuelven perezosos y dormilones, a veces ni siquiera puedes verlos.

—Eso no debería ser un problema para nosotros —replico. Hablo al león por telepatía, y lo persuado con suavidad para que despierte. Se levanta, sacude la melena y después pasea hacia nosotros. Se queda mirándonos junto al abrevadero, y parpadea curioso con sus ojos negros.

Le pido que ruja y suelta un enorme rugido que hace que algunos niños pequeños huyan chillando y riendo.

—Buen chico —susurro. Sarah me aprieta el brazo.

—Eres el típico Dr. Doolittle —me dice—. Si alguna vez tienes que esconderte de nuevo, el circo sería perfecto.

Uso la telepatía animal en unas cuantas jaulas más. Animo a una foca de aspecto aburrido a que inicie un espectáculo improvisado con una pelota de playa. Les pido a los monos que suban y pongan las manos en el cristal para que Sarah pueda chocar los cinco con ellos. Es una buena práctica para un legado que normalmente uso solo para comunicarme con BK.

El zoológico empieza a cerrar más o menos a la puesta de sol. Mientras vagamos hacia la salida, Sarah apoya la cabeza en mi hombro y suspira. Sé que tiene algo en mente.

—Necesito más días como este contigo —musita.

—Lo sé, yo también lo quiero. Cuando hayamos derrotado a los mogadorianos, te prometo que tendremos todo el tiempo del mundo.

Sarah pone una expresión distante, casi como si estuviera imaginando ese futuro y no le emocionara necesariamente.

—Pero, ¿qué pasará después? Vuelves a Lorien, ¿no?

—Con suerte. Todavía tenemos que encontrar una manera de volver. Y tenemos que mantener las esperanzas en que Malcolm tenga razón sobre esas cosas Fénix de nuestros cofres, que tengamos suficientes y que sean capaces de restaurar nuestro planeta.

—¿Y quieres que vaya contigo?

—Por supuesto —contesto enseguida—. No quiero ir a ningún sitio sin ti.

Sarah me sonrío con un poco de tristeza que no me esperaba.

—Qué dulce, John, pero no estoy hablando de esto como en nuestro juego de carretera con Seis. Me refiero a la realidad. ¿Volveremos alguna vez? —pregunta Sarah—. ¿A la Tierra?

—Sí, por supuesto —contesto, porque sé que es eso lo que debo decir en esta situación, aunque en realidad no estoy seguro de si es cierto. Me miro los pies—. Estoy seguro de que volveremos.

—¿Hablas en serio? Años en nave espacial, John. No me malinterpretes, una parte de mí de verdad quiere ir. No todas las chicas tienen un novio que les ofrezca llevarlas a otra galaxia. Pero tengo una familia aquí, John. Sé que no están al mismo nivel con restaurar un planeta entero a su gloria anterior, pero son muy importantes para mí.

Frunzo el ceño ahora, mi buen humor se transforma en otra cosa. Es un sentimiento triste; un sentimiento de pérdida.

—No quiero alejarte de tu familia, Sarah. Volver a Lorien, se supone que es algo bueno, algo triunfante. —Dudo, intentando encontrar las palabras para decir lo que siento—. Siempre he pensado en ello como lo que ocurre al final, ¿sabes? Que después de toda la lucha, volveríamos allí y encontraríamos una forma de empezar de nuevo. Parece nuestro destino, pero, a la vez, nunca me ha parecido posible en realidad, si eso tiene sentido. Nunca me he parado a pensar en los detalles. Supongo que debería hacerlo.

Dejamos de andar y Sarah me toca la cara.

—No quiero alejarte de tu destino. Por favor, no pienses que eso es lo que intento hacer.

—No, por supuesto que no. Pero no quiero volver a Lorien sin ti.

—No estoy segura de si querría quedarme en la Tierra sin ti —contesta.

—¿Dónde nos deja eso entonces?

—No sé lo que depara el futuro —replica Sarah—, pero te amo, John. Por ahora, eso es todo lo que importa. Ya nos encargaremos del resto cuando llegemos allí.

—Yo también te amo —contesto, la acerco y la beso.

Justo entonces, el brazalete me empieza a hormigear.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Traducido por Shiio

—¿Qué pasa? —pregunta Sarah cuando me alejo de ella de repente.
—Mi brazalete me está avisando. Algo pasa —contesto dando vueltas, intentando fijarme en todo lo que hay a nuestro alrededor—. Algo malo.

—De verdad no puede seguir pasando —dice Sarah con incredulidad, refiriéndose a la última emergencia nocturna de BK.

—No, esta vez es distinto. Peor.

Toco instintivamente mi brazalete mientras sigue hormigueándome el brazo. Estamos en una calle bastante concurrida en el centro de Chicago. Escaneo las caras a nuestro alrededor: gente que vuelve a casa desde el trabajo, parejas que salen a cenar; todos ellos humanos. No se ve ninguna cara pálida con inclinaciones hacia la ropa oscura. Aun así, el brazalete nunca antes se ha equivocado. Hay peligro cerca.

—Deberíamos volver a casa —dice Sarah—. Para avisarles a los demás.

Sacudo la cabeza.

—No. Si nos están siguiendo y no los perdemos, podríamos acabar llevándolos hacia los demás.

—Mierda, tienes razón. Entonces, ¿qué hacemos?

—Tenemos que encontrarlos. —Tomo a Sarah de la mano y comienzo a caminar por el bloque.

La sensación de que me están pinchando con alfileres y agujas en la muñeca empieza a desvanecerse, lo que significa que el peligro está en la dirección opuesta. Giro la cabeza y escudriño la calle frente a mí, pero no veo nada raro o fuera de lo normal.

—John... —Me advierte Sarah, y me envuelve la mano entre las suyas. Está intentando esconder el repentino brillo que despide mi piel. Mi lumen se ha disparado, ambas manos están encendidas, preparadas para la pelea. Respiro hondo y me calmo para que mis manos vuelvan a la normalidad. Por suerte, nadie parece darse cuenta de nada.

—Por aquí —digo, y guío a Sarah por un callejón oscuro. El brazalete prácticamente está gritándome, y mi brazo entero está entumecido por los pinchazos. Me pego a las paredes y asomo la cabeza por la esquina del muro.

Son tres. Exploradores mogadorianos, a juzgar por su aspecto. No se esfuerzan demasiado por hacerse pasar por humanos; llevan afeitadas las cabezas pálidas

LA CAÍDA DE CINCO

(aunque sin tatuajes), y van vestidos con largas gabardinas oscuras que, sencillamente, aterrarían a cualquiera. Lo que sea que estén haciendo aquí, está bastante claro que no creen que los vayan a descubrir. Dos de ellos vigilan, mientras el tercero pasa las manos por debajo de un contenedor de basura. Coge algo bajo el metal, un tipo de sobre.

—Son tres —susurro a Sarah. Está a mi lado, con la espalda pegada a la pared—. Deben de ser los de los criados en tanques de los que hablaba Malcolm. Pálidos y feos, como siempre.

—¿Qué están haciendo aquí?

—Ni idea —contesto—. Pero son blancos fáciles.

—No traje una pistola a la cita —me responde—. Tendría que haberlo sabido.

—No, está bien —le digo—. No nos han descubierto.

Sarah baja la mirada a mis manos.

—No podemos dejarlos que hagan lo que sea que estén haciendo, ¿no?

—Demonios, no —contesto, y noto que tengo las manos cerradas en puños. Por una vez, tengo las de ganar; quiero saber qué están haciendo. Se acabó el huir asustado—. Si las cosas se ponen feas, corre a pedir ayuda.

—Las cosas no se van a poner feas —dice Sarah con firmeza y confianza en mí—. Haz a cenizas a esos idiotas.

Salgo al callejón y voy hasta los mogs. Sus ojos hundidos se clavan en mí al unísono. Por un momento, una vieja sensación familiar me recorre, esa urgencia por huir. La desecho sin miramientos: esta vez, elijo pelear en lugar de huir.

—¿Se perdieron, chicos? —pregunto, acercándome más.

—Lárgate, niño —me sisea uno de ellos, y exhibe una hilera de afilados dienteillos. El mogadoriano que está a su lado se abre el abrigo y me muestra un cañón metido en el pantalón.

Están intentando asustarme, como si fuese un simple humano tomando un atajo poco aconsejable a casa. No me reconocen por lo que soy. Lo que quiere decir que, sea lo que sea que están haciendo aquí, no tiene que ver con atraparme.

—Está empezando a hacer frío —comento, deteniéndome a unos nueve metros de ellos—. ¿Están cálidos?

Sin esperar respuesta, enciendo el lumen. Una bola de fuego cobra vida en la palma de mi mano, y se la arrojo al mog más cercano. Ni siquiera tiene oportunidad de reaccionar antes de que le dé en la cara, lo haga arder como una bengala y quede reducido a un montoncito de cenizas.

El segundo mog trata al menos de coger su cañón, pero es lo último que hace. Lo golpeo con una bola de fuego justo en el pecho. Deja escapar un aullido y sigue a su compañero hecho polvo en el suelo sucio del callejón.

No mato al último mogadoriano con mi lumen. Es el que tiene el sobre, y no quiero arriesgarme a incinerarlo. Quiero saber qué hacen los mogs, qué misión secreta los ha llevado a merodear por Chicago. Me mira, casi como si esperase que lo despachara tan fácilmente como a los otros. Cuando se da cuenta de que estoy dudando, huye callejón abajo.

Un mogadoriano huyendo de mí. Ahora, las tornas se han girado.

Cojo el contenedor con mi telequinesis y se lo tiro al mog antes de que llegue demasiado lejos. El metal chirría al rasparse con la pared del callejón, golpea al mog y lo inmoviliza contra la pared; le crujen los huesos.

—Dime qué hacían aquí y lo haré rápido —le digo, caminando hacia él. Para demostrarlo, presiono el contenedor con telequinesis y lo aplasto más contra su cuerpo destrozado. Un chorro de sangre oscura se escurre por la barbilla del mog. Su grito de frustración y dolor me hace dudar. Nunca antes había hecho algo como esto. Siempre he matado mogs de forma rápida y en defensa propia. Espero no estar yendo demasiado lejos.

—Van... Van a morir todos —escupe el mog.

Estoy perdiendo el tiempo, y no es probable que vaya a aprender nada importante de un explorador de bajo nivel. Empujo una última vez el contenedor con mi telequinesis, y acabo al mog. Después, quito el contenedor de la pared y cojo el sobre del montoncito de ceniza mogadoriana. Le doy vueltas entre las manos. Está lleno de papeles.

—¿Qué es? —pregunta Sarah, acercándose con cautela desde la boca del callejón.

Enciendo una de mis manos para poder ver los papeles en la oscuridad: estoy sujetando tres páginas con una letra rígida, que parece ser un cruce entre jeroglíficos y chino.

Escrito en mogadoriano, por supuesto. Sería demasiado pedir haber encontrado a los mogs enviándose órdenes secretas en inglés. Sostengo en alto los papeles para que los pueda ver Sarah.

—¿Conoces a algún traductor bueno de mogadoriano? —pregunto.

De vuelta al ático, reúno a todo el mundo en el comedor para contar mi encuentro con los mogs. Nueve me da unas cuantas palmaditas en la espalda cuando llego a la parte de la matanza de los tres mogadorianos.

—Deberías haber traído a ese último aquí —dice—. Podríamos haberlo torturado hasta sacarle algo, como hicieron ellos con nosotros.

Sacudo la cabeza. Miro a Sam, que ha empezado a frotarse a escondidas las muñecas llenas de cicatrices.

—No somos así —replico—. Somos mejores que eso.

—Es una guerra, Johnny —contesta Nueve.

—¿Qué quiere decir esto? —pregunta Marina—. ¿Saben dónde estamos?

—Lo dudo —contesto—. Si hubieran venido por nosotros, habrían enviado más de tres. Ni siquiera me reconocieron cuando me acerqué.

—Sí, y eres un famoso asesino de mogs —dice Ocho—. Qué raro.

—Si vinieran por nosotros, ya habrían llegado —añade Seis—. No son conocidos precisamente por su sutileza. Necesitamos saber qué dice en estos papeles. Podría ser algún plan de invasión.

—Como en mi sueño —musita Eli.

Los papeles en cuestión están circulando por la mesa para que todos echen un vistazo a los símbolos sin sentido de las páginas.

Malcolm coge los papeles con el ceño fruncido.

—Pasé tiempo prisionero, pero nunca aprendí su idioma.

—Estoy bastante seguro de que hay algún programa traductor en el ordenador de Sandor —ofrece Nueve.

—Dudo que el mogadoriano vaya incluido

Malcolm se masa la barba, todavía mirando los papeles.

—Hay patrones, como en todos los idiomas. Podemos descifrarlo. Si me enseñas ese programa, puede que consiga usarlo.

Todos los que están sentados a la mesa parecen nerviosos. Es la primera pista de los mogadorianos que tenemos desde que los combatimos en Arkansas.

—Esto no cambia nada —digo—. Sea lo que sea que esté escrito en estos documentos, estoy seguro de que es algo que los mogadorianos no quieren que sepamos. Es algo que podemos usar como ventaja. Pero, hasta que lo sepamos seguro, seguimos con el plan que teníamos. Descansen un poco: nos vamos a Florida por la mañana.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Traducido por Lauraef

Miro por encima de los hombros de papá mientras escanea los documentos mogadorianos al ordenador de Sandor. Cuando termina de escanear los documentos, carga algún tipo de software de traducción junto con un programa hacker que en teoría será capaz de atravesar los cortafuegos y mierdas como esa.

—¿Crees que podrás traducirlo? —pregunto.

—El primer paso era averiguar qué programa usar.

—¿Y lo hiciste? —Veo que papá tiene iTunes abierto y minimizado. Doy un golpecito en la pantalla—. ¿Ibas a escuchar música?

—Yo... no existía iTunes cuando fui secuestrado. Pensé que podría... —Papá se encoge de hombros, con auto-desprecio—. Admito que voy a ensayo y error, ¿okay?

—Ahora, ¿qué?

—Me acerco desde cada ángulo. Todos los idiomas, incluso los extraterrestres, tienen cosas en común. Es solo cuestión de aislar una y usarla para decodificar el resto del escrito—. Me mira por encima del hombro— Esto es aburrido, Sam. No tienes que hacerme compañía.

—No, es genial —digo—. Quiero hacerlo.

—¿De verdad? —pregunta, echándome una mirada—. Creía que tenías otros planes.

Observador, como siempre. Llevo puesta mi mejor ropa, considerando que solo tengo tres opciones. Solo es un suéter gris aburrido y mis vaqueros menos sucios. He estado mentalizándome para hacer lo que dijo John: intentar tener una conversación con Seis sobre mis sentimientos, carpe diem y todo eso. Esta última crisis, incluso si solo incluye papeleo, es una excusa bastante buena para posponerlo.

—Pueden esperar —replico sin convicción, observando la pantalla del ordenador mientras varias muestras de lenguajes pasan por ella.

—Hmm. —Papá sonrío gentilmente y vuelve a mirar la pantalla—. Sabes, se van a Florida mañana. Después de eso, sin duda habrá otra misión. Y quién sabe la información que puede que averigüemos de estos documentos. Están pasando muchas cosas.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Puede que pase un tiempo antes de que tengamos una noche tranquila como ésta.
—dice—. No lo pospongas, Sam.

Encuentro a Seis en la azota del ático, que aparentemente es el punto preferido de los garde que quieren estar solos. Es de noche, y el viento es más fuerte de lo normal aquí arriba, probablemente porque Seis está jugando con el clima. Tiene las dos manos levantadas y cuando las mueve, el cielo responde; me recuerda a la clase de arte, la manera en que la pintura se arremolinaba cuando mezclábamos las acuarelas. Seis está haciendo eso con las nubes. Si hay meteorólogos mirando el cielo esta noche, seguramente se están volviendo locos.

No digo nada al principio, no quiero interrumpir. Me quedo de pie al lado de Seis y la miro, el pelo negro le da en la cara a causa del viento y las luces rojas parpadeantes que rodean el tejado la iluminan. Una sonrisita juega en las comisuras de su boca. Si no la conociera mejor, diría que Seis está contenta.

Lentamente, casi como si se arrepintiera de parar, Seis baja las manos y me mira. El viento para inmediatamente, las nubes vuelven a su curso perezoso por el cielo nocturno. Siento como si estuviera interrumpiendo algo.

—Oye, no tenías que parar.

—Está bien. ¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Tu papá ya descifró los documentos?

—Hm, no, no todavía. Solo quería hablar contigo.

—Oh —contesta Seis, y mira de nuevo al cielo—. Claro.

—No es nada importante —me apresuro a decir, sintiéndome estúpido—. Puedes volver a practicar o lo que quieras. Te dejaré sola.

—No, quédate —dice de repente—. Es difícil estar encerrada en el ático todo el tiempo. Desde que desarrollé este legado, me he sentido conectada al clima. Me gusta seguir en contacto, si eso tiene sentido.

—Sí, totalmente —contesto, como si algo de estar conectado al tiempo—. Lo hiciste muy bien hoy en el entrenamiento. Lo siento por haberla cagado.

—Vamos, Sam —dice, rodando los ojos—. Ya es suficiente de disculpas. ¿De verdad viniste aquí arriba para hablar de eso?

—No —contesto, suspirando. A la mierda. Decido seguir el consejo de John e intentarlo—. Me preguntaba si te gustaría... eh, no sé... ¿pasar el rato conmigo alguna vez?

Bueno, quizá no es mi mejor intento de pedirle una cita a alguien. Seis arquea una ceja alegremente.

—¿Pasar el rato? Prácticamente vivimos uno encima del otro ahí dentro. Pasamos el rato todo el tiempo.

—Quiero decir, pasar el rato nosotros solos.

—¿No estamos haciendo eso justo ahora?

—Sí, quiero decir, eh... —tartamudeo, después me doy cuenta de la sonrisa malvada de Seis—. ¿Estás jugando conmigo?

—Un poquito —contesta, cruzando los brazos—. Así que, ¿me estás pidiendo una cita? ¿Es eso?

—Sí, y lo estoy haciendo genial.

—No lo estás haciendo tan mal —dice amablemente, acercándose un poco—, pero estamos en guerra aquí, Sam. No hay mucho tiempo para pasar el rato. Lo sabes.

—Hm, hoy Sarah y John fueron al zoológico.

—Pero yo no quiero tener contigo algo como lo de John y Sarah —dice Seis, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—Oh. —Me encojo como si me hubiera golpeado—. Solo pensé...cuando fuiste a España, John me contó lo que sentías por mí, y cuando volviste a Arkansas, la manera en la que nos abrazamos... eh, mierda, soy un idiota. Debería haber sabido que no estarías interesada en alguien como yo.

—Oye, para —dice Seis, cogiéndome la mano ante de que eche a correr hacia la puerta—. Lo siento, Sam, no quería decir eso. Sí me gustas.

—Solo que no te gusto de esa manera —digo, completando el resto de la típica frase.

—No he dicho eso. Sí me gustas de esa manera. Bueno, quizá. —Seis levanta las manos—. ¡No lo sé! Mira, es solo que John y Sarah creen que estar juntos hace las cosas más fáciles para ellos, pero no es así. Solo provoca problemas.

—A mí me parecen felices —contesto.

—Claro, ahora —contradice Seis—. Pero, ¿y cuando pase algo? Sabes, John es un buen líder y todo eso, pero no es realista. ¿Crees que vamos a luchar contra un ejército completo de mogadorianos sin ninguna pérdida?

—Diablos, eso es pesimista.

—Es la verdad. Todo se va a ir a la mierda con el tiempo, Sam. —Levanta la mano y me quita un hilo suelo del suéter—. Desearía que te mantuvieras alejado de nosotros, que fueras a algún sitio seguro. Cuando todo acabe, quizás las cosas puedan ser diferentes...

Me río, incrédulo.

—Agh, ¿en serio? Eso es, como, el tipo de mierda que Spiderman le dice a Mary Jane cuando está intentando romper con ella. ¿Sabes lo embarazoso que es que me hables como si fuera la novia del superhéroe?

Seis ríe también, negando con la cabeza.

—Lo siento. No lo quería decir de esa manera. Me acabo de dar cuenta de lo hipócrita que soy, porque esto es todo lo contrario al consejo que le di a John sobre Sarah.

—Puede que tengas razón y las cosas se pongan feas —digo—. Pero eso no significa que tengas que aislarte. ¿Hablar de guerra todo el tiempo? Eso no puede ser bueno. Quizá deberías pasar noventa y cinco por ciento del tiempo como Seis y, eh, cinco por ciento conmigo, como Maren.

No había planeado el discursito; se me salió el antiguo nombre humano de Seis. Abre un poco la boca, pero no dice nada al principio, el nombre la coge con la guardia baja.

—Maren —susurra—. No estoy segura de recordar cómo ser ella.

Hay algo en cómo me mira ahora, casi como si dejara que la precaución se la lleve el viento. No es la expresión temeraria que me esperaría de Seis, sino algo más vulnerable, como si hubiera decidido bajar un poco la guardia. No le suelto la mano.

—Prométeme que no vas a morir —dice, bruscamente.

En este momento, le prometería cualquier cosa.

—Lo prometo.

Me aprieta la mano y entrelazamos los dedos. Se acerca. El viento se levanta de nuevo, le aparto unos mechos de la cara y dejo la mano ahí, junto a su mejilla.

Y entonces, Ocho se teletransporta al tejado.

Seis pega un salto y se aleja de mí como si la hubieran escaldado. Podría estrangular a Ocho ahora mismo, sin sentir ningún remordimiento. Espero que Ocho haga alguna broma, pero está serio.

—¡Chicos, los necesitamos abajo!

—¿Qué pasa? —pregunta Seis, acercándose a Ocho—. ¿Mogs?

Ocho niega con la cabeza.

—Es Eli.

Supongo que papá se equivocó al decir que iba a ser una noche tranquila.

Ocho nos coge de la mano y de inmediato me siento desorientado cuando el mundo se despega de un tirón de mis pies. Parpadeo y, de repente, estamos de pie en la habitación que comparten Marina y Eli.

Eli está tumbada en la cama, totalmente destapada, rígida como una tabla. Tiene los ojos cerrados con fuerza. Quizá lo más terrorífico es el chorrito de sangre que le corre por la comisura de la boca. Se está mordiendo el labio, lo suficientemente fuerte como para hacerse sangre.

Marina se arrodilla junto a su cama, y le da unos toquitos en la boca con un pañuelo. Susurra el nombre de Eli una y otra vez, intentando despertarla. Eli no se mueve, excepto para abrir y cerrar los puños en las sábanas.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —pregunta papá.

—No lo sé —dice Marina, presa del pánico—. Se fue a la cama antes que yo, dijo que estaba cansada del entrenamiento. La encontré así y no se despierta.

Miro alrededor, inseguro de qué debería hacer. Todos parecemos compartir ese sentimiento. Todos estamos abarrotamos la habitación o de pie junto a la puerta; todos compartimos la misma mirada de incertidumbre.

—¿Había pasado antes? —le pregunto a Marina.

—Estuviste aquí para el peor, cuando estaba gritando —contesta—. Siempre se ha despertado antes.

—No me gusta esto —gruñe Nueve desde la puerta. Bernie Kosar parece estar de acuerdo; está al pie de la cama, olisqueando el aire como un perro guardián buscando un mal olor.

—Está sudando mucho —dice Marina.

—¿Algún tipo de fiebre? —pregunta John.

—Nunca ha sido así en mis visiones —comenta Ocho—. ¿Y ustedes?

John y Nueve niegan con la cabeza.

Marina coge una toalla del cajón de la mesita y le da toquitos en la frente a Eli. Le tiemblan tanto las manos, que Sarah le quita la toalla.

—Déjame hacerlo a mí —dice.

Ocho pone el brazo alrededor de Marina cuando se aleja de la cama, y le frota la espalda. Marina se apoya en él, agradecida.

—¿Deberíamos intentar curarla? —pregunta Seis—. ¿O usar alguna de las piedras sanadoras?

—No hay nada que curar —contesta John—. No que podamos ver, al menos. Y usar la piedra... nadie sabe lo que puede ocurrir, puede que doble el dolor y todo.

—¿Han intentado abrirle los ojos? —sugiere Cinco. Todo el mundo lo mira extrañado, como si fuera una propuesta desalmada, pero en realidad no parece mucho peor que dejar a Eli sufriendo cualquiera sea la pesadilla que esté teniendo—. ¿Qué? ¿Tienen alguna idea mejor?

Mi papá despega uno de los párpados de Eli con amabilidad. Tiene el ojo totalmente vuelto, solo podemos ver lo blanco. Recuerdo la vez cuando Mark James me bajó de la cuerda en clase de gimnasia y me tuvieron que hacer un test para ver si tenía una concusión. Me iluminaron el ojo con una linterna.

—John, ¿podrías usar tu lumen? —sugiero—. Es brillante, podría despertarla.

John se acerca a Eli, enciende la mano como una linterna y le ilumina los ojos. Por un momento, deja de retorcerse y parece relajarse.

—Algo está pasando —murmuro.

—Eli, despierta —le pide Marina.

La mano de Eli sale disparada hacia arriba y agarra la muñeca de John con una fuerza que lo sobresalta. Me recuerda a una de esas películas de miedo, cuando la niñita está poseída por un demonio. Su mano brilla con un rojo donde toca la piel de John.

—¿Qué está haciendo? —jadea Sarah.

Durante un segundo, John parece confuso. Empieza a decir algo, pero pone los ojos en blanco y su cuerpo empieza a contorsionarse, como si sufriera calambres en todos los músculos a la vez, después, como si toda la tensión lo hubiera abandonado, colapsa como una marioneta con las cuerdas cortadas, directo al suelo junto a la cama de Eli.

—¡John! —grita Sarah.

La mano de Eli sigue sujetando con fuerza la muñeca de John. Nueve entra corriendo a la habitación:

—¡Sepárenla de él!

Marina bloquea el camino de Nueve.

—¡Esperen! ¡No la toquen!

Sin hacerle caso, Sarah se arrodilla y quita la mano de Eli de la muñeca de John. Él no se mueve, no vuelve en sí, ni siquiera cuando Sarah le da la vuelta y lo sacude. Lo que sea que el toque de Eli le haya hecho a John, parece no tener el mismo efecto en humanos, porque a Sarah no le pasa nada.

Seis se adelanta para mirar de más de cerca y veo que la mano de Eli se dirige hacia ella, abriendo y cerrando los dedos.

—Ten cuidado —la advierto, y tiro de Seis por la parte de atrás de la camiseta. El resto de la garde nota la mano de Eli, y todo el mundo da un paso atrás para alejarse de la cama por precaución. El aspecto de Eli es exactamente el mismo que antes, parece atrapada en una pesadilla. Pero ahora, John se le ha unido.

—¿Qué demonios está pasado? —pregunta Nueve.

—Le hizo algo —dice Cinco.

Sarah acuna la cabeza de John en su regazo, y le acaricia el pelo. Cerca, papá levanta con suavidad las manos de Eli y las mete bajo el cobertor. Miro a la garde. Están acostumbrados a huir, a amenazas físicas contra las que pueden luchar y pueden destruir. Pero, ¿cómo se supone que escapan, o vencen, algo que los ataca desde dentro?

CAPÍTULO TREINTA

Traducido por dayana2703

Corregido por Pamee

Nadie puede conciliar el sueño esa noche. Bueno, a excepción de los dos que no podían despertar, y no creo que haya alguien dispuesto a dormir ese sueño.

Mi papá y yo dejamos a John en la cama contigua a la de Eli, y los dos se retuercen de vez en cuando. Sarah se niega a dejar la habitación; sostiene la mano de John y la acaricia cariñosamente, intentando persuadirlo para que se despierte. Bernie Kosar también se niega a salir; descansa enroscado al pie de la cama, gimotea ocasionalmente y acaricia los pies de John y Eli.

Asomo la cabeza al interior de la habitación unas horas después del colapso de John. Sarah tiene la cabeza agachada, apoyada en el reverso de la mano de John. No estoy seguro de si está dormida o no, y no quiero molestarla. No ha cambiado nada con John y Eli. Sus músculos faciales se mueven ligeramente y sus cuerpos se sacuden ocasionalmente, como si se hubieran tropezado en sueños y lucharan por recuperar el equilibrio. He tenido de esos sueños, esos donde tropiezas o caes de una bicicleta, pero siempre despertaba antes de golpear el suelo. Ese no parece ser el caso de John y Eli.

Miro a John con más atención. Solo han pasado unas horas, pero su piel ya tiene una palidez similar a la de Eli, y bajo los ojos ya se le están formando círculos oscuros. Es casi como si lo estuvieran drenando. Ahora que lo pienso, Eli parecía bastante agotada antes del entrenamiento de esta mañana. Me preocupa que haya algún aspecto físico en las pesadillas, que estén debilitando a John y Eli, o peor.

—¿Sarah? —susurro, y entonces me doy cuenta de que no tiene sentido que hable en voz baja; después de todo, queremos despertarlos. Debería golpear ollas y cacerolas—. Todos se están reuniendo en la sala.

Sarah gira y sacude la cabeza.

—Estaré aquí —dice en voz baja—. No quiero dejarlos.

Asiento y dejo el asunto. Salgo de la habitación y me dirijo al taller, donde papá ha pasado el resto de la noche encorvado sobre una computadora. Al entrar, veo idiomas de muestra en la pantalla, pero no parece cerca de descifrar esos documentos mogadorianos.

—¿Algo? —pregunto.

—No aún —responde, girando para enfrentarme. Tiene que parpadear un par de veces, porque tiene los ojos dilatados por mirar fijamente la pantalla—. Creé un auto-decodificador para no tener que estar sentado aquí monitoreando el progreso. Es muy, eh, a la vieja escuela. Estoy un poco atrasado en cuanto a software, pero lo lograré tarde o temprano. Solo espero que sea lo suficientemente rápido.

Miro las hojas mogadorianas escaneadas.

—¿Crees algo de esto esté relacionado con las pesadillas?

—No lo sé. La sincronización claramente parece conveniente.

—Sí. —Noto que el teléfono celular de papá está sobre el escritorio. Le doy un golpecito—. ¿Intentaste llamar a Adam otra vez?

No lo creí posible, pero el rostro de papá decae aún más.

—Sí. Sin progresos.

Le doy un palmadita en el hombro.

—Vamos, los otros se están reuniendo y nos quieren allá.

El resto de los garde están esperando en la sala del ático. Ya están discutiendo las pesadillas; básicamente, es lo único que hemos hecho en las últimas dos horas sin cambios.

—Eli me lo hizo antes —está diciendo Marina, con voz silenciosa—. Me introdujo al sueño. Debí advertirle, debí advertirles a todos. Pero, la estaba tocando antes, cuando intenté despertarla por primera vez, y no sucedió nada. Tenía tanto miedo...

Sentado a su lado en el sofá, Ocho abraza a Marina con un brazo; ella se apoya en él cuando le dice:

—Está bien. No sabías que sucedería esto.

Nueve pasea de un lado a otro por la habitación, una mejoría; antes paseaba por el techo. Probablemente seguiría gastando el espacio alrededor de la araña si Seis no le hubiera espetado que dejara de molestar. Por una vez, Nueve no se molestó en replicar, y solo reanudó su paseo en un lugar menos molesto. Me mira con esperanza cuando vuelvo a entrar.

—¿Y bien? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Ningún cambio. Todavía no se han despertado.

Cinco se golpea la pierna con la mano, en señal de frustración

—Esto es una mierda. Me siento inútil sentado aquí.

Seis tenía la frente arrugada por la consternación cuando entré, pero levanta la mirada cuando habla Cinco. Asiente lentamente mientras lo considera.

—Deberíamos hablar de eso.

LA CAÍDA DE CINCO

—¿De qué? —pregunta Marina.

—De seguir con la misión. El cofre de Cinco no se va a recuperar solo.

Nueve detiene su caminar y considera lo que acaba de decir Seis. Marina parece horrorizada ante la idea de ir a una misión.

—¿Quieres ir ahora? —pregunta Marina—. ¿Te volviste loca?

—Seis tiene razón —interviene Cinco—. No haremos ningún bien si nos quedamos sentados aquí.

—Nuestros amigos en coma, ¿y quieren dejarlos? —sisea Marina.

—Lo haces sonar frío, pero solo intento ser práctica —se defiende Seis. Suena similar a lo que me estaba diciendo en el techo, que está reacia iniciar una relación por ese momento en que las cosas se van a la mierda. Parece que ese momento ha llegado.

Es práctico, pero eso no significa que esté bien —murmuro. No quiero decirlo en voz alta, pero ha sido una noche muy larga y tengo muchas cosas en la mente.

Una sombra de dolor pasa por el rostro de Seis, pero desaparece en cuanto aleja la mirada de mí. Se vuelve a Nueve.

—¿Qué piensas?

—No lo sé —contesta Nueve—. No me gusta la idea de abandonar a John y a la mocosa.

—Si hasta Nueve rechaza una misión, entonces obviamente no es una buena idea —espeta Marina, desesperada—. ¿Qué sucedería si nos necesitan, Seis?

—No los abandonaremos —dice Cinco, con voz neutra—. Al menos, no lo abandonaremos más que ahora, que estamos discutiendo algo sin sentido. Los humanos se harán cargo de ellos, igual que ahora.

—Por supuesto —dice mi padre—. Haremos todo lo que podamos.

—Tenemos que averiguar por qué está ocurriendo esto —continúa Marina—. Si no podemos averiguar que está causando las pesadillas, entonces tenemos enfocarnos en qué hizo Eli para noquear a John.

—¿Se dieron cuenta de cómo le brillaba la mano cuando lo tocó? —pregunto—. Como si fuera un legado o algo así.

—¿Qué clase de legado hace eso? —pregunta Nueve, señalando hacia el dormitorio.

—John pensó que usó un legado nuevo para ahuyentar a Setrákus Ra en Nuevo México —dice Marina, pensando en eso—: Nunca tuvimos la oportunidad de probarlo.

—O podría ser que su telepatía se volvió loca. Tal vez se metió en la cabeza de John y perdió el control —sugiere Ocho—. Apenas está desarrollando sus legados. ¿Quién sabe qué puede ser capaz de hacer?

Vuelvo a pensar en nuestro tiempo en el Paraíso, recuerdo lo mucho que le costó John controlar su lumen las primeras semanas. Parece que la telepatía de Eli podría ser un legado aún más difícil de dominar. Veo a Cinco asintiendo lentamente, como si también estuviese recordando algo.

—Cuando desarrollé mi externa, tuve problemas para recuperar mi piel normal —dice Cinco—. Albert usó una especie de prisma de mi cofre y me ayudó a, no sé, a relajarme. Pude volver a mi piel normal.

Seis señala a Cinco.

—Eso es. Otro argumento a favor de ir a los Everglades, a buscar ese prisma.

Nueve asiente con la cabeza.

—No puedo creerlo, pero puede que tengas razón, Cinco.

Cinco levanta las manos.

—Bueno, espera, ni siquiera sé si funcionará en Eli. O cómo funciona.

—Sigo creyendo que no deberíamos dejarlos así —dice Marina.

—En realidad, creo que separarlos a todos de John y Eli es una buena idea —opina papá—. ¿Quién sabe si podría extenderse de alguna manera, sobre todo si está relacionado con su telepatía? No podemos darnos el lujo de tener a más de ustedes en estado catatónico.

—¿Cómo podemos luchar contra esto? —pregunta Nueve bruscamente, con el ceño fruncido; probablemente agotó todas las posibilidades para sacar una pesadilla a golpes—. Quiero decir, si Setrákus Ra nos puede meter en una especie de sueño comatoso, ¿cómo se supone que vamos a luchar contra eso?

—Ya nos ha invadido en sueños —contesta Ocho—. Nos despertamos, no hay problema.

—Es diferente esta vez —insiste Marina.

—La última vez, Johnny se despertó —dice Nueve—. Significa que esta mierda se hizo más fuerte.

—O tal vez la diferencia es Eli —propone Seis—. Tal vez Setrákus Ra se centró en ella porque sabía que iba a descontrolar sus poderes psíquicos.

Miro a Cinco.

—¿Y crees que el prisma de tu cofre puede ayudar?

Se encoge de hombros como respuesta.

—Ni siquiera estoy seguro de lo que hace exactamente, solo que ayudó mí. Ir a buscarlo parece más productivo que estar por aquí.

Nueve aplaude.

—Estoy con Cinco. Vámonos de aquí.

LA CAÍDA DE CINCO

Marina ha estado en silencio desde que argumentó inicialmente en contra de los Everglades. Ahora Seis la alcanza y le pone una mano en el brazo.

—¿Estás de acuerdo con esto? —pregunta.

Marina asiente lentamente.

—Si creen que esta es la mejor manera de ayudarlos, entonces estoy con ustedes.

Me dirijo al garaje para ver partir a la garde. Sarah no se movió del lado de John y papá volvió a comprobar el traductor mogadoriano. Sostengo una carpeta llena de documentos que John me hizo preparar con el computador de Sandor: licencias de conducir falsas para cada garde, papeles documentando un viaje de estudios falso y el itinerario de su vuelo directo desde Chicago a Orlando. Deberían poder viajar sin ser detectados.

Saco los documentos de John de la carpeta y me los guardo en un bolsillo.

—Supongo que no los necesitará —digo, y le entrego el resto a Seis. Me aferro al archivo un segundo más del necesario, y Seis termina quitándomelo de la mano.

—Lo siento. Solo estoy nervioso.

—Es la decisión correcta, Sam. Todo irá bien.

Nueve me da una palmada en el hombro y se va a elegir un coche para ir al aeropuerto. Cinco lo sigue, sin molestarse en decir un adiós. Para mi sorpresa, Marina me abraza.

—Cuida de ellos, ¿de acuerdo? —me pide.

—Por supuesto —le respondo, intentando sonar tranquilizador—. Van a estar bien. Solo apresúrense.

Ocho asiente hacia mí y luego él y Marina siguen a Nueve. Eso nos deja solos a Seis y a mí. Ella finge hojear con atención los documentos que le entregué, pero sé que solo se quedó atrás porque quiere decir algo.

—Todo está ahí —le digo.

—Lo sé. Solo comprobaba —responde, mirándome—. Deberíamos estar de vuelta mañana por la noche a más tardar.

—Ten cuidado —le digo.

—Gracias —dice, tocándome el brazo.

Se produce una pausa incómoda, ninguno de los dos está seguro de qué hacer. Desearía que hubiéramos tenido solo quince minutos más en la azotea. Siento que hubiera sido suficiente para averiguar lo que está pasando entre nosotros. Ahora, aquí estamos, de pie como una pareja que acaba de volver de una primera cita muy rara, sin saber qué está pensando el otro, ni si es el momento adecuado para hacer un

movimiento. Bueno, tal vez Seis sabe exactamente lo estoy pensando y no sabe qué hacer con esa información. Ciertamente no tengo ni idea de lo que está pasando por su mente. Siento que debo decir o hacer algo, pero entonces el momento pasa, su mano cae de mi brazo y se gira para formar parte de los otros. Lo que haya entre nosotros, tendrá que esperar.

El ático de Nueve parece incluso más grande ahora que está vacío. Deambulo por los pasillos desiertos y habitaciones de lujo, no muy seguro de qué hacer. Termino yendo a la habitación de Eli para ver cómo está, justo cuando Sarah está saliendo. Es la primera vez que ha estado lejos de John desde que decayó.

—Tu papá me está obligando a comer algo —explica malhumorada, con apariencia agotada por permanecer despierta durante toda la noche.

—Sí, no le gusta que la gente se muera de hambre —le respondo. Sarah me da una débil sonrisa y le pongo una mano en la espalda para guiarla a la cocina. Ella apoya la cabeza en mi hombro mientras caminamos.

—Discutimos tanto de que uno de los dos resultara herido. Es la pelea más frecuente de nuestra relación. —Se ríe amargamente—. Lo gracioso es que siempre pensé me sería yo, no John. Se supone que es intocable.

—Vaya, Sarah, actúas como si lo hubieran cortado a la mitad o algo así. Probablemente despertará en una hora y se enfurecerá porque fueron a la misión sin él. —Trato a sonar optimista. Sarah probablemente está demasiada cansada como para darse cuenta de la insegura en mi voz.

—Si lo hubieran cortado por la mitad, probablemente podría curarlo —dice—. Esto es otra cosa. Puedo ver el dolor en su rostro. Es como si lo estuvieran torturando frente a mí, y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Le sirvo un vaso de agua a Sarah y saco algunas sobras de comida china de la nevera. No me molesto en calentarlo. Comemos en silencio, arroz frito frío y costillas sin hueso de las cajas de cartón. Repito la frase «va a estar bien» una y otra vez en mi cabeza, como un mantra, hasta que estoy seguro de que puedo decirlo con convicción, aunque no estoy totalmente convencido de que sea verdad.

—Va a estar bien —le digo a Sarah con firmeza.

Cuando Sarah regresa a ver a John y Eli, trato de descansar un poco en la sala. Supongo que cuando has visto caer a tu mejor amigo a un estado de sueño eterno, la siesta puede ser un poco estresante. Aun así, mi cuerpo está cansado y es más fuerte que la ansiedad, por lo debo haber dormido durante al menos un par de horas.

Lo primero que hago al despertar es echarle un vistazo a John y Eli. Todavía no hay ningún cambio.

Deambulo hasta la Sala de Clases, pensando que algo de ejercicio me hará bien. Tal vez si escojo las armas más ruidosas en el arsenal de Nueve que utiliza en las prácticas de tiro, interrumpiré el sueño de John y Eli.

Me detengo en el taller de camino. Está vacío. Papá debe estar en su habitación descansando un poco. La tablet aún está conectada y veo que cinco puntos azules han llegado a Florida, y que actualmente se mueve lentamente por la punta sur. Eso es bueno, significa Seis y los demás no tuvieron ningún problema con sus nuevas identificaciones falsas en el aeropuerto y que no había ningún explorador mogadoriano esperando para atraparlos. Todo parece ir como John lo había previsto. Si solo estuviese despierto para verlo.

Noto que algo parpadea en la esquina de una de las pantallas de computadores. Es el programa traductor que instaló papá. Debe haber estado en piloto automático todo este tiempo. Al restaurar la ventana, aparece un cuadro de diálogo:

TRADUCCIÓN COMPLETA ¿IMPRIMIR AHORA?

179

Trago saliva, no sé si me corresponde ser el primero en ver estas traducciones mogadorianas, pero hago clic en SÍ de todos modos. Una impresora debajo de la mesa silba y escupe el documento. Cojo la primera página antes de que haya terminado de imprimir el resto.

Algunas de las palabras están revueltas o mezcladas, lo que me deja claro que el programa de traducción no es cien por ciento exacto. Pero incluso con la ocasional palabra fuera de lugar, reconozco el documento de inmediato. Lo he visto antes.

Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración, que mis dedos aprietan el papel lo suficiente como para arrugarlo y doblarlo. Estoy congelado, la incredulidad y el miedo desconectaron mis funciones motoras.

En mis manos tengo una copia de las notas de la herencia de la garde que papá tomó. Escrita al final, está la dirección del John Hancock Center.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Traducido por likearocket

Corregido por Pamee

Salgo del taller y la puerta se cierra con fuerza. Me sudan palmas de las manos, casi como los documentos que llevo irradiaran calor. Mi mente se acelera. ¿Qué harían los mogadorianos con las copias de las notas de papá? ¿Cómo las consiguieron si quiera?

Pienso de nuevo en la cena de la primera noche, cuando papá expuso los detalles de su largo encarcelamiento mogadoriano. Recuerdo que algunos de los garde parecían sospechar, especialmente cuando papá habló sobre los experimentos que hacían los mogadorianos con su mente. Nueve incluso se atrevió a decir que podría tratarse de una trampa.

Pero eso no es posible. Es mi padre, podemos confiar en él.

Corro por el pasillo hasta la habitación de papá. Ni siquiera estoy seguro de lo que voy a hacer cuando lo encuentre. ¿Enfrentarme a él? ¿Decirle que necesitamos salir de aquí?

Su habitación está vacía. Miro alrededor, aunque ni siquiera sé qué estoy buscando. ¿Algún tipo de comunicador mogadoriano? ¿Un diccionario mogadoriano-inglés? Nada luce fuera de lo normal.

Tiene que haber una explicación racional para esto, ¿verdad?

¿Acaso no vi con mis propios ojos el tipo de juegos mentales de los que son capaces los mogadorianos? Vi a Adam usar un legado que aparentemente fue resultado de los recuerdos de una garde muerta. Incluso ahora, John y Eli estaban en coma gracias a algún asalto telepático perpetuado por Setrákus Ra. Los mogadorianos mantuvieron prisionero a papá y llevaron a cabo incontables experimentos con su mente.

¿Es tan impensable que los mogadorianos le hayan lavado el cerebro?

Papá ni siquiera habría sido consciente de que lo estaban controlando. Debieron haberle hecho algo a su cerebro y luego lo dejar escapar a propósito, sabiendo que sería más valioso en el mundo exterior, acumulando información. Los mogadorianos podrían haberlo programado de manera que les informara en secreto mientras dormía. Recuerdo haber leído que a los agentes dobles podían ser hipnotizados para que olvidaran sus propios subterfugios. ¿Era un artículo o un cómic? No puedo recordarlo.

De vuelta en el pasillo, grito:

LA CAÍDA DE CINCO

—¿Papá? ¿Dónde estás? —Trato de mantener la voz normal y estable. Porque ¿y si es un espía mogadoriano? No quiero alertarlo.

—Estoy aquí —me grita papá desde la habitación de Eli y John.

¿Mi padre, el espía alienígena? Oh, vamos, supéralo, Sam. Es el tipo de teoría conspiradora que podría encontrar en *Ellos Caminan Entre Nosotros*. Es ridículo. Y más importante: en mi corazón, sé que no es verdad.

Así que ¿por qué me siento tan nervioso?

Me encuentro en la puerta de la habitación de Eli con los documentos traducidos. Sarah está en su propia habitación para dormir algo, así que solo están él y Bernie Kosar, vigilando a John y Eli. BK está enrollado y dormido mientras papá le rasca ociosamente detrás de las orejas.

—¿Qué pasa Sam? —me pregunta.

Debe saber por mis ojos desmesurados que algo va mal. Abandona a BK y camina hacia mí, pero retrocedo al pasillo. Me ubico a una distancia segura del padre amoroso que me rescató de una prisión. Genial.

Le tiro los documentos.

—¿Por qué tendrían esto los mogadorianos?

Mira los papeles y pasa las páginas con rapidez cuando se da cuenta de lo que son.

—Estas... estas son mis notas.

—Lo sé. ¿Cómo las consiguieron los mogadorianos?

Debe haberse dado cuenta de la implicación de mi pregunta, porque una expresión dolida cruza brevemente su rostro.

—Sam, yo no hice esto —dice, tratando de sonar convincente, pero hay una nota de incertidumbre en su voz.

—¿Puedes estar seguro? ¿Y si te hicieron algo, papá? ¿Algo que tú no recuerdas?

—No. Imposible —replica, sacudiendo la cabeza, casi como si estuviera intentando convencerse a sí mismo. Por su tono, es obvio que no cree que sea imposible. De hecho, creo que está asustado por la idea—. ¿Los originales siguen en mi habitación?

Juntos corremos de vuelta a su habitación. La libreta está en su mesa, donde se supone que debe estar. Papá la hojea como si estuviera buscando alguna señal de que la manipularon. Sus rasgos se endurecen como cuando intenta recordar algo. Creo que se está dando cuenta de que puede confiar en sí mismo, que los mogadorianos pudieron haberle hecho algo.

Se gira hacia mí con una mirada sombría en el rostro.

—Si mis notas han estado en las manos de los mogadorianos, tenemos que suponer que el lugar está comprometido. Deberías prepararte, Sam. Y Sarah también.

—¿Qué pasa contigo? —le pregunto, el estómago me da vueltas.

—No... no puedes confiar en mí —tartamudea—. Deberías encerrarme aquí, hasta que vuelva la garde.

—Tiene que haber otra explicación —le digo, y se me quiebra la voz. No sé si de verdad lo creo o si solo quiero que sea verdad.

—No recuerdo haber salido —dice—. Pero supongo que mi memoria no sirve de mucho a este punto.

Se deja caer pesadamente a la cama. Dobla las manos en el regazo y las mira fijamente. Luce derrotado de alguna manera, socavado por su mente y su hijo.

Me dirijo hacia la puerta.

—Mira, voy a avisarle a Sarah y a coger algunas armas. Pero no voy a encerrarte aquí. Solo espera ¿de acuerdo?

—Espera. —Me detiene alzando una mano—. ¿Qué es eso?

Lo escucho también. Un ruido bajo en el cajón de su mesa de noche. Llego antes y abro el cajón.

Es el teléfono que ha estado utilizando para comunicarse con Adam. La pantalla está iluminada con una llamada entrante de un número desconocido. En la esquina de la pantalla, veo que el teléfono tiene diecinueve llamadas perdidas. Se lo alargo a papá. Su cara se ilumina, pero me siento cada vez más nervioso. Está pasando demasiado de una sola vez. Parece que las paredes se están cerrando sobre mí.

Toco el botón y me llevo el teléfono al oído.

—¿Hola? —digo con voz temblorosa.

—¡Malcolm! —grita la voz sin aliento—. ¡¿Dónde has estado?!

—Soy Sam —lo corrijo, y un sentimiento de terror se asienta en mi estómago cuando reconozco la voz—. Adam, ¿eres tú?

Mi padre salta y me aprieta los hombros, emocionado de que Adam siga vivo. Desearía estar aliviado, pero por cómo suena al teléfono, es como si vinieran más malas noticias.

—¿Sam? ¡Sam! ¿Dónde está tu padre?

—Él...

—¡Da igual! ¡No importa! —grita—. Escúchame, Sam. Están en Chicago ¿verdad? ¿En el de John Hancock Center?

—¿Cómo sabes eso?

—Lo saben, Sam —grita Adam—. Lo saben y van a por ustedes.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Traducido por moisesrios

Agárrense! Todos nos tambaleamos hacia un lado cuando que Nueve conduce a tontas y a locas nuestro bote a ventilador (exactamente como suena, un botecito impulsado por un ventilador gigante en la parte de atrás) alrededor de un tronco volcado, que flota en el agua marrón oscuro del pantano. Ocho casi pierde el equilibrio y tiene que sujetarse a mi brazo para no caer. Me lanza una sonrisa tímida cuando me suelta para matar un mosquito. El aire es denso y húmedo, y el zumbido de los insectos se puede escuchar incluso por encima del rugido de la hélice de nuestro bote. El lugar huele a tierra fértil, con mucha vegetación.

—¡Miren eso! —grita Ocho para que lo oigan por sobre el ruido del bote. Me asomo por la borda hacia donde algo que va a la deriva por el agua perturba una concentración de nenúfares. Al principio, pienso que es otro tronco, pero luego noto las escamas ásperas de una cola que ondula por el agua, y sé que es un cocodrilo—. ¡Mantengan las manos dentro del bote! —grita Ocho.

Observo mientras el cocodrilo se pierde en una extensión de árboles a nuestra izquierda. Ahora entiendo por qué Cinco pensó que los Everglades serían un lugar seguro para ocultar su herencia: es un laberinto de hierbas altas y agua fangosa, desierto a excepción de los insectos y los animales al acecho.

Viajamos por lo que básicamente es un camino en el agua, un lugar donde los densos juncos y los árboles que brotan a cada lado se separan para permitir el tráfico de barcos. No es que haya alguien más por aquí; no hemos visto a ningún ser humano desde que recogimos nuestro bote en el sitio de alquiler hace una hora. Incluso esa era solo una cabaña destartalada ubicada entre el final de un camino rural y el borde del pantano. Tuvimos que escoger entre tres botes de ventilador oxidados amarrados al muelle destartalado. El hombre solitario que vive ahí, curtido por el sol y cuyo olor era una combinación de alcohol y combustible para reactores, nos explicó en medio de un ataque de hipo el funcionamiento del bote, antes de aceptar algo de dinero a cambio de un mapa ajado de la zona y las llaves del bote. No preguntó nada, por lo que todos estuvimos agradecidos.

Seis se está preocupando del mapa de la localidad que le dio el hombre; lo compara con el mapa de los Everglades que imprimimos de Internet, aquél que Cinco marcó con la ubicación de su Cofre. Cambia una y otra vez entre nuestro mapa y el mapa

manchado, pero más detallado, de afluentes locales y aguas estancadas del pantano. Sostiene los papeles lejos de ella, molesta.

—No puedo darle sentido a esto —se queja.

—No te preocupes por eso —responde Nueve, dirigiéndonos hacia adelante, hacia la puesta del sol—. Cinco dijo que sabe hacia dónde vamos. Que sea útil para variar.

Miro al cielo en busca de Cinco, quien voló hace unos quince minutos alegando que podría encontrar mejor su cofre desde arriba. El borde del cielo está empezando a adquirir un tono de rosa que normalmente encontraría hermoso, pero que aquí parece siniestro, de alguna manera.

—No quiero sonar como una gallina —digo con cautela, poniéndome un mechón de pelo mojado detrás de la oreja—, pero en serio, no quiero estar aquí después de la puesta del sol.

—Yo tampoco —me apoya Ocho, ojeando el mapa en las manos de Seis—. Sobre todo si nuestra estimada navegante no sabe cómo llevarnos de vuelta a la civilización.

Seis entrecierra los ojos hacia Ocho, pero no responde. Nueve se ríe. Grandes manchas de sudor oscurecen su camisa y los insectos zumban a su alrededor sin parar, pero él no parece darse cuenta. De hecho, Nueve parece estar disfrutando de esto: la humedad, la viscosidad, la sensación de peligro. Es su elemento natural.

—Estaba pensando que podríamos ir a acampar después —dice.

Ocho y yo gimoteamos. Si no hubiese caimanes flotando a la deriva en el agua bajo nosotros, sin duda habría tomado esta oportunidad para salpicar a Nueve. Miro hacia el cielo otra vez, manteniendo los ojos bien abiertos en busca de Cinco.

—Estoy segura de que volverá pronto —les digo. No hay ninguna razón para no ser optimista. Hasta el momento, esta misión se ha ejecutado perfectamente y no hay indicios de ningún problema. Todavía no me siento bien por haber dejado a John y a Eli, pero los otros estaban en lo cierto. No hay nada que pudiéramos hacer por ellos en Chicago. No he alcanzado los mismos niveles de entusiasmo que Nueve, pero definitivamente se siente mejor estar aquí haciendo algo, buscando una manera de ayudar a nuestros amigos y ganar esta guerra.

Con tal de que no nos perdamos en este pantano. Nada bueno podría salir de eso.

Una sombra pasa por encima. Cinco. Se cierne sobre el bote por un momento antes de dejarse caer suavemente junto a nosotros. Chorrea sudor, tiene la camiseta blanca empapada.

Nueve se ríe disimuladamente.

—Probablemente vas a perder algo de peso si nos quedamos aquí lo suficiente, ¿eh, chico grande?

LA CAÍDA DE CINCO

Cinco aprieta los dientes, y se despega la camisa mojada del cuerpo con timidez. Estamos todos sudados y asquerosos, pero por alguna razón, Nueve simplemente no puede resistirse a meterse con Cinco. Me había atrevido a esperar que a lo mejor el juego de capturar la bandera los ayudase a arreglar algunos de sus problemas, pero todavía hay tensión enconada entre ellos.

—No le hagas caso —le digo a Cinco—. ¿Encontraste tu cofre?

Cinco asiente, apuntando en la dirección hacia la que vamos.

—Hay un trozo de tierra sólida a un kilómetro. Está ahí.

Nueve suspira.

—¿Por qué no solo agarraste el cofre y volaste de vuelta aquí, hombre?

Cinco le sonrío a Nueve.

—No escuchaste el plan, ¿verdad? Votamos porque tú deberías hacer todo el trabajo duro y manual.

—¿Eh? —Confundido, Nueve mira a Ocho—. ¿Habla en serio?

Ocho se encoge de hombros, y le sigue la corriente.

Seis hace un ruido exasperado.

—Solo conduce el maldito bote, Nueve.

—Sí-sí, capitán —dice Nueve, moviendo los dedos—. Un cofre, viene enseguida.

Seis vuelve la mirada a Cinco. Ha estado más tranquila de lo habitual.

—¿Por qué no cogiste el Cofre? —le pregunta bruscamente.

Cinco se encoge de hombros.

—Se está poniendo oscuro y es un buen lugar para descansar, si es necesario.

—¿Ves? —grita Nueve, encantado—. ¡Campamento!

—De ninguna manera —dice Ocho, sacudiendo la cabeza con vehemencia—.

Conduce esto más rápido, para que podamos salir de aquí.

Nueve acelera la embarcación y el rocío salpica a los lados como resultado.

Supongo que donde nos lleva Cinco podría describirse caritativamente como una isla. En serio, solo es una pila de lodo en medio del pantano, el sistema de apoyo para un árbol enorme y retorcido que parece que ha ido creciendo desde los albores del tiempo. Las raíces del árbol son tan grandes y extendidas que Nueve tiene que conducir el bote con cautela para quedar atrapado en ninguna de ellas. Salimos de la barca, los pies nos chapotean en el barro y se deslizan por los salientes irregulares del árbol. Hay un círculo de hierba alta que crece del agua alrededor de nosotros y las ramas del árbol sobre nosotros son tan numerosas y gruesas, que toda la islita queda a la sombra casi tan pronto entras. En realidad, es casi diez grados más fresco aquí que lo que era en el agua.

—Es un muy buen lugar, en serio —le digo a Cinco.

El pecho de Cinco se infla un poco ante el raro elogio.

—Sí. Acampé aquí una noche. Este viejo árbol es increíble. Calculé que no tendría problemas para encontrarlo de nuevo.

—Felicitaciones —refunfuña Nueve, aplastándose un bicho en el cuello—. Entonces, ¿dónde está tu maldito cofre?

Cinco nos lleva justo a la base del árbol. Bajo nuestros pies hay un complicado entramado de raíces; es como si el árbol fuera un puño hundido en la tierra y las raíces fueran los dedos que aprietan el lodo que se escapa del agarre del árbol. Cinco se arrodilla bajo un nudo de raíces, un lugar donde se han agrupado unas pocas, casi como un nudillo. Busca debajo de las raíces donde espera una bolsa suave de barro.

—Es aquí abajo —dice Cinco, tanteando—. Casi lo tengo.

El barro hace un ruido de succión húmeda cuando Cinco libera al cofre, como si estuviera reacio a renunciar a nuestro premio. Cinco se arrodilla frente a él y le limpia el lodo de la superficie de madera familiar.

Ocho me golpea el hombro y apunta a un lugar donde la hierba se está dividiendo. Puedo ver la cabeza plana y los ojos amarillos de un cocodrilo, tal vez el mismo que antes.

—Parece que alguien está hambriento —bromea Ocho.

—¿Nos está siguiendo? —le pregunto, en parte bromeando, pero también un poco asustada. Me acerco a Ocho.

—Hay un montón de caimanes por aquí —comenta Cinco ausente, levantando el cofre.

—Tú hablas con los animales, ¿no? —le pregunto a Nueve—. Dile a esa bestia que no queremos ningún problema.

—Tal vez me lo quede como mascota. O me haga un abrigo espectacular —responde Nueve, entrecerrando los ojos mientras se enfoca en el animal que se acerca. Algo en su rostro cambia repentinamente—. Espera...

Una segunda cabeza de cocodrilo aparece junto a la primera, y segundos más tarde, una tercera cabeza también emerge de la suciedad. Primero, pienso que una manada de cocodrilos nos está acechando, si tal cosa es posible. Pero entonces, las tres cabezas salen del agua como una sola; un cuello grueso cubierto de escamas las conecta todas a un solo cuerpo. Las escamas desaparecen bajo un abrigo empapado de pelaje negro grasiento en el torso de la bestia; las gotas de agua se sueltan con violencia cuando se extienden un par de alas de murciélago como de cuero. Termina de pie con un par de

piernas casi humanoides; mide casi cinco metros de altura. Se encorva hacia adelante, y seis pares de ojos ictericos nos miran con hambre.

—¡Cuidado! —grita Seis, justo cuando la criatura mueve las alas y monta el vuelo.

La criatura se cierne en el aire por sobre mí. Son curiosas las cosas que notas en un momento como éste. Los pies del monstruo son enormes garras curvadas que se extienden desde los tres dedos de cada pie, así como de los talones. Sin embargo, las almohadillas de las patas del monstruo parecen casi suaves; tiene un par de cicatrices en forma de S talladas en las almohadillas, como si algún científico mogadoriano hubiera firmado su trabajo.

Veo todo eso en el momento antes de que intente pisotearme.

—¡Cuidado! —Ocho me agarra por la cintura y nos teletransporta hacia atrás. Los dedos con garras de los pies del cocodrilo mutante cortan un pedazo de la raíz en la que estaba de pie.

—¿Cómo diablos nos encontraron? —gruñe Nueve, extendiendo tubo bastón.

—No veo ningún mog —le grito, dando vueltas, tratando de abarcar todo el pantano—. ¿Podría estar solo?

—Iré a preguntarle.

Nueve se lanza al ataque. La bestia trata de morderlo con una de sus tres bocas. Nueve eleva su tubo y golpea justo la boca más cercana, y le arranca un par de colmillos amarillentos. Mientras una de las cabezas ruge de dolor, el monstruo arremete con un ala, obligando a Nueve a retroceder.

Cinco pone su cofre en el suelo y le quita el seguro. Seis lo toma por el hombro.

—¿Pero qué demonios? —grita—. ¿No viste esta cosa cuando exploraste?

—Vino de debajo del agua. ¿Cómo iba a verlo? —La voz de Cinco está en calma, no parece sorprendido en lo absoluto, a diferencia de cómo lo describió John en su última batalla—. No te preocupes —continúa—. Por aquí tengo justo lo que necesitamos.

—¡¿Un poco de ayuda?! —grita Nueve mientras salta lejos de una de las bocas chasqueantes del monstruo.

Ocho se teletransporta justo encima de las tres cabezas de la criatura y pateo con fuerza uno de sus hocicos, a continuación, se teletransporta para estar al lado de Nueve. La cosa suelta un rugido de frustración, bate sus alas y trata de elevarse en el aire. Nueve y Ocho se separan, tratando de flanquear a la bestia.

Mientras Cinco hurga dentro de su cofre, Seis eleva sus manos en el aire.

—Marina, cuida mi espalda mientras yo hago esto. —Escucho que las primeras gotas de lluvia se abren paso a través del follaje.

Cinco saca una especie de funda de piel de su cofre y la desliza por encima de su antebrazo. Cuando lo flexiona, una hoja lisa de treinta centímetros de largo se extiende desde la parte inferior de la muñeca. Cinco sonrío.

—Te extrañé —le dice al aparato de la manga, la hoja se retracta cuando flexiona el brazo de nuevo.

—¡Apúrate con ese rayo, Seis! —grita Nueve. El monstruo se dirige hacia él, y Nueve hace todo lo que puede hacer para mantener en alto el tubo, y desviar una serie de mordidas del trío de bocas con colmillos. Nueve retrocede a ciegas, se tropieza con una rama y cae de trasero. La bestia está a punto de saltar sobre él, cuando Ocho cambia de forma y asume la de un ser macizo mitad hombre, mitad jabalí: uno de los avatares de Visnú, supongo. Agarra a la criatura por la cola de cocodrilo y tira hacia atrás, para evitar que devore a Nueve.

La bestia gira alrededor y hunde los dientes en el hombro de Ocho. Él brama a por su hocico de jabalí y su forma empieza a parpadear. Puedo ver que tiene problemas para mantener su concentración con el dolor de la mordedura.

—¡Ocho! —grito. Quiero ir con él para curarlo, pero no puedo dejar a Seis mientras está concentrándose en crear una tormenta.

—Ve a ayudar —dice ella a regañadientes—. Estoy lista.

Corro hacia adelante, intentando llegar a Ocho. Antes de que el caimán volador pueda arrancarle otro pedazo, un relámpago cae de los cielos, golpea a la criatura y la derriba al suelo; la cosa convulsiona y echa humo. Llueve más fuerte ahora, Seis de verdad está cargando la tormenta.

Nueve está de vuelta en pie. Carga hacia adelante, mientras la bestia sigue luchando por ponerse de pie. Nueve golpea a la criatura con su tubo, pero los golpes apenas hacen una abolladura en la piel cubierta de escamas.

Con Nueve de vuelta al ataque, Ocho se tambalea lejos del monstruo, aún en su forma de Visnú. Se transforma de nuevo a la normalidad cuando lo alcanzo y veo las laceraciones profundas e irregulares que cubren su hombro derecho. Presiono mis manos en el hombro de Ocho, y dejo que la sensación helada fluya de mí hacia él, y veo cómo se cierran sus heridas.

—Podría besarte —dice Ocho.

—Tal vez después de que matemos esa cosa —le respondo.

El monstruo se levanta de nuevo y golpea con una de sus alas de cuero a Nueve, arrojándolo hacia atrás. Tan pronto Nueve está fuera del camino, Seis invoca otros dos rayos. El rayo derriba a la bestia de nuevo y abre un agujero en la membrana del ala,

pero la bestia simplemente se esfuerza en ponerse en pie y ruga. Parece que solo la estamos haciendo enojar más.

—¿Qué se necesita para detener a este hijo de puta? —grita Nueve.

Un silbido agudo llena el aire, tan alto y fuerte que hace que mi piel se erice, como las uñas en un pizarrón. Me doy la vuelta y veo a Cinco soplando una flauta intrincada tallada de obsidiana sólida. Mientras la nota estridente llena el aire, observa sin parpadear al monstruo.

De repente, es como si las ganas de pelear abandonaran a la cosa. Pliega las alas enormes en torno al cuerpo y se hunde en el suelo, con las tres cabezas metidas contra el pecho, casi como si estuviera haciendo una reverencia.

—Vaya —respira Ocho.

—¿Ven? —dice Cinco, bajando el silbato y mirando a su alrededor—. Fácil.

—Si tuviste esa cosa todo el tiempo, ¿por qué no la usaste? —le espeta Nueve.

—Pensé que podrías querer entrenar —contesta Cinco, sonriendo fríamente a Nueve.

Seis sacude la cabeza.

—¿Alguno de ustedes podría acabar con esa cosa para que podamos salir de aquí?

—Con mucho gusto —dice Cinco, y su piel se convierte en acero brillante. Da dos pasos hacia la bestia en reverencia, pero se detiene justo al lado de Seis— Yo la hice —dice Cinco, ausente—. Lo menos que puedo hacer es matarla.

—¿Cómo? —pregunto con incredulidad.

El puño chapado de acero de Cinco sale despedido hacia adelante con una fuerza que nunca había visto antes de él, y golpea a Seis con un gancho.

La fuerza lanza todo el cuerpo de Seis en el aire, hasta que aterriza a mis pies; veo que los ojos se le ponen blancos y unos tentáculos gemelos de sangre emanan de sus fosas nasales. Una conmoción cerebral a lo sumo, una fractura craneal en el peor de los casos. Instintivamente, me muevo a sanarla, pero cuando trato de agacharme, algo me golpea en el pecho, pero no con fuerza, ni siquiera con la fuerza suficiente para sacarme el aire, pero no puedo seguir avanzando. Es telequinesis. Cinco me mantiene suavemente a raya. Levanto la vista hacia él, las lágrimas llenan mis ojos confundidos.

Ocho rompe el momento de silencio sin sentido y grita:

—¿Por qué hiciste eso?

Pero queda ahogado por el grito de Nueve.

El cuerpo de Cinco ha adquirido la consistencia del caucho; su brazo se extiende como un tentáculo y se envuelve dos veces alrededor de la garganta de Nueve. Nueve lucha, pero Cinco lo levanta con facilidad. Su brazo se extiende más y cuelga a Nueve

LA CAÍDA DE CINCO

a tres pies del suelo, luego lo baja de golpe. Nueve se hunde en el pantano y lo deja allí. Lo está ahogando.

Ocho y yo estamos congelados mientras Cinco se da vuelta para mirarnos. Su expresión es desconcertantemente amigable considerando que su extremidad estirada sostiene a Nueve bajo el agua en este momento, y Seis yace inconsciente a mis pies gracias a un vicioso puñetazo. Veo unas ondulaciones que se propagan por el brazo de Cinco en donde Nueve debe estar dándole golpeándolo, tratando de liberarse. Los golpes no deben producirle ningún dolor a Cinco, porque apenas parece darse cuenta.

Se sienta en su cofre y nos mira.

—Probablemente deberíamos hablar los tres —dice Cinco con calma.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Traducido por moisesrios

La conexión con Adam se corta abruptamente. Echo un vistazo a la pantalla del teléfono, pero Adam llamó desde un número bloqueado. No hay forma de que le devuelva la llamada. Dondequiera que estuviese, Adam parecía estarse moviendo rápido, prácticamente gritaba por encima del viento que se escuchaba de fondo. Apresurado y al parecer asustado. Yo soy todo lo contrario: congelado en mi lugar y sintiéndome casi entumecido.

¿Qué haría John en esta situación? Mantenerse en movimiento, eso. Meto el teléfono en el bolsillo de atrás y dejar atrás papá, en dirección al pasillo.

—Él dijo que los mogadorianos saben dónde estamos, y que están en camino. Tenemos que salir de aquí. ¡Ahora! —le grito a papá.

Cuando miro por encima del hombro, veo que todavía está de pie junto a la cama.

—Vamos —le digo—. ¿Qué estás esperando?

—¿Qué tal si... —Mi papá se aprieta el puente de la nariz—. ¿Qué pasa si no se puede confiar en mí?

Oh, cierto. La posibilidad entera de que mi padre pudiese ser una especie de doble agente involuntario de los mogadorianos. Tiene que haber una explicación mejor de cómo cayeron sus notas en manos mogs. Tal vez él no está seguro de si puede confiar en sí mismo, tal vez él está preocupado de que su memoria esté fallando o que trabaja en su contra. No importa. Me decido aquí y ahora. Confío en él.

—¿Recuerdas cuando fuera de la base Dulce quise correr hacia el interior para ir a ayudar a los garde a luchar? Me dijiste que habría otros momentos para hacerme útil a los lorienses. Bueno, creo que este es uno de esos momentos. Confío en ti, papá. No puedo hacer esto sin ti.

Él asiente con la cabeza, solemne. Sin decir una palabra, busca debajo de la cama y saca el rifle que usó para derrotar a ese monstruo en Arkansas, y pone un proyectil en su lugar.

—¿Adam te dijo cuánto tiempo tenemos? —pregunta.

A modo de respuesta, el edificio tiembla, todas las luces parpadean. Un motor ruge afuera, el ruido está encima de nosotros y peligrosamente cerca, seguido por un fuerte chirrido metálico. Algo acaba de aterrizar en la azotea.

—Aparentemente, nada en absoluto.

LA CAÍDA DE CINCO

Nos apresuramos al pasillo donde Sarah acaba de salir de su habitación. Abre mucho los ojos cuando se da cuenta que mi padre está cargando un rifle.

—¿Qué fue ese ruido? —pregunta—. ¿Qué está pasando?

—Los mogs están aquí —le respondo.

—Oh, no —dice Sarah, retrocediendo hacia la habitación donde John y Eli yacen indefensos.

Desde el pasillo, tengo una vista clara de las ventanas del piso al techo que recubren la sala del ático. Una media docena de cuerdas bajan desde la azotea: los mogadorianos van a descender por un costado del edificio.

—Tengo que llegar a John —dice Sarah.

La agarro por la muñeca.

—No tenemos ninguna oportunidad si no llegamos a las armas.

Las ventanas se quiebran de par en par por una serie de explosiones sincronizadas de cañones mogadorianos. Una ráfaga de aire frío fluye a través del ático. Los mogs entran balanceándose, se separan rápidamente de sus cables de rappel y comienzan a escanear el espacio a su alrededor en busca de objetivos. Están en la sala de estar, de pie entre nosotros y el ascensor del ático... nuestra única salida. Me sorprende que no haya más de ellos. Si yo estuviese atacando un escondite de la garde, habría enviado un ejército entero. Es casi como si no estuviesen esperando mucha resistencia.

Los tres nos regresamos a la habitación de papá.

—Voy a llegar hasta John y Eli —dice—. Ustedes dos diríjanse a la Sala de Clases.

Oigo que los mogs salen de la sala de estar y empiezan a recorrer el pasillo.

—Aquí vienen. Vamos a ir a las tres. Una...

Antes de que diga dos, un rugido feroz hace erupción desde el pasillo, y el fuego de cañones mogadorianos le responde inmediatamente. Asomo la cabeza en el pasillo a tiempo para ver a Bernie Kosar, en la forma de un oso grizzly, hiriendo a un par de mogadorianos. ¡Me había olvidado de BK! Tal vez las cosas no son tan desesperadas como parecen.

—¡Ve! —grita mi papá mientras se dirige hacia la habitación de Eli—. Consigue armas y detengámoslos acá.

BK arremete de mog en mog, los despedaza con sus garras, y hace a un lado los muebles tras los que tratan de esconderse. Recibe unos pocos disparos de cañón en un costado y el aire se llena con el olor a pelo quemado, pero eso solo parece hacerlo enojar más. Agachado en la entrada a la habitación de Eli, mi papá apunta y comienza a matar mogs.

Sarah y yo tomamos la dirección opuesta, hacia la Sala de Clases y la armería. A mi espalda, oigo que los disparos de cañón chisporrotean en las paredes y que el rifle de mi padre les responde. Tenemos que ser rápidos. Sin duda llegarán más desde la azotea, y ellos no serán capaces de contenerlos para siempre.

De repente, la puerta del dormitorio a mi derecha se abre. Tengo un segundo para sentir la ráfaga de aire frío de la ventana rota, y luego hay un mogadoriano encima de mí. Me choca en un costado con el hombro, sujetándome contra la pared. Su antebrazo me presiona la garganta y pone su cara pálida cerca a la mía, sus ojos negros sin vida llenando mi visión.

—Humano —susurra el mog—. Dime dónde está la chica y te mataré rápido.

Antes de que pueda preguntarle de qué chica que está hablando, Sarah golpea en la cabeza al mogadoriano con un jarrón vacío. El mog se sacude el golpe y gira hacia Sarah. La ira brota en mí: por todo este tiempo como prisionero, por lo que le han hecho a John y a Eli. Agarro el mango de la espada del mog y la saco de su vaina. Con un grito, le atravieso el pecho y lo convierto en cenizas.

—¡Sí! —vitorrea Sarah.

Oigo cristales quebrándose por todo el ático. Los mogs abren las puertas de todas las habitaciones a lo largo del pasillo y atacan a la vista, aislándome a mí y a Sarah de mi papá y Bernie Kosar. Recuerdo haber pensado que el ático vacío era espeluznante antes, pero esto es horrible. He perdido de vista a mi padre en el otro extremo del salón. Todavía puedo oír su rifle, los disparos se hacen cada vez más frecuentes. Oigo un estrépito, el sonido de algo volcándose en la habitación de Eli.

—¿Buscan a la chica? —grito para atraer su atención, esperando quitarle algo de presión a mi padre—. ¡Está por aquí!

Sarah y yo corremos hacia el taller, una decena de mogs corre por el pasillo detrás de nosotros.

Juntos, empujamos una pila de viejos electrodomésticos y partes de motores que están al lado de la puerta; el desorden acumulado de Sandor nos viene de maravilla. Un mog intenta forzar la puerta, pero está atascada por toda la basura en el suelo.

—Eso los va a retrasar por un segundo —digo.

—¿Creen que soy la chica a quien buscan? —pregunta Sarah sin aliento—. ¿O acaso piensas que están aquí por Eli?

Un trozo de la puerta del taller explota en un estallido de fuego de cañón, las astillas calientes me salpican la mejilla y casi me caen en el ojo. Supongo que nuestro segundo se terminó. Sarah me toma por el brazo y nos tambaleamos por el taller, la puerta detrás de nosotros queda pulverizada por los Mogs invasores.

Un cañonazo disperso golpea el suelo entre nosotros, nos separa, y lanza a Sarah sobre una mesa. Ahora están llegando más cañonazos. Me agacho y tomo a Sarah de la mano para ayudarla a ponerse de pie.

—Estoy bien —me grita, y corremos, encorvados, hacia la Sala de Clases.

La puerta del taller ahora solo es un agujero humeante en la pared, gracias a todos los disparos mogadorianos. Están entrando, tropiezan con la basura que volcamos, pero avanzan de todas maneras. A mi lado, el monitor que muestra la ubicación de los garde explota en una lluvia de chispas, un cañón mog me falla por centímetros.

—¿Cómo vamos a luchar contra tantos? —grita Sarah cuando irrumpimos en el Sala de Clases— ¡He estado practicando, pero no contra diez objetivos a la vez!

—Tenemos la ventaja de jugar en casa.

Dentro de la Sala de Clases, Sarah se dirige a la armería y sube al atril. Los primeros mogs irrumpen en la habitación justo cuando enciendo la programación de la Sala de Clases, tecleando una de las viejas rutinas de entrenamiento de Sandor (la que tiene la dificultad marcada como locura). Los mogs ni siquiera me prestan atención, sentado detrás la consola metálica, presionando botones. Están más centrados en Sarah. Incluso si se dan cuenta de que no es la chica que están buscando, ella sigue siendo la amenaza más obvia, al estar al descubierto y apuntando con un par de pistolas a los mogs. Amenaza evidente y también un blanco fácil.

—¡Sarah! ¡A tu izquierda! —grito, y levanto un bloque del suelo para que ella se esconda detrás. Ella se pone a salvo justo cuando los mogadorianos abren fuego.

El humo empieza a llenar la habitación desde las boquillas a lo largo de las paredes. Algunos de los mogs parecen confundidos, la mayoría solo está interesada en dispararle a Sarah. Unos disparos rebotan en la parte frontal del atril, así que me agacho en el asiento, tratando de esconderme. Espero que esta cosa sea lo suficientemente fuerte como para soportar un poco de fuego de cañón. Entre el tiroteo, oigo que la Sala de Clases zumba a la vida.

Una media docena de paneles se abren a lo largo de las cuatro paredes, y aparecen a la vista torres cargadas con balines.

—¡Abajo! —le grito a Sarah—. ¡Está empezando!

Un tiroteo estalla en la Sala de Clases; los mogs quedan atrapados en el medio. Este ejercicio está destinado a ayudar a los garde a practicar su telequinesis, no a mutilarlos, por lo que la munición del tamaño de canicas que sale desde las paredes no viaja lo suficientemente rápido como para matar a los mogs. Aun así, tiene que doler como el infierno. Entre eso y las pelotas medicinales que de repente aparecen colgando del techo, diría que tienen las manos llenas.

Me zambullo desde el atril. Un balín me golpea con fuerza en el hombro antes de que pueda llegar al suelo. Mi brazo está adolorido, pero me las arreglo para presionarme a ras de suelo y ver cómo golpean a los mogs desde todos los ángulos. Al verme, Sarah envía una de sus pistolas por el suelo. La recojo y me agacho detrás del atril. Sarah y yo tenemos los únicos dos lugares para cubrirse en la habitación.

Abrimos fuego. No importa que no tengamos la mejor puntería. Los mogadorianos básicamente son blanco fácil. Con todos los disparos provenientes de las paredes, están empezando a entrar en pánico. Muchos de ellos caen de rodillas por las torretas o las bolas medicinales, momento en el que Sarah y yo los atacamos. Algunos se dirigen hacia la puerta. Si se las arreglan para llegar tan lejos, todo lo que obtienen por sus problemas es una bala en la espalda.

Solo ha pasado un minuto en la rutina de entrenamiento de la Sala de Clases antes de que la habitación quede completamente despejada de mogs. Los guarda general tienen que soportar siete minutos antes de conseguir un descanso durante la porción de entrenamiento. Aunque supongo que no hay nadie disparándole balas reales. Estiro una mano y golpeo los controles del atril hasta que el sistema se apaga.

—¡Funcionó! —grita Sarah, sonando casi sorprendida—. ¡Los tenemos, Sam!

Cuando Sarah se pone de pie, noto una quemadura en la parte exterior de su pierna izquierda. Tiene los vaqueros desgarrados, y la piel de un color rosáceo quemado, pero no sangra.

—Te dispararon —exclamo.

Sarah mira hacia abajo.

—Mierda. Ni siquiera me di cuenta. Debe haberme rozado.

Pero cuando la adrenalina baja, Sarah cojea hacia mí. La rodeo con un brazo para que se apoye en mí y nos movemos tan rápido como nos sea posible fuera de la Sala de Clases. Recogemos más armas mientras salimos. Me meto una segunda pistola en la parte de atrás de los vaqueros por si acaso se me acaban las municiones. Sarah suelta su pistola sin balas y agarra una ametralladora ligera de aspecto loco, el tipo de cosas que yo solía creer que no existían fuera de las películas de acción.

—¿Sabes cómo usar esa cosa? —le pregunto.

—Todas funcionan más o menos igual —responde ella—. Solo apuntas y aprietas el gatillo.

Casi podría reírme si no estuviese tan preocupado por mi papá y los comatosos John y Eli. No se oye ningún sonido de lucha mientras pasamos por el taller siniestrado, caminando con cuidado entre la basura que volcamos. El ático está inquietantemente silencioso. No estoy seguro de si es señal una buena o si es mala.

Asomo la cabeza en el pasillo. No hay rastro de nadie. El suelo está cubierto con cenizas mogadorianas, pero por lo demás, todo está tranquilo. El sonido más fuerte es el viento que sopla a través de los edificios gracias a que los mogs quebraron todas las ventanas para entrar.

—¿Crees que acabamos con todos? —susurra Sarah.

En respuesta, oímos un sonido de arrastrar desde la azotea; son como botas corriendo por allí. Tiene que haber más mogadorianos allá arriba, concentrándose para una segunda ola de un momento a otro, tan pronto se den cuenta de que su primer grupo ha fallado.

—Tenemos que salir de aquí ahora —digo, ayudando a Sarah a cojear. Nos apresuramos a cruzar el pasillo.

Bernie Kosar aparece a la vista, aún en forma de oso. Se ve herido, todo su costado derecho humea por las quemaduras de cañón. Me mira como si estuviera tratando de comunicarme algo. Me gustaría tener la telepatía animal de John. Parece triste, de alguna manera. Triste, pero decidido.

—¿Estás bien, Bernie? —pregunta Sarah.

BK gruñe y toma la forma de un halcón, se eleva hacia la ventana y sale volando. Debe haber ido a mantener a raya a los mogs restantes en la azotea, mientras evacuamos a John y a Eli. Me doy cuenta ahora de lo que significaba esa mirada de BK: estaba diciendo adiós, solo en caso de que sea lo último que viésemos de él. Doy un suspiro profundo.

—Vamos, vámonos —la urjo en voz baja.

Hay una estantería volcada bloqueando la puerta de la habitación de Eli. Está salpicada de agujeros de bala. Obviamente, esto fue lo que papá usó como refugio.

—¿Papá? —susurro—. Está despejado, vámonos.

No hay respuesta.

—¿Papá? —digo, más fuerte, con voz temblorosa.

Todavía nada. Golpeo con el hombro la estantería, pero está atascada. Me siento enfermo, desesperado. ¿Por qué no contesta?

—¡Allá arriba! —exclama Sarah, señalando. Hay un espacio lo suficientemente grande como para arrastrarse entre la estantería y la parte superior del marco de la puerta. Escalo aquí y allá, me raspo las rodillas con los estantes que sobresalen, y aterrizo torpemente al otro lado. Solo me tardo unos segundos, pero es tiempo suficiente para imaginar a papá acribillado a cañonazos, y a John y Eli asesinados mientras dormían.

—¿Papá...? —Dejo de respirar. Pareciera que el tiempo se ralentizara. Me tambaleo hacia la cama con las piernas temblorosas—. ¿Papá?

John y Eli se ven sanos y salvos, y siguen en estado de coma, sin darse cuenta del caos que se desarrolla a su alrededor; completamente ignorantes de que el cuerpo de mi padre está encima de ellos.

Tiene los ojos cerrados. Está sangrando de una herida abierta en el abdomen; tiene ambas manos apretadas, como si estuviera tratando de mantenerse firme. Su rifle sin balas está descartado en el suelo, con huellas de manos ensangrentadas por el mango. Me pregunto cuánto tiempo siguió luchando después de que lo hirieran.

Sarah jadea cuando sube sobre la estantería.

—Oh no. Sam...

No sé qué hacer, excepto tomar su mano. Está fría. Las lágrimas me empiezan a inundar los ojos. Me doy cuenta de que en una de las últimas conversaciones que tuve con mi padre, básicamente lo llamé traidor.

—Lo siento mucho —susurro.

Casi salto fuera de mi piel cuando mi papá me aprieta la mano.

Tiene los ojos abiertos, pero está claro que tiene problemas para enfocarse en mí, y me doy cuenta de que es porque no lleva sus gafas, seguramente se quebraron en algún momento durante la pelea.

—Los protegí todo el tiempo que pude —dice papá, con voz ahogada y un líquido burbujeante le corre por la comisura de la boca.

—Vamos, tenemos que salir de aquí —le respondo, arrodillándome a su lado.

Una sombra de dolor cruza su rostro. Niega con la cabeza.

—Yo no, Sam. Tienen que irse solos.

Un aullido se eleva por encima de la lucha en la azotea. Bernie Kosar, desesperado y en agonía.

Sarah me toca el hombro con suavidad.

—Sam, lo siento. No tenemos mucho tiempo.

Me sacudo la mano de Sarah del hombro y niego con la cabeza. Miro a mi papá, las lágrimas ahora corren libremente por mis mejillas.

—No —siseo enfadado—, no vas a dejarme otra vez.

Sarah intenta pasar a través de mí y sacar a rastras el cuerpo de Eli. Yo no la ayudo. Sé que estoy siendo estúpido y egoísta, pero no puedo dejarlo ir tan fácilmente. Me he pasado la vida entera en su busca, y ahora todo se está cayendo a pedazos.

—Sam... ve —susurra.

—Sam —suplica Sarah, acunando a Eli en sus brazos—. Tienes que llevar a John, tenemos que irnos.

Miro a papá. Él asiente con la cabeza lentamente, con más sangre derramándose por un lado de la boca.

—Ve, Sam —dice.

—No nos iremos —le digo, sacudiendo la cabeza; sé que estoy haciendo mal, pero no me importa—. No a menos que vengas también.

Pero es demasiado tarde de todos modos. El cable que cuelga fuera de la ventana se tensa mientras un mogadoriano desciende al interior. Nos hemos tomado demasiado tiempo y Bernie Kosar no fue capaz de detenerlos. La segunda ola ya está aquí.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Traducido por Azhreik

Las burbujas rompen la superficie del pantano donde Nueve sigue bajo el agua; ha estado hundido allí por casi un minuto. Doy un paso hacia la orilla, deseo sumergirme y salvar a Nueve, pero no estoy segura de si Cinco me lo permitirá; me está observando de cerca, con una ceja levantada, como si se preguntara cómo reaccionaremos Ocho y yo.

—¿Dónde está el verdadero número Cinco? —pregunta Ocho, en voz baja—. ¿Qué hiciste con él?

Las cejas de Cinco se elevan en confusión y luego sonríe.

—Oh, crees que soy Setrákus Ra —dice Cinco, y sacude la cabeza—. Está bien, Ocho. Soy el real, no hay trucos de cambia formas.

Como para demostrarlo, Cinco estira su mano libre y abre la cerradura de su cofre, la vuelve a cerrar y nos vuelve a ver.

—¿Ves? —Ocho y yo permanecemos congelados en el sitio, inseguros de qué hacer.

—Deja que Nueve salga del agua, Cinco —le ordeno, intento mantener la voz estable, tan lejos del pánico como sea posible.

—En un segundo —responde—. Quiero hablar con ustedes dos sin que Seis y Nueve interrumpan.

—¿Por qué... por qué nos atacarías? —dice Ocho, suena enojado e incrédulo—. Somos tus amigos.

Cinco rueda los ojos.

—Son de mi especie —replica—. Eso no nos hace amigos.

—Deja salir del agua a Nueve y hablaremos —suplico.

Cinco suspira y eleva a Nueve; que jadea en busca de aire; sus ojos son fieros y encolerizados, incluso atrapado en el agarre asfixiante de Cinco. Aunque lo intenta con todas sus fuerzas, Nueve no puede liberarse.

—Ahora no eres tan fuerte, ¿eh? —se mofa Cinco—. Está bien, respira hondo hermano.

Vuelve a sumergir a Nueve bajo el agua.

Mientras tanto, Seis está inmóvil. Su cabeza está levantada en un ángulo incómodo y se le está formando un inmenso moretón a lo largo de la mandíbula; su respiración parece superficial. Empiezo a acercarme a ella, deseo curarla, pero siento la telequinesis de Cinco que me echa para atrás suavemente.

LA CAÍDA DE CINCO

—¿Por qué estás haciendo esto?! —le grito, con lágrimas inundando mis ojos.

Casi parece que mi grito lo toma por sorpresa.

—Porque ustedes dos fueron agradables conmigo —dice, como si debiera ser obvio—. Porque a diferencia de Nueve y Seis, no creo que sus cêpan les hayan lavado el cerebro para que piensen que la resistencia es la única alternativa. Ocho, lo probaste en India, cuando permitiste que esos soldados murieran por ti.

—No me hables sobre eso —sisea Ocho—. Nunca tuve la intención de que alguien saliera herido.

—¿Lavado de cerebro? —exclamo—. ¿Dijiste que nos lavaron el cerebro?

—Está bien —dice Cinco, con tono apaciguador—. El Amado Líder es indulgente, les dará la bienvenida. Aún hay tiempo de unirse al equipo ganador.

¿El equipo ganador? No puedo creer lo que estoy oyendo, se me revuelve el estómago; siento que estoy a punto de vomitar. No puede ser cierto...

—¿Estás trabajando con ellos?

—Siento haberles mentido al respecto, pero era necesario. Había estado en este planeta durante seis meses cuando me encontraron —nos cuenta Cinco, suena nostálgico—. Mi cêpan ya había muerto de alguna vil enfermedad humana; esa parte era cierta, simplemente no sucedió cuando dije. Los mogadorianos me recogieron, me ayudaron. Una vez que lean el Gran Libro, entenderán que no deberíamos luchar contra ellos. El planeta entero... el universo entero puede ser nuestro.

—Ellos te hicieron algo, Cinco —digo, casi susurrando, siento tanto tristeza como horror hacia Cinco—. Está bien, podemos ayudarte.

—Solo suelta a Nueve —añade Ocho—. No queremos herirte.

—¿Herirme? —repite Cinco y ríe—. Esa es buena.

Saca de un jalón a Nueve del agua y arroja su cuerpo contra el árbol retorcido. Intento utilizar mi telequinesis para detener el vuelo de Nueve, pero sucede demasiado rápido y Cinco es demasiado poderoso. Nueve se azota de espaldas contra el tronco con suficiente fuerza para sacudir las ramas superiores. Suelta un grito, con el cuerpo arqueado; se debe haber quebrado algunas costillas, tal vez incluso la espalda.

—¿Tienes idea de lo aburrido que era fingir ser débil? —pregunta Cinco, su brazo de goma regresa a su cuerpo reptando por el suelo, se ve normal de nuevo—. A ustedes los entrenaron unos cêpan patéticos, si tuvieron suerte. Hacían el tonto con sus cofres y sus legados, siempre en la oscuridad. Yo fui entrenado por la fuerza de combate más poderosa del universo y ¿están amenazando con herirme?

—Exacto, sí —responde Ocho.

Ocho cambia a su forma de león de diez brazos, se alza sobre Cinco; pero antes que Ocho pueda atacar, Cinco sopla su flauta. El lagarto mutante, que ha estado esperando pacientemente, repentinamente salta en el aire y se estrella con Ocho. Es todo revoloteo de alas y chasqueo de mandíbulas; las manos con garras de Ocho arañan en respuesta. Las dos bestias enormes se precipitan al lodo y ruedan uno sobre el otro. Con una expresión ligeramente entretenida en el rostro, Cinco se gira para mirar a Ocho peleando con su monstruo mascota.

—No se lastimen —les dice Cinco—. Aún podemos ser todos amigos.

No estoy segura de si Cinco está bromeando o si de verdad está así de loco, la parte importante es que está distraído. Nueve gime desde la base del árbol, está intentando enderezarse, pero no parece que sus piernas funcionen. Mientras tanto, Seis sigue sin moverse. No estoy sé cuál de los dos necesita con mayor urgencia mi atención: Seis está más cerca de mí, así que me lanzó, caigo de rodillas junto a ella y presiono mis manos sobre su cráneo herido.

Repentinamente, me elevan del suelo. Mis pies cuelgan en el aire. Es Cinco, me sostiene en alto con su telequinesis.

—¡Alto! —le grito—. ¡Solo déjame curarla!

Cinco, decepcionado, sacude la cabeza.

—No quiero que la cures, ella es como Nueve; nunca entenderá. No luches contra mí, Marina.

Una rama golpea a Cinco en la nuca y pierde la concentración; yo caigo de vuelta al suelo. Cinco gira de un jalón, justo a tiempo para ver a Nueve arrancar otra rama con su telequinesis.

—Lindo —dice Cinco, desviando con facilidad el siguiente golpazo de Nueve.

—Vamos —gruñe Nueve, que se las ha arreglado para sentarse contra el árbol—. No necesito las piernas para patear tu trasero gordo.

—Hablando mierda hasta el último momento —suspira Cinco—. ¿Sabes lo que está sucediendo en Chicago ahora mismo? Los mogadorianos están haciendo una redada en tu ático sofisticado. Quiero que mueras sabiendo que tu palacio de mierda se está quemando hasta los cimientos, Nueve.

—¿Les dijiste sobre Chicago? —grito. Mi conmoción es real, pero cuando Cinco me devuelve la mirada, veo una oportunidad. Le gusta el sonido de su propia voz... bueno, puedo utilizar eso para distraerlo. Nueve no está en condición de luchar, necesito conseguirle algo de tiempo—. ¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Qué hay de Eli y los otros?

—Eli estará bien —dice Cinco—. El Amado Líder la quiere viva.

LA CAÍDA DE CINCO

—¿La quiere viva? ¿Para qué? Creí que nos quería muertos a todos.

Cinco simplemente sonrío y vuelve a girarse hacia Nueve.

—¿Qué es lo que quiere con ella, Cinco?! —grito, y siento una nueva oleada de pánico. Me ignora y se acerca a Nueve, espero que pueda resistir el suficiente tiempo para que yo cure a Seis. Me lanzo de nuevo sobre ella y acomodo su cabeza en mi regazo. Tiene el cráneo fracturado, la nariz y la mandíbula rotas. Intento concentrarme y canalizar la energía fría de mi legado.

Me distrae un grito salvaje: sobre el lodo, Ocho ha conseguido tomar ventaja sobre el monstruo. Dos de sus cabezas ya cuelgan flácidas, aunque la cabeza de en medio aún funciona, y chasquea violentamente hacia Ocho, que consigue coger las mandíbulas con seis de sus patas y las fuerza a separarse hasta que se quiebran. La cabeza de la bestia queda prácticamente desgarrada a la mitad; sus alas monstruosas revolotean una vez más y entonces por fin se quedan completamente inmóviles y lentamente empiezan a desintegrarse.

Cinco se ha dado la vuelta para observar.

—¡Bien hecho! —le grita a Ocho—. Pero créeme, hay más de donde vino ese.

Ocho se queda arrodillado en el lodo, ha vuelto a su forma normal, incapaz de mantener la forma avatar por más tiempo. Me doy cuenta de que está herido, tiene marcas sangrientas de dientes por todo el pecho y los brazos, e incluso en las palmas de las manos. Se esforzó por derrotar a esa bestia, pero aun así se recompone temblorosamente.

Cinco se inclina sobre Nueve, su piel acerada brilla a la tenue luz solar. Nueve se burla desafiante.

—¿Vas a golpear a un hombre desarmado, mierda traidora?

Antes de que Cinco pueda replicar, Nueve extiende su telequinesis; su tubo, que debió haber dejado caer cuando Cinco lo sujeto al principio, se levanta del fango y avanza zumbando hacia él.

Cinco atrapa el tubo en el aire. Hago una nota mental de que coge el tubo con la mano derecha, lo que significa que las bolas que utiliza para potenciar su legado deben estar aferradas en la izquierda.

Cinco levanta el tubo y se lo lleva hasta la rodilla metálica; lo parte a la mitad como un pedazo de madera.

—Sí, lo haré.

Antes de que Cinco pueda moverse, Ocho se teletransporta entre ellos. Está encorvado, respira con dificultad y sangra de múltiples heridas; aun así, se planta firme.

LA CAÍDA DE CINCO

—Termina con esta locura Cinco.

Intento mantener un ojo en la escena que se desarrolla junto al árbol, mientras también me concentro en Seis. Siento que su cráneo empieza a sanar, y la hinchazón en su rostro disminuye. Espero que funcione con la suficiente rapidez, la necesitamos con urgencia.

—Vamos, Seis... —susurro—. Despierta.

Cinco ha dudado con Ocho frente a él, y algo de su ira dirigida a Nueve se disipa.

—Quítate de en medio, Ocho. Mi oferta para ti aún permanece, pero solo si me dejas liquidar a este bocazas imbécil.

—¡Deja que haga el intento, hombre! —grita Nueve desde el piso.

—Cállate —espeta Ocho por sobre el hombro y alza las manos frente a Cinco—. No piensas con claridad, Cinco. Te han hecho algo, en tu corazón sabes que esto no es correcto.

Cinco se burla.

—¿Quieres hablar de lo correcto? ¿Qué hay de correcto en enviar a un montón de niños a un planeta extraño para que luchen una guerra que ni siquiera entienden? ¿Qué hay de correcto en darles a esos niños números en lugar de nombres? Es enfermizo.

—Igual que invadir otro planeta —argumenta Ocho—, y aniquilar a una raza entera.

—¡No! Entiendes tan poco —replica Cinco, riendo—. La Gran Expansión tiene que suceder.

—¿Un genocidio tiene que suceder? Eso es insensato.

Seis se revuelve en mi regazo; aún no está despierta, pero parece que la curación ha funcionado. La poso suavemente en el suelo y me levanto, acercándome con lentitud hacia los otros. Cinco no me nota; ahora está despotricando, suena casi frenético.

—¡Ustedes luchan porque sus cêpan les dijeron que eso es lo que desean sus ancianos! ¿Alguna vez han cuestionado por qué? ¿O quiénes son realmente sus ancianos? ¡No, por supuesto que no! ¡Simplemente aceptan órdenes de ancianos muertos y nunca los cuestionan siquiera! ¿Y yo soy el loco?

—Sí —gruñe Nueve—. ¿Siquiera te estás escuchando, hombre?

—Estás confundido, has sido su prisionero durante años sin que te dieras cuenta siquiera. Cálmate, podemos discutirlo —dice Ocho—. No deberíamos estar peleando.

Pero Cinco ya no está escuchando a Ocho. Creí que podría tener una oportunidad de hacer entender a Cinco, pero ese último comentario de Nueve fue suficiente para

exaltarlo de nuevo. Cinco deja caer los hombros e intenta cargar directamente hacia Ocho.

Sujeto la mano izquierda de Cinco con mi telequinesis, me enfoco en abrirle los dedos a la fuerza para que deje caer las bolas. Se aleja de un tirón de Ocho, sorprendido, y opone resistencia contra mí.

—¡Su mano izquierda! —grito—. ¡Ayúdenme a abrirla!

Puedo decir por las expresiones en sus rostros, que Ocho y Nueve han captado la idea. Cinco grita de dolor y frustración. Casi me siento mal durante un momento; de nuevo estamos atacándolo en grupo. Así es como debe de sentirse desde que se unió a nosotros: un intruso. Está perdido, confundido y enojado; pero podemos preocuparnos después por limar asperezas y arreglar su retorcida visión del mundo. Ahora mismo, necesitamos detenerlo.

—Por favor, no luches contra nosotros —grito—. Solo lo estás haciendo peor.

Cinco grita de nuevo cuando sus nudillos truenan audiblemente. Los huesitos en su mano seguramente están destrozados por nuestro ataque telequinético combinado. Las dos bolas que sostenía caen al suelo y ruedan bajo las raíces del árbol. Cinco se agarra la mano y se deja caer de rodillas. Me está mirando, como si supiera que fui la primera en atacar su mano y eso hiciera su derrota aún más amarga.

—Todo va a estar bien —le digo, pero mis palabras suenan huecas. Intento hablarle de forma paternalista, pero cuando lo miro, tengo la misma sensación de repulsión que siento con los mogs. Él iba a matar a Nueve, uno de su propia raza, uno de nosotros. ¿Cómo podemos darle vuelta atrás a eso?

Ocho avanza y pone una mano sobre el hombro de Cinco, parece que el ansia de lucha lo ha abandonado.

Cinco solloza y sacude la cabeza.

—No se suponía que fuera así... —dice calladamente.

—Llorando como chica —comenta Nueve.

Inmediatamente, la expresión de Cinco se oscurece. Antes de que podamos detenerlo, aparta a Ocho, que trastabilla y cae. Cinco toma vuelo.

—¡No! —grito, pero Cinco ya salió disparado hacia Nueve. La espada corta que cogió de su cofre se extiende con un penetrante chirrido de metal; tiene treinta centímetros de largo y forma de aguja, letal y precisa.

Nueve intenta rodar a un lado, pero está muy malherido y no se puede mover. El pasto alrededor de Nueve está aplastado contra el suelo y me doy cuenta de que Cinco lo está reteniendo en el sitio con telequinesis.

Intento utilizar mi telequinesis para jalar a Nueve hacia mí, pero no se mueve. El agarre telequinético de Cinco es demasiado poderoso.

Todo sucede muy rápido.

Cinco cae de golpe con la espada extendida. Nueve, con los dientes apretados, e incapaz de moverse, observa cómo desciende el golpe fatal.

Repentinamente, Ocho aparece frente a Nueve... se teletransportó.

—¡NO! —grita Nueve.

La espada de Cinco se incrusta justo en el corazón de Ocho.

Cinco retrocede dando tumbos, conmocionado cuando se da cuenta de lo que ha hecho. Los ojos de Ocho están muy abiertos y una mancha de sangre se le empieza a formar en el pecho. Se aleja tambalea de Cinco, hacia mí, con las manos extendidas; intenta decir algo, pero no salen palabras y colapsa.

Grito cuando la cicatriz nueva me quema el tobillo.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Traducido por AOMontero

C Camino por una ciudad diezmada. Estoy justo en el medio de la carretera, pero no hay tráfico alguno. Los automóviles están apilados en las aceras, mucho de ellos solo son armazones quemado. Los edificios cercanos (los que siguen en pie, de todos modos), se caen a pedazos, llenos de marcas de quemadura. Mis deportivas crujen en un manto de cristales rotos.

La ciudad no es familiar para mí. No es Chicago, estoy en otro lugar. ¿Cómo llegue aquí?

La última cosa que recuerdo es a Eli tomándome del brazo y luego... este lugar. Un olor acre a quemado inunda el aire, ineludible. Me arden los ojos por las nubes de cenizas que se arrastran por las calles vacías. Oigo un crepitar en la distancia; en algún lugar; el fuego sigue ardiendo.

Sigo avanzado por la desierta zona de guerra. Al principio, no creo que haya alguna otra persona. Luego, noto un puñado de hombres y mujeres sucios amontonados al interior de los restos destrozados de un complejo de apartamentos. Permanecen alrededor de un barril de basura en llamas para calentarse. Levanto la mano para saludar y gritar.

—¡Oigan! ¿Qué pasó aquí?

Al verme, los humanos retroceden. Están asustados, uno por uno van desapareciendo en las sombras del edificio. Supongo que también sería cuidadoso con los extraños si hubiese vivido lo que sea que paso aquí. Sigo en movimiento.

El viento aúlla a través de las ventanas rotas y las puertas combadas. Pongo atención; si me esfuerzo en escuchar, casi puedo oír una voz acarreada por el viento.

John... Ayúdame, John...

La voz es fina y distante, pero aun así la reconozco. Eli.

Me doy cuenta de dónde estoy; bueno, no dónde estoy geográficamente, pero sí dónde está mi mente. De alguna manera, me arrastraron a la pesadilla de Eli. Se siente tan real, pero también las horribles visiones que Setrákus Ra solía causarme. Cierro los ojos, me concentro, y trato de obligarme a despertar. No funciona. Cuando abro los ojos, todavía estoy parado en esta ciudad en ruinas.

—¿Eli? —la llamo, sintiéndome un poco tonto al hablar con el aire—. ¿Dónde estás? ¿Cómo vamos a salir de aquí?

No hay respuesta.

LA CAÍDA DE CINCO

Un pedazo de periódico vuela en mi camino y me agacho para recogerlo. Es la primera plana del *Washington Post*, así que ahí debo estar. El artículo está fechado unos años a partir de hoy. Esta es una visión del futuro, una que espero nunca se cumpla. Me recuerdo que así es como Setrákus Ra juega con nosotros. Aquí todo es su creación.

Aun sabiendo eso, la imagen de la portada hace que contenga el aliento. Una flota de naves mogadorianas emerge desde un nublado cielo de Washington, y flota justo sobre la Casa Blanca. El titular solo es una palabra, en letras mayúsculas, con negrita.

INVASIÓN.

Oigo un ruido sordo delante de mí; tiro el periódico a un lado, y comienzo a correr hacia el sonido. Un camión militar oscuro cruza despacio la intersección, flanqueado por mogadorianos. Rápidamente, me detengo y considero entrar a uno de los callejones cercanos por seguridad, pero los mogs no parecen notarme.

Una multitud de personas va arrastrando los pies detrás del camión. Son humanos, demacrados y pálidos; tienen las ropas rasgadas, todos parecen sucios y hambrientos, muchos de ellos están heridos. Caminan con la cabeza gacha y rostros sombríos, marchan de mala gana. Unos soldados mogadorianos armados con cañones caminan junto a ellos, mostrando orgullosos los oscuros tatuajes que cubren sus cueros cabelludos; todos los mogs sonrían. Algo está sucediendo, algún tipo de evento, uno que los mogadorianos quieren que los humanos presencien.

El viento se levanta de nuevo.

John... por aquí....

Me deslizo entre la multitud y camino junto a los humanos, con la cabeza inclinada. Ocasionalmente echo una mirada alrededor. El Monumento a Washington sobresale en el horizonte, con la mitad superior cortada. Un sentimiento de terror me llena el estómago. Así será el futuro si fallamos.

Dirigen a la multitud hacia las escaleras del Monumento a Lincoln. Ya hay otras personas ahí, esperando a que comience este enfermizo espectáculo mogadoriano. Las banderas de Estados Unidos que normalmente cuelgan sobre el monumento fueron arrancadas, ahora están sustituidas por unas banderas negras con un símbolo mogadoriano de color rojo. Aún peor son los trozos de piedra apilados a un lado de la carretera; bueno, al principio creo que son piedras. Al inspeccionarlo más de ceca, noto el rostro cincelado de Lincoln, con una enorme grieta que le recorre por el centro de la frente. Los mogadorianos destrozaron la estatua y la arrancaron del monumento.

Me abro paso hasta el frente de la multitud. Ninguno de los humanos parece ansioso de estar al frente, así que me dejan pasar sin ningún problema. Una línea de

mogs guerreros se encuentra en la base de las escaleras, vigilando a todas estas personas desanimadas, con los cañones apuntando hacia la multitud.

Setrákus Ra reposa en un trono en lo alto del Monumento a Lincoln. Su enorme cuerpo está vestido en un uniforme negro, cubierto con hombreras y medallas. Una enorme espada mogadoriana protegida por una funda ornamental descansa sobre su regazo. Siete pendientes lorienses cuelgan de su cuello, con sus superficies de cobalto brillando a la luz del atardecer. Sus negros ojos analizan ociosamente la multitud. Pasan justo sobre mí, y yo me estremezco, listo para correr, pero no parece haberme notado.

John... ¿me ves...?

Tengo que ahogar un grito de asombro: Eli está sentada en un pequeño trono justo al lado de Setrákus Ra. Se ve mayor y más pálida. Su cabello está teñido de un negro azabache y atado en una trenza apretada que le cuelga sobre el hombro. Lleva un vestido tan elegante, que casi parece burlarse de los andrajosos humanos que miran con admiración. Tiene el rostro petrificado, como si hace mucho se hubiera vuelto inmune a escenas sombrías como ésta.

Setrákus Ra le sostiene la mano.

Lucho contra el impulso de correr escaleras arriba para matarlo, y me recuerdo que nada de esto es real. Y, de todas formas, si lo fuera, no tendría ni una oportunidad. Un ejército entero de mogadorianos se interpone entre Setrákus Ra y yo.

La multitud se divide para dejar que el camión militar que vi antes se acerque a las escaleras del Monumento a Lincoln. La parte trasera del camión está abierta y veo a dos prisioneros acurrucados en el interior, con las cabezas gachas y las manos esposadas. Hay algo familiar en ellos.

Setrákus Ra se levanta cuando el camión estaciona. Un silencio cae sobre de la multitud.

—Tráiganlos adelante —grita.

Un fornido guerrero mogadoriano sale de la fila. No es como los otros; no es tan pálido y el oscuro tatuaje de su cabeza parece casi nuevo. Lleva un parche sobre un ojo y su ojo funcional no es como los ojos desalmados de mogadoriano. Doy un paso involuntario hacia atrás cuando me doy cuenta de que no estoy mirando un mogadoriano.

Es Cinco.

¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Por qué está usando ese uniforme?

Cinco guía al primer prisionero para que baje del camión. Es un poco mayor y tiene una larga cicatriz que va horizontalmente sobre su nariz y mejillas, pero aun así

reconozco a Sam de inmediato. Mantiene la cabeza gacha, sin hacer contacto visual con Cinco; parece atormentado y derrotado. Noto que Sam tiene una fea cojera que se hace más evidente cuando se ve obligado a subir las escaleras del Monumento a Lincoln. Tropieza, casi se cae, y algunos de los mogadorianos presentes se ríen ante la humillante exhibición. Siento la rabia burbujeando en mi interior, y tengo que respirar profundo cuando siento que mi lumen empieza a encenderse.

El segundo prisionero no va tan sumiso como Sam. Incluso con las manos y pies encadenados, Seis se va erguida. Tiene el pelo rapado como el de un muchacho y el rostro contorsionado en una perpetua máscara de ira; de todas formas, sigue siendo sorprendentemente hermosa. Recorre con la mirada la multitud de humanos y muchos de ellos bajan el rostro en respuesta, avergonzados. Cinco le dice algo que no puedo escuchar, pero sus rasgos suaves son casi de disculpa. En respuesta, Seis le escupe el rostro. Mientras Cinco se limpia el escupo, un grupo de guardias mogadorianos agarra a Seis y la arrastran por las escaleras. Es una luchadora hasta el final.

Obligan a Seis y a Sam a arrodillarse a los pies de Setrákus Ra. Él los mira con el ceño fruncido por un momento, luego se vuelve a la multitud.

—¡Contemplan! —grita, y su voz se extiende por la multitud silenciosa—. ¡Lo último de la resistencia loriense! Hoy nuestra sociedad celebra una gran victoria sobre aquellos que se interponen en el camino del progreso mogadoriano.

Todos los mogs aclaman. Los humanos permanecen en silencio.

Empiezo a comprender. Si Seis y Sam son lo último que queda, entonces eso significa que, en este futuro, yo ya estoy muerto así, como todos los demás. Esos pendientes que cuelgan sobre el cuello de Setrákus Ra... uno de esos es mío. Me recuerdo nuevamente que nada de esto es real, pero me siento aterrorizado de igual forma.

Cinco camina por las escaleras y se detiene justo a un lado de Setrákus Ra. Sostiene la vaina ornamental mientras Setrákus desenvaina la espada resplandeciente. Blande la espada para que todos la vean, luego hace un movimiento de práctica justo por sobre la cabeza de Sam. Alguien en la multitud grita y es rápidamente silenciado.

—Hoy cementamos una paz duradera entre los humanos y los mogadorianos —continúa Setrákus—. Finalmente, vamos a acabar con la última amenaza a nuestra gloriosa existencia.

Esto sin duda no parece glorioso. Los humanos claramente han sido abatidos durante meses y meses de ocupación mogadoriana. Me pregunto cuántos de ellos se me unirían si intento atacar a Setrákus Ra. Probablemente ni uno. No siento ira contra

ellos, sino que contra mí mismo. Debería haberlos salvado, debería prepararlos mejor para lo que se viene.

Setrákus no ha terminado de dar su discurso.

—En este día histórico, he decidido conceder el honor de la condena a la que un día me sucederá como su Amada Líder. —Con un gran gesto, Setrákus Ra señala a Eli—. ¿Heredera? ¿Cuál es tu resolución?

¿Heredera? Eso no tiene ningún sentido. Eli no es mogadoriana, es una de nosotros. No tengo tiempo de entender qué significa todo esto. Observo a Eli mientras se levanta temblorosamente de su trono, parece casi drogada. Mira hacia abajo a Seis y a Sam, su mirada oscura e impenetrable. Entonces, se vuelve hacia la multitud, con los ojos fijos en mí.

—Ejecútalos —dice.

—Muy bien —contesta Setrákus.

Se inclina profundamente y luego, en único y fluido movimiento, corta la cabeza de Seis con su espada.

La multitud está en un silencio sepulcral mientras su cuerpo se derrumba, hay tanto silencio que puedo oír los gritos de Sam. Cae sobre el cuerpo de Seis llorando y gritando.

Siento el dolor agudo en el tobillo. Una nueva cicatriz se está formando. Cierro los ojos mientras Cinco levanta a Sam, volviéndolo hacia la hoja de Setrákus Ra. No quiero ver lo que pasa a continuación, lo mucho que les he fallado a todos.

No es real, me vuelvo a repetir.

No es real, no es real, no es real...

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Traducido por AOMontero

Sé que se ha ido. Todavía puedo sentir el persistente dolor de la nueva cicatriz de mi pierna. Puede que nunca deje de sentirlo; puede ser que se quede conmigo por el resto de mi vida.

Tengo que intentarlo.

Caigo de rodillas en el lodo junto al cuerpo de Ocho. La herida ni siquiera parece tan grave. No hay tanta sangre como en Nuevo México, y Ocho sobrevivió a eso. Debería ser capaz de curar esto, ¿verdad? Debería funcionar. Tiene que funcionar. Pero le dio justo en el corazón, directamente. Aprieto las manos sobre la herida y le ruego a mi legado que funcione. Lo he hecho antes, lo puedo hacer otra vez. Tengo que hacerlo.

No pasa nada. Siento frío por todas partes, pero no es la frialdad de mi legado.

Me gustaría poder tumbarme junto a Ocho aquí en el lodo y poder dejar fuera todo lo que está pasando a mí alrededor. Ni siquiera estoy llorando, es como si las lágrimas me hubieran dejado; solo siento un vacío.

A pocos metros de distancia, Cinco está gritando, pero mi mente no puede procesar lo que está diciendo. La hoja que utilizó para apuñalar a Ocho se ha retraído de vuelta a la vaina montada en su muñeca. Tiene las manos en la cabeza, como si no pudiera creer lo que acaba de hacer. En la base del árbol, Nueve está en silencio, en estado de shock. Si solo se hubiera callado momentos antes y no hubiera incitado a Cinco...

Seis finalmente está luchando por volver a ponerse en pie, aturdida, mientras intenta darle sentido a la nueva cicatriz en su tobillo. Todo se ha desmoronado.

—¡Fue un accidente! —balbucea Cinco—. ¡No quería hacer eso! Marina, lo siento, ¡No quise hacerlo!

—Cállate —siseo.

Ahí es cuando oigo el temido zumbido del motor de una nave mogadoriana. La alta hierba que nos rodea comienza a soplar salvajemente cuando la nave plateada inicia su descenso desde el cielo. Todo esto era una trampa orquestada por Cinco, así que obviamente tenía refuerzos esperando.

Me inclino y beso suavemente la mejilla de Ocho. Quiero decir algo, decirle lo increíble, cuánto mejoró esta vida terrorífica que estamos forzados a vivir.

—Nunca te olvidaré —le susurro.

Siento una mano en el hombro, me giro solo y encuentro a Cinco de pie tras de mí.

—No tiene que ser de esta forma —me dice, rogándome—. Fue una equivocación horrible, ¡lo sé! Pero todo lo que dije es verdad.

Está desquiciado. Desquiciado por atreverse a tocarme. No puedo creer que tenga la audacia de tocarme después de lo que acaba de hacer.

—Cállate —le advierto.

—No pueden ganar, ¡Marina! —continúa—. Es mejor que te unas a mí. Tú, tú... —balbucea Cinco, pero su respiración se hace vapor frente de su boca, la humedad que nos rodea se ve interrumpida por un repentino frío. Le castañetean los dientes—. ¿Qué estás haciendo?

Algo en mí se rompe. Nunca antes he sentido ira como ésta, y es casi reconfortante. La gélida sensación de mi legado de curación se extiende a través de mí, pero es distinto; helada, amarga y muerta. Irradio frío. Cerca de nosotros, el agua del turbio pantano cruje cuando la superficie se transforma instantáneamente en hielo. Las plantas comienzan a marchitarse bajo la rápida congelación

—¿Ma-Marina? Para... —Cinco, se abraza para mantener el calor y da un paso para alejarse de mí. Casi cae al deslizarse sobre el hielo.

Con este nuevo legado inundándome, actúo por puro instinto furioso. Levanto la mano y el hielo aparece bajo Cinco, un témpano irregular se forma desde el suelo y se alza. Cinco no lo esquiva lo suficientemente rápido y el hielo le apuñala el pie, sujetándolo al lugar. Cinco grita, pero no me importa.

Se inclina y se agarra el pie empalado, justo cuando otro témpano se eleva desde el suelo. Le pega a Cinco directo en la cara. Si hubiera sido más largo, probablemente lo hubiera matado. En vez de eso, solo le saca un ojo.

Cae torpemente sobre el suelo congelado, con el pie todavía empalado. Se aferra el su rostro, gritando.

—¡Para! ¡Por favor, para!

Es un monstruo y se lo merece. Pero no, no puedo hacerlo. No soy como él, no voy a matar a uno de los nuestros a sangre fría, incluso después de lo que él ha hecho.

—¡Marina! —grita Seis—. ¡Vamos!

La nave mogadoriana ha aterrizado y las puertas se están abriendo. Junto al árbol, con las ramas ahora caídas por el peso del hielo seco, Seis tiene a Nueve sobre el hombro. Extiende la mano hacia mí.

Echo un último vistazo a Cinco. Tiene las dos manos sobre el rostro para sujetarse el ojo arruinado. Está llorando, y las lágrimas se convierten en hielo sobre sus mejillas.

—¡Si te vuelvo a ver, bastardo traidor —le grito—, te arrancaré el otro puto ojo!

LA CAÍDA DE CINCO

Cinco hace un débil sonido gorgoteante. Patético.

Estoy a punto de correr donde Seis, pero me detengo. A mis pies, encerrado en un sólido bloque de hielo, está el cuerpo de Ocho. Cuando me doy cuenta de lo que he hecho, el aire a mí alrededor comienza a entibiarse. Me arrodillo y presiono las manos contra la capa de hielo en derretimiento que me separa de Ocho. Quiero llevarlo con nosotros para mantenerlo lejos de los mogadorianos, y dejar que descanse como se lo merece, pero no hay tiempo para esperar a que el hielo se derrita. Seis me está gritando y los mogs ya están cerca.

—Lo siento —susurro, adormecida.

Corro hacia Seis y tomo su mano extendida. Nos volvemos invisibles.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Traducido por DarkRven86

Corregido por Pamee

Desperto y me siento de golpe en una cama que no es la mía. Inmediatamente sé que estoy de vuelta en la realidad; el dolor abrazador de una nueva cicatriz quemándome el tobillo fue suficiente para despertarme. Pero, un momento... se supone que esa pesadilla no era real, no debería tener una cicatriz nueva. Y, sin embargo, puedo sentir la piel quemada, en carne viva y punzante, y el dolor profundo.

Esa parte de la pesadilla fue real... hemos perdido a alguien.

No tengo tiempo de pensar las cosas, ni siquiera tengo tiempo para evaluar mi situación, porque Sam me grita:

—¡JOHN, AGÁCHATE!

Hay un mogadoriano de pie frente a la ventana de la habitación, una ventana despedazada, aire frío sopla desde el exterior. ¿Cuándo sucedió? Me está apuntando con un cañón. Mis instintos toman el control y ruedo hacia la izquierda justo cuando el mog dispara al espacio vacío donde apenas hace un segundo me encontraba en coma. Desde el piso al lado de la cama, lanzo al mog con mi telequinesis. Sale disparado hacia atrás y sale por la ventana hacia el vacío y la calle.

Todo es un alboroto; el caos en la vida real es incluso más intenso que en la vivida pesadilla de Setrákus Ra. La habitación está completamente destruida por los disparos de cañón. Sarah está de pie en la puerta, usa un estante roto para cubrirse. Con un brazo, acuna el todavía inconsciente cuerpo de Eli, y con la otra, dispara sin apuntar una ametralladora hacia el pasillo. Por sobre el sonido de los disparos, gracias a mi audición aventajada, escucho un enjambre de mogadorianos en el ático. Son muchos, pero por alguna razón, no parece que Sarah esté recibiendo disparos en respuesta.

Entonces me doy cuenta que es porque está sosteniendo a Eli. Setrákus Ra quiere su heredera con vida; ni siquiera puedo creer que esté pensando en esto, sin haber tenido tiempo siquiera para procesar lo que significa. Ese es el por qué los mogadorianos no le están disparando a Sarah; tienen miedo de lastimar a Eli.

Sam está en el piso a mi lado, sosteniendo a Malcolm, que tiene una enorme herida de cañón en el abdomen. Respira ahogado y está apenas consiente; no parece que le quede mucho tiempo.

—¿Qué diablos paso aquí? —le gritó a Sam.

LA CAÍDA DE CINCO

—Nos encontraron —responde Sam—. Alguien nos traicionó.

Recuerdo ver a Cinco con uniforme mogadoriano, e inmediatamente comprendo la verdad.

—¿Dónde están todos los demás?

—Fueron a lo Everglades por la misión. —Sam señala mi pierna, con los ojos bien abiertos y temerosos—. Vi que se encendió tu tobillo, ¿qué... qué significa eso?

Antes de poder responder, escucho gritar a Sarah; su arma suena indicando que está vacía. Al darse cuenta que se quedó sin municiones, los mogadorianos se acercan a ella. Uno de los mogs se asoma por la puerta y le clava profundamente una daga en el hombro. Sarah cae el suelo sujetándose el hombro, mientras otro mog se acerca y le quita con violencia a Eli de los brazos.

Enciendo el lumen, pero es muy peligroso lanzar una bola de fuego mientras el mog sostiene a Eli. Rápidamente salen de mi alcance y desaparecen por el pasillo en una rápida retirada. Uso mi telequinesis y arrastro a Sarah hasta nosotros.

—¿Estás bien? —pregunto rápidamente mirando la herida en su hombro, no se ve bien, pero no es fatal. Sarah parece sorprendida y aliviada de verme despierto.

—¡John! —exclama, y me jala hacia ella con su brazo bueno. Ni siquiera es un abrazo de medio segundo. Sarah me aleja al darse cuenta del peligro—. ¡Ve, tienes que detenerlos!

Me pongo de pie de un salto, listo para correr detrás de los mogadorianos en retirada. Me detengo y miro a Sam y a su papá. Malcolm todavía está vivo, pero morirá pronto. La forma en la que Sam se inclina sobre él, sosteniéndole la mano, me hace recordar aquella noche en la secundaria de Paraíso, cuando fui incapaz de detener la muerte de Henri. Podría salvarlo, pienso.

Sin embargo, sanar a Malcolm significaría dejar que los mogadorianos escapen con Eli, y eso haría que Setrákus Ra esté más cerca de lo que quiere; un futuro que todavía no entiendo del todo, pero uno donde Eli gobierna la humanidad a su lado.

Sam alza la mirada hacia mí, con las mejillas húmedas por las lágrimas.

—¡John! ¿Qué estás esperando? ¡Ve a ayudar a Eli!

Pienso en el Sam que vi en la pesadilla, lo cansado y abatido que se veía, sin espíritu. Pienso en cómo me dolió haber perdido a Henri.

No puedo dejar que mi amigo pase por todo eso, no ahora que él y Malcolm se acaban de reencontrar después de tanto tiempo.

Dejar ir a Eli, el futuro al que podría estarla condenando... «No, habrá tiempo para detenerlos después» me digo a mí mismo. «Tengo que salvar a Malcolm ahora».

Me arrodillo de nuevo y presiono las manos en el vientre de Malcolm, sus heridas comienzan a cerrarse lentamente en donde lo tocan mis manos. Finalmente, un poco de color vuelve al rostro de Malcolm, y abre los ojos.

Sam me mira.

—Dejaste que se la llevaran.

—Tome un decisión —digo—. No le harán daño.

—¿Cómo... cómo puedes saber eso? —pregunta Sarah.

—Porque Eli... —Sacudo la cabeza—. Vamos a rescatarla, vamos a detenerlos, todos juntos, lo juro.

Sam me agarra por el hombro.

—Gracias John.

Tan pronto termino con Malcolm, centro mi atención en sanar a Sarah; la herida en su hombro es limpia. Me pasa los dedos por la mejilla mientras la curo.

—¿Qué te paso? —pregunta—. ¿Qué viste?

Sacudo la cabeza, no quiero hablar de la visión haber tenido tiempo para descubrir qué pasó. A diferencia de Sam, no creo que Sarah se haya dado cuenta de la nueva cicatriz que apareció en mi tobillo y tampoco quiero sacarlo a relucir. Está todo tranquilo ahora que los mogs se han retirado con Eli, pero todavía necesitamos salir de aquí. No hay forma de que la policía no haya notado esta batalla. Solo quiero sanar a Sarah y llevarnos a un lugar seguro.

—Parece que pateaste algunos traseros mientras yo no estaba —le digo.

—Hicimos lo mejor que pudimos —responde.

Una vez que la herida de Sarah está curada, miro a mi alrededor.

—Tenemos que irnos, ¿dónde está BK?

Veo que Sam y Sarah intercambian una mirada sombría. El corazón me da un vuelco.

—Subió a la azotea para detenerlos —contesta Sam—, y no regresó.

—Es fuerte, podría seguir vivo —me consuela Sarah.

—Sí, definitivamente —responde Sam, pero no suena muy confiado.

Pensar en BK y en cualquiera que sea el garde que está muerto en los Everglades, casi me quiebra. Me muerdo con fuerza el interior de la mejilla y me concentro en el dolor. Me pongo de pie; ya habrá tiempo para estar de luto después, ahora mismo tenemos que salir de aquí antes de que los mogs decidan volver y matarnos.

—Hora de irnos —digo, ayudando a Malcolm a ponerse de pie.

—Gracias por salvar mi vida, John —me dice—. Ahora, larguémonos de aquí.

Los cuatro salimos de la habitación, Sarah ayuda a Malcolm. Las luces están apagadas, tal vez explotó un circuito durante la batalla. No hay ningún mogadoriano esperándonos en la sala de estar, pero puedo ver por la destrucción, que definitivamente cambiaron un poco la decoración. Por un momento, me imagino lo molesto que estará Nueve cuando regrese. Si es que está vivo. Y entonces me doy cuenta de que nunca podremos volver a este lugar. Fue un buen hogar por un tiempo, y ahora se ha ido, lo destruyeron los mogadorianos, como tantas otras cosas.

Por la ventana rota, escuchamos sirenas desde la calle. Este ataque mogadoriano fue mucho más descarado que lo usual. Probablemente será muy difícil escabullirse sin que nos detecten.

Increíblemente, el elevador del ático sigue funcionando. Empujo a Sarah, Sam y Malcolm al interior y presiono el botón que lleva al estacionamiento, pero no entro con ellos.

—¿Que estás haciendo? —me grita Sarah y me agarra del brazo

—No podremos regresar aquí, estará lleno de policías y probablemente de federales que trabajan para los mog. Tengo que salvar nuestros cofres y ver si puedo encontrar a BK.

Sam da un paso adelante.

—Puedo ayudarte.

—No —respondo—. Ve con Sarah y con tu papá, con mi telequinesis puedo cargarlos yo mismo.

—Prometiste que nos quedaríamos juntos —dice Sarah con voz temblorosa.

La acerco a mí.

—Eres mi conductora asignada para el escape —le digo—. Toma el coche más rápido de Nueve y encuéntrame junto al zoológico. No deberían tener problemas para salir, pero probablemente me están buscando a mí. Saltaré a la azotea de al lado y bajaré de esa forma. —Doy un paso hacia atrás alejándome del elevador, pero vuelvo a acercarme para plantarle un último beso a Sarah—. Te amo —le digo.

—Yo también te amo —responde.

La puerta del elevador se cierra. Corro por el ático destruido de vuelta al taller. También está destruido; todo este trabajo duro, nunca usaremos la Sala de Clases de nuevo. Intento pensar de forma práctica. ¿Qué debería llevar conmigo? Lo primero que agarro es la tablet que muestra nuestra localización. Cuatro puntos todavía moviéndose por Florida. Maldita sea, ese es uno menos. Todavía no estoy listo para concentrarme en la identidad del que perdimos, o qué hacer en cuanto a Eli, o en el hecho de que Setrákus Ra en realidad podría ser loriense.

Saco una bolsa de lona debajo de una mesa volcada y voy a la Sala de Clases para llenarla con armas. Meto la tablet ahí también, y me la echo al hombro. Quiero tener las manos libres en caso de que algún mogadoriano siga rondando por ahí, así que levito todos los cofres con telequinesis. Como todas las ventanas están destruidas, escucho con facilidad las sirenas allá abajo. Esto es todo lo que podré cargar. Tiempo de volver huir.

Con las herencias flotando detrás de mí, salgo corriendo del taller al ático; necesito llegar al techo y ver si BK sigue con vida.

Antes de que pueda alcanzar las escaleras, el elevador se abre. Maldición, fui demasiado lento.

Miro por sobre el hombro, esperando ver lo mejor de Chicago con las armas desenfundadas. En vez de eso, hay un mogadoriano solitario, pálido como todos, con cabello oscuro sobre el rostro, más joven de lo normal; pero es diferente a cualquier mog que haya visto, más humano. Apunta un arma frente a él, me apunta a mí.

Todos los cofres caen al suelo cuando redirijo la telequinesis para quitarle la pistola de las manos.

—¡Oye! —grita, y si está diciendo algo más, no lo escucho; estoy pensando en los amigos que perdí esta noche, en el futuro oscuro que tuve que soportar. Matar a este mogadoriano rezagado no va a cambiar nada, pero es un comienzo.

Lanzo una bola de fuego en su dirección, pero él se lanza fuera del camino y se esconde detrás de un sofá desgarrado. Lo levanto con telequinesis y lo lanzo a un lado. El levanta las manos, rindiéndose. Probablemente hubiera pensado que eso era raro, si hubiera estado pensando.

—Muy tarde para eso —le rujo.

Justo cuando estoy a punto de lanzarle otra bola de fuego, el mog da un pisotón en el suelo. La habitación entera tiembla, los muebles se vuelcan y la alfombra se levanta como si hubiera una ola avanzando por debajo. Y luego, una sacudida sísmica me lanza hacia atrás; tropiezo, y siento los dedos fríos del aire recorriéndome la espalda. Estúpido, estaba de pie justo frente a una ventana rota. Muevo los brazos desesperadamente, intentando recuperar el equilibrio.

Pero no caigo, él me atrapa por el frente de la camisa.

—¡No quiero pelear contigo! — me grita en la cara—. ¡Deja de atacarme!

Tan pronto me libera, lo alejo de un empujón. No me ataca de nuevo, pero permanece agachado, listo para esquivar cualquier cosa que pueda tirarle.

—Eres Cuatro —dice.

—¿Cómo sabes eso?

—Conocen tu cara, John Smith. Los conocen a todos. Y yo también... —vacila—. Excepto, que también recuerdo haberte visto cuando eras un niño, corriendo hacia una nave mientras mi gente mataba a la tuya.

—Eres el mogadoriano del que hablaban Malcolm y Sam —digo con los dientes apretados. No puedo evitar la sensación de que debería correr o pelear cuando estoy frente a uno de los suyos. Lo tengo arraigado, pero trato de mantenerme tranquilo.

—Adamus Sutekh —se presenta el mog—, pero prefiero Adam.

—Tu gente mató a un amigo mío esta noche, Adam —espeto, sabiendo que mi rabia no es razonable, pero no puedo contenerme—. Y secuestraron a otro.

—Lo siento —dice—. Vine tan rápido como pude. ¿Malcolm y Sam están a salvo?

—Yo... —Bien, no sé cómo reaccionar ante eso, ante un mog mostrando compasión. Aunque Malcolm y Sam dijeron que era verdad, no me lo habría imaginado—. Sí, están bien.

—Bien —responde Adam, su voz tiene la dureza de los mogadorianos—. Tenemos que salir de aquí.

—¿Tenemos?

—Estás herido y enojado —dice Adam, acercándoseme con precaución, como si de repente pudiera golpearlo—. Lo entiendo. Pero si de verdad quieres devolverles el golpe, yo te puedo ayudar.

—Te escucho.

Adam me extiende la mano.

—Sé dónde viven.

Algo recula en mi interior al ver esa pálida mano esperando la mía; pero si lo que vi en esa visión es verdad, si Cinco está trabajando para los mogadorianos, entonces ¿por qué no tener a uno de los suyos trabajando con nosotros?

Acepto la mano de Adam y le doy un fuerte apretón. Él no se estremece, solo me mira directo a los ojos.

—Muy bien, Adam —digo—. Vas a ayudarme a ganar esta guerra.

SOBRE EL AUTOR

Pittacus Lore: es el más importante de los ancianos que alguna vez gobernaron el planeta Lorien. Ha estado en la Tierra durante los últimos doce años, preparándose para la guerra que decidirá el futuro de este planeta. Su paradero es un misterio.



220

LA CAÍDA DE CINCO

AGRADECIMIENTOS

© Traductora a cargo

- *Pamee*

© Traductores

- *DarkRaven86*
- *Andres_1987*
- *Pamee*
- *Melii*
- *Mj1994*
- *Brayan Calderon*
- *Niyara*
- *Shiio*
- *Psique*
- *Lauraef*
- *Likearocket*
- *Moisesrios*
- *Azhreik*
- *AOMontero*

© Revisión general y diseño

- *Pamee*

221



LA CAÍDA DE CINCO